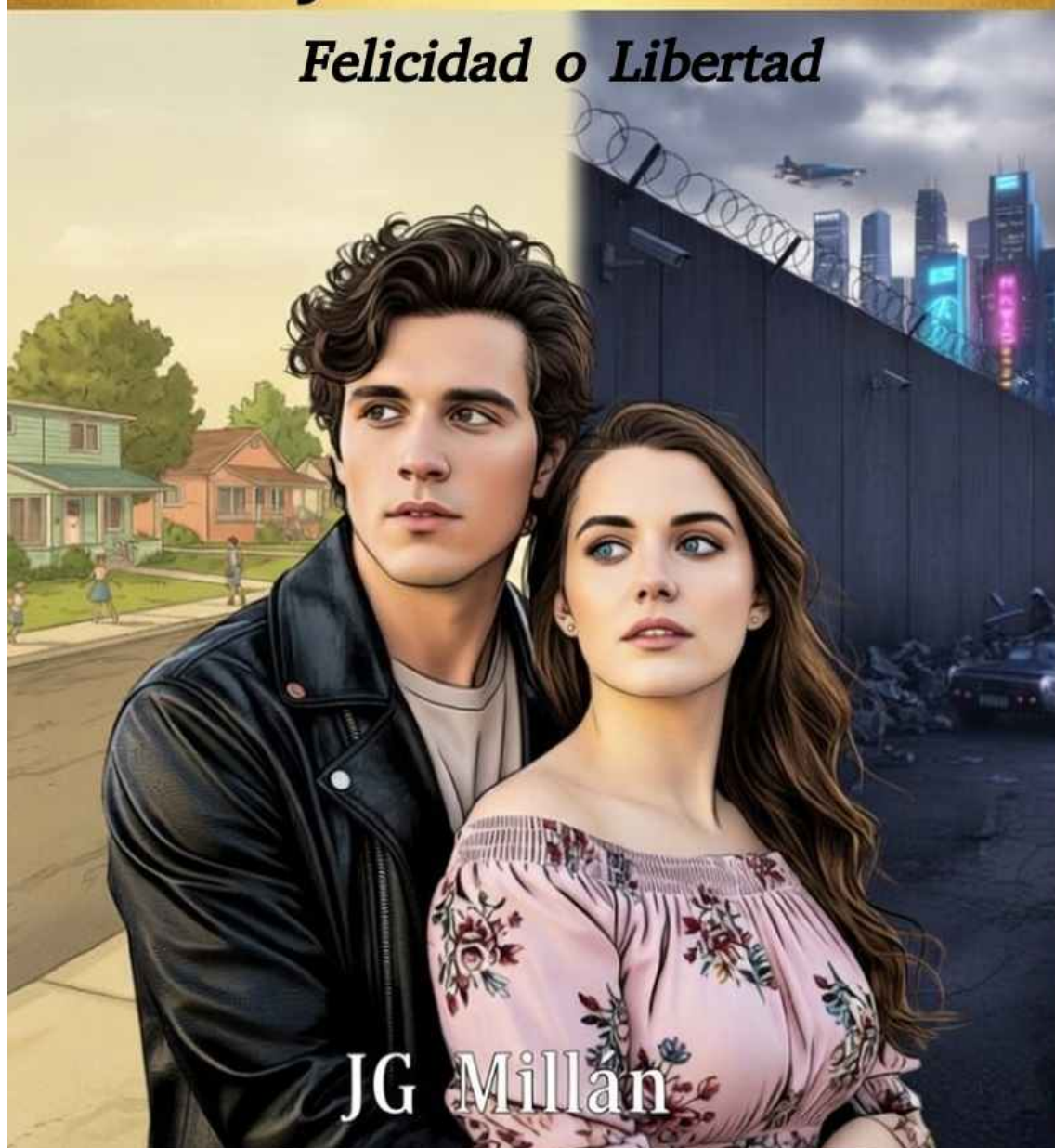


CIUDAD ARCADIA

LA JAULA DORADA

Felicidad o Libertad



Ciudad Arcadia – JG Millán

Felicidad o Libertad

Prefacio

Arcadia es la ciudad ideal, donde un grupo de familias se han reunido para vivir y trabajar en un entorno totalmente alejado de la sociedad moderna y de sus maldades. Allí, no existe Internet ni se ve la televisión, salvo los programas que se producen localmente y que emiten contenidos “sanos”. Las familias son numerosas y sus hijos no tienen pantallas. Todos los niños juegan juntos en la calle, sin miedo, en un ambiente de armonía y de felicidad.

Sin embargo, algo huele a podrido dentro de la Junta que dirige la ciudad, y que se manifiesta cuando un grupo de adolescentes comienza a preguntarse qué hay más allá de Arcadia, en el mundo exterior.

En esa pandilla, Liz se enamorará de Ron, y planearán la fuga de una sociedad totalitaria que les oprime y les asfixia.

Pero el mundo exterior no es como se lo habían imaginado, y se tendrán que enfrentar, sin apenas recursos, a otro universo si cabe más duro y exigente. Liz se verá obligada a madurar de golpe al encontrarse con algo que no esperaba y que llevará al límite su resistencia, tanto física como psíquica, tanto como persona y como mujer.

Ciudad Arcadia. Manifiesto

Praenotanda

La sociedad tecnológica moderna ha conseguido logros inimaginables hace tan solo unas décadas, y ha avanzado en todos los campos del saber. Entre los más significativos, caben destacar los avances en medicina, que han elevado la longevidad de la mayoría de la población hasta rozar casi los cien años, e incluso superarlos sin demasiadas dificultades.

Las enfermedades que en siglos pasados diezmaban a poblaciones enteras ahora tienen un impacto insignificante, y las pocas que quedan sin curación, apenas causan ya muertes: o se han convertido en crónicas, o su remedio está, según los expertos, a la vuelta de la esquina.

Por otra parte, los avances en el conocimiento de la estructura del átomo han conseguido producir energía limpia a bajo coste en centrales nucleares seguras, sumamente perfeccionadas tras los primeros y turbulentos tiempos tras su invención. La misma energía que ha sido capaz de crear las armas nucleares, que, lejos de suponer una amenaza para la paz mundial, son las responsables de que no se hayan producido guerras entre los países desarrollados que las poseen, ante la amenaza de la aniquilación mutua. Un entorno libre de conflictos que ya va para 70 años, algo inimaginable en los dos últimos milenios de historia.

En definitiva, la tecnología ha proporcionado importantes logros, pero también nos ha traído inventos de nefastas consecuencias, como son los que comentaremos a continuación.

En primer lugar, la red Internet. A esta tecnología le ocurre algo similar a la energía nuclear. Si bien nadie puede dudar de lo útil que resulta poder comunicarse con alguien de manera casi instantánea aunque esté en el otro extremo del mundo, o consultar cualquier información y tenerla en la palma de la mano inmediatamente, esa misma tecnología también nos ha proporcionado horrores como son la pornografía más exacerbada, las casas de juego online, o las redes sociales. Unas redes que alienan e idiotizan a nuestros hijos, haciéndoles adeptos a mensajes, opiniones o bulos propagados maliciosa y sistemáticamente por terceras personas que nada tienen que ver con sus padres.

Es el lado perverso de la red de redes. Una red que destroza a nuestros hijos ofreciéndoles un acceso ilimitado a todos esos horrores y perversiones, y lo que es peor, desde nuestros propios hogares, en sus propias habitaciones.

Pero no podemos achacar todos los males de nuestro tiempo a Internet. También creemos que la invención de los anticonceptivos, lejos de aumentar el bienestar del hombre, ha abierto una caja de Pandora de consecuencias inimaginables, y que está llevando a la infelicidad a la raza humana.

En efecto, la reducción en el número de hijos motivada por la popularización de estos métodos de control de la natalidad, así como la proliferación inaudita de divorcios, ha hecho naufragar a las familias, las ha desarticulado y las ha destruido por completo. Y esto no es una mera opinión de quienes fundamos esta ciudad. Todas las estadísticas muestran que las personas que se consideran más felices son aquellas que conviven en hogares familiares, siendo las más dichosas de todas, aquellas que tienen muchos hijos.

Y sin embargo, a pesar de estos datos tan claros y obvios, observamos con profunda preocupación cómo la maternidad ha sido denostada, desprestigiada, relegada, criticada, en suma, abandonada, y se incita a las mujeres a trabajar, castigo bíblico donde los haya —*ganarás el pan con el sudor de tu frente* (Génesis 3,19). Todo orientado en un esfuerzo, diríamos diabólico, para procurar la infelicidad de la raza humana, comenzando por las mujeres. En efecto, con el caramelo envenenado del cortoplacismo, a estas se las ha reeducado y

se han convertido masivamente a la “religión” dominante, en un esfuerzo planificado por hacerlas más infelices, sobre todo en el largo plazo. Pues no hay nada que realice más a la mujer que la maternidad, especialmente en las etapas posteriores de la vida, donde los hijos y los nietos colman la felicidad de las parejas.

La ausencia de los hijos hace que los matrimonios no duren; que se destruyan y se desintegren en un afán desmedido de sus miembros en volver a constituirse y formar otras parejas de más éxito, un éxito que nunca se logra. Es una constante huida hacia adelante en busca de una pretendida felicidad, que no suele acabar sino en frustración, y que provoca que ya no tenga sentido la lucha diaria, el empuje hacia delante; desincentiva el espíritu de sacrificio, y propicia el abandono, la molicie y la acedia.

Esta escasez en el número de hijos, que es motivada por el egoísmo y la estrechez de miras de las parejas, tiene otra de sus causas en las relaciones prematrimoniales o sin vínculo permanente con múltiples parejas, que hacen que los jóvenes ya no tengan ilusiones y se encuentren desnortados, sin proyecto existencial alguno salvo satisfacer su propio hedonismo, siempre insatisfecho.

¿El resultado? Las plagas del aborto, el divorcio, la anticoncepción y la pornografía que, lejos de liberar a quienes las practican, no generan sino frustraciones, vidas desechas e infelicidad.

Podemos encontrar entre nuestros conocidos y allegados un gran número de personas divorciadas que, en la segunda mitad de sus vidas, se encuentran solas, amargadas e infelices. Mujeres que han abandonado a sus esposos y que, lejos de encontrar al hombre ideal, acaban viviendo solas, sin más compañía que una mascota. Mujeres que se hicieron voluntariamente estériles en los años en los que podrían haber concebido unos hijos que ahora llenaran sus vidas.

Igualmente, los hombres abandonados a esas edades, ante la dificultad creciente de encontrar pareja, son devorados sin piedad por la pornografía y el alcoholismo. Se convierten en desechos humanos, siendo muchos los que acaban suicidándose.

Ese promedio de 0.5 hijos por mujer hace que se imponga el modelo del hijo único por parte de las parejas que optan por este tipo de maternidad, diríamos simbólica. Y esto no solo es pernicioso para estas, como se ha dicho, que se verán abocadas a la soledad más absoluta en la segunda parte de sus vidas. También lo es para ese hijo único que se ha educado entre algodones, consintiéndosele todo al convertirse los padres casi en esclavos del llamado “niño emperador”. Una situación que ha llevado a estos pequeños a que abusen de sus padres, de sus profesores y de sus maestros, llegándose a dar la paradoja de que, en los colegios e institutos, son estos últimos quienes tienen miedo a los alumnos, y no al revés. En definitiva, se ha perdido el respeto; los niños ya no tienen miedo de ningún castigo, porque castigo es precisamente lo que nunca van a recibir.

Pues bien, nosotros abominamos de esta situación y creemos que es indispensable hacer ver desde la más tierna infancia quién es el que manda, tanto en el hogar como en la escuela. Proponemos educar a los hijos con cariño, con amor y con la palabra, pero también con firmeza y mano dura si la situación así lo requiere. Solo así estos podrán llegar a ser en el día de mañana hombres y mujeres de provecho, que es lo que en el fondo les dará la felicidad que tanto deseamos para ellos. Porque ese es el objetivo último y primordial de la constitución de Arcadia: la felicidad de nuestros hijos y nietos.

Por otra parte, además de estos motivos internos, las familias también tienen otros enemigos externos que las perjudican, aunque ellas no quieran. En efecto, la excesiva permisividad y tolerancia con los delitos que caracterizan a las sociedades occidentales, hacen que las drogas, el crimen y la delincuencia se hayan multiplicado de forma exponencial, y eso ha hecho que nuestros hijos no puedan ya salir a las calles a jugar como siempre han hecho. Entre otras cosas, porque tampoco tienen ya hermanos o vecinos con los que hacerlo.

Llama la atención que en sociedades altamente tecnificadas y con altos niveles de vida, las cifras de suicidios (sobre todo en hombres) y la incidencia de depresiones (sobre todo en mujeres) se hayan multiplicado de forma exponencial, cuando, paradójicamente, esa pretendida sociedad del bienestar las debía de haber erradicado.

No cabe duda de que la vuelta a los valores tradicionales es lo que se necesita para revertir esta situación. La modernidad ha fracasado estrepitosamente en dar la felicidad a los individuos, y por tanto, hemos de poner remedio antes de que sea demasiado tarde.

La Fundación Arcadia

Ha sido la voluntad del recientemente fallecido magnate y filántropo Rosendo Hip legar toda su fortuna a su hija Rose Mary Hip, con el encargo de constituir la fundación Arcadia. La presidencia de la fundación se establece, por tanto, y de forma vitalicia, a nombre de la susodicha Rose Mary Hip, siendo Robert Bennett, ahijado muy querido del señor Hip, su Administrador.

La finalidad última de la Fundación es la de proveer todos los medios económicos, técnicos, humanos y materiales necesarios para construir la ciudad de Arcadia, así como velar por su correcto funcionamiento en consonancia con los deseos y valores de nuestro muy querido y anhelado Rosendo Hip, a quien Dios tenga en su gloria.

Valores

Nuestros valores no son otros que los valores cristianos, aunque aceptaremos en nuestro proyecto a todos los no creyentes que se adhieran a los mismos. Rechazamos el divorcio, el aborto, la anticoncepción, la pornografía y el vestido indecente. Elogiamos el pudor y el decoro, y denostamos las relaciones prematrimoniales que han hecho que nuestros jóvenes ya no tengan ilusión por nada, pues nada tienen ya que conocer.

Para conseguir estos objetivos, la televisión actual, Internet y todos los medios de información modernos estarán prohibidos, así como cualquier periódico, libro o revista que ensalce los perversos y nefastos principios que sostienen la sociedad moderna occidental. Pues consideramos que todos esos medios no son sino vehículos por donde entra el virus de la infelicidad antes mencionado.

Misión

Nuestro objetivo es liberar a nuestros hijos e hijas de esas plagas, y educarlos en los valores tradicionales que son los que creemos que llevan a los hombres y a las mujeres a la felicidad, esa felicidad de la que hablan las estadísticas.

Como es imposible conseguir ese fin en la sociedad actual, totalmente depravada y abducida por los próceres que controlan la política y la economía mundial, nuestro objetivo es encontrar esa paz, esa Arcadia feliz, en un lugar donde nos veamos libres de tales influencias, donde nuestros hijos puedan crecer seguros, contentos y felices.

Para ello, nuestra intención es fundar una ciudad en un espacio de cinco mil acres de terreno, propiedad de la fundación Arcadia en el estado de Texas, donde construiremos nuestros hogares en un esfuerzo por ser autosuficientes.

Visión

Nuestro objetivo a largo plazo es no depender de nadie. Vivir y trabajar en Arcadia, sin contaminación con el depravado y maligno mundo exterior. Para ello, procuraremos vivir de lo que nos dé la tierra, de la ganadería, o del comercio con los alrededores para la obtención de productos de primera necesidad que no se puedan producir localmente.

Nuestros hijos se educarán, crecerán y aprenderán a ser hombres y mujeres libres en Arcadia, y solamente saldremos de nuestro refugio en casos de extrema necesidad, cuando esté

en peligro la vida o la salud humana. Con el tiempo, visionamos universidades, hospitales y centros productores de energía limpia y barata que nos hará si cabe más autosuficientes.

Somos conscientes de que es un esfuerzo titánico, y de que supondrá un trabajo ingente conseguir que este proyecto llegue a buen puerto. Pero tenemos el empeño, el empuje, la determinación y el valor suficiente, con la ayuda de Dios, para conseguirlo. Que Él así lo quiera para mayor honra y gloria de su santo nombre.

Forma de gobierno

La Junta Directiva será la responsable de velar por las normas y el cumplimiento de los valores antes aludidos, y de amonestar e imponer sanciones a los contraventores de los mismos. Las sanciones y amonestaciones serán proporcionales a la infracción cometida, estableciéndose en leves, graves y muy graves. Estas últimas se propondrán a los infractores que hayan cometido acciones que, directa o indirectamente, hayan sido fuente y propiciación de escándalo entre los más pequeños o entre la juventud. En caso de reiteración o de infracción muy grave, se someterá al juicio de la Junta, quien podría determinar, en última instancia, la expulsión del infractor o de su familia por considerarse una mala influencia.

La Junta Directiva estará constituida por los socios benefactores y los patronos de la Fundación, y estará presidida por Rose Mary Hip. Así mismo, se establecerán cuantos vocales sean necesarios a juicio de la señora Hip. Unos vocales que tendrán voz, pero no voto.

Admisión. Requisitos de acceso y periodo de prueba

La Junta Directiva elegirá las personas que formarán el Comité de Admisión. Este comité se encargará de entrevistar y seleccionar a las familias candidatas a integrarse en la Comunidad. Se valorará la posesión, además de los indispensables valores antes aludidos, de las destrezas profesionales necesarias de cara a conseguir la autosuficiencia de Arcadia. Todo en aras de reducir al mínimo la dependencia de los bienes y servicios del mundo exterior, que son fuente intrínseca de contaminación.

Igualmente, será imprescindible que la familia candidata a integrarse en nuestra comunidad domine, al menos a nivel conversacional, el idioma esperanto, que es la lengua oficial de Arcadia. Este idioma deberán dominarlo tanto el padre como la madre, así como los hijos mayores, si los hubiere.

Las familias admitidas estarán sometidas a un período de prueba, variable según decisión y arbitrio del Comité de Admisión, durante el cual podrán ser expulsadas según juicio irrevocable del citado C.A.

Reglamento de Régimen Interior

El Reglamento de Régimen Interior queda recogido en los Estatutos de Arcadia, que se pueden consultar y están a disposición de los ciudadanos en las oficinas del Directorio. Allí se detallan pormenorizadamente y se tipifican las actuaciones constitutivas de infracción leve, grave, o muy grave, entre las cuales, y a título enunciativo se pueden enumerar las siguientes:

Ejemplos de infracciones leves:

- a) Retraso en la aportación de las contribuciones obligatorias a la Comunidad, bien en dinero, en trabajo o en especie.
- b) Introducir en Arcadia elementos del mundo exterior catalogados como de peligrosidad baja, sin autorización de la Junta Directiva.
- c) Traer a Arcadia, aunque sea de visita, a personas del mundo exterior sin autorización de la Junta Directiva.
- d) No hablar esperanto en público o en presencia de los hijos.

- e) Vestir de forma indecente, con vestimenta “atrevida” que “enseñe” más de lo que la decencia y el decoro más elemental exige. Esto afecta a todas las personas, pero especialmente a las mujeres jóvenes. Los padres serán responsables, en última instancia, de la vestimenta de sus hijas.

Ejemplos de infracciones graves:

- a) Retraso reiterado en la aportación de las contribuciones obligatorias a la Comunidad, bien en dinero, en trabajo o en especie.
- b) Introducir en Arcadia elementos del mundo exterior catalogados como de peligrosidad media, sin autorización de la Junta Directiva.
- c) Hacer apología en público o en presencia de los hijos de las supuestas bondades del mundo exterior, así como denostar los Valores que rigen nuestra Comunidad.
- d) Traer a Arcadia, aunque sea de visita, a personas del mundo exterior sin autorización de la Junta Directiva y que estas personas realicen alguna de las acciones enumeradas en los puntos b) y c).

Ejemplos de infracciones muy graves:

- a) Introducir en Arcadia elementos del mundo exterior catalogados como de alta peligrosidad, sin autorización de la Junta Directiva. Especialmente, cuando los jóvenes descubren o hacen uso de estos elementos.
- b) Permitir que los hijos o cualquier menor de edad a su cargo permanezca sin la compañía de un adulto, padre o madre, en presencia de visitantes del mundo exterior. En casos de extrema necesidad y cuando fuera indispensable, se valorará la magnitud de la infracción a juicio de la Junta Directiva y siempre teniendo en cuenta la magnitud del daño causado.



Mi infancia en Arcadia

Nunca he sabido si la felicidad de la infancia es real o si la memoria, con el paso de los años, la va dorando como el sol de la tarde sobre los campos de trigo. Arcadia era, para mí, el mundo entero. No había nada más allá, ni siquiera en los sueños. Las casas alineadas, los jardines cuidados, las voces de las madres llamando a sus hijos al caer la tarde: todo parecía formar parte de un orden natural, inmutable, como si la vida fuera a ser siempre así de sencilla.

Mi madre solía decir que éramos afortunados. “Aquí estamos a salvo”, repetía, mientras me peinaba el cabello frente al espejo. Yo asentía, sin comprender del todo de qué nos protegía Arcadia. A veces, en las noches de verano, escuchaba a los adultos hablar en voz baja sobre el mundo exterior, ese lugar lleno de peligros y tentaciones, del que solo nos llegaban rumores distorsionados. Pero para mí, el mundo era la plaza central, el olor a pan recién hecho, y las carreras con Gab (Gabriel) por los caminos de tierra.

Él y yo no vivíamos cerca precisamente. Su casa estaba a algunas manzanas de la mía, en una de las mejores zonas de la ciudad. Su familia vivía en los chalets de la llamada “segunda fase”, que eran los mejores de todos, después de los de la Junta Directiva, claro está, que eran los de la primera fase.

Pero a pesar de no vivir cerca, nos conocimos al coincidir juntos en el mismo pupitre desde Primaria. En efecto, nuestros apellidos eran parecidos y el orden alfabético por el que nos colocaban hicieron que siempre estuviéramos juntos el uno al otro (creo que con la única excepción de un par de cursos).

El caso es que siempre venía a buscarme para jugar juntos, pues sabía que yo siempre estaba en el “descampado”, es decir, un gran espacio diáfano que se ubicaba frente a la laguna, a pocos metros de mi casa. Allí pasaba yo las tardes de verano, las de primavera, las de otoño, y algunas de invierno, cuando el tiempo lo permitía. ¡Ah! Y los fines de semana, y las vacaciones... En realidad, allí pasaba la mayor parte de mi vida, de mi infancia, junto a mis hermanos y hermanas y los hijos de mis vecinos, y junto a las niñas que eran de mi edad o poco más o menos.

Me vienen a la memoria aquellas larguísimas tardes de junio, nada más terminar las clases, donde el descampado era un hervidero de niños de todas las edades. Parece que estoy viendo ahora mismo, cerca de la orilla de la laguna, cómo jugaban al fútbol un grupo de siete u ocho chavales, mientras un poco más allá otros tantos habían allanado tierra para jugar a carreras con las chapas de las botellas. Algunas niñas también se unían a los chicos, aunque lo normal es que nosotras tuviéramos nuestros propios juegos: la comba, las gomas, la rayuela... o las muñecas y cocinitas, que daban mucho de sí.

En fin, grupos como estos y de todas las edades se sucedían por todo el descampado, jugando con las peonzas, con los carricoches de madera, o con pelotas y balones de todos los tamaños en lo que se podía llamar un sucedáneo del beisbol, del voleibol o del baloncesto. Realmente, no necesitábamos una red ni una canasta para jugar a esas cosas. Simplemente nos la imaginábamos, o acordábamos un punto en la corteza de un árbol como canasta o sitio donde tener que golpear con la pelota.

¡Cuánto nos reíamos! Todas las tardes las pasábamos corriendo, y los chicos, los que más. En verano nos bebíamos litros y litros de agua y estábamos todos delgadísimos de tanto correr. Creo que si me hubiera puesto a contar cuantas millas hacíamos a diario, seguramente me saldrían más de las que hace cualquier otro niño del mundo exterior en un solo año. ¡Así están ellos de gordos!

Igualmente, si me pongo a contar cuántos niños y niñas estábamos en aquel descampado una tarde cualquiera de junio o julio, estoy segura de que me saldrían más de ciento cincuenta o doscientos, sin exagerar. Y con escasa o nula presencia de adultos, que conste.

Nada que ver con el descampado que estaba cerca de la casa de Gab. Además de ser más pequeño, no tenía laguna, y no solía estar tan frecuentado. Lo habían ocupado “los mayores”, esto es, los que se podrían llamar adolescentes en esa época. Sí, también había niños, pues estos eran numerosísimos en Arcadia. Pero mi compañero de pupitre no era bienvenido en su grupo, y acudía al mío, donde al menos, me conocía a mí. Aunque en realidad no era solo por eso, como luego contaré.

Yo siempre fui una niña buena y obediente que jamás dio problemas a sus padres ni a sus maestros. Bueno, excepto una vez, ya de mayor, que les hice una faena bien gorda como luego contaré también. Nada que ver con alguno de mis hermanos, especialmente Henry, que no era, ni bueno ni obediente. A este le llovieron los azotes, las collejas, los capones y las bofetadas por doquier, tanto por sus maestros como por mis padres.

La vida en Arcadia tenía sus rutinas. Por las mañanas, la escuela, donde nos enseñaban cómo era el mundo y donde perfeccionábamos el esperanto, que era el idioma que hablábamos entre nosotros, el que se hablaba en Arcadia y en nuestra casa. Bueno, excepto cuando mis padres discutían entre sí.

Por las tardes, los talleres: costura, carpintería, huerto... Todo estaba pensado para que aprendiéramos a ser autosuficientes, para que no añoráramos nada de fuera. A veces, sin embargo, sentía una punzada de curiosidad, una inquietud que no sabía nombrar. ¿Sería verdad que más allá de los límites de Arcadia había ciudades enormes, luces de neón, gente que vivía de otra manera? Me lo preguntaba en silencio, porque en Arcadia las preguntas incómodas no estaban bien vistas.

Recuerdo especialmente a Rose Mary Hip, la presidenta de la Junta. Era una mujer elegante, siempre vestida con colores claros, que inspiraba respeto y cierta distancia. Cuando pasaba por la plaza, todos bajábamos la voz. Decían que era bondadosa, pero yo la veía más bien triste, como si llevara sobre los hombros un peso invisible. A su lado, Robert Bennett, el Administrador, era otra cosa: su presencia imponía, y aunque sonreía, sus ojos nunca reían. Mi madre decía que era un hombre de mundo, y que gracias a él Arcadia funcionaba como un reloj. Yo, sin embargo, sentía un escalofrío cada vez que me cruzaba con él.

La infancia en Arcadia fue, en apariencia, feliz. Pero ahora, mirando atrás, sé que bajo esa superficie tranquila latía una corriente subterránea de miedo y conformismo. Nadie lo decía en voz alta, pero todos sabíamos que había cosas que no se podían preguntar, deseos que era mejor enterrar.

Y sin embargo, en aquellos días, yo solo quería correr más rápido que Gab, reírme con mis amigas, y creer que la vida sería siempre tan sencilla como una tarde de juegos bajo el sol.

Recuerdo como si fuera hoy la primera vez que salí de Arcadia. Debía tener unos diez años, y mis padres me llevaron a la ciudad, para operarme de apendicitis. Por cierto, eso fue antes de que se construyera el hospital. De haberme ocurrido solo un poco más tarde, me hubieran operado sin salir de Arcadia.

De camino hacia allí no presté demasiada atención, pues bastante tenía con sobrellevar aquel dolor que me sobrevino durante la noche. Pero a la vuelta ya estaba mucho mejor; me habían dado el alta y ya solo tenía que terminar de recuperarme en mi casa.

La visión de la ciudad me deslumbró, y nunca mejor dicho. Las grandes avenidas llenas de luces, los escaparates, los anuncios en vídeo en pantallas gigantes... la multitud de coches que iban y venían y salían de todas partes... De nada de eso se nos había hablado en el colegio ni se veía nada parecido por televisión. Sí, alguien había salido otras veces y contaron lo que vieron, pero nada comparado con verlo por ti misma.

Era una tarde de otoño, y oscurecía pronto. Sin embargo, la temperatura era muy agradable y en Arcadia a buen seguro que estarían todos los niños todavía en la calle.

Sin embargo, al pasar por un parque, comprobé, horrorizada, que apenas había niños en él, y eso que el parque era grande y estaba lleno de espacio recreativos, incluso con una zona de columpios para los niños.

Y sin embargo, ¡no había nadie! Bueno, en realidad sí que había gente... por llamarlo de alguna manera. ¡Había más perros que niños! En efecto, la población dominante eran adultos solitarios que paseaban a sus mascotas, y, ciertamente, muy pocos niños. Creo recordar que solo pude ver a una pareja con un único niño que conversaba con otra que también tenía un solo niño. ¡En total cuatro adultos y solo dos niños! Sin contar con el resto de los adultos, los de los perros, que más bien parecían ellos las mascotas, pues los animales los dominaban casi por completo.

—Papá ¿dónde están todos los niños? —pregunté, llena de curiosidad—. ¿Es que en este sitio se va a la escuela por las tardes?

—No, hija —me replicó—. En este lugar apenas hay niños, y los que hay están encerrados en sus casas. O quizá todavía estén todavía en la escuela haciendo tareas extraescolares mientras sus padres trabajan.

—¿A estas horas en la escuela? ¿Es que entran más tarde?

—No, Liz. Entran como vosotros, a las nueve. Pero no suelen salir de allí hasta las seis o las siete, por eso que te digo. No pueden quedarse solos en la calle, y no hay nadie que venga a recogerlos hasta esa hora.

—¡Hasta las seis en la escuela! Y ¿por qué no pueden estar solos en la calle?

—Porque sus padres tienen miedo de que les pase algo.

—¿Algo? ¿Cómo qué?

—Pues, que vengan señores malos y les hagan daño —replicó mi madre desde el asiento de delante, sin volverse.

Yo no entendí por qué un adulto o quien fuera iba a querer hacerle algo malo a cualquier niño. Deduje, por tanto, que los adultos del mundo exterior eran malos o, al menos, potencialmente dañinos, tal y como nos habían dicho siempre.

—Entonces, los niños que han salido de la escuela, ¿por qué no están en el parque? ¿Por qué están encerrados en sus casas? ¿Es que están enfermos?

—No, Liz. Sus padres están cansados del trabajo y no pueden acompañarlos al parque. Ya te digo que no pueden estar solos.

—Y, ¿qué hacen en sus casas? ¿Son casas grandes y pueden jugar allí con sus hermanos o con sus vecinos?

—Allí no juegan con nadie. No juegan con sus hermanos porque no los tienen, y con los vecinos... puede que los vecinos no tengan ni siquiera hijos.

—Solo juegan con sus padres —añadió mi madre—. Y poco, porque como te digo, vienen cansados del trabajo y no les apetece jugar.

—Claro. Además, jugar con los padres es un rollo —observé—. Y, ¿por qué no tienen hermanos?

Mi madre hizo un aspaviento con una de sus manos, y luego dijo:

—Porque sus padres son unos egoístas y solo piensan en ellos mismos. Solo piensan en ellos y no en sus hijos, y por eso no les dan hermanos con los que jugar. Son malvados, Liz.

Adultos malvados... —pensé—. Claro. Por eso no se puede dejar solos a los niños en el parque...

—Vivir en el mundo exterior es casi como vivir en el infierno —añadió ella—. Los niños no tienen con quien jugar, no tienen hermanos, y los propios padres, al no haber tenido hijos, estarán solos y abandonados en su vejez.

El coche siguió avanzando, y ya estábamos cerca del límite de la ciudad, en la carretera que conducía a Arcadia.

—Y entonces —seguí—, ¿no se aburren esos niños, solos en sus casas?

—Se aburren soberanamente, Liz, porque no pueden correr, ni reír, ni saltar ni jugar con nadie. Su único entretenimiento son las pantallas.

—¿Las pantallas? ¿Qué pantallas? ¿Te refieres a la televisión?

—Sí, hija, la televisión —replicó mi padre.

Vaya rollo... —me dije—. Todo el día viendo la televisión, con lo aburrida que es...

Esperanto

Proyecto Arcadia. Reunión de seguimiento número 29.

Robert Bennett había llegado el primero. El silencio del edificio, apenas roto por el zumbido lejano de las excavadoras, le resultaba reconfortante. Era un hombre cercano a los cuarenta, alto, de complexión firme, con el cabello moreno engominado y peinado hacia atrás, donde ya asomaban algunas canas que parecían subrayar su autoridad. Vestía un traje impecable, con chaleco, confeccionado con telas de la mejor calidad; nunca se lo quitaba, ni en invierno ni en verano. Solo variaba el color: tonos más claros cuando el calor apretaba.

Desde que se terminó la construcción del edificio que albergaba las reuniones de la Junta Directiva, le gustaba llegar antes y contemplar, desde la amplia cristalera, la marcha de las obras. El ventanal ofrecía una vista privilegiada: el edificio se erguía sobre un promontorio dominando la llanura, donde docenas de excavadoras y un ejército de obreros se movían como hormigas diligentes. Algunos alisaban la tierra, otros excavaban para cimentar los chalets, mientras otros trazaban zanjas para las conducciones de agua, cables y alcantarillado. El ruido metálico de las máquinas llegaba amortiguado, mezclado con el olor a tierra removida.

La ciudad iba tomando forma poco a poco. De hecho, las familias que constituían la Junta ya vivían en Arcadia, en la primera y más exclusiva fase de chalets: auténticas mansiones que parecían sacadas de un catálogo de lujo.

«Dios, cuánto dinero tenía el tío Rosendo», pensó Bennett, con una mezcla de admiración y nostalgia, «para acometer esta obra tan faraónica...». Se refería al difunto Rosendo Hip, el impulsor y mecenas, el ideólogo de Arcadia.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando escuchó pasos firmes en el pasillo. Jorge Zaldívar apareció en la puerta. Era algo mayor que Bennett, de origen vasco, un poco grueso y calvo, con el rostro curtido, y una mirada que siempre parecía evaluar el terreno antes de hablar.

—¿Qué tal, Bob? —saludó con voz grave.

—Bien, contemplando las obras —respondió Bennett sin girarse, con las manos en los bolsillos del chaleco—. Oye, ¿cómo van esas solicitudes?

Zaldívar soltó un resoplido y se acercó, apoyando una mano en el respaldo de una silla.

—Natalia está desbordada. Me ha dicho que no va a hacer más entrevistas hasta el mes que viene. Yo creo que el pobre Rosendo nunca se imaginó que íbamos a recibir tantas.

Bennett se volvió lentamente, arqueando una ceja.

—¿Qué va a dejar de hacer entrevistas? ¿Por qué? No me ha dicho nada... ¿Es que ha hablado con Rose?

—Sí, ha hablado con ella. Le ha dicho lo mismo: que se tome un descanso.

El gesto de Bennett se endureció. En el fondo le molestaba que Natalia hubiera tomado esa decisión sin consultarle. Él, Robert Bennett, era el Administrador, su jefe. No debía haber hablado directamente con la presidenta.

—Joder —continuó Zaldívar, cruzando los brazos—, vamos a tener que crear un comité de admisión o algo así, porque ella ya no puede abordar este asunto sola. Le sobrepasa.

—Sí, puede ser —admitió Bennett tras unos segundos de silencio—. Reúnete con ella y buscad a algún candidato que también tenga experiencia en selección de personal, y que comience a hacer entrevistas ya.

—¿A algún candidato? ¿Te refieres a alguna familia de las que han presentado la solicitud?

—Sí. ¿A quién si no? En Arcadia no puede estar involucrado nadie que no viva aquí.

—Vale, y... ¿dónde los alojamos? ¿Eh?

—La segunda fase está casi terminada. Faltan algunos detalles, pero las casas están disponibles con lo básico para vivir.

—Ya, pero todavía no tenemos escuela, y...

—La tendremos en cuanto venga la gente. En algún momento hay que empezar, ¿no?

—Sí, claro.

Bennett se acercó y le puso una mano en el hombro, mirándolo con firmeza.

—Mira, Jorge. Hay mucho trabajo que hacer y esos problemillas de Natalia son solo una muestra. Y los problemas los tenemos que resolver entre nosotros. No podemos esperar a que nos los resuelvan desde fuera. Así que hazlo, por favor. Dile a Natalia...

—No. Díselo tú. Mira, acaba de llegar.

Ambos giraron la cabeza. Natalia entraba en la sala con paso rápido, sujetando una carpeta contra el pecho. Era una mujer de unos treinta años, rubia, con el cabello recogido en un moño práctico, vestida con sencillez pero con elegancia natural. Tenía dos hijos y no era miembro de la Junta, aunque vivía en uno de los chalets de la segunda fase, uno ya terminado. Había sido directora de Recursos Humanos en una multinacional propiedad del difunto Rosendo Hip, y persona de confianza de este. Junto a su marido Xavier, fue de las primeras familias en sumarse al proyecto Arcadia.

—Buenos días —dijo, con voz firme.

—Hola, Natalia —saludó Bennett, suavizando el tono—. ¿Qué tal sigue Xavier?

—Se ha quedado con los chicos.

—Ya, supongo. Me refiero... ¿qué tal sigue con los obreros?

—No puede estar mucho con ellos. Todavía sigue recuperándose del accidente.

—¿Todavía? —preguntó Zaldívar, frunciendo el ceño—. Yo pensé que ya se había recuperado...

—Ya anda sin muletas, pero se le carga mucho el muslo izquierdo.

—¿Y el asunto de los genitales? —preguntó Bennett sin rodeos.

Natalia lo miró con frialdad.

—Mejor.

—Pero, ¿funciona o no funciona? ¿Eh? —insistió el vasco, con una sonrisa torcida.

—¿Y a ti qué te importa? —Natalia le lanzó una mirada fulminante.

—Bueno, mujer, no te pongas así... Era una broma...

Bennett carraspeó, cortando la tensión.

—Cuéntame qué problema tienes con las solicitudes.

—¿Ya te lo ha dicho este? —Natalia lo señaló con la barbilla.

—Sí, algo me ha dicho.

La mujer suspiró, bajando la carpeta sobre la mesa.

—Mira, Bob. Yo estoy desbordada. Cada día recibo cientos de ellas, y no solo de Estados Unidos. Además, tengo que hacer “home schooling” con los niños, pues dentro de poco

serán los exámenes. Y desde el accidente de Xavier, también lo he tenido que ayudar a él y...

—Natalia, no te quejes —la interrumpió Bennett, con voz dura—. Nadie te dijo que construir Arcadia iba a ser fácil. Ni fácil ni sencillo. Las cosas que merecen la pena requieren mucho esfuerzo.

—Ya, pero...

—No hay excusas —interrumpió, con frialdad—. También yo he abandonado prácticamente a mi mujer y a mis hijos, y no hago otra cosa más que gestionar este proyecto. Duermo menos de cuatro horas diarias y a veces ni eso. Me paso el día en la ciudad gestionando y acelerando permisos.

Natalia bajó la mirada, sin saber qué responder.

—¿Te arrepientes de haber venido aquí? —preguntó Zaldívar, con tono conciliador.

—No, no es eso.

—Entonces ¿qué? —intervino Bennett, elevando la voz—. ¿Acaso prefieres volver a tu apartamento en Dallas, donde tus hijos no pueden ni jugar ni vivir? ¿Para que acaben adictos a la pornografía y abandonados por sus mujeres, si es que algún día las tienen? ¿Para resignarte a no tener nietos en tu puñetera vida?

Natalia apretó los dientes y respondió con firmeza:

—Mañana mismo retomaré el trabajo.

—No. Mañana lo que harás será seleccionar a alguien para que te ayude. Vais a formar el Comité de Admisión, que se encargará de seleccionar, bajo tu supervisión, a todas las familias que quieran venir aquí. Y que vengan, ya. Me refiero, las del Comité.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Muchos de los chalets de tu barrio están casi terminados. Desde luego, ya se puede vivir en ellos.

—Ya, pero...

—Y no vendría mal que buscaras también a algunos maestros —añadió Zaldívar—. La escuela tiene que empezar a funcionar también. ¿Tienes ya el permiso, no, Bob?

—Sí, lo tengo. Y es buena idea. Allí se instruirán tus chicos, y los hijos de los miembros del Comité de Admisión. No tendrás que hacer más el “home schooling”.

—Vale, vale, pero ¿en qué edificio?

Bennett se quedó pensativo unos segundos.

—Aquí mismo, de momento. Las reuniones de la Junta son por las tardes, porque a Rose no le gusta demasiado madrugar. No creo que se oponga.

—¡Hablando de Rose! —exclamó Zaldívar, mirando hacia la ventana.

El sonido del helicóptero comenzó a percibirse, primero como un murmullo lejano, luego como un rugido que hacía vibrar los cristales. La hija del fundador se desplazaba siempre en su medio de transporte preferido desde sus lujosas oficinas en la ciudad. Era la única persona de toda la Junta que todavía no vivía en Arcadia. A pesar de existir ya los medios telemáticos necesarios para hacer videoconferencias, ella siempre prefería presidir las reuniones en persona.

Tras aterrizar, no tardó en llegar al edificio de la Junta, donde ya estaban casi todos los miembros de la misma. Cuando entró, todos se pusieron de pie. Era una mujer alta, de unos cincuenta años, con el pelo rizado y oscuro, vestida con un traje de chaqueta color crema

que irradiaba autoridad. Su perfume llenó la estancia mientras saludaba uno por uno, estrechando manos con una sonrisa sincera.

Finalmente se sentó junto a Bennett, quien aprovechó para decirle:

—Deberías venir a vivir ya aquí. Tu casa está terminada desde hace tiempo. Así te ahorrarías esos paseos en helicóptero.

Rose suspiró, con una sonrisa cansada.

—Lo sé, Bob. Pero todavía tengo que terminar asuntos pendientes que se dejó mi padre antes de morir. Dichosa burocracia...

—¿Qué me vas a contar! —replicó— Yo no hago otra cosa más que lidiar con los burócratas municipales y los del Estado.

—Si consiguiéramos ser un municipio independiente nos ahorraríamos muchos problemas y trámites —observó Zaldívar, y varios asintieron.

—Ya me gustaría a mí —dijo Bennett—. Pero eso contraviene las leyes federales. No podemos ser un municipio nada más empezar y además, sin una masa importante de población que lleve ya un tiempo viviendo aquí.

—¿Has mirado si se pueden cambiar esas leyes? —preguntó Rose.

—¡Vaya que sí! Cuando estuve el mes pasado en Washington me reuní con un senador amigo de tu padre.

—¿Y?

—De momento es imposible. Al menos mientras sigan los demócratas en el poder. Quizá más adelante... ya veremos.

Natalia, que había dejado unos documentos sobre la mesa, se disponía a marcharse.

—No, quédate —dijo Bennett, deteniéndola—. Vamos, si no tienes inconveniente —miró a la presidenta.

—No sé por qué iba a tenerlo —respondió Rose—. Que Natalia no sea de la Junta no la excluye de que participe en las decisiones.

—Eso es. Puede participar con voz, pero sin voto —añadió Zaldívar—. Y creo que hoy tendremos que oír su voz cuando deliberemos sobre el asunto que nos ha traído aquí. Es una experta en Recursos Humanos y tiene mucho que aportar.

Rose asintió, cruzando las piernas con elegancia.

—De acuerdo, pues, empecemos.

Natalia se sentó en una de las sillas libres, con la carpeta aún entre las manos, como si fuese un pequeño escudo. La sala de reuniones, luminosa y fría por el aire acondicionado, olía a madera nueva y a café reciente. Las paredes, forradas de paneles de roble, devolvían un eco discreto de cualquier murmullo. La presidenta miró a Bennett y, con un leve gesto de barbilla, le pidió que leyera el motivo de la convocatoria. Él se aclaró la garganta, ordenó un par de papeles, y su voz se proyectó con la seguridad de quien sabe que lleva las riendas.



Tras terminar la lectura, quien primero habló fue Claudia Eras. Una mujer mayor con el rostro fino, ojos grises que parecían medir cada palabra, cabello pulcramente cortado y teñido para ocultar las canas, y una manera contenida de cruzar las manos sobre la mesa.

—Explícanos qué es el esperanto, Bob.

Bennett arqueó una ceja, medio divertido, medio incrédulo.

—No me puedo creer que no sepas lo que es.

—Todos lo sabemos en mayor o menor medida —intervino otro miembro de la Junta, con tono conciliador—. Si te soy sincero, tengo curiosidad por ver cómo defiendes tu postura.

—Sí, explícanoslo —añadió la presidenta, apoyando los codos y entrelazando los dedos—. Yo también me quedé un poco sorprendida cuando me lo comentaste.

Bennett dejó los papeles sobre la mesa y respiró hondo. Sentía una leve punzada de ansiedad: conocía el valor del argumento, pero presentía resistencias. Su ambición por una Arcadia cohesionada chocaba con la naturaleza díscola de cualquier comunidad en gestación.

—Bien. El esperanto es una lengua planificada, es decir, creada artificialmente. Su autor fue L. L. Zamenhof, y lo hizo a finales del siglo XIX, con el propósito de facilitar la comunicación entre personas de distintas lenguas.

—Para solucionar el problema de la torre de Babel, vaya —añadió Zaldívar, con una media sonrisa, reclinado en la silla como si probara la comodidad de la idea.

—Así es —corroboró el Administrador—. Al haber sido creado artificialmente, se ha cuidado mucho de no caer en las dificultades que tienen las lenguas ya existentes.

Claudialadeó la cabeza.

—¿Qué tipo de dificultades?

—Pues, por ejemplo, el inglés tiene un gran hándicap en la pronunciación. No existen reglas para la pronunciación de las vocales, y cada palabra ha de aprenderse por separado, una por una. Por eso les cuesta tanto a nuestros escolares deletrear, por ejemplo. Hay que aprender cómo se deletrea cada palabra, porque cada vocal varía su pronunciación de forma casi arbitraria.

—Ah, ya —dijo la mujer, con un gesto de comprensión—. ¿Y eso no pasa con todos los idiomas?

—No —contestó Zaldívar—. En español eso no ocurre. Todas las letras del alfabeto se pronuncian igual, siempre.

—¿Ah, sí? No lo sabía. Pensaba que era un idioma difícil de aprender.

—Y lo es. Si bien la fonética es sencilla, saber si una palabra es masculina o femenina es una locura, sobre todo si no termina en “a” o en “o”. Por no hablar de los verbos, claro, que se conjugan de una forma endiablada.

Bennett asintió, con el índice golpeando despacio la mesa.

—Así es. El inglés no tiene ese problema, pero tiene el asunto de la fonética. En definitiva, cada lenguaje tiene sus propias dificultades.

—Ahora lo entiendo. Y el esperanto, al ser un idioma artificial, recoge todas las “bondades” de las lenguas, descartando sus complicaciones. ¿No es así?

—Lo has definido muy bien, Claudia. Es un lenguaje fácil de aprender, pues su gramática es regular (dieciséis reglas sin excepciones), su alfabeto es fonético (un sonido por letra) y su vocabulario se basa en lenguas europeas, que son las que hablamos nosotros. —Bennett se inclinó, con una satisfacción contenida—. Si os soy sincero, yo llevo una semana estudiándolo, y ya puedo decir algunas frases y entender otras. Es bastante sencillo, vaya.

—Dinos algo en esperanto, Bob —sugirió Zaldívar—. Solo para ver cómo suena.

Bennett enderezó los hombros y sonrió:

—*Saluton al ĉiuj. Mi konvinkos vin uzi Esperanton en Arkadia.*

Se produjo un breve silencio, y a continuación dijo uno de la Junta:

—Vaya... me recuerda a las lenguas eslavas de Europa del Este, ¿no es cierto?

—Sí, tiene mucha relación —aclaró Bennett—. El doctor Zamenhof era de esa zona, y lógicamente, se inspiró en ellas.

—A ver, ¿puedes repetirlo? —insistió Zaldívar.

—*Saluton al ĉiuj. Mi konvinkos vin uzi Esperanton en Arkadia.*

Un silencio más corto, y Claudia fue quien lo rompió.

—Pues yo creo haber identificado algunas palabras —dijo, inclinándose hacia delante.

—Sí, yo también —añadió la presidenta—. ¿Qué significa, Bob?

—*Hola, compañeros. Os voy a convencer para usar el esperanto en Arkadia.*

Rose se acomodó en la silla, evaluando rápidamente el impacto y dijo:

—Muy bien. Pues, convéncenos.

Bennett se mojó los labios y comenzó.

—Os preguntaréis por qué el esperanto y no cualquier otro idioma. Bien, hay dos buenas razones. La primera, su facilidad de su aprendizaje, como os he dicho. Aprender un lenguaje a estas alturas de nuestras vidas es difícil y suele tomar mucho tiempo, y no os voy a negar que en muchos de nosotros generará resistencias. Y en mí no menos que en los demás. La facilidad es un plus en este sentido. Y la segunda razón es, como siempre, como todo lo que nos guía al construir Arcadia, para proteger a nuestros hijos.

Claudia frunció ligeramente el ceño:

—Pero, ¿cómo les vamos a proteger simplemente por hablar un idioma distinto? No lo entiendo...

—Para facilitar el aislamiento —adivinó otra mujer de la Junta.

—En efecto. En Texas la “contaminación” puede venir en inglés o en español. Las personas que tengan que venir aquí para suministrar cualquier cosa hablarán alguno de esos dos idiomas, y no podrán interaccionar con nuestros hijos para contaminarlos con su basura ideológica, con la porquería del mundo exterior.

La presidenta levantó una mano, pausada.

—Espera, Bob, espera. Nuestros hijos ya hablan inglés o español. Si vienen a contaminarlos, lo podrán hacer de todas maneras.

Bennett bajó un poco la voz, como quien acepta una grieta, pero insiste en taparla.

—A nuestros hijos sí, y ya no hay remedio. Pero no ocurrirá lo mismo con los que nazcan a partir de ahora, incluidos los hermanos de nuestros hijos. Arcadia es un proyecto de futuro, y tenemos que velar por nuestros nietos. Nuestros hijos y esos nietos nos lo agradecerán en ese futuro.

Claudia movió los dedos, pensativa.

—El argumento lo veo muy endeble, Bob. La protección que les proporcionará Arcadia será suficiente para frenar esa contaminación.

—Esperemos que lo sea, desde luego —Bennett se frotó el puente de la nariz—, pero no podemos fiarnos de la rebeldía de la juventud.

—¿A qué te refieres?

—Según la Constitución, si un hijo ya es mayor de edad, nada podemos hacer los padres si se quieren largar.

—¿Y por qué iban a querer hacerlo?

—Porque les tienta o les seduzca lo que les hayan dicho o mostrado del mundo exterior —apuntó Zaldívar.

—En eso te doy la razón —confirmó la presidenta, sopesando—. Por muchas precauciones que pongamos, la ciudad más cercana está a solo cuarenta millas y, sobre todo al principio, no seremos autosuficientes. Gentes de fuera vendrán y será imposible que nuestros hijos no los vean, e incluso que hablen con ellos.

—Exactamente. Si ponemos otra barrera, en este caso la barrera lingüística, será otro obstáculo que tendrán que superar.

Natalia, que había permanecido en silencio, apretó la carpeta con los dedos. Pensó en sus hijos, en su curiosidad natural, en el brillo de sus ojos cuando preguntaban por el mundo. No quería apagar esa luz, pero temía lo que podía entrar por cualquier rendija.

—Algo que les disuada de escapar, ¿verdad? —intervino, con voz queda cautelosa pero firme.

—No. Algo que les disuada de buscar su perdición —corrigió el vasco.

—En mi opinión —la chica miró a la presidenta y esta hizo un gesto afirmativo con la cabeza—, creo que lo mejor es inculcarles con firmeza y determinación los valores cristianos, los valores de Arcadia. Enseñarles, como padres y suprema autoridad que somos para ellos, que solo deseamos su bien, y que en el mundo exterior solo pueden encontrar su perdición —miró a Zaldívar.

—Claro, Natalia —intervino Bennett, inclinando el torso—. Todo eso lo vamos a hacer. Pero tener un idioma propio es un signo de identidad, un signo de pertenencia. Algo de lo que uno se siente orgulloso y que lo distingue de los demás. Es como ser una nación dentro de la nación. ¿Lo entiendes?

—¿Como los amish?

—Sí, como los amish. Has puesto un buen ejemplo.

—¿Qué son los amish? —preguntó otro de la Junta.

—Los amish son una comunidad religiosa anabaptista que vive en Pennsylvania y Ohio. Vinieron a Estados Unidos en el siglo XIX, creo, desde Suiza, y siguen anclados en ese siglo. Visten como en esa época, viven del campo y de la ganadería, no usan automóviles, ni electricidad, ni tecnología de ningún tipo...

—¿Pretendes que vivamos así nosotros?

—No, desde luego. A lo que me refería es que son una comunidad cerrada, y usan su propio idioma, el llamado “Pennsylvania Dutch” para reforzar su aislamiento. Nosotros podríamos hacer lo mismo, solo que con el esperanto. A ellos les funciona, desde luego.

—Vaya, que alguien ya nos ha copiado la idea.

—A ellos les funciona, y cuando sus hijos descubren el mundo exterior, se suelen quedar en casa, donde nacieron. Arcadia puede ser algo parecido, si nos lo montamos bien.

—Además, el esperanto —añadió Zaldívar, con un brillo de orgullo colectivo—, presenta una ventaja adicional sobre cualquier idioma que se hable en otro lugar.

—¿Te refieres, además de su sencillez? —preguntó la presidenta.

—Sí, a eso me refería.

—¿Y cuál es?

Fue Natalia quien se adelantó, con un nudo de duda y lógica tensándole la voz:

—Que los chicos no podrán “escapar” —miró al vasco— a un lugar donde su idioma se hable. ¿No es así?

—Así es. El esperanto no se habla en ningún país.

—Ya —apuntó Claudia—. Solo unos cuantos chiflados lo hacen, principalmente en Europa.

—Y, por tanto, se tendrán que quedar con nosotros, a la fuerza, ¿verdad?

—Se tendrán que quedar en Arcadia, sí. Para que sean felices, y para que tú puedas disfrutar de sus hijos, que serán tus nietos.

Rose entrecerró los ojos, pesando la palabra “felices” como una promesa que debía ser real, no un eslogan.

—Natalia —preguntó con suavidad—. Te veo muy reticente. ¿Es por alguna razón?

—No, Rose —la palabra le salió demasiado franca; un temor fugaz le atravesó: ¿había tomado demasiada familiaridad?—. Perdón, ¿puedo llamarle así?

—Por supuesto.

—Gracias. —Suspiró, liberando tensión—. A ver, yo valoro los principios de Arcadia tanto o más que cualquier miembro de la Junta. Mi familia y yo estamos iniciando un proyecto que nos ha llenado de ilusión. Ha traído luz a una vida que tenía unas perspectivas muy sombrías. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Insisto en que este aislamiento tan forzado no puede traer sino consecuencias negativas. Viviremos en una ciudad prácticamente incomunicada, de la que no se puede salir salvo en un vehículo a motor...

—Que no tendremos, salvo unos pocos muy controlados y para emergencias —apuntó Zaldívar.

—Eso es.

Rose se mantuvo erguida. Oía el eco del legado de su padre, la visión de un lugar limpio y protegido.

—Así lo visionó mi padre, Natalia —replicó.

—A quien siempre respeté y admiré —corroboró ella—. Pero, ya que se me ha pedido opinión, la doy, como experta en personas que soy.

—Y yo la escucho y la agradezco, Natalia.

—Muchas gracias. Pues eso. En mi opinión, es mejor educar e inculcar firmemente nuestros valores, y con eso será suficiente. Insisto, cualquier añadido puede ser contraproducente. Conozco bien la psicología humana, y sobre todo la de los jóvenes. En mi carrera hice una especialización sobre eso.

La presidenta sopesó lo dicho. En la sala se hizo un silencio pesado, cortado solo por el sonido remoto de una máquina y el zumbido constante del aire. Finalmente, suspiró, y dijo:

—Tendremos en cuenta tu opinión, sin lugar a dudas. ¿Alguna otra objeción?

Claudia, con los labios apretados, habló despacio.

—Sinceramente, todo el esfuerzo que estamos haciendo para levantar Arcadia... no sé por qué tenemos que añadir un problema más.

—Pues porque son los detalles los que hacen que un proyecto prospere o no prospere —apuntó Bennett—. Y este es, a mi entender, un detalle importante. —Hizo una pausa—. Ya sé que a todos nos costará lo suyo aprender esperanto. Y apuesto a que esa dificultad es la que mueve a muchos miembros de esta Junta a negarse a la medida. ¿A que sí?

Muchos asintieron.

—¿Cuántos de vosotros os unirías a mí sin dudarlo, si ya supiéramos hablar esperanto? ¿Eh? Si por alguna razón nos lo hubieran enseñado en el colegio y lo domináramos...

—¡Ahí le has dado, amigo! —exclamó uno de la Junta, y se oyeron murmullos de aprobación.

Zaldívar se inclinó hacia delante, con los antebrazos sobre la mesa. Su certeza era la de quien ha visto un pueblo nacer por la lengua.

—Yo estoy contigo, Bob, y te apoyo. Además, me quedo con lo que dijiste antes: “tener un idioma propio es un signo de identidad, de pertenencia. Algo de lo que uno se siente orgulloso y que lo distingue de los demás. Es como ser una nación dentro de la nación”. Eso es lo que has dicho, ¿verdad?

—Sí, así es. Y creo que tú lo sabes bien.

—Lo sé por experiencia propia —miró al resto—. Como bien sabéis, yo soy de origen vasco. He venido aquí, como todos, para procurar la felicidad de nuestros hijos. Y en cuanto Bob me habló de este proyecto, me sonó muchísimo a lo que pasó hace ya tiempo, en Euskadi.

—¿Qué fue lo que pasó, Jorge?

—Que obtuvimos nuestra identidad, y fue el idioma lo que nos unió y nos dio cohesión. — Se detuvo un segundo y luego siguió—. Veréis, cuando murió el dictador Franco, el euskera, que es el idioma de mi tierra, apenas se hablaba. Solo quedaban algunos resquicios en el mundo rural, y poco más. El idioma hubiera terminado desapareciendo por completo, si no llega a ser por el impulso tan decidido que le dieron los gobernantes. Desde entonces, se impuso a toda la población.

—¿A la fuerza?

—No exactamente. Fue la lengua principal de la Administración, el que había que saber para poder trabajar en ella. La televisión y los medios solo hablaban en euskera, y al final se impuso.

—¿Se impuso sobre el español? —preguntó Claudia.

—No, porque las vías de comunicación con el resto de España seguían abiertas. La gente simplemente se convirtió en bilingüe.

Rose asintió despacio.

—Ya sé por dónde vas. Eso no ocurriría aquí porque estaremos “cerrados” al mundo exterior.

—Exactamente.

Claudia frunció el ceño. Otros miembros imitaron ese gesto, mientras algunos asentían con convicción. La sala parecía dividida en dos respiraciones. Así se confirmó cuando se votó alzando la mano: empate.

—Rose, tú decides —dijo Bennett, con voz medida—. Ya ves que no nos ponemos de acuerdo.

La señora Hip se mordió el labio inferior, que era su gesto característico de indecisión. Se levantó, caminó hasta la ventana, y contempló cómo las excavadoras seguían trazando el futuro sobre la tierra. Cruzó los brazos. Sintió el vértigo del poder y el deber de custodiar una promesa. Unos segundos que se estiraron como si fueran minutos. Todos aguardaban, un poco en vilo, la sentencia.

Se dio la vuelta y habló con calma.

—Caballeros, el esperanto será la lengua oficial de Arcadia —sentenció—. Muchas gracias a todos, y en especial a ti, Natalia. Sé que estás haciendo un esfuerzo por estar aquí con nosotros, con todas las ocupaciones que tienes.

La chica mostró una sonrisa de cortesía, educada y breve. Por dentro, una mezcla tensa: alivio por ser escuchada, temor por el muro que acababan de levantar, y el deber de cumplirlo, incluso ella misma.

Bennett la miró, con una cordialidad práctica.

—No te enfades. El requisito del idioma hará que no tengáis tanto trabajo en el Comité de Admisión. Verás como ahora recibís menos solicitudes...

Mi adolescencia

La adolescencia llegó a Arcadia como una tormenta silenciosa. Nadie hablaba de ella, pero todos la sentíamos. Era como si el aire se volviera más denso, como si las paredes de las casas se estrecharan y los caminos se hicieran más largos. De pronto, los juegos de la infancia dejaron de tener sentido, y las tardes se llenaron de conversaciones susurradas, de miradas furtivas y de preguntas que no sabíamos cómo formular.

Fue una época de descubrimientos y de pérdidas. Aprendí que la felicidad de la infancia era solo una ilusión, y que el mundo estaba lleno de preguntas sin respuesta.

La escuela se volvió un lugar extraño. Los profesores repetían los mismos discursos sobre los peligros del mundo exterior, sobre la importancia de los valores y la pureza. Pero nosotros, los adolescentes, empezábamos a notar las grietas en ese discurso. Algunos compañeros susurraban historias sobre familias expulsadas, sobre sanciones y castigos. Otros hablaban de libros prohibidos, de música que nunca habíamos escuchado. El deseo de saber más se mezclaba con el miedo a ser descubiertos.

Fue en esa época cuando Rose Mary Hip empezó a visitarnos más a menudo en la escuela. Su presencia era siempre solemne, pero yo notaba en sus ojos una sombra de preocupación. Nos hablaba de la misión de Arcadia, de la responsabilidad que teníamos como jóvenes. Pero sus palabras, que antes me parecían llenas de sentido, empezaron a sonar vacías. Robert Bennett, por su parte, se mostraba cada vez más agrio y distante, y su mirada, fría. Algunos pensaban que tenía espías entre los alumnos, que nada escapaba a su control.

En medio de todo, mi cuerpo también cambiaba. Mis pechos se desarrollaron bastante, quizá demasiado, y eso hizo que todos los chicos se fijaran en mí más que nunca. Empecé a notar las miradas de todos ellos, los comentarios velados, las comparaciones. Me sentía incómoda en mi propia piel, como si de pronto fuera visible de una manera nueva y extraña.

También fue en esa época cuando apareció Ron en mi vida. Yo ya lo conocía de antes, porque en Arcadia se conoce todo el mundo. Pero hasta entonces no era más que un chico más, uno de los que iban dos cursos por delante. Tenía una energía inagotable y una sonrisa desafiante, de esas que parecen retar al universo. Su rebeldía, que antes era solo travessura, se volvió desafío. Ya no le bastaba con ganar las carreras o saltar la valla más alta; ahora quería saber qué había más allá de los límites de Arcadia. “¿Nunca te has preguntado por qué no podemos salir?”, me decía, con esa chispa en los ojos que siempre me inquietaba. Yo le respondía con evasivas, pero en el fondo, sus preguntas empezaban a resonar en mí.

Gab, en cambio, era el polo opuesto: callado, observador, siempre dispuesto a ayudar, pero incapaz de levantar la voz. Parecía aferrarse a la seguridad de lo conocido. Se volvía más callado cada día, como si temiera que cualquier palabra pudiera romper el frágil equilibrio de nuestras vidas.

Con el tiempo fui notando que Gab me miraba de una forma distinta, como si esperara algo de mí que yo no podía darle. Me miraba con una ternura que a veces me dolía, y Ron, con una intensidad que me hacía temblar.

A veces, cuando Ron y yo discutíamos sobre el mundo exterior, Gab se limitaba a mirar al suelo, apretando los puños. Yo intuía que sufría, pero no sabía cómo ayudarlo. Su cariño por mí era cada vez más evidente, y aunque intentaba no herirle, sentía que la distancia entre nosotros crecía con cada día que pasaba. La misma distancia que me separaba de Gab, era la que me acercaba a Ron. Aunque en realidad, yo no sabía qué querían, ni quién era yo realmente. Solo sabía que algo estaba a punto de romperse.

Proyectando la ciudad

Proyecto Arcadia. Reunión de seguimiento número 36.

—*Ĉu vi vidas? Ĝi ne estis tiel malfacila finfine.* [¿Veis como no era tan difícil?]

—*Vi pravis, Bob Mi jam kutimiĝis al ĝi kaj ĝi venas nature al mi.* [Tenías razón, Bob. Yo ya lo he cogido como costumbre y me sale solo].

—*Por esti membro de Arcadia, oni bezonas altan intelektan kvocienton. Lerni lingvojn ne estas tiel malfacile.* [Para ser ciudadano de Arcadia, hay que tener un cociente intelectual alto. No es tan difícil aprender idiomas].

—*Kaj la sama afero okazas kun niaj infanoj; ili jam parolas ilin pli bone ol ni.* [Y a nuestros hijos les está pasando lo mismo; ellos ya lo hablan mejor que nosotros].

—*Nu, kelkaj el la pli aĝaj trovas ĝin pli malfacila.* [Bueno, eso algunos. A los mayores les está costando más].

—*Ĝi estas pura ribelo, Claudia; fine, ili estos kiel ni.* [Es pura rebeldía, Claudia. Al final les pasará como a nosotros].

—Do, kio estas en la tagordo? [Bueno, ¿cuál es el orden del día?]

Los miembros de la Junta Directiva habían sido elegidos cuidadosamente por el difunto Rosendo Hip. Muchos eran amigos personales, hombres y mujeres que habían compartido con él cenas, proyectos y confidencias. Todos habían contribuido financieramente al sueño que ahora se levantaba sobre la llanura. Arcadia no era solo un proyecto urbanístico: era una promesa, una fortaleza contra la perversión del mundo exterior.

Uno de los requisitos esenciales para los candidatos seleccionados por Natalia Peman, la directora del Comité de Admisión, era poseer un alto coeficiente intelectual, demostrado mediante rigurosas pruebas psicotécnicas. Rosendo había insistido en ello: “*No quiero mediocres en mi ciudad. Quiero mentes que comprendan, que construyan, que sostengan la visión que vamos a crear. Solo los inteligentes son capaces de entender el verdadero valor de las cosas*”. Y ahora, en aquella sala revestida de madera noble, la élite de esas mentes debatía sobre el futuro.

Bennett se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas. Sentía el peso del legado sobre sus hombros, pero también el de una ambición desmedida. Su mirada recorrió los rostros expectantes, algunos tensos, otros distraídos, y finalmente habló:

—Tenemos que tratar sobre los suministros. A ver qué podemos hacer para no tener que depender de terceros. Para ser autosuficientes.

Rose Mary Hip, sentada en la cabecera, levantó la vista de sus notas. Su gesto era sereno, pero en el fondo bullía la duda: ¿hasta dónde debía llegar la obsesión por el aislamiento? ¿Hasta qué punto se podía tensar la cuerda sin que se rompiera?

—¿Hasta qué punto es necesaria la autosuficiencia, Bob? —preguntó con voz firme—. En realidad, las compañías locales o estatales de suministros estarían encantadas de tener nuevos clientes. ¿No es así? Y en caso de problemas, bastaría con cambiar de compañía.

Bennett la miró con una mezcla de respeto y obstinación. Recordó las conversaciones con Rosendo, aquellas noches en que el fundador hablaba del mundo exterior como un pantano tóxico. Su voz salió grave, cargada de convicción:

—Ese tema ya lo traté con tu padre, Rose. Antes de que falleciera, claro.

Ella asintió, con un leve movimiento de cabeza.

—Lo sé. Pero no recuerdo por qué optasteis por esta solución. Creo que la alternativa de la autosuficiencia es también problemática.

—¡Claro que lo es! —Bennett golpeó suavemente la mesa con la yema de los dedos, un gesto que delató su tensión—. Y por eso convoqué esta reunión de la Junta. Para decidir qué hacemos.

Zaldívar, siempre directo, se inclinó hacia él.

—¿Estás encontrando algún problema con el que no contabas, Bob?

—Lo que me estoy encontrando son movimientos hacia el monopolio. Y eso es lo que me preocupa.

—A ver, explícate.

Bennett se acomodó en la silla, respiró hondo. Sabía que cada palabra debía sonar como un argumento, no como un miedo.

—Lo que dice Rose sería lo más sencillo y económico. Al menos a corto plazo. Me refiero a contratar a compañías locales. Los pagos se acumulan y con la inflación, el dinero de Rosendo se va depreciando —y el de los demás—, aunque no se gaste.

Claudia, con su habitual tono analítico, intervino:

—No comparto contigo esa visión. Lo más económico sería gastar el dinero cuanto antes, ahora que lo tenemos, y no esperar a pagar suministros a terceros durante toda la vida con un dinero que quizá ya no tengamos.

—Desde el punto de vista económico estás en lo cierto. Pero no es así desde el punto de vista financiero.

—¿No es lo mismo? —preguntó otro miembro, con gesto confundido.

—No. Gran parte del legado de Rosendo se ha invertido en bonos a largo plazo. Y sacarlos ahora para acometer una inversión en infraestructuras nos supondría un agujero quizás dentro de diez o veinte años.

—Ah, ya. El tema de los intereses.

—Así es.

Rose apoyó el mentón en la mano, pensativa. Sentía la presión de cada cifra como un recordatorio cruel: el dinero no era infinito, y la utopía tampoco.

—Bueno, pero al final, ¿cuál es la diferencia entre una y otra opción? ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Eso dependerá de la evolución de los tipos de interés. Es imposible saberlo. Si los republicanos acceden al poder en las próximas elecciones, yo sería favorable a la opción de esperar. Suelen ser más agresivos con la política monetaria e inundan el mercado de dinero. Los tipos seguirían bajos y el dinero no se depreciaría. Por el contrario, si siguen los demócratas... sería mejor invertir ahora.

Zaldívar soltó un bufido, cargado de convicción.

—Los demócratas van a seguir, Bob. Siguen con su política de expandir el gasto público y destruir empleo. El dinero será escaso y los tipos de interés subirán.

—Sí, es lo que yo creo. Pero invertir en renovables tiene sus riesgos, ya lo sabéis.

Claudia arqueó una ceja.

—¿Cuáles son esos riesgos, Bob?

—Pues que estaríamos a merced de los elementos. De si hace viento o hace sol. El suministro eléctrico podría ser irregular y afectaría a nuestra calidad de vida. El Estado lo soluciona tirando de la energía nuclear, que es barata, limpia, y está siempre disponible. Pero como comprenderéis, nosotros no podemos instalar una central nuclear en Arcadia.

—¡Ya nos gustaría! —exclamó uno de la Junta, y las risas aliviaron por un instante la tensión.

Zaldívar se inclinó hacia delante, con los ojos brillando.

—Se solucionaría con combustibles fósiles, Bob.

—¿Con petróleo?

—Sí, obviamente. Con gasoil, más concretamente. Eso nos obligaría a tener que comprarlo fuera, claro está, lo que nos haría un poco dependientes del exterior. Un camión cuba —o varios, si llegamos a completar las fases que tenemos planeadas— tendría que aparecer por Arcadia regularmente, y con eso, exponer a los jóvenes a fuentes de “contaminación”.

Rose asintió despacio, con el ceño fruncido.

—Ya entiendo. Esa sería la pega, ¿verdad? Si por el contrario nos adherimos a un contrato de suministro eléctrico o de gas con alguna de las compañías que operan en el municipio, o en el Estado, por aquí no aparecería nadie, ¿no es así?

—Así es. Bueno, aparecerían de vez en cuando, en casos de averías o cosas así. Desde luego, menos que con la otra opción.

—En definitiva, hay que sopesar cuánto podemos arriesgarnos a que venga gente de fuera y hablen con nuestros jóvenes. Que les contaminen, vaya.

—Eso es. O que hablen, o que les muestren un teléfono móvil, o cualquier otra cosa que los escandalice.

Rose se enderezó, con la voz cargada de autoridad.

—La prioridad siempre debe ser la autosuficiencia, Bob. ¿No habíamos quedado en eso? A no depender del exterior, o lo menos posible.

—Así es. Hay que cerrar todas las puertas que se puedan a la contaminación perversa.

Claudia chasqueó la lengua.

—Claro, Bob. Pero es que no vivimos en Marte. Estamos rodeados de peligros, y estos entran en Arcadia, aunque nosotros no queramos.

Bennett asintió, con un gesto grave, y lo matizó:

—Por ejemplo, en el caso del suministro de agua. En Arcadia existe una laguna natural que no se seca ni en verano, y que tiene su origen en acuíferos a gran profundidad. Pero su utilización requiere permisos que me está costando bastante trabajo conseguir.

—¿Por qué?

—Porque el agua no nos pertenece. Las cuotas de uso que nos dan son insuficientes. No nos llegaría ni para regar los campos.

—Podríamos usar el agua de lluvia. Esa no nos la pueden quitar.

—Sí, pero la cuestión es cómo recogerla. Se necesitan depósitos auxiliares y establecer pendientes para que no se filtre al subsuelo. Allí entraría a formar parte de los acuíferos y sería propiedad del Estado.

—Eso serían parte de las inversiones, ¿verdad, Bob?

—Sí. Las inversiones serían las siguientes. Bueno, las podéis ver en la página 4 del orden del día.

El sonido de hojas al pasar llenó la sala. Muchos enarcaron las cejas.

—¡Es carísimo! —dijo Claudia.

—Sí, pero es para siempre. De las averías o el mantenimiento nos podríamos encargar nosotros, sin depender del exterior.

—Sí. Y eso es lo más importante, según hemos quedado —apuntó la presidenta.

—Así es.

Zaldívar se inclinó hacia Bennett.

—Vale, Bob. Ahora explícanos tus cautelas con la opción “B”.

—La opción “B” en el corto plazo es la más barata —miró a Claudia—. No tendríamos que invertir en nada, pero tendríamos que destinar una partida todos los meses para pagar los suministros. De agua, de electricidad y de gas. Y eso plantea dos problemas.

—¿Cuáles son?

—El primero, lo que os apuntaba al principio. Veo tendencias monopolísticas en los suministradores del Estado. Es posible que eliminen competidores y al final se queden en solo dos o tres. Y eso sería letal para nuestros intereses.

—Ya entiendo. Si se ponen de acuerdo, nos pueden cortar o boicotear el suministro —apuntó.

—¿Por qué iban a hacer eso? ¡Perderían dinero!

—Las compañías eléctricas son poderosísimas, Claudia. Pueden perder dinero si lo ganan por otro lado. Si reciben presiones de alguien que esté en contra nuestra, no les temblará la mano en cerrar el grifo.

Rose asintió, al recordar casos similares en otros Estados.

—Sí, eso es cierto. Ya ha pasado con los mormones, mismamente. La furia antirreligiosa de ciertos partidos se metió con ellos y los obligó, bajo coacciones, a aceptar cosas que iban en contra de sus preceptos.

—Así es —corroboró Bennett—. Si hubiera muchos proveedores diferentes, siempre podríamos encontrar alguno que nos satisficiera. Pero creo que ese no va a ser el caso en el medio plazo.

—De acuerdo, Bob. ¿Y el otro problema?

—El otro problema es que no sé de dónde vamos a sacar el dinero para pagar los suministros... digamos, dentro de veinte o treinta años. El dinero de tu padre no durará para siempre, y hay que invertirlo bien.

—Eso nos obligaría a comerciar —apuntó Zaldívar—. ¿Verdad?

—Exactamente. Nos obligaría a vender productos de Arcadia —como alimentos cultivados o productos manufacturados— a cambio de dinero para pagar esos suministros.

—Y comerciar implica tener relaciones con el exterior.

—Eso es. Seríamos proveedores de alguien y por tanto, ese alguien podría imponer sus condiciones. Además de que sería una fuente de contaminación, naturalmente.

Un murmullo recorrió la mesa. La palabra “contaminación” sonaba como un espectro que acechaba cada decisión. Bennett levantó la mano, imponiendo orden.

—Las energías renovables serían nuestras en su totalidad, y podríamos reducir al mínimo los suministros de gasoil para casos de poco sol o escaso viento. Para ello, propongo construir una planta de biocombustible, algo que no es caro, para reutilizar residuos orgánicos (restos de cosechas, estiércol, residuos de cocina...) y con eso generar electricidad y calor. ¿Qué os parece?

Las miradas se cruzaron, los murmullos se convirtieron en asentimientos. La lógica comenzaba a imponerse sobre el miedo.

Finalmente, Rose Mary habló, con voz clara:

—Está bien, Bob. Creo que nos has convencido, al menos a la mayoría. Aceptamos tu propuesta para la instalación de las placas de energía fotovoltaica, aerogeneradores y canalizaciones para el agua de lluvia —leyó en el informe—. Ah, y para la planta esa de biocombustible.

Un silencio breve, seguido de un murmullo de aprobación, llenó la sala. Bennett sintió un alivio frío, mezclado con la certeza de que cada decisión era un ladrillo más en el muro que separaría Arcadia del mundo.

La pandilla

Pero no solo eran los cambios físicos u hormonales los que se producían en nuestra adolescencia. Porque lo cierto es que en Arcadia todos los niños a partir de los 14 años trabajábamos. Bueno, trabajábamos y estudiábamos porque a partir de esa edad los profesores ya no nos daban clases de matemáticas, religión, esperanto, ciencias naturales o biología. Desde esa edad, lo que estudiamos por las mañanas era formación profesional y por las tardes poníamos en práctica lo que habíamos estudiado por la mañana, ayudando a los adultos en su trabajo.

Yo tuve mucha suerte y pude trabajar en lo que más me gustaba, que era la producción audiovisual. En Arcadia se rodaban cantidad de series y de películas, y para ello había quien se dedicaba al arte dramático y eran actores o actrices en todas esas series. Pero claro, luego todo eso había que montarlo. Había que editarlo. Había que añadir subtítulos, sincronizar el audio... era un trabajo bastante intenso y que llevaba muchas horas. Y para eso me instruía por las mañanas, para conocer todos los secretos de la luz, y cómo esta se plasmaba en las cintas magnéticas. Como digo, era un trabajo muy codiciado y no todos accedían a él. Muchos amigos míos acababan trabajando en las fábricas, en el campo o en la construcción, que era realmente donde más mano de obras se necesitaba.

En Arcadia nadie estaba ocioso porque había mucho trabajo que hacer, en ese esfuerzo constante por ser autosuficientes. Siempre faltaban manos para la cantidad de cosas que había que realizar y las múltiples profesiones: la fábrica de telas, la fábrica de papel, la fundición, la imprenta, la depuradora, la planta de reciclaje, la planta de biocombustible, el hospital, el laboratorio... Yo creo que esa era la razón por la que los adolescentes trabajábamos, aunque los adultos insistían en que era una forma de valorar lo que teníamos, lo que cuestan las cosas y de labrarse un porvenir.

Casi desde primaria, todos los niños éramos cuidadosamente seleccionados para identificar cuáles eran nuestras mejores aptitudes y orientarnos en una u otra profesión.

Mi madre siempre me decía que en Arcadia estábamos las personas más inteligentes del planeta, y era verdad. Natalia, la madre de Gab, se encargó de seleccionar para venir aquí a los mejores, y por eso el resto del mundo nos tenía envidia y había que protegerse de ellos. Los “exteriores”, nos decían, eran malos, zafios, sucios y perversos, y minimizar nuestro contacto con esas personas era una cuestión de vida o muerte, de mera supervivencia.

Por eso se hizo tanto ahínco en el desarrollo del laboratorio. Era una planta de investigación al más alto nivel, donde las personas más inteligentes de Arcadia trabajaban sin descanso para conseguir desarrollar internamente las materias primas de las que carecíamos. Y lo cierto es que se consiguió. Un hermano de Zaldívar, que era uno de los jefes de la ciudad, logró obtener plásticos y caucho sintético a partir de residuos orgánicos, y ya se había avanzado muchísimo en la mejora de las baterías que usábamos para almacenar energía cuando no había viento o sol. Todo era para limitar al máximo nuestra dependencia energética con el mundo exterior, y así no tener que interaccionar con esos envidiosos que solo deseaban nuestro mal.

Yo estuve a punto de entrar en el laboratorio, y hubiera terminado investigando con los adultos. Mi madre decía que yo era listísima, la persona más inteligente que ella conocía. Pero claro, en Arcadia éramos muchos, tanto o más inteligentes que yo, y finalmente me quedé sin la plaza. Pero no me importó lo más mínimo. La producción audiovisual me apasionaba, y, francamente, me lo pasaba mejor en el Estudio. Me lo pasaba mejor que la mayoría de mis amigas, que acababan siendo costureras, zapateras, o incluso trabajando con los chicos en los establos o en el campo. Estas estaban deseando casarse porque al tener hijos, la mujer podía elegir entre si quería seguir trabajando o bien dedicarse a la maternidad. Obviamente, todas elegían lo segundo.

Ron acabó dedicándose a las tareas agrícolas y ganaderas. Realmente eso era donde más mano de obra se necesitaba, pues Arcadia era una ciudad grande y todos sus habitantes necesitaban comer todos los días. Estar en los establos con los animales no era muy agradable, y yo creo que por eso estaba tan quemado y quería largarse.

Mejor suerte corrió Gab. Como era hijo de Natalia Peman, que era una de las mujeres más importantes de Arcadia, mi amigo terminó trabajando como técnico de mantenimiento, algo muy en consonancia con el empleo de su padre, Xavier, que era el jefe de ingenieros de la ciudad.

La adolescencia es también la época de las pandillas, y en la nuestra éramos cinco. Bueno, en realidad éramos más, con chicos y chicas que entraban o salían o que cambiaban de grupo para juntarse con otros. Por no hablar de los novios, claro. En cuanto que un chico y una chica se enamoraban, lo habitual era que abandonaran la pandilla y se dedicaran a conocerse mejor, a estar solos, y, a darse algún beso o achuchón de forma furtiva. Algo que, por supuesto, nos prohibían nuestros padres, claro. Pero era muy difícil detener los impulsos naturales de los adolescentes, y la geografía de Arcadia favorecía esos encuentros prohibidos.

Además de los campos, las eras, los graneros y las instalaciones de todo tipo, también teníamos un bosque en el perímetro de la ciudad, aunque cada vez era más pequeño. Cada vez se deforestaba más, pues cada vez era más necesario el espacio para construir nuevas viviendas; no solo para dar cabida a las nuevas familias que se iban formando, sino también para albergar a todos los que seguían interesados en venir a Arcadia en busca de la felicidad.

Los cinco miembros más “estables” de nuestra pandilla, además de Ron, Gab y yo, eran Lola y Paul. Este último era también de mi clase, uno de los habituales del descampado. Respecto a Lola, era vecina de Paul, y este la introdujo en nuestro grupo al comenzar a salir con ella.

Bueno, en realidad, con quien siempre quiso salir Paul, al igual que Gab, era conmigo. Pero yo no me daba por enterada de todas esas insinuaciones, porque a mí quien realmente me gustaba era Ron. El problema es que este coqueteaba con todas, y eso me ponía a mí muy celosa.

Quizá esa espera que yo tuve hasta que él se me declarara abiertamente, hizo que tanto Gab como Paul mantuvieran esperanzas. Y sin embargo, este último lo comprendió a tiempo y optó por Lola, quién siempre estuvo enamorada de él.

Porque lo cierto es que Ron y Gab eran muy distintos, y no solo físicamente, sino también en su manera de ser. Mi compañero de pupitre en la infancia era rubio, muy delgado, un poco aniñado; como si la pubertad hubiera llegado a él de forma imperfecta o parcial. Tenía algo menos de mi estatura, y no es que fuera bajito. Por lo contrario, es que yo era muy alta, más alta de lo normal para ser mujer.

Nada que ver con Ron. Él sí que era alto de verdad, más que la mayoría de los chicos. Además, era moreno, con el pelo ondulado, fuerte, apuesto y musculoso, quizá por esas labores agrícolas a las que se dedicaba, y que le obligaban a cargar con fardos, cestas y cántaros durante todo el día. Tenía dos años más que nosotros, y trabajaba durante todo el día, pues la secundaria se abandonaba a los 16 años.

A todas las chicas nos gustan los chicos mayores, y esa madurez física quizá fuera lo que me atrajo de él desde el principio; además, claro está, de su actitud desafiante, rebelde e inconformista. Unas cualidades que siempre suelen fascinar a todas las chicas.

En realidad, yo creo que Ron hubiera podido conquistar a cualquiera, y optó por mí porque según él ninguna otra chica de Arcadia llegaba a mi altura y nunca mejor dicho eso de la

altura. Gab no fue en absoluto rival para él en la carrera por conquistarme, aunque mi pobre amigo no se dio cuenta hasta el final.

La televisión

Proyecto Arcadia. Reunión de seguimiento número 52.

La ciudad iba tomando forma, y cada semana se veían más luces encendidas al anochecer. Los camiones ya no entraban solo con hormigón y vigas; ahora traían panes, medicinas, colchones, ropa de trabajo. Arcadia respiraba. Todo comenzaba a funcionar, poco a poco, y la Junta se reunía cada vez menos para tratar asuntos estratégicos y más para cuestiones del día a día. Aun así, los temas de fondo seguían suscitando el interés de sus directivos, al ver las experiencias de la puesta en práctica del ambicioso proyecto de Rosendo Hip.

La sala de reuniones, amplia y de líneas sobrias, conservaba el olor a madera y a tinta fresca. De nuevo se habían reunido todos sus miembros, y esta vez también asistía Natalia Peman.

—¿El siguiente punto del orden del día? —dijo la presidenta, levantando la vista.

Tras debatir cuestiones menores que se resolvieron con asentimientos, pequeñas objeciones y firmas, llegó el momento que todos esperaban para debatir un asunto que suscitaba no pocas opiniones encontradas.

Bennett pasó una hoja con un roce seco y comenzó a hablar.

—Se trata de la televisión, y por eso ha venido Natalia. Como psicóloga y pedagoga, nos encantará escuchar su opinión respecto a este asunto. Puedes empezar cuando quieras —la miró.

Natalia se aclaró la garganta y arrimó la silla a la gran mesa de la Junta. Su chaqueta azul con hombreras contrastaba con la blusa gris perla; su cabellera rubia, cuidadosamente peinada, le confería una sofisticación que imponía respeto. Se tomó un segundo más, mirando a cada uno como si midiera la permeabilidad de sus conciencias.

—Gracias, Bob. En primer lugar, agradecer a la presidenta que me considerara para expresar mi opinión.

—Nada que agradecer, Natalia —respondió Rose, con una sonrisa breve—. Somos nosotros quienes te lo agradecemos a ti.

—Gracias por agradecer, pues. —Una pequeña sonrisa se le escapó por la comisura de la boca, que se disolvió rápido, como si temiera que desarmara su mensaje—. En primer lugar, quiero decir que no soy partidaria de la televisión.

El leve zumbido del aire acondicionado pareció subir un punto. Zaldívar se acomodó, entre curioso y en guardia.

—¿Por qué?

—Considero que es perjudicial para nuestros propósitos.

Se hizo un silencio que ella prolongó deliberadamente. Escuchó su propia respiración y el tic tac amortiguado del gran reloj de principios del siglo XX que presidía una de aquellas paredes.

—Veréis: si consideramos que la sociedad del pasado —la sociedad preindustrial— fue aquella en la que las familias eran más felices, debemos imitarla en los aspectos clave que garantizaban esa misma felicidad. Por supuesto, no se trata de volver a aquellos tiempos —matizó, al observar la cara de algunos asistentes—. Obviamente, no podemos quedarnos sin sanidad, por ejemplo, ni sin otras comodidades de la revolución tecnológica —miró a Bennett—, como la utilización de esos aerogeneradores que se han instalado.

—¡Y qué funcionan de maravilla! —apuntó Zaldívar.

—Es decir —intervino la presidenta—, tu idea es quedarnos con lo bueno de aquella sociedad y con lo bueno de la actual y...

—Y rechazar lo malo de las dos. Exactamente, Rose.

—Bien —asintió la hija del fundador—. Me parece interesante, al menos como punto de partida.

Zaldívar, con las manos entrelazadas, flexionó los hombros.

—Y entonces, Natalia, ¿qué papel juega aquí la televisión? ¿Está entre las cosas buenas o entre las cosas malas?

—Entre las cosas malas —sentenció, sin titubeo.

Bennett levantó una mano, apaciguando el gesto:

—A ver. Está claro que la idea de construir Arcadia es, entre otras cosas, porque aborrecemos la televisión tal y como existe hoy en día. No nos gusta que nuestros hijos vean a mujeres erotizadas en anuncios y programas, o desnudas directamente. No nos gusta que se cosifique a las mujeres, ni la violencia, ni que...

—Ni que adoctrinen y manipulen a nuestros hijos desde el poder político y mediático —añadió Claudia, cruzando los brazos con decisión. En sus ojos había un brillo de combate ideológico que no se apagaba desde hacía años.

—Exactamente —continuó Bennett—. Obviamente, no propongo conectarnos al satélite estatal para ver esas porquerías. Mi propuesta es crear una televisión local, con contenidos “sanos”.

Zaldívar asintió despacio, tanteando el suelo antes del salto:

—Sí, te entiendo, Bob. Sería aprovechar lo bueno de la tecnología, pero emitiendo programación “de la buena”, ¿verdad? —Bennett asintió—. ¿Por qué te opones a eso, Natalia?

—Porque es adoctrinamiento.

Se produjo un murmullo. Algunas miradas buscaron a Rose; otras, la ventana, como si el paisaje ofreciera una salida.

—A ver, explícate —pidió la presidenta.

—Es muy sencillo. Si repudiamos la televisión de hoy porque adoctrina y manipula a los jóvenes, lo que no podemos hacer es lo mismo desde el otro lado. —Hizo una pausa, sintiendo el vértigo de estar sola en una línea—. Los hijos tienen que ser educados por los padres, no por terceros. No por los profesores ni por la televisión. Los maestros deben enseñar lo técnico, pero los valores los inculcan los padres. Además, la tele roba tiempo: horas que los niños podrían invertir en jugar entre ellos, en la calle o en el campo. En verse, en tocarse, en conocerse unos a otros.

—Eso es cierto —dijo una mujer de la Junta, y Natalia respiró aliviada al ver que no estaba sola—. ¿No habíamos quedado en que lo que menos deseábamos para nuestros hijos era que vivieran solos en el futuro, sin otra cosa que hacer más que ver series en una pantalla junto a una mascota?

Rose inclinó la cabeza, sopesando.

—Desde luego, ese es uno de los objetivos fundacionales de Arcadia, ¿No es así, Bob?

—Por supuesto —admitió, ordenando a la vez sus papeles y pensando al mismo tiempo cómo contraatacar.

—Entonces, ¿por qué quieres acometer este proyecto? Entiendo que el repetidor emitiría contenidos propios para toda Arcadia. ¿No es así?

—Sí, así es, y también de radio. Quienes trabajan en los campos o en las factorías también necesitan recibir esos contenidos.

—Y respecto a lo que ha dicho Natalia...

Bennett alineó un bolígrafo con una precisión maniática. Sentía la impaciencia de quien ve el plan claro y teme que el matiz lo diluya.

—En mi opinión, todo es “adoctrinamiento”. Incluso lo que hacemos los padres enseñando nuestros valores. Llámalo educación en valores —miró a Natalia—, llámalo como quieras. El caso es imprimir en los niños y en los jóvenes —que vienen con la mente en blanco— los valores que estimamos convenientes.

—Ya, pero...

—Porque si no lo haces tú, lo hará otro, Natalia. Esa es la cuestión. Y ese otro puede que no tenga buenas intenciones. No podemos garantizar que todos los padres hagan bien su trabajo. Confío en tu labor al frente del Comité de Admisión —asintió hacia ella bajando algo los ojos—, pero hay quien inculca mejor, quien inculca peor, y quien simplemente, no inculca nada. ¿Me entendéis? —barrió la mesa con la mirada.

—Sí, Bob —concedió Rose—. Eso que dices es cierto.

—Por esa razón, la televisión debe estar de soporte. No para sustituir a los padres, que, como dice Natalia, son la piedra angular, sino para complementar, reforzar y... por si acaso. Además, nadie está obligado a verla. Si los padres quieren comprar un aparato, que lo compren; y si no, no. Si lo tienen, podrán conectarlo o no conectarlo. Siempre será decisión de los padres, como debe ser.

—Y la televisión no va a quitar a nadie de jugar en la calle —añadió Zaldívar, con una sonrisa nostálgica—. Eso lo sé por experiencia. De crío, nadie se quedaba en casa pudiendo bajar a jugar.

—Exactamente —asintió Bennett—. Pero la tele está puesta a la hora de comer, en las noches frías... Los padres también la ponen, y entonces el niño la ve. No sobra, y sí que puede aportar bastantes cosas. Además —siguió, tras una breve pausa—, también sirve para “aleccionar” a los propios padres, por si a alguno se le olvida porque ha venido aquí. No está de más recordar los valores y principios fundamentales de Arcadia.

Claudia apoyó el codo, interesada, pero con la ceja levantada.

—Vale, Bob. ¿Y qué contenidos emitiría la televisión? ¿Solo “adoctrinamiento”?

—No me gusta llamarlo así. Y no. Precisamente adoctrinamiento, no. Nadie la vería y sería un gasto inútil. No podemos hacer lo que hacen los países comunistas, que retransmiten los discursos interminables de sus dirigentes. No podemos hacer eso, así como tampoco podemos llenar la parrilla emitiendo entrevistas a ciudadanos modélicos con sonrisas falsas.

—¿Entonces? —insistió Claudia.

Bennett se inclinó hacia delante. En su voz apareció un filo, entre cálculo y convicción.

—Tenemos que usar las tácticas de nuestros enemigos. Ellos adoctrinan muy bien; son responsables de que las familias se hayan destruido y de que las personas sean infelices y estén frustradas. Todo por la basura ideológica que los jóvenes se han tragado sin darse cuenta. —Abrió las manos—. Emitiremos contenidos atractivos, pero con un lenguaje “subliminal”, si me lo permitís: una coletilla, una expresión, una cara de felicidad o de desagrado en el momento justo... Esas cosas, orientadas en la dirección opuesta, lenta e inexorablemente han convertido a los jóvenes —y a los no tan jóvenes— en los desechos humanos que son actualmente. Si nuestros enemigos hubieran ido de frente, no habrían logrado nada. Pero así... mirad el resultado.

Una ola de murmullos recorrió la mesa. Muchos sintieron alivio y asintieron, comprendiendo lo oportuna que era la medida.

—Mi idea es usar todas esas estrategias, pero para inculcar los valores de Arcadia —sonrió, como quien siente la llegada del triunfo—. ¿Qué os parece?

De nuevo, murmullos de aprobación, y entonces habló la presidenta:

—Está bien, Bob —dijo al cabo—. Creo que cuentas con nuestro apoyo. Ya nos informarás de los contenidos concretos que piensas emitir. Serán películas y series con trasfondo, ¿verdad?

—Sí, pero rodadas en Arcadia y con protagonistas arcadios. Solo faltaría que nuestros jóvenes recibieran imágenes del mundo exterior y sintieran curiosidad por salir a conocerlo.

—¡Ese es mi Bob! —celebró Zaldívar.

Se levantaron sillas; los papeles se cerraron con golpes secos; el aire se llenó de conversaciones cruzadas. Los puntos del día ya se habían tratado, y los corrillos brotaron de manera natural: manos en los bolsillos, risas contenidas, informes intercambiados sobre avances de las obras, sobre el ritmo de las cosechas, sobre el rumor más reciente.

En uno de esos corrillos, Bennett y Natalia se quedaron frente a frente. Él sostenía una carpeta con apenas dos dedos, relajado; ella la apretaba contra el costado, como midiendo distancias.

—Bob, siempre te sales con la tuya. En realidad, no sé por qué convocas estas reuniones.

Él ladeó la cabeza, con un brillo de picardía.

—¿No lo adivinas, Natty?

—En realidad, sí —dijo ella, y dejó que el silencio hiciera su parte—. Porque si algo sale mal, siempre podrás decir que fue decisión de la Junta.

Bennett sonrió, como quien reconoce un jaque elegante.

—Cómo me conoces... —bajó un poco la voz—. Deberías conocerme todavía un poco más...

—Ni lo sueñes —le devolvió la sonrisa, esta vez con una mueca que mezclaba ironía y quizá algo de advertencia.

El primer beso

No sé en qué momento exacto Ron dejó de ser solo mi amigo. Quizá fue una acumulación de miradas, de silencios compartidos, de tardes en las que el sol parecía ponerse más despacio solo para darnos tiempo. O tal vez fue una sola noche, una de esas en las que el aire de Arcadia se volvía tan denso que costaba respirar.

Los padres no solían poner pegas a los noviazgos. Antes al contrario, los veían como una forma de encauzar los instintos naturales de los adolescentes, y culminarlos, claro está, con el matrimonio. Tan solo la edad de los contrayentes era una limitación, y los enlaces no se producían, normalmente, hasta al menos alcanzar la edad de veinte años.

Pero sí que es cierto que si un chico y una chica ya eran novios “oficiales”, los padres de los dos solían extremar la vigilancia y ponían todos los ojos sobre ellos para que no hicieran “nada” antes de casarse. Y por eso Ron y yo, aunque teníamos esa atracción tan clara, procurábamos mantenerla de alguna manera en secreto, para no dar ningún paso en falso. A mí no me hubiera importado en absoluto declarar a los cuatro vientos que éramos novios, pero él prefería guardar esa cautela.

Y todo comenzó tiempo atrás, en otoño. Recuerdo que las hojas caían sobre los caminos y el viento traía consigo un olor a tierra húmeda y a promesas. Habíamos salido a pasear después de la cena, tras despedirnos de los otros miembros de la pandilla. Parecía una noche más como tantas otras, pero en esa ocasión Ron parecía más inquieto. Caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el horizonte, como si buscara algo que no estaba allí.

—¿Sabes qué pienso a veces? —me dijo, de pronto, rompiendo el silencio—. Que estamos perdiendo el tiempo aquí dentro. Que la vida de verdad está fuera, esperándonos.

No respondí. Me limité a mirar el cielo, donde las primeras estrellas asomaban tímidas entre las nubes. Sentí que algo en mi interior se removía, una mezcla de miedo y deseo.

—¿No te gustaría escapar, Liz? —insistió—. Irnos lejos, empezar de cero, sin que nadie nos dijera lo que está bien o lo que está mal. Así seríamos libres para hacer lo que nos diera la gana.

Me detuve. Él también se detuvo, y por un momento solo se escuchó el rumor del viento entre los árboles. Sentí su mirada sobre mí; una mirada intensa, casi dolorosa.

—Tengo miedo, Ron —admití, bajando la voz—. Aquí, al menos, sabemos a qué atenernos. Afuera... no sé.

Él dio un paso hacia mí. Pude ver en sus ojos una determinación que me asustaba y me atraía al mismo tiempo.

—No tienes que tener miedo si estás conmigo —susurró, acercándose más y estrechándome en sus brazos. Pero a pesar de sus palabras, yo me asusté. Y lo hice porque mi madre me había educado en el pudor. Era lo común en Arcadia, la castidad. Por eso yo no podía y no debía dar nunca el primer paso, aunque lo estuviera deseando con todas mis fuerzas. Y así fue él quien se acercó primero.

Solo recuerdo el calor de su aliento, el roce de su mano en mi mejilla, el temblor de mis propios labios. Y entonces, sin pensarlo, nos besamos. Fue un beso torpe, urgente, furtivo, incompleto, lleno de preguntas y de respuestas que no supe formular. Un beso que rompió algo dentro de mí, que me hizo sentir viva y vulnerable al mismo tiempo.

Cuando nos separamos, Ron sonrió, esa sonrisa suya que siempre parecía desafiar al mundo.

—¿Ves? No era tan difícil.

Yo no supe qué decir. Me sentí avergonzada y feliz, como si acabara de cruzar una frontera invisible. Caminamos de vuelta en silencio, pero algo había cambiado entre nosotros, sobre todo en mí. Lo supe por la forma en que me tomó de la mano, por la manera en que el mundo parecía distinto, más grande y más incierto.

Esa noche, al acostarme, no pude dormir. Repasé una y otra vez el momento del beso, el calor de sus labios, la promesa implícita en su abrazo. Sabía que nada volvería a ser igual. Y, aunque el miedo seguía ahí, sentí también una extraña esperanza, como si, por primera vez, el futuro estuviera realmente abierto ante mí.

Yo no sé si él sintió lo mismo. Ron, tan seguro de sí, tan valiente y capaz... probablemente no era la primera vez que besaba a una chica, y ese pensamiento me estremeció. Si ese era el caso —yo estaba segura de que sí—, eso podría significar que yo no tendría por qué ser la última. Y eso me hizo tomar la decisión subconsciente de hacer siempre todo lo que él me pidiera, todo lo que él quisiera, con tal de no perderlo. Con tal de no contrariarlo. Con tal de que yo fuera la última, y así poder estar siempre con él.



Los uniformes

Proyecto Arcadia. Reunión de seguimiento número 55

Rose Mary Hip pasó la hoja del pequeño cuaderno que le habían entregado antes de la reunión y alzó la vista hacia el resto de la mesa.

—¿El siguiente punto del orden del día?

Reacomodó las gafas, leyó el título y dejó escapar una sonrisa.

—Ah, sí. Los uniformes. —Miró a Bennett con un brillo irónico—. ¿De quién ha sido la idea, Bob? Entiendo que tuya no es, ¿verdad?

—¡Ya conocemos a nuestro Bob, eh, Rose! —soltó Zaldívar, inclinándose hacia delante.

—Sí, Jorge —asintió ella—. Claramente, no es su estilo.

Algunos miembros de la junta rieron por lo bajo, otros se limitaron a sonreír y asentir. Bennett se encogió de hombros con gesto calculadamente humilde.

—Sí, me conocéis bien —concedió—. Y confieso que cuando Claudia me lo comentó no me pareció mala idea. De hecho, me sorprendí a mí mismo pensando: “¿Cómo no se me ocurrió antes?”

Lo dijo con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, intentando esconder la vanidad tras un barniz de modestia. Obviamente, nadie se lo creyó. Las risas se mezclaron con algunos abucheos afectuosos.

Cuando las carcajadas se apagaron, la presidenta retomó el hilo.

—Bueno, Claudia, puedes exponer tu idea. Intentaremos comprenderla y...

—Aprobarla, espero —remató ella con la misma sonrisa segura. Se aclaró la garganta, se acomodó en la silla y comenzó—: La idea del uniforme no es nueva. Ya se ha debatido en ocasiones anteriores, y quedó aprobada, por cierto.

—Sí, pero solo para los escolares —recordó uno de los miembros.

—En efecto —asintió—. Solo para los niños de Primaria. Pero esos niños están a punto de terminar la escuela elemental, pronto pasarán a Secundaria. Ha llegado el momento de sopesar si deben seguir llevando uniforme.

—Claro, Claudia —intervino Zaldívar—. El problema es que en Secundaria la cosa cambia. Esos niños... mejor dicho, muchachos ya... trabajan. Estudian y trabajan a la vez, en talleres, en laboratorio, en albañilería, fontanería y otros tantos oficios que...

—...que impiden tener un uniforme “escolar” como tal —completó ella con rapidez—. Sí, Jorge, eso también lo he previsto.

—¿Ah, sí? —Bennett arqueó las cejas, realmente intrigado.

—Sí. He traído unos modelos... —empezó a sacar unos dibujos de su carpeta.

Rose levantó la mano.

—Un momento. Antes de eso, quizá sea mejor que empieces por las razones para imponer esta forma de vestir.

—Tienes razón —Cedió Claudia, guardando de nuevo las hojas—. Bien. —Se aclaró la garganta otra vez—. Se trata de reforzar la cohesión del grupo, nuestros rasgos identitarios, que cada persona se reconozca como parte de algo más grande que sí misma.

—Es parecido a lo que conseguimos con la introducción del esperanto —apuntó Zaldívar—. ¿No?

—Gracias, Jorge —Claudia le dedicó una sonrisa—. Lo has dicho muy bien. Y yo añadiría que es lo mismo que ocurre en el ejército. Todos los militares llevan uniforme, sin importar el rango; solo se distinguen por las insignias que identifican su graduación.

—Espera, espera... —interrumpió un hombre mayor, apoyando las manos sobre la mesa—. ¿Quieres decir que todos vamos a vestir de uniforme? ¿Nosotros también?

Se hizo un silencio cargado de intención. Varios intercambiaron miradas, algunos con media sonrisa.

—Obviamente —respondió Bennett—. No tendría sentido que solo los chavales se vistieran así.

—Claro —remachó Zaldívar—. Imaginaos un ejército en el que solo los soldados vistieran de uniforme y los oficiales o los generales van de paisano. No tendría ninguna lógica.

—Ya... no puede ser —admitió el hombre.

—Exactamente —retomó Claudia, oliendo la oportunidad—. Y por eso he traído estos modelos —esta vez sí, comenzó a pasarlos de mano en mano—. Para que veáis que no son simples uniformes escolares.

—¡Menos mal! —exclamó alguien, arrancando algunas risas.

Los dibujos comenzaron a circular. Las mujeres se inclinaban sobre ellos, comentando detalles, señalando telas imaginarias, corte de las faldas, largura de las mangas. Los hombres, más contenidos, fruncían el ceño o asentían con gesto pensativo.

—Como veis —explicó Claudia—, hay diferencia entre los modelos escolares, los de los adultos y los monos de trabajo. Pero todos comparten una línea común. Yo diría... un mismo espíritu.

—Pues no sé dónde ves tú el “espíritu” —dijo una mujer—. A mí me parece que lo único que tienen en común son los colores.

—Sí —confirmó Rose—. Negro, gris y naranja. ¿Por qué esos?

Claudia se enderezó en la silla, como si esperara justo esa pregunta.

—El negro, que siempre está abajo, representa el adiós, el abandono de una cultura perversa y letal que ya hemos dejado atrás. Es el rechazo a la sociedad moderna que destruye a las personas, que las mata. Por eso es la base: el suelo desde el cual nos elevamos. Sobre ese pasado muerto se asienta el motivo por el que vinimos a Arcadia.

—Bien elegido —dijo Zaldívar, solemne.

—El gris, encima del negro, representa la sobriedad —prosiguió ella—. Una de nuestras principales virtudes. Es el esfuerzo, el trabajo, la renuncia al desenfreno de la sociedad de antes, la que está por debajo. Y, por último, el naranja...

—Es el amanecer —murmuró Bennett.

—Muy bien, Bob —Claudia le dedicó una mirada satisfecha—. Arcadia es el amanecer de un nuevo día. El comienzo radiante de una sociedad limpia, donde las tinieblas de la noche han quedado atrás para siempre. —Hizo una breve pausa—. Me gustaría que estos fueran los colores de Arcadia. Si el resto no tiene inconveniente...

—A mí no me parece mal —dijo Bennett—. Los encuentro sobrios.

—A mí tampoco —añadió Zaldívar, y varios se fueron sumando con murmullos de aprobación.

—Entonces, ¿lo aprobáis? —preguntó Claudia.

Rose entrelazó las manos sobre la mesa.

—Parece que hay consenso respecto a los colores. Ahora tendrás que convencernos de que todos nos pongamos estos uniformes. —Su cara no era precisamente de agrado cuando contempló el modelo de “mujer adulta”.

—Como he dicho —retomó Claudia—, no se trata solo de estética. Es cohesión, distinción, pertenencia a un proyecto común. Llevar uniforme refuerza la idea de que todos somos iguales, que nadie es más ni mejor que cualquier otro.

Algunos asintieron, otros siguieron mirando los dibujos con escepticismo. Podían haber aprendido a hablar esperanto, pues todos eran personas sumamente inteligentes a quienes no les costó demasiado trabajo hacerlo. Además, muchos se lo tomaron como un reto, o incluso como un juego. Ahora bien, ponerse esos trajes... era ya algo más personal, y quizá era ir demasiado lejos, por muy distinguidos que fueran los uniformes —que lo eran, ciertamente. Eran muy elegantes—.

—Por cierto —siguió la mujer, viendo que algunos ya se habían fijado—. Como veis en la parte de atrás, también he pensado en el calzado. Tenemos zapatos, zapatillas y botas de trabajo, a juego con el uniforme. Están hechos con materiales robustos, para que duren. Podéis apreciar los detalles: colores negros predominantes, pero con la puntera y el talón en gris y los cordones en naranja. —Hizo una pausa, viendo como todos los observaban—. ¿Qué os parecen? La versión femenina es similar, solo que con algo de tacón... Muy poco —clarificó, ante la mirada inquisitiva de algunas mujeres.

Aquí hubo más consenso, y a la mayoría le gustaron, a juzgar por los gestos de asentimiento. Sin embargo, las reticencias persistían.

—¿Tú qué opinas, Natalia? —preguntó de pronto la presidenta.

Hasta ese momento, la madre de Gab había permanecido en silencio, con una media sonrisa irónica asomando de vez en cuando.

—¿Qué opino? —repitió, cruzando las piernas—. Pues, que... con toda la seguridad que tenemos montada para asegurar el perímetro de la ciudad, si además ponemos un uniforme a todo el mundo... esto va a parecer una cárcel.

—O un cuartel —añadió otro miembro de la junta.

Algunos se rieron; otros evitaron mirarla directamente. Claudia apretó los labios, percibiendo el giro en contra.

—A ver... —dijo, inspirando hondo. La mujer comenzó a dar por perdida su propuesta, a pesar de contar, aparentemente, con el apoyo de Bennett y de Zaldívar—. Entonces echó el resto: —hay un motivo de peso, además de la cohesión y todo eso. ¿No adivináis cuál es?

Se hizo un silencio expectante. Rose alzó las cejas.

—La decencia —aventuró—. ¿No es así?

—Así es, Rose —confirmó Claudia, solemne—. Es similar a lo que Bob comentó hace poco sobre la televisión. Necesitamos herramientas que refuercen el mensaje, que recuerden a los padres por qué vinieron aquí. Especialmente a aquellos que no inculcan bien nuestros valores a sus hijos.

—Ya te entiendo —intervino otra mujer—. En cuestión de ropa, la mayoría de los padres obligarán a sus hijas a vestir decentemente. Pero...

—Pero habrá otros muchos —la interrumpió Claudia— que no harán bien sus deberes. Padres blandos que permitirán a sus hijas ir con escotes, enseñando los muslos o con ropa demasiado ajustada. ¿Me seguís?

—Perfectamente —dijo la mujer—. Cuando llegan a cierta edad, digamos al comienzo de la adolescencia, se mueren por enseñar todo lo posible, para destacar, para que los chicos se fijen en ellas. ¿No es así, Natalia?

La psicóloga suspiró.

—Sí. Es pura genética y biología. Las hormonas están disparadas y no se puede perder el tiempo. Un ser humano pasa trece o catorce años sin ser fértil, porque la Evolución reserva ese tiempo para el aprendizaje. Eso es insólito en el mundo animal. Luego, desde el mismo momento en que una chica ya es fértil, se desatan los instintos reproductivos y las hormonas se disparan. Quieren mostrarse, llamar la atención para captar la atención de los machos y así asegurar la continuidad de la especie. Es el instinto animal que perdura todavía, pues está inscrito en los genes.

—Gracias por la clase de biología —ironizó Claudia—. Pero lo que no podemos permitir es que eso se “desate” o se desboque, como tú bien has dicho. Todo eso del sexo está muy bien, pero solo en la intimidad del hogar de la mujer casada.

—¿No faltaría más! —apuntó la de antes, con gesto indignado—. ¡Como debe ser!

—De ahí el uniforme —remató Claudia—. Si imponemos este vestido a todas las adolescentes... —alzó el dibujo—, ningún padre blando podrá ceder ante las exigencias de su hija. La niña estará obligada a llevar el modelo obligatorio, y fin de la discusión.

Muchos asintieron, incluida la presidenta. El vestido en cuestión era una falda larga por debajo de las rodillas de color negro, con una blusa ancha dividida en dos franjas alternando gris y naranja, que no marcaba ninguna forma ni tenía escote alguno.

—¿Cómo rebates esto, Natalia? —preguntó Rose.

La madre de Gab entrelazó los dedos y se tomó un segundo.

—Con lo de siempre —dijo al fin, poniendo sus manos sobre el regazo—. Con disciplina y exigencia. Inculcando los valores morales de Arcadia, los valores cristianos.

—Ya, pero... —intentó Bennett.

—Sé lo que me vas a decir —lo cortó ella—. Que habrá padres blandos, y bla, bla, bla.

—Eso es.

—Pues para eso están las sanciones del Reglamento de Régimen Interior. Si un padre permite que su hija vaya medio desnuda por la calle, se le sanciona. Falta leve, grave o muy grave, dependiendo de lo que la niña vaya enseñando. Así se lo pensarán dos veces antes de consentir que sus hijas salgan así.

Los murmullos de aprobación se extendieron por la sala. Claudia le clavaba a Natalia cuchillos con la mirada. Esta lo notó, e intentó matizar su posición.

—De todas maneras, yo comprendo la comodidad de un uniforme. Sobre todo, cuando las niñas están en esas edades de la primera adolescencia. Se ponen muy pesadas con la ropa y están pidiendo constantemente nuevos modelitos. El uniforme ataja todos esos males —sentenció—. Yo no he tenido niñas, pero lo sé.

—Querrás decir que no las tienes aún, ¿no? —se oyó por detrás—. Por ahora solo tienes tres varones. Eres muy joven...

—Claro, claro —tragó saliva y miró de reojo a Bennett, que le devolvió una sonrisa cautelosa. Entre ambos se cruzó un destello de complicidad—. A eso me refería.

Rose inclinó la cabeza.

—Entonces, ¿te opones o no?

—Me opongo a que lo lleven los adultos —respondió—. Las jóvenes, no.

Claudia vio una grieta y se lanzó.

—Pero ¿cómo vamos a hacer que solo las chicas lo lleven? ¿No es incongruente?

—¡Y machista! —añadió alguien al fondo.

El murmullo subió de tono. Los miembros de la junta comenzaron a hablar en pequeños corros: unos defendían el uniforme para todos, otros solo para jóvenes, algunos para chicos y chicas, otros solo para ellas. Las posturas se cruzaban en un pequeño caos incontrolado.

Finalmente, Rose golpeó suavemente la mesa con la palma.

—Está bien. Veo que no os ponéis de acuerdo —dijo—, y francamente, yo tampoco lo tengo del todo claro. Así que haremos lo mismo que con la televisión. Lo ofreceremos, pero no será obligatorio. ¿Qué os parece?

Bennett inclinó la cabeza.

—A mí me parece bien —concedió—. He de admitir que el uniforme me gusta, y yo, por mi parte, lo usaré. Creo que me da un aire...

—Marcial. ¿Eh, Bob? —bromeó Zaldívar.

Las risas volvieron a recorrer la sala.

—Claudia —retomó la presidenta—, tienes mi aprobación para comenzar a producir estos trajes. Ponlos a la venta en las tiendas de la ciudad.

—De acuerdo. Muchas gracias —sonrió ella—. ¿Y qué hacemos con los otros modelos, los que todavía se venden?

—Esos se agotarán pronto —dijo Zaldívar—. Incluso puede que suban de precio.

Hubo una nueva oleada de risas y carcajadas, y Bennett añadió:

—Y, en cualquier caso, vestir de otra forma no estará prohibido, siempre que se guarde el decoro necesario. Quien así lo desee, que se confeccione un traje a su gusto, si no quiere llevar estos —apuntó a los modelos que estaban todavía sobre la mesa.

Se levantó la sesión. La sala se llenó de pequeños grupos, charlas cruzadas, papeles doblados bajo el brazo. Como era habitual, Bob y Natalia acabaron en alguno de ellos, aunque sus miradas se cruzaban de cuando en cuando, cargadas de matices.

—¿Te comprarás uno, Natty? —le preguntó Bennett, cuando coincidieron cerca de la puerta—. En cuanto salgan a la venta, claro.

Ella sonrió de lado, mirándolo por el rabillo del ojo.

—¿En serio me ves a mí, vestida así?

—No —contestó él, sin dudar.

—Acertaste.

Algo se está gestando

La adolescencia es la época de la rebeldía y del inconformismo, y casi ninguno de los jóvenes vestíamos ya el uniforme oficial de Arcadia. Algunos todavía lo llevaban en Secundaria, pero casi ninguno lo vestía a partir de los 16 años, cuando se acaba esta. Sin embargo, no era fácil encontrar una alternativa, pues en las tiendas solo se vendía el dichoso uniforme: un traje de pantalón negro, camisa naranja pálida y jersey con cuello o chaqueta gris para los hombres, y un vestido largo de dos piezas para las mujeres con los mismos tonos. ¡Un horror! Casi que eran más atractivos los monos de trabajo, que también lucían los mismos colores.

El caso es que todas las chicas habíamos aprendido a confeccionarnos nuestra propia ropa, y era rara la casa en la que no había una máquina de coser al efecto. Si bien a los chicos les era más indiferente, lo cierto es que el uniforme solo lo vestían las mujeres casadas, y no todas.

—¿Qué tal, Paul? ¿Dónde estabas? —preguntó Gab, con un tono que intentaba sonar casual, aunque sus manos seguían metidas en los bolsillos, como si escondiera algo más que frío.

Mi amigo era uno de los que siempre vestía el uniforme, en este caso su ropa de trabajo. Estuviera o no trabajando, siempre iba de la misma guisa: un pantalón de peto de color negro que se iba degradando a gris según subía hacia arriba, con los múltiples bolsillos para las herramientas de color naranja. Por debajo, una camiseta de algodón también naranja o un jersey más grueso del mismo tono cuando hacía frío.

—Estaba en casa, viendo la tele —respondió Paul, encogiéndose de hombros. Este también vestía el uniforme, aunque en su caso era el de salir.

—¿En serio? ¿Pero hay alguien que la vea? —comentó Ron, con una sonrisa burlona—. Aparte de los padres, me refiero.

Paul soltó una risa breve, casi defensiva.

—Estaba viendo la serie esa, la de los chicos que viven en el bosque. Oye, Liz, tú sabes cómo acaba, ¿verdad?

Me giré hacia él, con una media sonrisa.

—Por supuesto. Yo mismo monté las películas. Pero no te lo voy a contar.

—Anda... solo dime si al final los padres los encuentran.

—Nada. Tendrás que ver la serie hasta el final.

—Yo creo que sí —apuntó Ron, quitándose la chaqueta de cuero que siempre llevaba y dejando ver su camiseta blanca de algodón. Yo creo que lo hacía para presumir de musculatura, y no era para menos.

—Ah, pero, —intervino Gab—. ¿No habías dicho que tú no veías la tele?

—Y no la veo. Pero mis hermanos no hablan de otra cosa. Les encantan esas historias de niños audaces que desafían a los padres.

—Y, ¿por qué crees que los padres acabarán encontrándolos? —quiso saber Lola.

—Pues porque es más que obvio. Siempre son los padres los que ganan; siempre son los que tienen razón.

—No siempre —apunté yo.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Paul, con expectación—. ¿Qué los padres no los encuentran? A los del bosque, me refiero.

—No te lo voy a contar... —insistí—. Lo que quiero decir con “no siempre” es que hay muchas películas donde los adolescentes acaban saliéndose con la suya.

—Ya, claro —Ron hizo una mueca—. Acaban saliéndose con la suya, pero nos muestran lo desgraciadas que son sus vidas por haber desobedecido a los padres —soltó un bufido—. En fin, lo de siempre.

El viento soplaba suave sobre la laguna, levantando pequeñas ondas que reflejaban el cielo grisáceo. Era una reunión habitual de la pandilla, un domingo cualquiera, y estábamos sentados en un banco de madera, gastado por los años, al otro lado del agua. El parque olía a hierba húmeda y a hojas secas, y el aire frío nos obligaba a mantener las manos en los bolsillos o a frotarlas de vez en cuando.

Ya no éramos tan niños. Yo tenía dieciocho años, igual que Gab y Paul. Pero la rebeldía, lejos de disminuir, estaba en su punto más alto. Todos buscábamos respuestas que Arcadia no nos podía dar, y como siempre, en una época tan revuelta como la adolescencia, la conversación acabó girando hacia la inconformidad.

Ron se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, con esa mirada desafiante que lo caracterizaba.

—Yo no me creo eso de que los del mundo exterior sean tan malos. Las veces que yo los he visto no me han parecido así. Son gente como nosotros: sonríen, estrechan la mano, son simpáticos, dan las gracias... Es todo un cuento chino para retenernos aquí.

Lola frunció el ceño, cruzando los brazos.

—Es pura apariencia, Ron. Son lobos con piel de cordero.

—Venga, Lola, ¡eso es absurdo! —replicó él, con un gesto brusco.

—¿Y por qué nos iban a engañar nuestros padres? Ellos solo quieren nuestro bien, igual que los exteriores solo quieren nuestro mal.

—Yo no me lo creo. ¿Verdad, Liz? ¿A que tú tampoco?

Sentí todas las miradas sobre mí. Me mordí el labio inferior, buscando las palabras, y tras unos segundos contesté:

—Yo no sé qué pensar. Siempre nos han enseñado que los exteriores usan la estrategia de la seducción para intentar atraernos a ellos, y luego, cuando nos han cautivado, hundir nuestras vidas.

—¿Y por qué no iba a ser así? —replicó Lola, con voz firme—. No los conocemos; nunca hemos tratado con ellos. Insisto: ¿por qué nos iban a engañar nuestros padres? ¿Eh?

Guardamos unos instantes de silencio. El viento movía las ramas desnudas de los árboles, y Ron sonreía de forma irónica, como si disfrutara del debate.

—¿Tú qué opinas, Gab? —le pregunté. Como siempre, era el que menos hablaba de todos—. Estás muy callado.

Gab levantó la mirada, con gesto tranquilo.

—Bueno, a mí me da un poco igual cómo sean los exteriores. Yo estoy a gusto en Arcadia y me gusta vivir aquí.

Ron soltó una carcajada seca.

—Pues a mí no me gusta nada. Mi trabajo es asqueroso, y ya os digo que en cuanto pueda, me largo.

—Podías cambiarlo —intervino Paul, con tono conciliador—. En mi fábrica se necesita gente.

Ron negó con la cabeza, con un gesto brusco.

—Es que me da igual trabajar en tu fábrica o con mis animales. Lo que no quiero es estar aquí. ¿Me entiendes? ¡Me falta el aire!

Todos le miramos, pero nadie dijo nada. En el fondo sabíamos muy bien cómo era: un inconformista. Nunca estaría contento, ni aunque pudiera elegir el trabajo que más le gustase.

El tiempo pasó rápido, y cuando llegó la hora de irse a casa, Ron y yo nos quedamos solos, como siempre. No por nada, sino porque nuestras casas estaban al final del sector, y los otros tres ya se habían quedado en las suyas. El camino bordeaba la laguna y se adentraba en una zona más oscura, donde las farolas apenas iluminaban el suelo.

Ron rompió el silencio, con voz grave:

—Liz, el mundo exterior no es como nos lo han contado. Mi padre trabaja en la valla y habla con mi madre de lo que allí ve. De la gente que entra y sale. Procura hacerlo cuando yo no estoy, pero me doy cuenta. Yo sé muchas cosas... Es un mundo de oportunidades, de libertad, sin represión de ninguna clase. Yo no tengo intención de quedarme en esta ciudad para siempre, y me voy a marchar. Y lo voy a hacer, contigo o sin ti.

No era la primera vez que me hablaba de eso, y cada vez que lo hacía, el dilema se acentuaba. Si bien había sembrado en mí la semilla de la huida, en el fondo de mí yo no quería irme. Yo solo deseaba estar con él, casarme con él y tener hijos con él... en Arcadia. Eran las aspiraciones de cualquier chica como yo, de cualquier persona enamorada.

—Ron, yo solo deseo estar contigo. Me gustaría que nos quedáramos aquí. ¿Por qué no nos casamos? Tú ya tienes veinte años, y yo también soy mayor de edad.

Él sonrió con ironía, como si mis palabras fueran ingenuas.

—Liz, eso de casarse solo ocurre aquí. En el mundo exterior, la gente no se casa, son libres.

—Ya, pero...

—¿Acaso no sabes que se pueden tener hijos sin casarse?

—Ron, no soy idiota. Pero también sé que en el mundo exterior no se habla esperanto. Si nos vamos, ¿cómo nos vamos a comunicar con la gente?

—Nos apañaremos. Yo soy capaz de entender el inglés, e incluso hablarlo. Lo aprendí de pequeño, viendo hablar a mis hermanos mayores.

—Ya, pero ¡yo no! Yo soy la mayor de todos mis hermanos, y, de hecho, nací aquí. No tengo ni idea de inglés ni de español, que son los idiomas del mundo exterior.

Ron no dijo nada. Seguimos caminando en silencio, hasta que llegamos a la altura de mi casa y nos detuvimos. Él se despidió de mí y nos dimos un beso, no sin antes asegurarnos bien de que nadie nos viera. El frío de la noche se mezclaba con el calor de sus labios, y sentí cómo mi corazón latía con fuerza, como si presintiera que algo estaba a punto de cambiar.

Poco a poco, se iban a desarrollar los acontecimientos que precipitaron nuestra huida.

La expansión

Proyecto Arcadia. Reunión de seguimiento número 128

—¿Qué tal en Austin, Bob? ¿Pudiste hablar con el Gobernador?

—Sí, Jorge.

—¿Y?

—No me ha dicho ni que sí, ni que no.

La respuesta cayó como una piedra en el centro de la mesa. En el silencio posterior se oía el zumbido constante del aire acondicionado y el tic-tac amortiguado del reloj del fondo. Habían pasado ya diez años desde la fundación de Arcadia, y el paso del tiempo se notaba en casi todos los miembros de la Junta. Rose Mary Hip había alcanzado los sesenta; el cuello mostraba pliegues que antes no estaban y alrededor de los ojos se le marcaban arrugas finas que se intensificaban cuando se reía. Zaldívar y Claudia habían entrado ya en una ancianidad evidente, aunque sus miradas conservaban la amplitud y el filo de una inteligencia fuera de lo normal. Robert Bennett, por su parte, parecía inmune a la erosión; el cabello engominado hacia atrás seguía idéntico, con esas canas plateadas colocadas casi con precisión quirúrgica.

Aunque no todos en la Junta habían adoptado los uniformes propuestos por Claudia, lo cierto es que la totalidad de ellos vestían con los colores de Arcadia: negro, gris y naranja. Todos sin excepción, de una u otra manera, vestían prendas que contenían esas tres tonalidades.

Bennett alineó un bolígrafo junto al borde de su carpeta con el gesto metódico de siempre. Natalia, la madre de Gab, era ya una mujer de mediana edad, pero nada había mermado en su presencia explosiva: la carpeta contra el costado, la cabellera rubia impecable, y ese andar que daba la impresión de que el cansancio jamás le alcanzaba.

La reunión nº 128 de la Junta Directiva debía decidir sobre la expansión de Arcadia, y eso no era un asunto baladí. Las cifras en los informes eran como puertas pesadas; abrirlas requería recursos, y cualquier paso en falso podía comprometer la existencia misma de la ciudad. Como siempre, los asistentes se saludaron en un esperanto fluido, ese idioma que ya impregnaba la vida entera de Arcadia: en la escuela, en los carteles, en los mercados, y hasta en los sermones.

—A ver, Bob, explícate —pidió Zaldívar, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Bennett se inclinó un poco. Su impecable uniforme con los colores corporativos negro, gris y naranja se arrugó ligeramente. Sintió el pinchazo del peso del dinero en la boca del estómago, esa punzada discreta que nunca mostraba.

—Es que no hay mucho más que explicar, Jorge. Ya sabes cómo son los políticos. Cuando no quieren concederte algo, nunca dicen que no. Simplemente, dan evasivas.

—Pues es un problema serio, a mi entender —intervino la presidenta. Al fruncir el ceño, las líneas alrededor de sus ojos se marcaron más—. Si no podemos adquirir ese terreno al oeste de Arcadia, tendremos que detener las incorporaciones.

—O bien —apuntó Zaldívar, con su pragmatismo habitual—, fundar otra ciudad en algún otro sitio. Ese terreno en Montana sigue sin dueño, creo. ¿No es así, Bob?

—Sí, sigue perteneciendo al Estado, y se podría adquirir. Pero ese no es el problema, Jorge.

—Entonces, ¿cuál es? —quiso saber la presidenta.

Bennett se tomó un segundo. Alineó de nuevo el bolígrafo, como si fijar un objeto fijara también una idea.

—El problema es el dinero, Rose. Los fondos que nos dejó tu padre están ya casi en las últimas y no podemos comprometerlos sin exponer demasiado a la ciudad o comprometer su autosuficiencia.

—¿A qué te refieres?

—Pues, como no comerciamos con el exterior, cada vez que se requiere algún servicio externo, tenemos que pagarlo con esos fondos que, como te digo, van en retroceso.

—Ya, pero eso es solo puntualmente, ¿no es así?

—Es solo puntualmente, pero el dinero poco a poco se va depreciando. Tras la crisis, estamos en una situación de estanflación —estancamiento con inflación— y, aunque los fondos están bien invertidos, la inflación es tan elevada que no compensa los rendimientos financieros.

—Vaya, que con el tiempo se acabarán —adivinó Zaldívar—, ¿verdad?

—Exactamente, Jorge. Y debemos preservarlos para este tipo de urgencias.

Un silencio se instaló sobre la mesa. Rose se llevó el pulgar al labio inferior y lo mordió suavemente, en lo que era otro de sus gestos característicos de indecisión. Miró al ventanal: la ciudad brillaba en la distancia, un mosaico de luces cálidas sobre la llanura.

—Entonces, según tú, ¿no podemos comprar nada?

—Mi idea era que el Gobernador nos lo cediera. La Fundación es una asociación benéfica y legalmente sería factible. Pero, como te digo, no está por la labor.

—El caso es que las solicitudes no paran de crecer. ¿No es así, Natalia?

La mujer apretó la carpeta contra el costado y se inclinó un poco hacia la mesa, con ese movimiento que transmitía eficiencia.

—Así es, Rose. El mundo está más pervertido que nunca, y cada vez más gente quiere un refugio para sus hijos. Estamos recibiendo muchas solicitudes de personas dispuestas a pagar una buena fortuna a cambio de vivir aquí.

—¿Es que no existen otras ciudades como Arcadia?

—No —contestó Zaldívar—. Existen urbanizaciones cerradas en muchos lugares, sí, donde los niños juegan en la calle sin miedo. Pero no están libres de Internet, de la televisión ideologizada, de la pornografía, ni de todos esos elementos que aquí no existen. Una familia puede cortar el acceso a todas esas cosas a sus hijos, pero los vecinos de enfrente puede que no lo hagan. En cuanto sus niños se junten con aquellos, se producirá el contagio, la contaminación, y de nada servirá lo que hagan sus padres.

Claudia asintió, con el cuerpo levemente echado hacia delante.

—Eso está claro, y por eso Arcadia reúne condiciones óptimas.

—Y únicas —añadió.

—Exactamente —concluyó Rose.

Se oyó el leve pitido de un ascensor en el pasillo. Por un instante, un recuerdo cruzó por la cabeza de Bennett: el helicóptero de Rose llegando puntualmente, cortando el aire sobre el promontorio como un tótem de poder y presencia. Ahora, siempre estaba en Arcadia, pero el eco de aquellos aterrizajes persistía como símbolo.

—Es una pena que no podamos dar cobijo aquí a toda esa gente —consideró la presidenta—. Si pudiéramos tener más terreno...

—El terreno no está disponible, como te digo. No podemos ampliar los nuestros porque el Gobernador no quiere, y respecto a comprar en otros lugares... se necesita dinero, que solo

puede venir de los adjudicatarios. Aparte, claro, de la inconveniencia de gestionar dos ciudades tan apartadas.

—Se podría construir en altura, dentro de Arcadia —apuntó otro miembro.

—Sí. ¿Por qué no? —secundó otro.

Bennett inhaló despacio. Notó el miedo sutil de mover una pieza y desencadenar efectos de largo plazo.

—Eso ya está previsto. Según nuestros hijos se vayan casando, necesitarán nuevos hogares y esa opción siempre ha estado sobre la mesa.

—Ya, pero yo me refiero a habilitar esos apartamentos para nuevos adjudicatarios.

Rose giró ligeramente la muñeca, mirando su reflejo en el cristal del ventanal: las líneas del cuello, la luz de la tarde. Luego se dirigió a Natalia:

—Como psicóloga, ¿tú qué opinas de eso? ¿Cómo afectaría a la convivencia el hecho de tener...?

—Podría ser un problema, Rose.

—A ver, explícate.

Natalia apoyó la carpeta en el borde y entrelazó los dedos.

—Todos hemos viajado en avión o en tren, ¿verdad? O nos hemos hospedado en hoteles. Las tarifas cambian día tras día, y se da la paradoja de que tu compañero de pasaje o el de la habitación contigua quizá haya pagado tres veces menos que tú.

—Eso es cierto, y ya sé por dónde vas.

—Pues eso. Si construimos en altura dentro de Arcadia y vendemos un apartamento a precio de oro, muchas de las personas cuyas solicitudes recibo estarían encantadas de comprarlo. Pero, a la larga, ¿cómo se llevaría esa persona con quienes viven en una casa unifamiliar con amplio jardín, y que no pagaron nada para venir aquí? —barrió la mesa con la mirada—. Eso sería una fuente de fricción que comprometería el futuro de nuestros hijos.

—Ya. Habría personas de primera clase y personas de segunda clase, disfrutando de los mismos beneficios. ¿No es así?

—Así es.

Bennett se inclinó un poco, alineando el bolígrafo otra vez, casi sin darse cuenta.

—Y te recuerdo, Rose, que no pagaron nada porque esa fue la voluntad de tu padre.

—Sí, lo sé. Y también lo hicimos por nosotros mismos: para tener una masa crítica de gente que arrojara nuestros ideales y a nuestros hijos.

—Exactamente. Y también, te recuerdo, para poder echarlos sin más contemplaciones si causaban problemas.

—Eso es cierto —apuntó Zaldívar—. Si les vendes un piso, o incluso si se lo alquilas, eso se convierte en un derecho de propiedad o de usufructo. La ley los protege. Si al final se vuelven dañinos, tendremos que vivir con su ponzoña hasta que venza el contrato.

—Eso ha ocurrido muy pocas veces —dijo otro miembro.

—Sí, pero ha ocurrido, y seguirá ocurriendo. Es inevitable; somos personas, y las personas nos equivocamos —resumió Claudia, con esa claridad cortante que nunca perdía.

Rose inspiró hondo y se mordió el labio inferior de forma breve.

—Entiendo, por tanto, que la decisión es entre la cantidad y la calidad.

—Yo lo veo así —confirmó Bennett—. Ahora mismo la ciudad tiene en torno a 10.000 habitantes. Es una cifra asumible y controlable. Si la ampliamos, podemos incurrir en focos de inestabilidad que comprometerían a todo el sistema.

—¿En qué sentido?

—En un sentido magnitudinal —respiró hondo y luego siguió—. Por ejemplo, pongamos que el nivel de delincuencia estándar en una sociedad es de 1 por cada mil —un asesino en potencia por cada mil personas—; es solo un ejemplo. Pues bien, en nuestra ciudad tendríamos 10. —Se detuvo un segundo—. No digo que sea el caso. Natalia y su equipo hacen bien su trabajo y seleccionan cuidadosamente a la gente. Pero controlar a diez incontrolados es distinto de controlar a cien si la población fuera diez veces mayor. O a mil, en una gran ciudad.

Zaldívar asintió, con la mirada seria.

—Ya te entiendo, amigo. La población viviría con miedo a causa de esos “incontrolados”.

—Exactamente. Y eso no pasaría si todos supiéramos quiénes son, qué hacen y dónde viven los diez que son peligrosos. ¿Lo entendéis?

Casi todos asintieron.

—Sí, Bob. Es mejor tener media libra de perfume de calidad que cinco libras de perfume malo, ¿verdad?

Bennett dejó descansar la mano sobre el bolígrafo alineado.

—Eso es. Si me das a elegir entre calidad y cantidad, me quedo con la calidad.

De nuevo, los miembros de la Junta se inclinaron hacia sus vecinos; las voces se cruzaron en corrillos breves, con cálculos y recuerdos. El ventanal devolvía el reflejo de sus siluetas sobre la ciudad que crecía.

—Bien, Bob —concluyó la presidenta—. Creo que nos has convencido a todos, y no hace falta votar. ¿No es así?

Todos asintieron. Rose alzó la mano y levantó la sesión. El zumbido del aire volvió a ser de lo más audible. Como siempre, Natalia y Bennett se apartaron unos pasos del resto y se quedaron observando las luces lejanas de Arcadia.

—Esta vez me he puesto de tu lado, Bobby. No te quejarás...

Bennett ladeó la cabeza, una sonrisa en diagonal.

—Sí, te debo una.

Natalia apretó la carpeta contra el costado. Notó un filamento de duda estirarse en su interior.

—No sé qué te propones con esto y, ciertamente, prefiero no saberlo. Porque tú nunca disparas con balas de fogeo, precisamente.

Bennett bajó la voz, casi un susurro.

—No preguntes —murmuró entre dientes y sonrió, de forma pícara.

El técnico

El invierno había sido más frío de lo normal. La nieve se había depositado sobre los paneles solares y la falta de viento no movía las turbinas de los aerogeneradores. Para colmo, la central de biomasa ya llevaba semanas a pleno rendimiento, y una de sus piezas no dio más de sí y se rompió. Todo el sector 3 se quedó sin energía en medio del frío y los bebés no paraban de llorar.

Carl, el padre de mi amigo Paul, era uno de los especialistas en la central de biomasa, y llamó a Xavier, el ingeniero jefe y padre de Gab.

—Se trata del regulador de caudal. Debe estar obturado. Este tipo de piezas hay que purgarlas de vez en cuando, y con el frío, no hemos podido desconectar la central para hacerlo.

—¿No lo puedes desatascar o purgar ahora?

—Ya es tarde, Xavier. No nos queda más remedio que cambiar el regulador. Y me parece que no tengo ninguno de repuesto en el almacén. Va a haber que traer uno de la ciudad.

—¿Quieres que mande a alguien para...?

—El problema es que ya no se hacen reguladores como estos. Hay una tecnología nueva que los ha mejorado, y ahora se purgan solos. Pero para instalarlos se necesita instrumental de precisión que no existe en Arcadia, y que yo no sé manejar. Cualquier desvío de potencia podría generar una explosión de metano que acabaría con medio sector. No nos queda más remedio que llamar a alguien de fuera.

El padre de Gab puso cara de preocupación. La tan anhelada autosuficiencia ya se estaba consiguiendo, y cada vez entraba menos gente de fuera en la ciudad. Habíamos conseguido salir adelante casi sin los exteriores y con un nivel de “contaminación” mínimo.

—Está bien. Iré al Directorio para llamar a la ciudad.

—¿Al Directorio? ¿No puedes llamar desde tu casa? Tú tienes acceso al exterior, ¿no?

—Sí, pero tengo que firmar la autorización para que los de la puerta dejen entrar al técnico. Ya que voy, llamo desde allí.

El técnico tardó casi tres horas en llegar. Cuando lo hizo, se presentó ante el control de la entrada y los guardas le exigieron que depositara su teléfono móvil en la caseta de identificación. No estaba permitido pasar con ellos a la ciudad. El hombre accedió, pero no hizo lo mismo con otro teléfono, el de la empresa...

El regulador no estaba dentro de la planta de biomasa. Estaba en el exterior, sobre una especie de porche, para resguardarlo de las inclemencias meteorológicas. Allí hacía de enlace con la cuba, que era donde se depositaba la materia orgánica para su prensado.

Cuando el técnico llegó allí, le estaban esperando Carl y Xavier, además de Gab. En la comida le había informado su padre de que este iba a venir, y como su trabajo era el de aprendiz de mantenimiento, su presencia allí era pues, necesaria. Padre e hijo marcharon hacia allí y se pusieron manos a la obra. Entre los cuatro desmontaron el regulador viejo y Gab tuvo que ir y venir varias veces al almacén para traer diverso instrumental.

El técnico era un hombre de mediana edad que se había remangado para hacer mejor su trabajo, y exhibía un gran tatuaje, que era el emblema de la marina. Gab no paraba de mirar el dibujo, y entonces le dijo:

—¿Te gusta mi tatuaje?

—Sí. ¿Qué ser?

A diferencia de mí, que era la hija mayor de mis padres, tanto Gab como Ron tenían hermanos mayores que habían nacido fuera de Arcadia, y que hablaban inglés entre ellos. Un

idioma que dejaron de hablar al poco tiempo de llegar allí, pero que en la mayoría de los casos se hablaba en los hogares, por mucho que los padres hicieran todo lo posible para que, al menos en su presencia, se hablara esperanto. Por eso Gab sabía un poco de inglés; de escuchar a sus hermanos mayores hablarlo entre ellos.

—Es el escudo de los marines. Yo serví a mi país en Afganistán.



A nosotros no se nos enseñaba geografía ni historia. No querían suscitar nos curiosidades que pudiéramos albergar respecto al mundo exterior. A pesar de eso, todos, de alguna u otra manera, en mayor o menor medida, sabíamos lo que era el ejército y la marina, y que nuestro país libraba guerras por medio mundo.

—Y, ¿por qué volver?

—Porque es un empleo muy duro. Te pueden matar, ¿sabes? Pocos quieren estar allí, y por eso siempre están intentando reclutar a la gente.

—Bueno, vale ya —cortó Xavier—. Usted dedíquese a lo suyo.

—Sí, es lo que hago —gruñó, y eso hizo que el hombre albergara cierto resquemor, y quizá por esa razón luego pasó lo que pasó.

—Carl —Xavier se dirigió al padre de Paul—: Me voy a tener que marchar. En la comida me han dicho que la caldera del sector siete están funcionando a tirones. Voy a acercarme a echar un vistazo. Porque aquí ya estáis terminando, ¿no?

—Sí, ya nos queda poco.

—Esperemos que no pase lo mismo en el siete.

—No creo. Lo de los tirones suele ser porque ha entrado demasiado aire en el filtro. Es cuestión de dejarlo salir. ¿Sabes cómo hacerlo?

—Sí, claro —respondió—. Gab, vente conmigo y así aprenderás cómo se hace.

Xavier se marchó y dejó solo a Carl con el técnico. Este último dijo:

—Necesito que alguien vaya a la cuba para eliminar la presión.

—¿No puede ir usted?

—Sería aconsejable que alguien se quedara aquí para controlar los niveles. Tengo que introducir el vástago en el momento preciso, pues tampoco es conveniente que esté mucho tiempo sin presión.

—Ya, por la condensación, ¿verdad?

—Exactamente.

—Bien, iré yo. Pero tardaré un poco. No se puede dejar escapar toda la presión de golpe.

—Hágalo despacio, por favor.

El hombre se quedó solo, y estuvo pendiente del reloj de aguja que indicaba los “bares” de presión. Esta bajaba poco a poco, como debía ser, y entonces aprovechó para sacar el teléfono móvil, el de la empresa. Aprovecharía esos momentos para enviar el parte de reparación para que su compañía le pagara las horas invertidas, y también hizo una breve llamada.

Pero para entonces, ya había por allí algunos chavales que habían acudido por la novedad del visitante.

Si bien al principio las visitas de los médicos, repartidores o técnicos de diversa índole eran frecuentes, según iba avanzando la tan anhelada autosuficiencia, estas visitas cada vez se producían menos, y cuando se hacían, eran siempre un acontecimiento. Esta vez la concentración de asistentes no fue tan extensa a causa del frío, y también porque la planta de biomasa estaba en un rincón de la ciudad un tanto apartado. Pero como el coche del técnico estuvo allí al menos un par de horas, poco a poco se fue corriendo la voz y algunos chavales ya merodeaban por la zona, y acudieron a ver al técnico, justo cuando Carl se había marchado. Era lo obvio, pues en presencia de un adulto era casi imposible acercarse a un exterior.

Al verle hablar por el celular, uno de los chicos, preguntó, en un tosco inglés:

—¿Eso ser un teléfono?

—Sí, claro —respondió el técnico, sonriendo—. ¿Nunca habéis visto uno de cerca?

Todos negaron con la cabeza, con una mezcla de timidez y desafío.

El técnico se rio, sin malicia.

—Pues es muy útil. Sirve para llamar sin necesidad de estar en casa, pero también para hacer fotos, vídeos, jugar, leer noticias... Mirad.

Desbloqueó la pantalla y mostró una foto de su perro.

—¿Veis? Aquí tengo a mi perro, Rocky. Y aquí... —deslizó el dedo— ...tengo fotos de mis viajes, de mis amigos... hasta recetas de cocina.

Los chicos se acercaron más, fascinados, y entonces el hombre les hizo una señal con el dedo, indicándoles que se acercaran un poco más.

—Y... hasta se pueden ver chicas “picantes”.

—¿*Kion signifas "picantes"*? [¿Qué significa picantes?] —quiso saber uno de los muchachos, dirigiéndose al compañero que parecía saber mejor inglés.

—*Nudaj virinoj, vi idioto!* [¡Mujeres desnudas, atontao!]

El chaval abrió la boca y puso los ojos como platos, enarcando las cejas. Más de uno estuvo a punto de decirle al técnico que le enseñara alguna de esas fotos, pero en ese momento llegó el padre de Paul y el hombre se guardó el teléfono antes de que lo viera con él.

—Ya está la cuba sin presión. ¿Ha podido introducir el vástago?

—Ah... sí, es verdad. Acaba de ponerse a cero el nivel. Ahora mismo lo hago.

Unos minutos después se terminó de instalar el regulador y el técnico se dirigió hacia la salida, para marcharse de Arcadia. La repercusión que tuvo ese pequeño incidente fue inimaginable, y supuso el comienzo del fin.

Calabazas

Había venido a buscarme a la salida del Estudio, y eso me sorprendió. No era habitual. Por si fuera poco, había abandonado su habitual uniforme de peto con los colores de Arcadia, y se había vestido con pantalones y chaqueta vaqueros, muy al estilo de Ron. Una ropa, por cierto, que le estaba un poco grande. Debía de ser de alguno de sus hermanos mayores.

—Hola, Gab. ¿Qué haces por aquí?

Él se detuvo un instante, como si buscara las palabras en el aire.

—Bueno... es que vengo de hacer unas reparaciones en el aerogenerador del sector 5, y, claro... pues eso. Ya sabes —casi que tartamudeaba—. Me pilló de camino... y me dije... pues... ¡voy a buscar a Liz! ¿Te acompaño a casa?

Encima me dice que venía de hacer unas reparaciones... ¿con esa ropa? En fin...

Su sonrisa era tímida, casi infantil, y sus manos parecían no saber dónde quedarse. Yo me encogí de hombros, sin darle demasiada importancia, y comenzamos a caminar por la vereda que, saliendo del Estudio, atravesaba las viviendas del sector cinco para después rozar el bosque interior y entrar en nuestro barrio. El aire olía a tierra húmeda y a hojas secas, y el cielo comenzaba a teñirse de un gris azulado que anunciaba la noche.

Hablamos de cosas circunstanciales, comentarios sin peso, como quien llena el silencio para que no se vuelva incómodo. Antes de llegar al bosque, él me tomó de la mano. Sentí el contacto cálido y, por un segundo, mi corazón dio un salto. No me solté, pero miré hacia todos lados, inquieta, intentando identificar algún rostro conocido. Menos mal que no había nadie. Aun así, la sensación de estar en una situación comprometida me envolvió por completo.



No era la primera vez que nos dábamos la mano. Desde niños lo habíamos hecho muchas veces. Pero nunca desde que la pubertad nos había cambiado tanto. Lo miré de reojo: el pobre muchacho temblaba como una hoja. A pesar del invierno, unas gotas de sudor perlaban su frente y empapaban su flequillo. Su respiración era rápida, como si cada paso le costara un esfuerzo enorme.

Él seguía hablando de tonterías, de cosas de su trabajo, pero no me soltaba. Al contrario, cada vez apretaba más mi mano, como si temiera que pudiera escapar. Hasta que, en una

zona donde los árboles se estrechaban y la luz se volvía más tenue, se detuvo y el silencio se hizo más denso. Dejó de hablar y se acercó, sin soltarme:

—Liz, yo te quiero.

Sus ojos azules se clavaron en los míos, intensos, vulnerables. Esperó mi reacción, y yo no supe qué decir ni qué hacer. Sentí cómo el mundo se detenía un instante. Gab era mi amigo, y lo apreciaba. A decir verdad, lo apreciaba mucho. Pero ¿cómo era posible que no supiera de lo mío con Ron? Sí, era cierto que nuestra relación era un tanto secreta; cierto que Gab era introvertido y siempre estaba en las nubes. Pero si Lola y Paul lo sabían —aunque nunca hablábamos de ello cuando estábamos todos juntos—, ¿cómo no podía saberlo él? ¿O quizá lo sospechaba y pensaba que aún no había nada serio entre Ron y yo? Sí, eso debía ser, y por tanto, él tenía que “atacar” antes de que fuera demasiado tarde.

El caso es que hizo lo que yo temía: intentó besarme en los labios.

Yo solté su mano y giré la cabeza, evitando el beso, mirando hacia un lado como quien busca una salida.

—¿Por qué, Liz? —se apartó, contrariado, con la voz rota—. ¿No me quieres tú a mí? Siempre hemos estado juntos. Siempre hemos...

—Mira, Gab —lo interrumpí, suavizando el tono—. Sí te quiero. Pero te quiero como un amigo quiere a otro amigo. Quizá como el mejor amigo que tengo, y es verdad que lo eres... pero nada más.

Intenté decírselo con ternura, con cuidado, pero vi cómo su gesto cambiaba. Sus ojos ya no eran los mismos.

—Estás ya con Ron, ¿verdad? Es por eso...

De nuevo, sus ojos se clavaron en los míos, esperando una respuesta. Su expresión ahora era más dura, más adulta. Ya no tenía esa cara de niño que lo caracterizaba. Era el rostro de un chico de dieciocho años a quien su amor platónico acababa de dar calabazas. Yo seguía mirándole, sin decir nada, aunque mi silencio lo decía todo.

—Lo has hecho ya con él, ¿verdad?

El silencio se volvió pétreo. Me mordí el labio inferior, y eso fue lo mismo que decir que sí.

—¿Dónde? ¿En el granero del sector cuatro? ¿Eh?

—Venga, vámonos —dije, iniciando la marcha—. Se está haciendo de noche y tengo frío.

Él siguió a mi lado, un paso por detrás. Yo no me atrevía a mirarlo, aunque imaginaba la expresión que debía tener: mezcla de rabia y tristeza. Tras un par de minutos de marcha tensa, por fin llegamos al barrio y comenzamos a ver algunas caras conocidas. Cuando llegamos al punto donde el camino hacia su casa se separaba del mío, me agarró del brazo y me obligó a volverme.

—Liz, si es verdad eso que dices, que soy tu mejor amigo, ¿por qué no me lo cuentas? ¿Eh? A los amigos se les cuentan esas cosas, ¿no? ¿Por qué no me dices lo que has hecho con Ron?

—¿Y para qué quieres que te lo cuente? ¿Para hacerte daño? ¿Es eso lo que quieres, Gab?

De nuevo se me quedó mirando, con esos ojos fríos como el hielo. La noche había caído de golpe sobre el mundo, y sus pupilas dilatadas reflejaban la luz amarillenta de una farola cercana. Entonces bajó la mirada, se dio la vuelta y se marchó, camino de su casa.

—¿Eh, Gab! —grité.

Se volvió despacio, y pude ver las lágrimas en sus ojos.

—Eres mi mejor amigo y me gustaría que lo siguieras siendo.

No contestó. Solo dejó escapar una media sonrisa irónica y se apresuró por el camino sin volver la vista atrás.

Expulsión

Había pasado todo el día en la ciudad, lidiando con el fiscal del distrito y otros asuntos que prefería no mencionar en voz alta. Cuando por fin regresó a su despacho, hizo lo de siempre: se sirvió un dedo de bourbon en el vaso de cristal tallado, se sentó en su sillón de cuero negro y abrió la carpeta que Conrad le dejaba puntualmente cada tarde sobre la mesa. Entre los informes rutinarios, el parte de visitas del día.

“Avería en el sistema de calefacción por biomasa del sector 3. Técnico autorizado. Entrada 16:45 – salida 18:30.”

En ese momento se dispuso a visionar las grabaciones de las cámaras de seguridad de las instalaciones. Por orden suya, se habían colocado estratégicamente en varios puntos clave de la ciudad. Uno de ellos eran las centrales térmicas.

Se reclinó en el asiento, pulsó el avance rápido y dejó que las imágenes desfilaran en saltos de un minuto. Allí estaba lo que buscaba: el técnico, solo durante nueve minutos exactos. Carl, el padre de Paul, había tenido que ausentarse para atender un problema en las cubas de biomasa. El hombre de la gorra azul se metió la mano en el bolsillo del mono, sacó un celular —un objeto prohibido en Arcadia— y, casi al instante, tres adolescentes se le acercaron desde la zona de almacenamiento, como moscas atraídas por un charco de miel.

Bennett enarcó una ceja. La comisura de su boca se curvó en una sonrisa maliciosa, fría como el acero.

—Es muy tarde —murmuró para sí mismo, apagando la pantalla con un dedo—. Mejor mañana. Sí... que duerma bien esta noche. Su última noche de confort.

A la mañana siguiente, antes de que comenzara el trabajo, lo llamó a su casa y lo citó en su despacho. El hombre llegó con el mono de trabajo y el rostro curtido por años de dedicación y esfuerzo. No sospechaba nada. O al menos eso creía Bennett.

—Siéntate —dijo el Administrador sin levantar la vista de los papeles.

Carl obedeció, incómodo, las manos apoyadas en las rodillas como si necesitara anclarse a algo.

Bennett dejó pasar unos segundos de silencio deliberado, el tiempo justo para que el otro empezara a notar el peso del aire. Entonces alzó la mirada, fría y serena.

—Anoche revisé las grabaciones del sector 3. La central de biomasa —Hizo una pausa, observándolo.

—¿Qué? ¿También hay cámaras allí? —replicó, sorprendido.

—El técnico que vino de fuera estuvo solo nueve minutos.

—No. Estuvo más tiempo —corrigió—. Fueron casi dos horas.

—Sí claro. Estuvo más tiempo. Pero cuando digo “solo”, quiero decir, que estuvo en soledad.

El hombre observó a Bennett con cautela, anticipando algo que no le iba a gustar.

—Siete minutos en los que sacó un celular y permitió que tres muchachos se le acercaran. Tres muchachos que, según el protocolo, nunca debieron tener acceso a un dispositivo con conexión a Internet. Tres muchachos —se levantó, y lo apuntó con un dedo—, que estuvieron solos junto a una persona externa a Arcadia, y lo peor de todo, que les enseñó algo en el celular.

Carl palideció. Abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla.

—Pero... ¡también es culpa de Xavier Peman! Él es el ingeniero jefe. Me dejó a mí al cargo, pero...

—¡Exactamente! —La voz de Bennett cortó como un bisturí—. Xavier te dejó a ti al mando. Tú eres el único responsable. Tú decidiste ausentarte.

Carl bajó la cabeza. Se llevó las dos manos a la cara, frotándose los ojos con fuerza, como si quisiera borrar lo que acababa de escuchar. El despacho se llenó de un silencio denso, roto solo por el leve zumbido del sistema de ventilación.

—No tuve más remedio, señor Bennett —dijo al fin, con voz ronca—. Los polifenoles fermentados de la materia orgánica se habían concentrado en la cuba y esta tenía un nivel de presión muy alto. Se hubiera producido un escape de metano y...

—Sí, ya sé. Se hubiera producido una explosión.

—Exactamente. —Carl levantó la vista, esperanzado por un instante. Tal vez había una grieta, una posibilidad...

—Que hubiera ido el técnico a bajar la presión —continuó Bennett, la voz ahora más baja, más peligrosa—. Tú te tenías que haber quedado allí vigilando. —Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. Su rostro era una máscara de desprecio contenido—. Joder, Carl... ¿es que no veías que la zona estaba llena de chavales?

—No había nadie cuando me fui —protestó, alzando la voz por primera vez—. Y además, junto a la cuba también podría haberlos. ¡En Arcadia los hay por todas partes!

—Exacto. —Bennett sonrió, pero no había calidez en esa sonrisa—. Por eso mismo el técnico no podía quedarse solo. En cualquier momento podían aparecer, como así pasó.

Carl tragó saliva. Sus hombros se hundieron un poco más.

—También es culpa de los guardias de la entrada. Ese tipo se coló con un celular que no detectaron...

—¿Y qué quieres que hagan? —Bennett alzó las cejas, fingiendo incredulidad—. ¿Eh? ¿Que lo hubieran cacheado? Además, lo tenía en el coche, ¿no?

Silencio.

Carl volvió a bajar la cabeza. Frente a la enorme mesa de caoba, parecía encogerse, un hombre pequeño ante una sentencia ya escrita.

—La Junta Directiva —dijo Bennett, por fin, pronunciando cada palabra con calma mortal— ha decretado tu expulsión y la de toda tu familia. Tenéis una semana para abandonar Arcadia.

El grito salió del hombre como un rugido roto:

—¡No! —Se puso en pie de golpe, con las manos temblando.

—¡Son las normas, Carl! —bramó Bennett— ¿Acaso no sabes que eso es una falta muy grave?

—Ya, pero, ¡es mi casa! ¡No pueden echarme de mi casa!

El Administrador ni siquiera se inmutó. Se limitó a mirarlo con esa calma glacial que lo hacía parecer más alto, más imponente.

—¿Tu casa, Carl? —preguntó con suavidad—. ¿Acaso tienes título de propiedad? ¿Eh?

—¡Es mi casa! —insistió.

—No es tu casa. —Hizo énfasis en el «no», como si lo tallara en piedra—. La casa donde vives pertenece a la Fundación Arcadia. A ti se te concedió solo su cesión. ¡Su cesión, Carl! Has sido un irresponsable.

El hombre se derrumbó de nuevo en la silla. La ira se le había agotado; ahora solo quedaba suplicar.

—Señor Bennett... yo le prometo que...

—Demasiado tarde —lo interrumpió con un gesto seco de la mano—. Recemos para que la semilla de daño que ha plantado ese técnico no germine demasiado.

Carl salió del despacho con la cabeza baja, los pasos arrastrados, como si el suelo mismo lo rechazara.

Cuando la puerta se cerró con un chasquido definitivo, Bennett se permitió una larga exhalación, y a continuación hizo una llamada.

—¿Señor Laudeville? —dijo con voz serena, casi amistosa—. Dentro de una semana usted podrá ser ciudadano de Arcadia. —Hizo una pausa, dejando que la emoción del otro llegara hasta él—. No, no me lo agradezca. Simplemente, haga lo que hemos pactado. ¿De acuerdo? Sí... exactamente. La cuenta que yo le di.

Colgó sin esperar respuesta y se reclinó en el sillón, entrelazó los dedos detrás de la nuca y sonrió al techo.

Lola y Paul

La noticia de la expulsión de Carl se extendió como la pólvora, y para cuando Lola salió del turno en su fábrica, ya sabía lo peor. Corrió sin quitarse el delantal, el corazón latiéndole en la garganta.

Al llegar a la casa de Paul, la puerta estaba entreabierta. Dentro, el aire olía a cartón recién abierto y a lágrimas contenidas. La madre de Paul lloraba en silencio mientras doblaba ropa en el salón; el padre clasificaba documentos con movimientos mecánicos, como si estuviera desconectando piezas de una máquina que ya no funcionaba. Paul, con los ojos enrojecidos pero la mandíbula apretada, levantó una caja de herramientas y salió al pasillo al verla.

Sin decir nada, la tomó de la mano y la sacó al exterior. Caminaron en silencio por el sendero empedrado que serpenteaba entre uno de los parques interiores de la ciudad: árboles seleccionados, césped perfecto, bancos de madera reciclada. Todo tan ordenado, tan Arcadia... y tan cruel en ese momento.

Lola se detuvo bajo un sauce llorón, cuyas ramas caían como cortinas. Lo miró con ojos brillantes.

—Si nos casamos —dijo de pronto, casi sin aliento—, podrías quedarte. Ya no estarías ligado a tus padres. Hay casas terminadas en el sector nueve... o incluso podríamos quedarnos en la tuya.

Paul se quedó quieto. El viento movía ligeramente las hojas sobre sus cabezas.

—No podemos casarnos, Lola. Eres menor de edad.

—¡Sí podemos! —insistió ella, acercándose un paso—. Tengo diecisiete. Si mis padres lo autorizan, podríamos celebrar la boda mañana mismo. Se puede desde los dieciséis, ya lo sabes.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó él en voz baja, mirando al suelo.

—¿Por qué no iban a hacerlo? —Lola frunció el ceño, dolida—. Ha habido muchos casos... ¿Te acuerdas de Marta?

—Sí, pero ella estaba embarazada —replicó Paul, alzando la vista—. No es lo mismo.

—Bueno, pues lo hacemos y...

—Pero ¿qué dices? —interrumpió—. ¿Te crees que en una semana te vas a quedar embarazada y te va a crecer la barriga? —Paul soltó una risa amarga, casi sin humor—. Lola...

Ella se mordió el labio, comprendiendo de golpe la ridiculez de su propia idea.

—Ya... claro —murmuró, avergonzada.

Se miraron un instante largo, cargado de todo lo que no se atrevían a decir. Luego, sin previo aviso, Paul la atrajo hacia sí y la besó. Fue un beso urgente, escondido entre las ramas, con el miedo y el deseo apretados en el mismo nudo. Se separaron jadeando, mirando alrededor para asegurarse de que nadie los hubiera visto.

—Hablaré con mis padres —susurró ella contra su pecho—. Intentaré convencerlos.

Pero las esperanzas se hicieron añicos esa misma tarde.

En la cocina de su casa, la madre de Lola fregaba los platos con movimientos lentos, casi rituales. El agua caliente empañaba el cristal de la ventana.



—No puedes casarte con Paul —dijo, sin volverse—. Es demasiado precipitado.

Lola se apoyó en la encimera, los puños cerrados.

—¿Por qué no? Si no puedo casarme con él... ¡lo perderé para siempre! ¿Es que no lo entiendes?

La madre dejó el plato, se secó las manos en el delantal y se giró. Sus ojos estaban llenos de una compasión cansada.

—Sí lo entiendo, Lola. Pero ¿qué problema hay?

—¿Qué problema hay? ¡Es mi novio, mamá!

—Ya te saldrá otro. Chicos hay muchos.

—Ninguno como Paul... —La voz de Lola se quebró.

La madre se acercó y la abrazó con ternura. Lola se dejó envolver, pero no se rindió.

—Hija mía... —susurró la mujer contra su pelo—. Cuando una es joven y se enamora, piensa que no hay otro hombre como aquel al que ama.

—Es que es así —contestó, con lágrimas en los ojos.

—Pero no es cierto. —Hizo una pausa, soltándola suavemente para volver a los platos—. Cuando yo era joven, estaba locamente enamorada de un muchacho de mi clase. Se fue con otra. Pensé que jamás podría querer a nadie como lo quería a él... y mira, luego apareció tu padre y me volví a enamorar.

—Ese no va a ser mi caso, mamá.

—¿Por qué no?

—Porque nunca podré querer a nadie como lo quiero a él.

La madre suspiró.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó con suavidad—. ¿Cómo sabes que él te quiere a ti?

—Porque lo sé.

Se miraron fijamente. La madre añadió, casi con pesar:

—A Paul le gustaba Liz Pacwa. Quería salir con ella. Eso lo sabes, ¿no?

—Claro. A todos los chicos les gusta Liz Pacwa. Con esas curvas y esas tetas que tiene...

—La cuestión es que tú fuiste su “segundo plato”.

Lola se detuvo, tragó saliva. —Da igual. Ya no es así. ¿Por qué no lo hablamos con papá?

—Ya lo he hablado con él —dijo la madre, quitándose los guantes con un gesto definitivo—. Piensa lo mismo que yo. Eres muy joven. Una boda así sería muy precipitada.

Lola sintió que algo se le rompía por dentro.

—Mira, hija... —La madre se acercó de nuevo, tomándole las manos—. Estoy convencida de que dentro de poco, cuando otro chico se fije en ti y te cases con él, vas a ser, como mínimo, tan feliz como lo hubieras sido con Paul. Así que no hablemos más de este asunto. ¿De acuerdo?

Lola no respondió. Solo salió de la cocina con los ojos ardiendo y la mirada perdida.

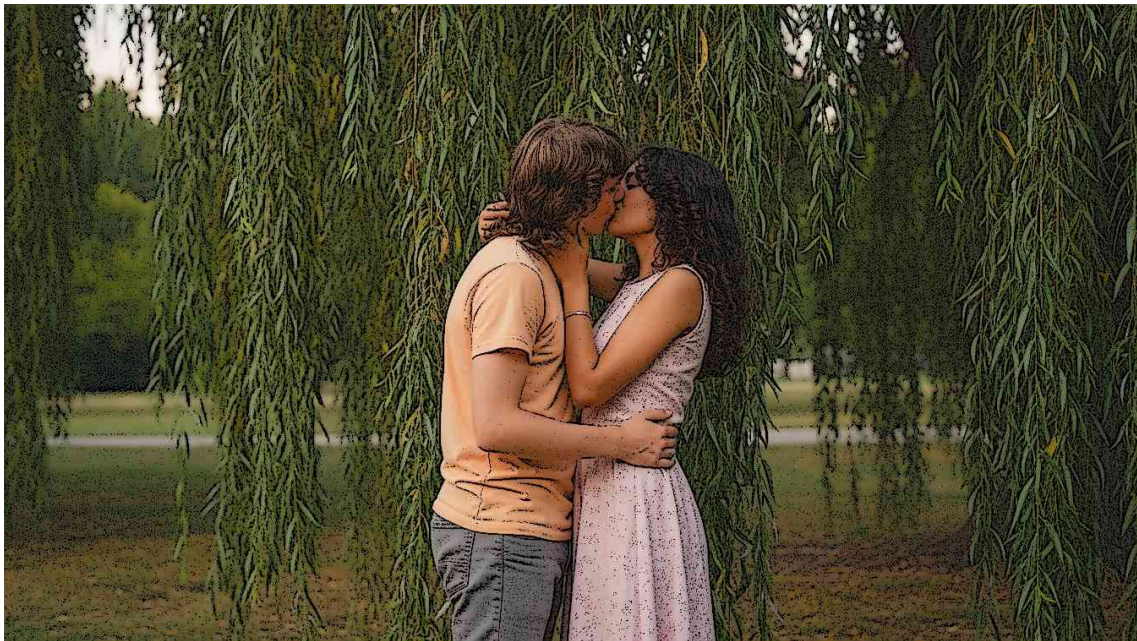
Al día siguiente, después del turno de ella —porque él ya no tenía trabajo—, volvieron a encontrarse en el mismo parque. Paul llevaba la ropa sucia de ayudar a sus padres con la mudanza y tenía ojeras.

—Nada —dijo Lola con la voz ronca—. No hay manera. No me dejan casarme contigo.

Paul asintió lentamente, como si ya lo esperara.

—Entonces... me temo que este es el fin de nuestra relación. Yo no podré venir aquí porque no me dejarán entrar, y a ti no te dejarán salir.

Lola rompió a llorar. Él la abrazó con fuerza, como si quisiera fundirse con ella. Las lágrimas de Lola mojaron su camiseta.



—¿Dónde vais a ir?

—A casa de mis tíos. A una ciudad que se llama Baltimore o algo así. Ayer hablamos con ellos por teléfono.

Se volvieron a abrazar, más fuerte, y esta vez el beso fue diferente: desesperado, profundo, sin importarles ya quién pudiera verlos. Era un beso de despedida, de rabia y de amor contenido.

Cuando por fin se separaron, Lola tenía los labios hinchados y los ojos rojos.

—Pues yo no me resigno, Paul —dijo con voz temblorosa pero decidida.

—¿Y qué podemos hacer?

—De momento... en los tres días que quedan, todo lo que nos quedaba por hacer. —Bajó la voz—. A ver si con un poco de suerte me quedo embarazada... y te pueden enviar junto a mí.

Paul la miró fijamente, entre asustado y conmovido. No dijo nada. Solo la abrazó de nuevo, apretándola contra su pecho como si el mundo entero pudiera esperar unos segundos más.

Planes de fuga

Era domingo. Hacía ya un mes exacto desde que Carl Robinson y su familia habían abandonado Arcadia con las maletas a medio cerrar y las caras desencajadas.

La casa que habían dejado atrás —esa casa que aún olía a la cena de la última noche que pasaron allí— ahora pertenecía a los Laudeville. Un matrimonio joven, de aspecto impecable, con dinero que se notaba en los detalles: las cortinas de lino que colgaban en las ventanas, los cuatro niños pequeños que correteaban por el jardín con sus uniformes impecables de color negro, gris y naranja, y que hablaban entre ellos en un esperanto tan fluido que parecía su lengua materna.

Lo cierto es que nadie en el sector se explicaba cómo habían conseguido entrar tan rápido, aunque nadie preguntaba demasiado. En Arcadia, las preguntas incómodas solían quedarse en el aire.

Esa mañana, después de la misa, solo quedábamos los tres: Ron, Lola y yo. Gab ya no venía con nosotros desde hacía semanas. Desde aquel día en que se vio rechazado, apenas le veía, y cuando nos cruzábamos procuraba evitarme, desviaba la mirada o aceleraba el paso, como si mi sola presencia le quemara.

Ron y yo ya éramos novios oficiales. No pudimos seguir ocultándolo por más tiempo. Nos sentábamos juntos en el mismo banco de la iglesia, justo al lado de mis padres, con las manos rozándose disimuladamente bajo la madera pulida. Durante toda la celebración lo noté inquieto: movía los pies sin parar, se pasaba los dedos por el cuello de la camisa como si le apretara. En cuanto el sacerdote dio la bendición final, nos escabullimos hacia el pequeño claro detrás del templo, donde los sauces formaban una cortina verde que nos protegía de miradas curiosas.

Lola llegó jadeando, todavía con el pañuelo de misa en la mano.

Ron no esperó ni a que recuperara el aliento, y enseguida lo soltó:

—Hay un punto ciego —dijo en voz baja, casi un susurro—. Una zona que no cubren las cámaras. Entre el final del sector cinco y el comienzo del sector seis.

—¿Dónde está la planta de biocombustible? —pregunté yo, sintiendo un cosquilleo frío en la nuca.

—Exacto. Allí mismo.

Lola frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer oí a mi padre discutirlo con un técnico. —Ron bajó aún más la voz, mirando alrededor por instinto—. La valla está tan pegada a la pared de la planta que nunca consideraron importante poner cámaras ahí. La propia pared hace de barrera natural.

Me crucé de brazos, intentando que no se me notara el temblor.

—¿Entonces? ¿Cómo vamos a pasar por ahí? —pregunté.

Ya lo habíamos decidido. O mejor dicho: él lo había decidido, y yo, aunque el estómago se me retorció cada vez que lo pensaba, había aceptado. Solo faltaba decidir cuándo y cómo.

No quería irme. Arcadia era todo lo que conocía: sus parques perfectos, sus reglas claras, sus días sin sorpresas. Pero la idea de quedarme sin él era mucho peor. Me habría ido a cualquier parte con tal de estar a su lado, de despertar cada mañana viéndolo abrir los ojos, de construir una vida juntos, aunque fuera en ruinas. No quería terminar como Lola, llorando cada noche por alguien que ya estaba demasiado lejos.

Ron se acercó un paso, con los ojos brillantes.

—La valla está pegada a la pared, sí, pero con el tiempo se ha abierto un pequeño hueco. La alambrada se ha abombado. Esta mañana estuve allí y lo vi con mis propios ojos: cabe una persona.

—¿Estás seguro? —insistí, con la voz más débil de lo que pretendía.

—Completamente. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Pero el problema es que mi padre no se fía, y han decidido arreglarlo.

—¿El qué? ¿La alambrada?

—No. Las cámaras. Mañana van a instalar una adicional.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que sentí que el suelo se movía. Se me secó la boca de golpe y el aire se volvió más espeso.

—Entonces... —apenas articulé— eso quiere decir que...

—Sí. —Ron me miró fijamente, sin pestañear—. Nos tenemos que marchar esta misma noche.

En ese momento, me dio un vuelco el corazón. Tendría que abandonar ya, así, casi de sopetón, a mis padres, a mis hermanos, a mis amigos y a toda la gente que conocía, probablemente para no verlos más, e iniciar una aventura incierta en el tan temido mundo exterior. Se me secó la boca todavía más y el corazón me comenzó a latir muy deprisa.

La cara que debí poner debió de ser todo un poema. El corazón golpeaba las paredes de mi pecho con tal fuerza que parecía que se me iba a salir por la boca. Ron me lo notó y me dijo:

—¿Es que no lo entiendes, Liz? ¡Tiene que ser esta noche! ¡Es ahora o nunca!

Lola intervino, con esa calma suya que a veces me ponía nerviosa.

—¿Justo se han dado cuenta ahora?

—De casualidad —respondió Ron—. Creo que vieron a un chacal o a un coyote pasar por allí. Apareció en una cámara, luego desapareció unos segundos y volvió a aparecer en la siguiente. Eso les hizo sospechar.

Nos quedamos en silencio. El viento movía las hojas de los sauces sobre nuestras cabezas.

—¿Y qué pasa con los detectores de infrarrojos? —pregunté por fin.

En realidad, lo que quería era encontrar una excusa, cualquier excusa, para retrasarlo. Para no tener que elegir entre la seguridad conocida y la aventura aterradora. Para no tener que despedirme de mis padres esa misma noche. Bueno, despedirme es un decir, porque ellos no podían saber nada para no chafar la fuga. Me tendría que despedir de ellos en silencio...

Ron se encogió de hombros, y dijo:

—Ese sí será un problema. Se encenderá una luz en el panel de control de los guardias en cuanto se detecte una señal térmica.

Lola, que trabajaba en el taller de electrónica, ladeó la cabeza.

—¿Qué tipo de sensores tienen?

—No tengo ni idea. Y como comprenderás, no se lo voy a preguntar a mi padre.

—Entonces, escúchame —dijo ella, con ese tono de profesora improvisada—. Si son de corto alcance, no ven más allá de los primeros diez metros después de la valla. Se encenderá la luz en el panel, sí, pero cuando los guardias miren ya estaremos fuera. Solo podrán usar las ópticas, pero tampoco podrán ver por causa de ese punto ciego.

Los ojos de Ron brillaron al considerar la oportunidad. Aun así, preguntó con cautela:

—¿Y cómo podemos saber si son de corto alcance?

—De ninguna manera. Están dentro del soporte de las cámaras. No se ven desde fuera.

—Pero entonces les pasará lo mismo que a las cámaras, ¿no? —insistí yo—. No verán nada por ese punto ciego.

—No, Liz. —Lola negó con la cabeza—. No es una lente que apunta en una dirección. Son ondas infrarrojas que se propagan en todas direcciones... pero con alcance limitado. Diez metros si son de corto. Si son de largo, nos pillan seguro.

Nos llamamos otra vez y yo ya veía el plan desmoronarse. Pero Lola me hundió aún más la esperanza. Miraba al infinito, como discurriendo, y dijo:

—Tienen que ser de corto alcance.

—¿Por qué? —preguntó Ron, con ese brillo peligroso en los ojos que me enamoraba y me asustaba a partes iguales.

—Por dos razones. —Lola levantó un dedo—. La primera: los de largo alcance son carísimos.

—La Junta no tiene problemas de dinero —replicó él.

—Ya, pero la segunda razón es más importante. —Levantó el segundo dedo—. Si fueran de largo alcance, digamos cien metros, cada vez que un coyote, una marmota o lo que fuera pasara dentro de los cien metros del perímetro, se les encendería una luz a los guardias.

Ron soltó una risa corta, nerviosa.

—Vamos, que su panel se parecería una discoteca de tanto encenderse luces constantemente.

—¡Exacto!

Chocaron las palmas con tanta fuerza que el sonido resonó entre los árboles. Los dos estaban eufóricos. Yo, en cambio, sentía que el suelo se abría bajo mis pies.



—¿A qué hora nos vamos? —preguntó Lola, con una sonrisa que parecía demasiado grande para su cara.

Ron la miró, sorprendido.

—¿Tú te vendrías con nosotros?

—¡Obviamente! —respondió ella sin dudar.

—¡Pero si eres menor de edad!

—¿Y qué? ¿Acaso lo parezco?

Ciertamente, Lola no parecía tener 17 años. Aunque era bajita, era una mujer plenamente desarrollada y con mucho pecho. Era muy inteligente y resuelta y hablaba con madurez. Se le podían echar fácilmente 19 o 20, o incluso más.

—¡Tengo que encontrar a Paul! —exclamó, con los ojos encendidos—. ¿Es que no lo entiendes, Ron?

—Pero entonces... —quise saber yo.

—Sí, me ha venido la regla —replicó, contrariada.

—Nosotros no vamos a ir a Baltimore. No sé ni donde está eso —dijo Ron.

—¿Por qué no? —protesté yo—. ¿Qué más nos da ir a Baltimore que a cualquier otro sitio?

Él lo pensó durante unos instantes, y lo reconsideró:

—Tienes razón —suspiró—. En realidad, no sabemos nada del mundo exterior. Si está lo suficientemente lejos, Baltimore podría ser una opción.

—De tomas maneras —añadió Lola— Yo me contento con que me dejéis en una estación de autobuses, y pediré que me lleven. No sé lo que costará eso, pero me voy a llevar todos mis ahorros. Espero que sea suficiente.

Ron asintió lentamente. Después dijo:

—Vale, y, ¿qué vas a hacer cuando llegues a Baltimore?

Lola se encogió de hombros, desafiante.

—Preguntaré dónde viven los Robinson y buscaré a Paul.

—Casi no sabes inglés, Lola —advertí yo.

—Bueno, tú tampoco sabes.

—Ya, pero yo voy a estar siempre junto a Ron, y él sí que sabe. Sus hermanos mayores lo hablaban en casa.

—Y los míos también. Pero dejaron de hablarlo casi cuando yo nací. ¿Por qué nos harían aprender esperanto y no entender otros idiomas?

—Ya sabes lo que se dice por ahí. Para que no pudiéramos entender a los exteriores cuando nos quisieran contaminar con sus maldades.

—Tonterías.

—Lo que tú quieras, pero ya me dirás cómo vas a encontrar a Paul en Baltimore.

—Aunque sea por señas, Liz. Y si vosotros no me podéis acompañar, si me pasa algo, o no lo encuentro, mejor morirme que estar sin él.

Todos nos callamos. Lola estaba enamorada, pero de verdad.

—Vale, intentaremos ir a Baltimore —intervino Ron—. Y cuando lo encuentres, ¿qué? No podéis casaros porque no tienes el permiso de tus padres.

—A lo mejor en el mundo exterior no hace falta ese permiso. ¿No nos han dicho que allí reina la depravación más absoluta? ¿Que se permite todo?

—¿Y si lo vuestro concretamente no se permite? —pregunté yo.

—Pues nos fugaremos. —Su voz se volvió dura, decidida—. Él ya es mayor de edad. Puede irse de casa de sus padres cuando quiera —mejor dicho, de casa de sus tíos—. Viviremos juntos en cualquier sitio, buscaremos trabajo y seremos felices.

Nos quedamos callados.

El sol se filtraba entre las hojas, dibujando manchas doradas en el suelo. Todo parecía tan tranquilo... tan normal. Pero en unas horas, si todo salía bien, dejaríamos atrás las calles perfectas, las reglas, las cámaras, las luces de Arcadia.

Y si salía mal...

No quise terminar la frase ni siquiera en mi cabeza.

Ron me tomó la mano y la apretó fuerte.

—Esta noche —susurró—. Esta noche o nunca.

Asentí, aunque tenía la garganta cerrada.

Esta noche.

Despedida

Estuvimos planeándolo todo hasta que el reloj de la plaza marcó la hora de comer. El sol ya estaba alto, y el aire olía a hierba recién cortada y a pan recién horneado que salía de las cocinas comunitarias. Nos despedimos con un abrazo rápido, casi furtivo, como si el mero hecho de tocarse demasiado tiempo pudiera delatarnos.

Lola vivía cerca de mí, así que caminamos juntas de vuelta, en silencio al principio. Los senderos del sector estaban casi vacíos; la gente ya se había recogido para el almuerzo familiar. Solo se oía el zumbido lejano de los aerogeneradores y el canto de algunos pájaros.

—Yo comprendo que te quieras ir porque echas de menos a Paul —dije, con la voz baja—, pero yo siento un vértigo que no te puedes imaginar. Es como si el suelo se me abriera bajo los pies cada vez que pienso en salir por esa valla.

Ella me miró de reojo, con esa sonrisa pequeña y sabia que a veces ponía cuando quería hacerme sentir menos sola.

—Es normal, Liz. Pero tú quieres a Ron, ¿verdad?

—Con locura —respondí sin dudar, y sentí que las mejillas me ardían.

—Pues él se irá sin ti si tú no te vas. Eso lo sabes, ¿no?

Bajé la cabeza y miré a las piedras del camino.

—Creo que sí —suspiré. Eso significaba que él me quería a mí menos de lo que yo lo quería a él.

Lola se detuvo y me tomó del brazo, obligándome a mirarla.

—Te arrepentirás toda tu vida por no haberte marchado. —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Una vez oí decir a alguien que uno se arrepiente de lo que no hace, no de lo que hace.

Asentí despacio. El recuerdo me golpeó como una ráfaga de viento frío, pues yo también había oído eso. Era muy común decirlo en los primeros tiempos de Arcadia, cuando nuestros padres tuvieron que abandonar su mundo conocido para venir aquí.

—Sí, eso también lo he oído yo. ¿Te acuerdas de Margarita, nuestra profesora de filosofía?

—Claro. Una mujer entrañable.

—¿Recuerdas lo que decía siempre? —sonreí a pesar de todo—. “Nunca te arrepientas de haber sido valiente”.

Lola me miró fijamente, y por un segundo sus ojos se humedecieron.

—Es verdad.

Nos abrazamos allí mismo, en medio del sendero desierto. Fue un abrazo fuerte, de los que dejan huella. Parecía mentira que ella, siendo más joven que yo, fuera la que en ese momento me estuviera dando el coraje que me faltaba. A veces la madurez no tiene nada que ver con los años.

Nos separamos, y yo respiré hondo.

—Lola... estoy pensando en decírselo a Gab.

Ella alzó las cejas.

—¿A Gab? ¿Por qué? ¿Para que se venga con nosotros?

—No. Para despedirme de él. —Tragué saliva—. Somos amigos desde siempre. Me parece muy feo irme así, sin avisar, y no volver a verlo nunca más.

Lola me escrutó con esos ojos tan sagaces que tenía, y me dijo:

—A ti lo que te pasa es que te sientes culpable por haberle dado calabazas, y quieres compensarlo de alguna manera... con esa confidencia. Para que vea que lo sigues apreciando, y le cuentas algo que debería ser un secreto.

Yo no contesté, pero mi silencio era más que elocuente.

—Pues que sepas que te va a dar igual. No vas a compensar nada.

—Yo no sé si quiero compensar algo o no, pero lo que sí sé es que me parece muy mal largarme así, y no volverle a ver más después de lo que le he hecho.

—¿Ves? Es lo que te digo. Quieres compensar el desprecio que le hiciste.

—Bueno, yo no lo desprecié. Simplemente...

—Claro —interrumpió—. Tú esperabas, como es tu amigo, que te dijera algo así como esto: *“Bueno, Liz es mejor que estés con Ron si de verdad lo quieres. Yo lo comprendo y tienes todo mi apoyo”*. ¿A que sí?

Yo continué mirando al suelo, y ella insistió:

—¿Eso es lo que esperabas que te dijera? ¿Eh?

—Bueno, en realidad...

—Obviamente, no te iba a constar eso, porque sí, es tu amigo, pero también está enamorado de ti. Y eso prevalece sobre lo otro. A nadie le sienta bien que le den calabazas.

—Sí, lo comprendo. Él se debió llevar un golpe tremendo.

—No lo dudes. ¿Por qué te crees que ya no viene con nosotros?

—Sí, lo sé. Pero yo también me sentí mal aquel día.

—Y lo entiendo. Tú lo aprecias, y te dolió su dolor. Pero no creo que compenses nada diciéndole que te vas —me miró, y como si me leyera el pensamiento, me dijo:—: Pero si te vas a sentir mejor, hazlo. —Hizo una pausa, dudando—. Aunque no sé si será conveniente.

—¿Por qué? ¿Por si se chiva?

—Sí.

—Eso no puede ser, Lola. Lo conozco bien. No sería capaz.

—Ya, pero está resentido, ¿no?

—Sí... pero él no es así. Estoy segura de que no lo hará.

—Bueno, tú verás. —Me dio un apretón en el hombro—. Pero que no lo sepa Ron. No creo que le guste.

Nos despedimos con otro abrazo rápido y seguí mi camino sola, en dirección a la casa de Gab. Tenía el corazón en un puño. Por la tarde había quedado con Ron para decidir qué íbamos a llevarnos en esa aventura —ropa, algo de comida, el poco dinero que habíamos ahorrado—, y quizá después no volviera a verlo hasta la noche. Tenía que hacerlo ahora.

Llamé a su puerta. Era la hora de comer, y yo debería haber estado ya en mi casa poniendo la mesa, pero no podía esperar.

Fue Natalia quien abrió. Me miró con esa sonrisa amable de siempre, sin sospechar nada.

—Hola, Liz. Pasa.

—No, gracias. Solo quería... ¿puede salir Gab un momento? Me gustaría hablar con él.

—Claro. —Se giró hacia el interior—. ¡Gab! ¡Liz te busca!

Gab apareció en el umbral, al cabo de un rato. No dijo nada. Apenas me miró. Llevaba la camiseta arrugada, el pelo revuelto, y una expresión que parecía tallada en piedra. Habían pasado semanas desde nuestra última conversación de verdad, y el resentimiento aún le pesaba en los hombros como una mochila invisible.

—¿Qué quieres? —preguntó, con gesto seco.

—Nada, comentarte una cosa.

Salimos sin decir palabra. Caminamos por la vereda que bordeaba las casas del sector 2, el mejor sector después del “uno” que es donde vivían los de la Junta. Fachadas blancas impecables, jardines simétricos, ventanas que reflejaban el cielo como espejos... Todo tan perfecto que dolía.

Al final, me detuve bajo un cerezo, respiré hondo y se lo conté. Le hablé del punto ciego, de cómo pensábamos hacerlo, de que Lola también se venía... en fin, de todo lo que habíamos comentado esa mañana.

Tras hacerlo, su respuesta me sorprendió:

—Yo también he pensado muchas veces en marcharme.

—¿Tú?

—¿Qué te crees? ¿Que tu novio es el único que se quiere largar de aquí?

Estaba claro que mentía. Él jamás me comentó nada de eso. Si ahora se quería marchar, la razón era más que obvia.

—Gab... —empecé con suavidad—. Estoy segura de que me olvidarás. Arcadia está llena de chicas que estarán encantadas de salir contigo. Y esto te lo digo de verdad, como amiga, porque te aprecio mucho.

—Ya, ya —murmuró, sin mirarme.

—Mismamente, la hermana de Lola...

—A mí no me gusta esa.

—Siempre ha estado por ti. Bastaría con que le dijeras algo para...

—¿Es que no lo entiendes, Liz? —Se detuvo en seco y se giró hacia mí. Sus ojos eran dos lagos helados—. No. Se ve que no lo entiendes. Bueno, pues mejor así.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse con pasos largos y decididos.

—¡Gab!

Se detuvo, pero no se volvió del todo.

—¿Qué?

Me hubiera gustado abrazarlo. Decirle que lo iba a echar de menos, que siempre sería mi amigo, aunque el mundo nos separara. Pero probablemente eso hubiera complicado si cabe más las cosas.

—Nada...

Entonces se marchó, ya definitivamente, con un escueto:

—Buena suerte.

Me quedé allí, bajo el cerezo, viendo cómo su espalda se hacía cada vez más pequeña entre las casas perfectas. El corazón me latía con fuerza, pero esta vez no era miedo, sino una especie de tristeza limpia.

Lola tenía razón. Aquello no sirvió de nada, pero al menos yo me sentí mejor. Acababa de cerrar un capítulo que llevaba demasiado tiempo abierto.

Una ventana abierta

Gab no podía permanecer más tiempo dentro de aquellas cuatro paredes. Desde aquel desplante, desde que opté por Ron y no por él, los domingos apenas salía y se pasaba las tardes encerrado en casa, leyendo manuales de ingeniería.

Al principio intentó evadirse con la televisión, pero solo de pensar que probablemente aquellas películas habían pasado por mis manos, le provocaba dejar de verlas de inmediato.

Y lo que le dije esa tarde antes de irme, lejos de aliviarle porque ya no me vería más y con el tiempo me acabaría olvidando, le causó una desazón que lo consumía. Necesitaba salir a tomar el aire.

La familia de Gab era pequeña. Solo tenía dos hermanos, ya mayores, que se habían casado y vivían en sendos apartamentos en uno de los últimos sectores construidos. Su padre, siempre ocupado, tampoco estaba en casa y su madre había salido hacía horas para revisar unos expedientes en la oficina.

Deambuló por toda la ciudad, y al final se puso a llover. La tormenta le pilló cerca de la entrada, al lado del Directorio, y no le quedó más remedio que refugiarse bajo la cornisa de un pabellón donde estaban las oficinas de los jefes de la Junta.

Fue entonces cuando oyó hablar a su madre en una de esas oficinas, que no eran las del Comité de Admisión. En realidad, era el despacho de Robert Bennett, o más bien, alguna de sus dependencias.

La tarde había sido calurosa, y por eso al anochecer se desató la tormenta. Pero la ventana seguía abierta, o más bien, entreabierta.

—Eres un canalla, Bob. ¿Cuánto dinero te ha soltado esa gente? ¿Eh?

Para su sorpresa, los dos estaban hablando en inglés, un idioma prohibido en Arcadia. Pero un domingo por la tarde no había nadie por allí, y se lo podían permitir. Un idioma que Gab entendía, más o menos, porque también sus hermanos mayores lo habían hablado entre ellos cuando él era pequeño.

El otro respondió algo que no llegó a comprender, y su madre replicó:

—¿Eso es mentira! Acabo de revisar los expedientes y los Laudeville no estaban, ni de lejos, entre los primeros.

—Eran candidatos a entrar en Arcadia, igual que los demás.

—Sí, pero estaban muy atrás en la lista de espera, joder.

—Bueno, ¿y qué?

—Yo preparo esas listas y son mi responsabilidad. Además de mi firma, tiene las firmas de la Junta, y si alguien descubre que se han saltado el orden, la culpable seré yo.

—Y ¿quién lo va a descubrir, Natty? ¡Si hasta tú misma no tenías ni idea! ¿Cómo te has dado cuenta? ¿Eh?

La respuesta de su madre no la pudo entender bien y Bennett siguió:

—Bueno, vale. Pero no sé por qué te pones así. En el pasado me has apoyado en otras cosas que sabías que no estaban bien.

—Yo no sabía nada. ¡Tú mismo me decías que no preguntase! Además, eran cosas que no tenían nada que ver conmigo.

—Esto tampoco.

—¿Ah, no? Yo soy la responsable del Comité de Admisión, y esto es una irregularidad en toda regla. Se lo voy a tener que decir a Rose.

—¡Oh, vamos! ¿Me vas a traicionar de esa manera? ¿Tú?

—Sí, yo.

Se produjo un momento de silencio.



—Yo también podría decir muchas cosas tuyas, ¿sabes?

—¿Ah sí? ¿El qué?

—Pues, por ejemplo, podría hablarle a Xavier de lo nuestro.

—¡Serás hijo de puta! —rugió—. Además, lo nuestro se terminó hace mucho tiempo.

—Claro. Cuando entraste en la menopausia y te dejó de picar.

—¡Cerdo! —se produjo un forcejeo y algunas cosas se cayeron al suelo—. Además, ¡nadie te creerá!

—¿Cómo que no? Solo tengo que presentar al chico como prueba.

—¡El chico no es tuyo!

—¿Ah, no? ¿De quién es entonces? ¿Del impotente de tu marido?

En ese momento se oyó una bofetada. Gab se movió hacia atrás, pisando una rama. Y no era para menos, después de lo que acababa de oír. No se cayó al suelo, de milagro.

Pero el crujido alertó a los dos, y fue Natalia quien acudió primero a la ventana. La abrió y se asomó, y en ese momento, madre e hijo se quedaron mirándose fijamente, antes de que Gab saliera corriendo, completamente consternado, en dirección a su casa.

—Ya hablaremos tú y yo de esto —le dijo a Bennett, apuntándolo con un dedo, y se marchó.

Gab corrió deprisa, con los puños y los dientes apretados, sin acabar de salir del todo de su asombro; sin acabar de recuperarse de la conmoción sufrida. ¡Su propia madre!, se dijo. ¡Su propia madre acostándose con Robert Bennett...! Su propia madre, modelo de virtudes, celosa como nadie de los valores cristianos y esposa modélica de Arcadia...

Mientras corría, multitud de imágenes de todo tipo se atropellaban alocadamente en su cabeza. Imágenes de su infancia, de discusiones entre sus padres, del trato con Bennett... Detalles que nunca tuvieron la menor importancia, pero que ahora cobraban todo el sentido del mundo.

Recordó que, por esa misma época, importantes mujeres de Arcadia como Rose Mary Hip, Claudia Eras o su propia madre acudían los viernes por la tarde a dar charlas a las niñas sobre el pudor y la decencia en el vestido. ¡Su propia madre dando esas charlas mientras se acostaba con el infame Robert Bennett! No pudo evitar una arcada cuando se imaginó a esos dos fornicando desnudos en el despacho del Directorio.

Siguió corriendo, sin dejar de pensar en la conversación que había escuchado.

Lo cierto es que su padre, Xavier, había tenido un accidente al poco tiempo de llegar a Arcadia y antes de que naciera él, que le había lastimado los genitales. Gab nunca supo el alcance ni la magnitud de aquella lesión, y tampoco se atrevió a preguntar. Desde luego, era raro que Natalia, siendo joven, no hubiera tenido más hijos desde que nació Gab, y se hubiera quedado solo con los tres que ya tenía, cuando en Arcadia —salvo excepciones—, lo normal era tener al menos cinco. Además, él no se parecía mucho a sus otros dos hermanos... Y eso, unido a lo otro, solo podía significar que Bennett era su padre —un pensamiento que lo asustó y lo asqueó a partes iguales—. Aunque, por otra parte, no tenía el carácter del Administrador, ni tampoco el de su madre, la incisiva, mordaz y astuta Natalia Peman.

Efectivamente, su introversión y timidez no tenía nada que ver con las características de un hombre como Bennett: un tipo decidido, con arrojo, con determinación... el típico hombre que sabe lo que quiere y se enfrenta al mundo con contundencia y sin vacilaciones. Un hombre parecido a Ron, de alguna manera.

¡Oh, Dios!, se dijo. ¿Por qué a las mujeres les gustan tanto ese tipo de hombres? Hombres arrogantes, decididos, que no dudan, que no tienen miedo a nada, que toman lo que quieren sin pedir permiso y que siempre se salen con la suya...

Por el contrario, él era más bien como Xavier, un hombre inteligente, pero poco resuelto. Sí —se dijo—, él era parecido a quien teóricamente era su padre: un hombre íntegro y buena persona, que había tenido que jugar, a la fuerza, el papel de padre severo, probablemente por instigación de su dominante esposa.

Estaba claro que a las mujeres no les interesaban ese tipo de hombres, y eso le hizo considerar de nuevo, y con fuerza, la idea de la huida. De poner tierra de por medio y largarse a un sitio donde no hubiera mujeres; o al menos, que hubiese las menos posibles.

Cuando Natalia llegó a la casa, todavía no estaba aparcada en la puerta la bicicleta de su marido, y eso significaba que se le había complicado la tarde. Alguna avería importante, quizás. Su hijo, si es que estaba en casa, estaría solo.

Subió a su habitación, y allí se lo encontró. Estaba tumbado en la cama, boca arriba, con las piernas abiertas y los dos brazos debajo de la nuca. Miraba al techo, como ensimismado. Cuando entró, Natalia le dijo:

—Oye, Gab...

—¡Cállate! —la conminó, dando un respingo y poniéndose de pie enfrente de ella. Ahora era el hijo quien la apuntaba con un dedo—. Solo dime una cosa: ¿Bennett es mi padre?

Natalia lo miró con severidad y no dijo nada. Se contuvieron la mirada el uno al otro, y este insistió:

—¡Dímelo! Tengo derecho a saberlo, ¿no te parece?

Ella leyó la determinación en sus ojos, y respondió:

—No. Tú eres hijo de Xavier. Tu padre funcionaba... de vez en cuando.

Y eso fue todo. Gab salió del cuarto como una exhalación, sin importarle lo más mínimo arrollar a su madre, que estaba de alguna manera impidiéndole la salida. Salió a la calle, y en medio de la lluvia, se marchó.

Ron y Liz

—¿Llevas dinero?

—Sí, he traído todos mis ahorros —se lo enseñé—. ¿Y tú?

—También. Es más, pedí un adelanto a mi jefe, y me lo ha concedido. Yo creo que con esto podemos tener para unos cuantos meses mientras buscamos un buen empleo.

Asentí al ver el fajo de billetes. Entre lo suyo y lo mío podríamos incluso tomarnos un tiempo sabático sin hacer nada. Una luna de miel, vaya, para disfrutarnos intensamente el uno al otro.

—Venga, vamos. Ahora mismo no puede haber nadie en la planta de biocombustible, pero tenemos que darnos prisa. No sea que algún encargado vaya allí por alguna razón.

—¿Trabajan por la noche? —pregunté, con miedo.

—No creo. Pero ya sabes cómo son los jefes. Trabajan más que nadie y están casi todo el tiempo en las fábricas.

Como novios oficiales que éramos, nos encaminamos hacia allí despacio, agarrados de la mano. Para no despertar sospechas, solo llevábamos una pequeña mochila que portaba Ron, con cosas básicas. Ya compraríamos en la ciudad lo que necesitáramos.

Era un poco tarde, sí, pero dentro de lo normal para dos personas mayores de edad. Aunque ya no llovía, la lluvia de la tarde había dejado el ambiente fresco y la gente estaba en sus casas. No vimos a casi nadie a esas horas por la calle.

Al llegar a las inmediaciones de la planta, tuvimos que extremar las precauciones. Los novios no deben verse solos en sitios poco iluminados, y cualquier adulto podría recriminarnos y obligarnos a salir de allí. Así que nos separamos. Ron fue solo hacia allí con paso firme y yo fui más cautelosa, avanzando poco a poco y mirando hacia todos lados. Un par de mujeres habían salido de alguna casa del sector seis, probablemente a tirar la basura, y me miraron extrañadas. Yo no era de aquel barrio... Pero no pasó nada más. Finalmente, se introdujeron en sus casas y yo pude reunirme con Ron a pocos metros del lateral de la planta, allí donde estaba el famoso “punto ciego”.

—¿Todavía no ha llegado Lola?

Ron negó con la cabeza, los ojos fijos en la oscuridad que se extendía más allá de la alambrada. —Ya ves que no.

—Tendría que estar ya aquí —insistí, con la voz temblorosa—. Algo le ha pasado.

—Pues sí. Nos tendremos que ir sin ella.

El estómago se me contrajo como si alguien me hubiera dado un puñetazo.

—¡Pero Ron! ¡No podemos hacer eso! No podemos dejarla sola.

Él suspiró, impaciente, y miró hacia el sendero por donde debería aparecer Lola en cualquier momento.

—¿Por qué no? A lo mejor ni se presenta. Quizás se lo hayan impedido sus padres. Venga, vámonos.

—¿Qué? ¿Cómo les iba a decir...?

—No me refiero a que les haya contado el plan —me cortó, bajando la voz—. A lo mejor simplemente... se arrepintió. O le dio pánico de repente. No lo sé, Liz. Pero no podemos quedarnos aquí toda la noche.

—¿Por qué no esperamos cinco minutos más? —supliqué, agarrándole de la manga de aquella chaqueta de cuero negra—. Solo cinco.

Ron giró la cabeza, escudriñando la penumbra. Pasaron unos segundos eternos. Al final, cedió con un gruñido.

—De acuerdo. Pero solo cinco minutos. No podemos estar aquí mucho tiempo los dos solos. Podría pasar cualquiera y arruinarse todo. Y ya sabes: es ahora o nunca.

Mientras hablábamos en susurros, Ron se agachó y empezó a cortar la alambrada con unos alicates. A pesar de que se había abombado, no contábamos con la resistencia de los alambres, que cedían hacia adentro en cuanto se presionaban para intentar salir. Pero no era tan fácil como parecía en su cabeza. Las mordazas estaban melladas, el metal era grueso y resistente. Cada corte era un esfuerzo, un chirrido metálico que nos ponía los nervios de punta. Llevábamos ya más de diez minutos —quizá quince— y el agujero apenas había crecido.

—¡Joder! —masculló, arrojando los alicates al suelo con rabia—. ¡Estos alicates son una porquería!

—¿No puedes hacer el hueco más grande? —pregunté, inclinándome para ver mejor.

—No, si no queremos perder más tiempo. —Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Además, Lola no va a venir. Vámonos ya.

—Es que le hacemos una faena si nos vamos sin ella. Imagínate que se ha retrasado por algo.

Ron me miró fijamente, los ojos brillando bajo la luz plateada de la luna en cuarto creciente.

—¿Y qué? Ya está rota la alambrada. Si viene luego, que pase igual que vamos a pasar nosotros. ¿Qué problema hay? Ella dijo que solo quería llegar a una estación de autobuses. Con que sepa decir “Baltimore” ya es suficiente. Alguien le indicará.

En el fondo le comprendía. El hueco estaba abierto. La libertad —fría, húmeda, desconocida— estaba a solo unos pasos. El corazón me latía tan fuerte que casi ahogaba el ruido de los grillos.

—No podemos perder más tiempo —insistió él, y sin esperar respuesta se introdujo de perfil por el hueco.

Pasó con facilidad. Una vez al otro lado, se pegó al suelo, pegado a la base de la alambrada para no activar los sensores de movimiento infrarrojos. Contuvimos la respiración. Uno... dos... tres segundos que se estiraron como horas. No sonó ninguna alarma. Nada.

—Venga, entra tú —susurró, extendiendo la mano.

Como me temía, el hueco era ridículamente pequeño para mí. Ron no había tenido problemas: era delgado, fibroso. Pero yo... mis pechos se atascaban contra los bordes irregulares del alambre cortado. Desde fuera, Ron agarró las dos mitades de la alambrada y tiró con todas sus fuerzas, abriéndola unos centímetros más. Aun así, no bastó. Me los aplasté todo lo que pude contra mi cuerpo, conteniendo el aire, pero los filos irregulares rasgaron el vestido en varios sitios, e incluso recibí algún arañazo que me traspasó la piel. Sentí el escozor caliente de la sangre, pero no grité. Solo se me escapó un gemido sordo, casi inaudible.

—¿Estás bien? —preguntó Ron, sin soltar la alambrada.

—Sí... ¡Venga! —respondí entre dientes.

Con un último empujón conseguí pasar. El vestido quedó hecho jirones, la piel ardiendo en varios puntos, pero ya estaba al otro lado.

Los dos corrimos agachados, alejándonos lo más rápido posible del perímetro. Cuando los pulmones nos ardían y las piernas ya no daban más, nos detuvimos entre la hierba alta. Miramos hacia atrás.

A lo lejos, las luces de los focos de Arcadia brillaban como una muralla de estrellas caídas. Una muralla perfecta, ordenada, inalcanzable. Por su parte, la bandera de tres franjas, negra, gris y naranja, ondeaba al viento de la noche como queriendo dar un adiós a los dos fugitivos.

—Nunca había visto Arcadia desde aquí —murmuré, con la voz entrecortada.

—¡Toma! Ni yo... Solo la hemos visto desde dentro.

Estábamos en mitad de un campo salvaje. La vegetación, crecida por las lluvias de primavera, nos llegaba más allá de las rodillas. El suelo estaba blando, húmedo. Cada paso hacía un sonido chapoteante.

—Vamos hacia la carretera, pero manteniéndonos a mucha distancia —dijo Ron, recuperando el aliento.

—¿Hacia la carretera? ¿Estás loco?

—No, Liz. Tenemos que anticiparnos. Si vemos un coche que viene en nuestra dirección, paralelo a nosotros, nos tumbaremos. Con esta hierba alta no nos verán.

—Ya, pero...

—¿Qué prefieres? ¿Ir sin referencia alguna y que nos sorprendan por detrás?

—No, claro... —admití a regañadientes.

Hicimos lo que dijo. Caminamos despacio, paralelos a la carretera, aquel cintajo gris que era apenas visible bajo la luz de la luna en cuarto creciente. Una luna que nos daba una luz tenue, plateada, suficiente para no tropezar con raíces o piedras, pero no para evitar los charcos. En más de una ocasión metimos los pies hasta más allá de los tobillos. El frío se nos colaba en los huesos.

Al cabo de una hora —o eso creíamos, porque habíamos perdido la noción del tiempo—, llegamos a un cruce de caminos. Y allí estaba: una carretera asfaltada que no debería existir. No era la principal, la que teóricamente iba directa a la ciudad. Era otra, más estrecha, que se perdía entre árboles oscuros en ambas direcciones.

—¿Qué es esto, Ron? —pregunté, con los dientes castañeteando por el frío y la humedad.

Él se quedó mirando la cinta negra del asfalto, desconcertado.

—No lo sé. Que yo sepa, solo hay una carretera... la que conduce a la ciudad. Esta otra... no sé a dónde va.

Comenzó a llover de nuevo y nos quedamos allí, parados en el borde, con los pies helados y el corazón latiendo fuerte. El mundo exterior acababa de hacerse un poco más grande. Y mucho más desconocido. ¿Qué haríamos ahora?

En ese momento, unas luces amarillas perforaron la oscuridad a lo lejos, como dos ojos de gato que se acercaban despacio por la carretera.

—¡Cuidado! —grité, tirándome al suelo instintivamente.

Ron me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué? Ese vehículo no viene de Arcadia. Probablemente esté de paso hacia otro sitio.

—Me agarró de la mano con fuerza—. ¡Ven conmigo! Vamos a intentar que nos lleve.

Titubeé. El corazón me martilleaba en los oídos. No sabía quién podía ser esa persona, ni qué intenciones tendría. El mundo exterior nos lo habían pintado como un lugar de depra-

vacación y peligro, y ahora estaba aquí, real, acercándose en forma de faros y motor ronco. Pero Ron tiró de mí, decidido, y no me quedó más remedio que seguirlo, tropezando con las matas altas y los charcos que nos salpicaban las piernas.

Llegamos justo a tiempo. Nos plantamos en medio de la carretera, dos siluetas empapadas y temblorosas bajo la luna. El coche frenó con un chirrido agudo de neumáticos sobre asfalto húmedo. El olor a goma quemada nos llegó como una bofetada.

La puerta del conductor se abrió de golpe y un hombre de unos cincuenta años bajó, gritando algo que sonó como una avalancha de sílabas ásperas. No entendí ni una palabra. A diferencia de Ron —que había crecido oyendo a sus hermanos mayores hablar inglés entre ellos—, yo era la mayor de seis y en casa solo se hablaba esperanto. El idioma exterior era para mí un ruido extraño, amenazante.

Pero Ron sí que pareció entenderlo, y le dijo, en inglés:

—Saludos, viejo. Nosotros ir a la ciudad. ¿Poder llevar?

El hombre puso cara de extrañeza. No debió gustarle nada eso de que le llamaran “viejo”, ni de que mi novio hablara como los indios. Seguro que le hubiera dejado tirado de no haber sido por mí: en efecto, yo inspiraba compasión: muerta de frío, el vestido hecho jirones y manchado de barro, los pies negros de tierra húmeda, el pelo pegado a la cara, los labios me temblaban... estaba allí, una chica joven en mitad de la noche, agarrándome a la mano de Ron como si fuera lo único sólido en el mundo. Así que el “viejo” se compadeció:

—¿Qué os ha pasado?

Ron procedió a explicarlo:

—Nosotros ser viajeros y caer en la tierra. Mucho frío y lluvia. ¿Poder llevar? —insistió.

Entre el ruido del motor y la lluvia, puso cara de no entender demasiado. *¿Este tipo estará borracho?*, debió pensar. *¿Por qué hablará así?*

El caso es que volvió a mirarme y asintió. Yo necesitaba con urgencia algún cobijo.

—¿Dónde vais?

—Lo más lejos posible.

—Yo voy a Denver.

—Parecer bien.

Nos indicó el asiento trasero con un gesto seco, no sin antes sacar del maletero una manta y ponerla sobre el mismo. No quería que se lo ensuciáramos con el barro. Subimos deprisa, como si temiéramos que cambiara de opinión.

El hombre arrancó sin decir nada más. Solo nos observaba por el retrovisor, con esa mirada de quien acaba de recoger a dos gatos callejeros y no sabe si morderán.

Al cabo de un rato, Ron me contó la escueta conversación que había tenido con el conductor, y entonces, al oír este cómo hablábamos, masculló entre dientes:

—Mierda... me ha tocado cargar con dos putos inmigrantes... Joder, ya me parecía que ese tipo no hablaba bien...

Sea como fuere, el hombre no volvió a decir ni palabra, y al cabo de un rato yo me quedé dormida sobre el hombro de Ron. Su calor, su olor familiar —mezcla de sudor, hierba y libertad— fue lo único que me mantuvo entera. Me dormí casi de inmediato, un sueño inquieto lleno de luces y alambradas, y prácticamente no me desperté hasta el amanecer, cuando el viejo paró a echar gasolina. Cuando volvió de pagar, nos dijo:

—Os he recogido porque no teníais pinta de mexicanos ni acento español. Pero claro, debéis de ser de algún otro país de más abajo. Habéis tenido suerte de que no os haya hecho bajar del coche nada más subir. Me dio pena la chica. —Nos alargó un par de bocadillos—. En un par de horas estaremos en Denver. Allí os bajaréis y no le diréis a nadie que os he recogido. ¿De acuerdo?

Ron asintió y el hombre se subió para reanudar la marcha.

Desenvolví el bocadillo con dedos torpes. Olía a carne de vaca, pero con algo fuerte, picante, que no eran las especias suaves y herbales de Arcadia. El pan estaba blando, casi gomoso, y demasiado salado. Me dio arcadas. Ron, en cambio, lo devoró en cuatro mordiscos, como si no hubiera comido en días. Yo apenas pude dar un par de bocados. Tenía un nudo en el estómago que nada tenía que ver con el hambre.

Al final, las “dos horas” se convirtieron en más de tres. Atravesamos carreteras flanqueadas por bosques oscuros y páramos infinitos donde el viento hacía ondear la hierba como un mar verde. Al final, casi al mediodía, apareció la silueta de Denver: edificios altos, tráfico denso, ruido, gente que se movía deprisa en todas direcciones. El mundo exterior era más grande, más sucio, más vivo y más aterrador de lo que jamás había imaginado.

Una vez allí, el hombre se detuvo, nos dijo que bajáramos, y sin apagar el motor se despidió con un escueto:

—Buena suerte.

Lola y Gab

—¡Eh, Lola!

La voz de Gab salió baja, casi un susurro ronco en la oscuridad. Lola se giró de golpe, con el corazón en la garganta. Estaba a medio camino entre su casa y la planta de biocombustible, jadeando por la carrera y por el miedo a llegar tarde.

Efectivamente, había tenido un contratiempo. Su madre la había retenido por unas cuestiones domésticas, y se había retrasado. Aunque intentó zafarse de ella, no lo consiguió a tiempo, y en el camino hacia la planta de biocombustible se topó con él.



—¡Gab! —susurró ella, acercándose a trompicones.

—¿Qué haces todavía aquí? ¿No habíais quedado a las diez?

Lola soltó un bufido.

—La pesada de mi madre. Me entretuvo y estaba pendiente de mí. Por fin se acostaron y me escapé por la ventana. Y tú... ¿dónde vas? ¿Querías despedirte de Liz?

Gab bajó la mirada un segundo, luego la levantó de nuevo, más fría.

—No precisamente. Ya nos hemos despedido. El caso es que... yo también me voy.

Lola se quedó de piedra. Parpadeó varias veces, como si no hubiera oído bien.

—¿Y eso?

—Voy a alistarme en el ejército. En la marina.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de incredulidad. Ella abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla.

—¿Por qué? —preguntó al fin, con voz muy baja.

—Necesito dar un cambio radical a mi vida.

Lola lo miró fijamente, escrutando su rostro bajo la luz plateada de la luna y un farol cercano.

—Es por lo de Liz y Ron, ¿verdad?

Gab apretó la mandíbula. No dijo nada al principio, solo un suspiro corto y seco.

—Sí —respondió, escuetamente—. Venga, tú sigue hacia allí. Espérame un poco más adelante. No conviene que nos vean juntos a estas horas.

—No, claro —murmuró, asintiendo despacio.

Avanzó unos metros, manteniendo la distancia. Un chico y una chica solos a medianoche en los senderos de Arcadia no era algo “decente” y había que disimular. Gab la siguió a unos veinte metros, con pasos silenciosos, como una sombra.

Cuando llegaron a la alambrada, el hueco seguía allí, irregular, con los bordes de alambre cortado brillando como dientes rotos.

—Ron y Liz ya se han ido —comentó Lola nada más llegar él—. Mira el agujero.

Gab se agachó, inspeccionando el corte con los dedos. Asintió lentamente.

—Sí, eso parece. Y yo ya lo esperaba. De hecho, no quería irme con ellos.

Lola lo miró de reojo, con una mezcla de compasión y reproche.

—No quieres volver a ver a Liz, ¿eh?

—No soportaría volver a verlos juntos —respondió, seco, sin mirarla.

—Lo que no sé es cómo han podido pasar por ahí. —Presionó los alambres y vio que cedían por abajo—. Han tenido que ampliar el hueco, pero aun así...

Gab sonrió por primera vez, una sonrisa tensa pero decidida.

—Pues si ellos pasaron, también podremos hacerlo tú y yo.

Lola se agachó y empezó a meterse. El agujero estaba un poco alto para ella: era bajita, y no conseguía equilibrarse con una pierna dentro y la otra fuera. Se subió el vestido hasta las caderas, pero los alambres le arañaron los muslos, y soltó un pequeño bufido de frustración.

—Espera —dijo Gab, agachándose a su lado—. Están aquí los alicates. Voy a hacerlo un poco más grande.

Fue más mañoso que Ron. Con cortes precisos y rápidos, amplió el hueco por abajo sin desperdiciar demasiado tiempo. En menos de tres minutos, el paso era lo suficientemente amplio.

Lola pasó primero, con un último tirón que le rasgó un poco el vestido a la altura del muslo. Gab la siguió con más facilidad, aunque también se hizo un corte en el antebrazo que no le importó.

Una vez fuera, siguieron el plan que Ron había trazado: caminar paralelos a la carretera, a bastante distancia, ocultos por la hierba alta. El frío les calaba los huesos, pero ninguno dijo nada. Solo se oía el crujir de la vegetación bajo sus pies y el rumor lejano de algún animal nocturno.

Cuando llegaron al cruce de caminos, la misma duda que nos había atenazado a Ron y a mí les cayó encima como una losa.

—¿Cuál será el que va a la ciudad? —preguntó Lola, mirando las dos cintas de asfalto que se perdían en la oscuridad—. ¿Por dónde habrán ido ellos?

Gab se encogió de hombros, mirando alternativamente a derecha e izquierda.

—No tengo ni idea.

—Cualquiera de las dos llevará a alguna parte, ¿no?

—Ya, pero no es lo mismo caminar cuarenta millas que cien.

—¿Cien? —Lola alzó una ceja.

—Digo cien por decir algo —murmuró él, incómodo.

—Pues ya me dirás qué hacemos.

Gab suspiró, mirando el cielo estrellado.

—Venga, vamos a seguir rectos.

—¿Rectos? ¿Por qué?

—¿Y por qué no?

Lola se quedó pensando unos segundos. Tenía razón: sin mapa, sin indicaciones, sin nada, cualquier elección era tan buena —o tan mala— como la otra. Al final, asintió.

—De acuerdo, vamos. A ver si podemos alcanzar a Ron y a Liz. Sería mejor ir los cuatro juntos que no los dos solos.

Gab la miró de reojo, con una mueca amarga.

—¿Por qué? ¿Qué más da?

—Mira, Gab... —Lola se detuvo y le puso una mano en el brazo—. Comprendo que estés dolido. Pero estamos en mitad de la nada, y siempre será mejor estar cuatro personas que no dos. Si el mundo exterior es tan perverso como nos han dicho, cuantos más seamos, mejor nos podremos defender de esa gente. ¿No te parece?

Él no respondió. Solo bajó la vista al suelo, pateando una piedra con la punta del zapato.

Lola insistió, suavizando la voz:

—Anda... —le agarró del brazo con más fuerza—. Solo serán unas horas más. Después te irás a la oficina de reclutamiento y ya no volverás a verlos. Pero al menos yo podré estar con ellos. ¡Me tienen que ayudar a encontrar a Paul en Baltimore!

Gab dio un suspiro largo, como si se rindiera a algo contra lo que llevaba luchando toda la noche.

—De acuerdo —dijo por fin—. Pero eso será si es que han tomado este camino.

—Esperemos que sí.

—Tendremos que ir deprisa.

—Todo lo que podamos.

Gab la miró, escéptico.

—¿Tú puedes correr?

Lola sonrió, una sonrisa desafiante que le iluminó la cara en la penumbra.

—¡Pues claro!

Llegada a Denver

Estábamos a las afueras de una gran ciudad, pero ya dentro de ella. El aire olía distinto, más denso, cargado de humo de escape, frituras lejanas y un olor metálico que no supe identificar. Los sonidos nos envolvían como una manta asfixiante: bocinas lejanas, murmullos de gente que hablaba deprisa, el zumbido constante de los coches. La gente en la calle caminaba deprisa, sin mirarse. Me sentí pequeña, invisible, fuera de lugar, diminuta en medio de aquel torbellino de cuerpos y edificios, como si el mundo pudiera devorarme en cualquier momento. Tan solo la presencia de Ron a mi lado me hacía sentir tranquila y protegida, y su actitud segura y decidida me inspiraba una confianza de la que yo carecía.

Al fondo se alzaban torres de cristal y acero que parecían tocar el cielo; los edificios que teníamos delante tampoco eran precisamente bajos: bloques de apartamentos de catorce, quince pisos, con balcones llenos de plantas marchitas y ropa tendida. En los bajos había tiendas de todo tipo, y fue cuando sentí hambre de verdad.

—Ron, aquello parece un restaurante —susurré, señalando con la barbilla—. ¿Por qué no entramos a comer?

—Sí, vamos. El bocadillo del viejo me ha sabido a poco.

Entramos. El local estaba a media capacidad: unas diez o doce mesas de formica, sillas de vinilo rojo desgastado, y un olor a café quemado y grasa que se pegaba a la ropa. La mayoría de los clientes eran hombres y mujeres solos, comiendo sándwiches u otros platos, con la mirada fija en unos extraños aparatos negros y planos que llevaban en la mano.

Nos sentamos en una mesa pegada a la ventana. Sobre ella había un menú plastificado con fotos. No entendíamos ni una palabra del texto, pero las imágenes nos guiaron. Al cabo de unos minutos llegó una camarera joven, con el pelo recogido en una coleta alta y una sonrisa profesional.

—Hola, chicos. ¿Qué queréis comer?

Ron señaló con el dedo, inseguro.

—Querer esto... —dijo, apuntando a una foto de pasta cremosa—. Y ella esto. ¿Está bien?

—Vale, vale. Pasta carbonara rellena de trufa y bistec con patatas —lo apuntó en una libretita—. ¿Y de beber?

—Agua.

—¿Para los dos?

—Agua para yo, y agua para ella.

La camarera nos miró extrañada un segundo, pero no dijo nada. Se fue y volvió al rato con los platos humeantes y una botella de agua mineral. Antes de marcharse señaló hacia el fondo del local.

—Antes de iros tenéis que pasar por caja, ¿eh? Allí, a la derecha. Por donde habéis entrado no se puede salir.

—¿Qué ha dicho, Ron? —susurré, mientras se alejaba.

—No lo he entendido bien —murmuró—. Creo que tenemos que pagar... allí.

Esta vez los platos no eran tan asquerosos, aunque a mí la pasta no me gustó nada. Se la terminó comiendo Ron y yo me comí su bistec. Pero lo peor llegó a la salida.

Cuanto llegamos a “la caja”, un tipo con barba de varios días y una camiseta descolorida nos entregó un ticket de papel con el precio, que, dicho sea de paso, nos pareció muy caro.

—Sesenta y dos con cincuenta, por favor.

Ron sacó de su bolsillo un billete de cien y se lo entregó.

El hombre lo miró, lo giró, lo miró otra vez y soltó una risa seca:

—¿Estás de broma?

—Es cien. Sobra dinero.

—¿Es que me tomas por gilipollas, o qué?

—Dar cien. Sobra dinero —insistió con voz cada vez más insegura.

—¡Pero si esto es un puto billete del Monopoly! —gritó.

—He dar cien dólares. El cambio, por favor.

—Mira, subnormal, le vas a intentar timar a tu puñetera madre. Ya me estás dando el dinero, o tú y tu chica no vais a salir de aquí hasta que me lo deis. ¿Estamos? Y si no lo tenéis, ya estáis llamando a papá para que venga a traerlo. ¿Os queda claro?

—¿Qué está pasando, Ron?

—Que quiere más dinero, creo.

Si yo ya tenía el estómago revuelto, aquella situación tan tensa me lo terminó de revolver del todo y me dio una arcada incontrolable que me hizo vomitar toda la comida sobre el suelo de baldosas. El olor ácido se extendió como una mancha.

—¡Joder! —se enojó el tipo—. ¡Y encima esto! —suspiró—. ¡Jane! —miró hacia la barra—. ¡Trae un cubo y una fregona!

En ese momento, una clienta de unos cuarenta años —pelo castaño corto, chaqueta de cuero gastada de color beige—, se levantó de su mesa y se acercó a interesarse por mí. No tengo ni idea de lo que me dijo, pero me entregó un pañuelo de papel y me hizo sentarme con ella en su mesa, que estaba allí al lado. Ron se sentó también con nosotras.

—¿Qué ocurre, chicos? No tenéis dinero, ¿verdad?

—Sí tener. Mira... —le enseñó el fajo—. Ese hombre querer más.

La mujer se quedó mirando alternativamente al dinero y a Ron y le preguntó:

—¿De dónde sois?

—Sois de Arcadia.

—Se dice somos. “Somos de Arcadia” ¿De acuerdo?

—Somos de Arcadia.

—Muy bien ¿Dónde está eso?

—En Texas, creo.

—¿En Texas? —la mujer enarcó las cejas. —Debe ser que también hay un estado que se llama Texas en vuestro país. ¿Qué sois? ¿Rusos? ¿Ucranianos? ¿O quizá croatas? ¿Eh?

Ron no contestó, porque realmente no se había enterado muy bien de lo que había dicho aquella señora. De todas maneras, mis antepasados eran polacos, así que, no iba muy desencaminada.

—Ya caigo... debéis ser refugiados ucranianos. ¿A que sí? Sé que han venido muchos últimamente por causa de la guerra.

—Somos de Arcadia.

La señora sonrió, y dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Ron.

—Muy bien, Ron. Pues que sepas que vuestro dinero ucraniano aquí no sirve de nada. Creo que ni siquiera tiene cotización oficial. Te aconsejo que vayas a un banco e intentes cambiarlo.

—¿A un banco?

—Sí. A dos manzanas de aquí hay uno. El National.

—¿Qué ser un banco?

—Ah... —la mujer se desesperaba. Giró la cabeza, pensó durante unos instantes, y luego dijo:

—Está bien. Voy a hacer la obra de caridad del día. Yo pagaré vuestra cuenta y os acompañaré al banco.

En realidad, no pagó nuestra cuenta, ni tampoco la suya. El tipo de la caja le dio un ticket y ella le mostró una cartulina de papel o algo así. Yo esperaba que allí apuntaría la cifra, que sería como “a cuenta”, probablemente porque la señora era una clienta conocida. Pero como digo, no ocurrió nada de eso. Colocó la cartulina sobre un aparato, sonó un “bip”, y eso fue todo.

En la calle, la mujer nos miró con una mezcla de compasión y curiosidad, y me volvió a preguntar cómo me encontraba por medio de Ron. Yo ya estaba un poco mejor y nos encaminamos hacia “el banco”. Después de esperar un rato a que nos atendieran, esto fue lo que ocurrió:

—Hola, verá, estos chicos son ucranianos. Tienen dinero de su país y les gustaría cambiarlo por dólares.

—¿Cómo dice?

—Otro que no me entiende... ¿Pueden cambiar aquí dólares ucranianos por dólares americanos?

—¿Dólares ucranianos?

—¿Está usted sordo, o qué?

—Señora, no existen los dólares ucranianos. En ese país la moneda se llama “grivna”, creo.

—Bueno, pues grivnas ucranianos. Estos chicos los quieren cambiar por dólares. —Hizo una seña a Ron y puso su fajo en el mostrador.

El hombre de la ventanilla le mostró a un compañero el fajo y este negó con la cabeza, diciéndole algo que no llegamos a oír.

—Señora —le dijo en bajito—, estos jóvenes le están intentando timar. Esto no es dinero de curso legal, ni siquiera ucraniano. Es simplemente un papel... —miró uno de los billetes—, con cierta elaboración, sí, pero nada más. No es dinero de verdad.

—¿No es dinero de verdad? Entonces, ¿qué es lo que pone ahí, al lado de la cifra?

El hombre miró el billete por delante y por detrás y dijo:

—No entiendo lo que dice. Es un idioma eslavo, creo.

—¿Está seguro de que no es dinero ucraniano?

—Un momento.

Tras unos segundos, el empleado giró la pantalla y nos la mostró:

—Esto es un billete de 100 grivnas. Como ve, no tiene nada que ver con este... papelito. ¿Quiere que llame a la policía?

—¿A la policía? No... No creo que haga falta. Buenos días.

La señora puso cara de circunstancia y al salir se dirigió a nosotros:

—Ron, no me gusta pensar mal de la gente, y mira que tendría motivos para hacerlo. No tenéis cara de estafadores, desde luego, así que voy a creer que os han timado a vosotros, y no vosotros a mí. En definitiva —suspiró—, este dinero es falso.

Ron se quedó helado. Me miró y tradujo con voz temblorosa:

—Liz... me temo que el dinero de Arcadia no sirve fuera de Arcadia.

—¿Qué quieres decir?

—Que solo se usa allí, nadie lo conoce.

—¿En serio? ¿Quieres decir que es como si no tuviéramos nada?

—Me temo que sí. Ahora mismo no tenemos ni un céntimo.

La boca se me abrió, de golpe.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos volvemos a Arcadia?

—¿Volver? ¡Antes muerto, Liz! ¿Me oyes? ¡Antes muerto! Si no tenemos dinero, trabajaremos para ganarlo.

—¿Trabajar? ¿Dónde?

—No lo sé. Ya encontraremos algo.

La mujer nos observó en silencio y luego se encogió de hombros.

—Bueno, chicos, yo me tengo que marchar. Os aconsejo que busquéis a quien os ha dado ese dinero, y que os devuelva el vuestro, el auténtico. O si no, podéis ir a la policía y denunciarlo.

—Muchas gracias, señora. Así lo hacer.

La mujer se alejó, desapareciendo entre la multitud. Nosotros nos quedamos allí, en la acera, con los bolsillos vacíos, el estómago revuelto y el futuro más incierto que nunca.

Los coyotes

El camino estaba resultando más duro que lo que habían pensado. Todos en algún momento habíamos ido por la carretera que conduce a la ciudad, y sabíamos que había bosques, páramos y montañas salpicados de vez en cuando por pequeñas casas o casetas que habían pertenecido, tiempo atrás, a la compañía telefónica o incluso al telégrafo. Pero todo era de memoria, claro, pues nunca pensamos que esos detalles serían tan importantes en una aventura como esa.

Lola y Gab marchaban a cierta distancia de la carretera, pero paralelos a esta por la misma razón que pensábamos hacer nosotros: controlar si venían en su busca.

Ahora caminaban despacio, pues estaban cansados de correr. La lluvia intermitente les había calado, y ya tenían claro que nosotros habíamos tomado el otro camino. Caminaban desde hacía horas, con los pies cubiertos de barro y el cansancio clavado en los huesos. El silencio de la noche era inquietante, roto solo por el crujido de las piedras bajo sus botas y el graznido de alguna lechuza en la lejanía.

Pero caminar por ese terreno era muy duro, como ya había yo tenido la ocasión de comprobar antes de que Ron y yo nos montáramos en aquel coche. En efecto, de noche y con poca luz, no se veían bien los terraplenes, las piedras, las acumulaciones de maleza o los pequeños arbustos. Su caminar no tenía cadencia; a menudo metían los pies en los charcos, tropezaban con rocas o se atascaban con las enredaderas que cubrían el suelo, al que se caían con frecuencia.

—Espera, Gab. Vamos a descansar un rato.

Lola se detuvo y se inclinó hacia adelante, jadeando, dejando caer su vestido y con las manos sobre las rodillas. Durante todo el camino lo había llevado levantado hasta la cintura y se había hecho un nudo que llevaba sujeto con una mano para que el vuelo no le estorbara para correr. Era un vestido similar al mío, típico de cualquier mujer joven de Arcadia en primavera: un vestido ancho que no marcara las formas, con cuello de barco sin escote, mangas hasta un poco antes de las muñecas, y falda por debajo de las rodillas.

La noche no era cálida, pero ellos estaban sudando profusamente, y Gab se desabrochó el peto, también típico de los hombres, de un mecánico como era él: un pantalón de peto lleno de bolsillos para meter las herramientas, y una camiseta de algodón. Por supuesto, con los colores del uniforme de Arcadia: pantalón negro que se degrada a gris al alcanzar el tronco, con los bolsillos de color naranja, el mismo color de la camiseta.

—¿Tú cómo vas? —le preguntó.

—Yo, bien. Cansado, pero bien.

—A mí me duele todo, Gab. Mañana voy a tener unas agujetas que no voy a poder ni andar.

—Ya. Es por culpa del terreno. Si fuéramos por un camino llano, solo te dolerían un par de músculos. Pero con este terreno tan irregular... nos toca ejercitarlos todos.

De pronto, un aullido rasgó el aire. Lola se detuvo en seco.

—¿Qué fue eso? —preguntó, con la voz temblorosa, y Gab giró la cabeza.

—Coyotes —dijo, apretando la mandíbula—. Y están cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—El aullido es inconfundible. ¿No los has oído alguna vez?

La muchacha movió la cabeza hacia los lados. El sector en el que vivía ella estaba en el centro de Arcadia y allí no se oía nada de eso. No obstante, se contaban historias de coyotes

despedazando a la gente en los cuentos infantiles, y todos pensábamos que en realidad era otra de las mentiras usadas para asustarnos con el mundo exterior.

Antes de que pudiera decir más, tres sombras se deslizaron entre los matorrales. Ojos brillantes con dientes afilados. Los coyotes nos rodearon, gruñendo, acercándose con movimientos rápidos.

—¡Lola, detrás de ti! —gritó Gab, levantando un palo que había recogido horas antes.

Ella retrocedió, con el corazón golpeándole el pecho. Los animales se lanzaron. Gab golpeó al primero con fuerza, pero otro se abalanzó sobre su pierna y lo mordió, mientras otro le arañaba un brazo con sus colmillos. Su grito fue desgarrador.

—¡Gab! —chilló, buscando desesperada algo para defenderlo.

Vio una piedra grande, la tomó con ambas manos y corrió hacia el coyote que tenía a Gab atrapado. Con un grito que salió desde lo más profundo, golpeó al animal en el lomo. El coyote soltó a Gab y retrocedió, aullando. Los otros dudaron, y Lola aprovechó para lanzar otra piedra, gritando con furia:

—¡Fuera! ¡Largaos de aquí!

Los animales lo pensaron durante unos instantes, y al final se dispersaron, perdiéndose entre la maleza. Probablemente estimaron que perderían el combate, y prefirieron no arriesgarse. El silencio volvió, pero ahora estaba cargado de adrenalina y miedo.

Lola se arrodilló junto a él, que sangraba por la pierna. Un pequeño reguero de sangre se podía ver a través del pantalón desgarrado y brillaba bajo la incipiente luz de la luna.

—¡Estás herido! —dijo, con la voz quebrada, y Gab apretó los dientes, sudando.

—No es profundo... creo —jadeó—. Pero tenemos que seguir. No podemos quedarnos aquí.

Lola asintió. Lo ayudó a levantarse, pasando su brazo por sus hombros y se puso de pie.

—¿Puedes andar?

—Sí —dio algunos pasos—. Me duele un poco al estirar la pierna, pero nada más.

Continuaron la marcha, cada vez más despacio. Ahora ya no andaban por páramos, sino que era un bosque por donde transitaban. Un bosque de pinos o de arizónicas, cuyas hojas como espinas llenaban el suelo y les hacían resbalar una y otra vez. Por suerte ya estaba amaneciendo, y jirones de trazos de color naranja inundaban el horizonte alumbrándolos un poco más.

Cruzaron un par de arroyos, con sus pozas, algunas de las cuales les sumergieron casi hasta el cuello. Mojados como estaban, toda la noche sin dormir, hartos de cansancio y con Gab herido, solo les faltaba que Lola se lesionara, y eso fue lo que ocurrió. La muchacha se resbaló con las hojas de un pinar tras salir de una corriente de agua y se torció un tobillo.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Me duele! —gritó.

—A ver...

Efectivamente, tras quitarse el zapato y el calcetín, su compañero pudo comprobar cómo aquel tobillo se hinchaba por momentos y se ponía cada vez más colorado.

—¿No puedes andar? Anda, inténtalo.

—¡Ay! —exclamó—. Imposible, Gab. No puedo ni plantar el pie.

Lola se sentó sobre una piedra mientras se masajeaba la extremidad para intentar quitarse la hinchazón. Él continuó andando hasta llegar a una pequeña elevación que tenía delante y desde allí contempló el horizonte, en la dirección a la que iban. Al subir por la pequeña

ladera notó cómo la herida del muslo le dolía cada vez más, y cuando se bajó los pantalones, ahora que era de día, pudo ver claramente que estaba infectada. Igualmente, la herida de su brazo derecho tampoco tenía buena pinta. Bajó de nuevo y le dijo a su compañera:

—Más adelante he visto una casa, al lado de la carretera. Tendremos que pedir ayuda.

Lola le miró, indecisa, y tras unos segundos, asintió y dijo: —Sí. Vamos para allá.

Gab la sujetó por la axila y ella se agarró de su cintura, y comenzaron a subir la pendiente con ella cojeando ostensiblemente. Llegaron arriba, después bajaron, pero estaba claro que así no iban a ninguna parte.

—Oye, ¿por qué no vas tú a la casa y les dices que vengan aquí a por mí? Esto me duele cada vez más, y necesito que me lo curen, ya.

—Pero ¿te duele aunque no plantes el pie?

—Si no lo planto me duele menos, claro. Pero no puedo seguir así. Tienes que ir allí tú solo.

—Pero, si te dejo aquí...

—No me pasará nada, Gab. Me apoyaré en el tronco de ese árbol —lo señaló—, y ahí te esperaré.

El chico la llevó hasta allí, Lola se sentó en el suelo y se recostó en el tronco.

—No sé lo que tardaré.

—Yo de aquí no me voy a mover, así que... tú haz lo que puedas.

Padres preocupados

—¿Ronald? ¿Está mi hija en tu casa?

—¿Te refieres a Liz? No, no está aquí. ¿Por qué?

—No ha desayunado con nosotros, y tampoco está en el Estudio. Es más, creemos que no ha pasado la noche en casa.

Nada más apercibirse de que yo no estaba, mi padre telefoneó al padre de Ron.

—Ya —suspiró—. Y el caso es que yo tampoco he visto a mi hijo. Y es raro, porque suele hacer mucho ruido al levantarse. Ya sabes, tiene que madrugar para ordeñar las vacas.

—Sí, lo sé.

—Puede que hayan pasado la noche juntos... quizá en el granero.

—Pues me parece muy mal.

—¿Y qué quieres que haga? Mi hijo ya no tiene quince años, ¿sabes?

—Ronald, es una falta grave permitir que los hijos tengan relaciones sexuales antes de casarse.

—¿Y qué te crees? ¿Que no me sé la ley? Pero te recuerdo que si es eso lo que ha pasado, la falta te la van a poner a ti también.

—Ya. Esperemos que no les haya visto nadie. ¡Joder! —exclamó—, teníamos que haberlos obligado a casarse. Y tú el primero, porque lo sabes desde antes. ¿Cuánto tiempo llevan acostándose?

—¡Ja! ¡Y yo qué sé! ¿Te crees que a mí me lo cuenta? Además, ¿qué quieres que te diga! ¿Acaso te crees que tu hija es su primera novia? Este ya ha salido con varias. Se cansa enseguida de las chicas. ¿Cómo le iba a obligar a casarse con la tuya? ¿Tú qué hubieras hecho en mi lugar?

—No lo sé. ¿Por qué no averiguas donde están en lugar de lamentarte? No pueden estar todavía en el granero, a estas horas de la mañana.

—No, desde luego. Allí ya hay gente trabajando. Y, ¿por qué no buscas tú también a tu hija? ¿Es que no has ido a trabajar?

—Estoy enfermo, con la gripe... Joder, he tenido que levantarme de la cama para venir al pasillo a llamarte.

—¿Por qué no llamas al Estudio para ver si está allí?

—Ya lo ha hecho mi mujer.

—Vaya... —se detuvo por un instante y luego siguió—: Yo llamaría a los establos, a ver qué dicen sus compañeros. Pero sabes que no cogen el teléfono. Con todo el ruido que hacen las ordeñadoras...

—Pues, a ver qué hacemos.

—Vale. Me voy a acercar en persona. Luego te cuento.

El caso es que el padre de Ron no lo encontró con las vacas. Preguntó a alguno de sus amigos, y tampoco sabían nada. Visitó los lugares a los que solía acudir... y nada.

Marchaba de nuevo hacia su casa, sin parar de pensar dónde nos podíamos haber metido los dos. Desde luego, era más que improbable que hubiéramos pasado la noche juntos en alguna casa. Ninguna familia de Arcadia podía permitirse que dos jóvenes no casados pasaran la noche fuera de sus domicilios, pues eso implicaba una falta grave.

Fue entonces cuando recordó la conversación que había tenido con un técnico el día anterior. Se acordó de que estaba su hijo delante, y se dijo, “no creo que haya ocurrido eso... pero voy a mirar, por si acaso”.

Fue al famoso punto “ciego”... y vio la alambrada rota.

Cuando llegó a su despacho, en la sala de control de la entrada, que era el sitio donde trabajaba, volvió a llamar a mi padre.

—¿Hola? Me temo que nuestros hijos se han escapado.

—¿Qué? ¿Escapado? ¿Se han escapado de Arcadia?

Mi madre estaba con mi padre y no pudo dejar escapar un grito cuando oyó lo que se filtraba por la línea.

—¿Estás seguro?

—Completamente. ¿Tiene Liz un vestido color rosa pálido, con flores estampadas?

Mi madre asintió.

—Sí. ¿Por qué?

—Han roto la alambrada y se le ha debido de romper el vestido. Me he encontrado un trozo uno de los alambres.

—¡Joder! ¡Pues es culpa tuya, Ronald! ¡Tú eres el encargado de la seguridad!

—Hay un punto ciego en el sector seis. Fui tan bocazas de comentarlo ayer delante de mi hijo.

—Un bocazas y un irresponsable. ¡Joder!

—Vale, vale. Los insultos me los digo yo a mí mismo. ¿De acuerdo?

Mi padre suspiró y se calló durante unos instantes. Después dijo:

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Eh? ¿Por qué no mandas un coche para que vayan a buscarlos?

—Lo que tú quieras, pero el mal ya está hecho. Nos expulsarán de Arcadia.

Un profundo suspiro se dejó oír por la línea, por las dos partes. Mi madre dijo:

—Nos expulsarán, pero al menos los tendremos con nosotros. Habrá que ir a buscarlos, Ronald. O si no, le diré a Bennett que hable con el Sheriff.

—Lo del Sheriff, olvídate. Nuestros hijos ya son mayores de edad, y en este país la gente puede ir donde le dé la gana. Yo enviaré un coche, sí. Todavía no habrán llegado a la ciudad. Pero no creo que sean tontos como para dejarse atrapar.

—Yo iré en ese coche —dijo mi madre, que tenía el corazón en un puño—. Intentaré hablar con ellos.

—¿En serio crees que van a ser tan bobos como para marchar por la carretera? Joder, que ya no son unos críos.

—Pero habrá que intentarlo, ¿no?

—Sí —suspiró de nuevo—. Habrá que intentarlo. Pero más que nada, para que no les hagan daño. Porque sin dinero y sin conocer el idioma, yo te aseguro que antes de una semana están aquí por su propio pie.

Homer y Maggie

Desde la distancia, la casa parecía cerca, pero en realidad no lo estaba tanto. Además, el dolor punzante en el brazo y la pierna hicieron que el trayecto se estirara como un castigo. Tardó al menos media hora en llegar, y cuando lo hizo se encontró frente a una casucha de madera destartada con un aspecto bastante deplorable. Tablas grises y combadas, techo hundido en un lado, ventanas cubiertas con lonas raídas que ondeaban con el viento de la mañana.

Subió los tres escalones de la tarima —que crujieron como si fueran a partirse— y golpeó la puerta con los nudillos; cuatro golpes secos que resonaron en el silencio del amanecer.

Pasaron unos segundos eternos, tras lo cuales, la puerta se abrió con un chirrido oxidado. Apareció una anciana menuda con el pelo blanco y revuelto como un nido de pájaros, una bata floreada llena de manchas de grasa y de sopa, y que colgaba floja sobre sus hombros huesudos. Lo miró de arriba abajo, los ojos claros agrandados por la sorpresa.

—Saludos, vieja. Mí, con sangre y amiga coja. ¿Haber doctor?

Cuando se aprende un idioma de oídas, lo normal es que se entienda mucho mejor que se hable; esto es lo que le pasaba a Gab. Pero a diferencia de Ron que lo hablaba algo mejor, a este prácticamente no se le entendía nada, y menos todavía con el fuerte acento que tenía. Un acento tan espeso que las palabras se le enredaban en la lengua. Lo que en su mente sonaba casi correcto, salía como un balbuceo torpe y entrecortado.

La mujerladeó la cabeza, con una mezcla de lástima y desconcierto. No dijo nada al principio; solo lo observó como si intentara descifrar un enigma. Ante sí tenía a un muchacho con el pantalón lleno de barro, la camiseta todavía empapada, el sudor pegándole el pelo a la frente, y que además estaba ensangrentado como si le hubieran atacado una jauría de coyotes. Ciertamente, era eso lo que le había pasado.

—¡Homer! —gritó de pronto, volviendo la cabeza hacia el interior oscuro de la casa.

—¡Qué quieres! —se oyó una voz ronca desde el fondo.

—¿Puedes venir?

Se oyeron unos pasos lentos arrastrándose. Apareció un anciano apoyado en una muleta de madera astillada, con una barba blanca rala y ojos hundidos.

—¿Qué pasa, Maggie?

La mujer no dijo nada, pero el hombre enseguida se dio cuenta. Se detuvo en el umbral y frunció el ceño al ver a Gab.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—¡Homer! —le reprendió ella—. No le hables así al chico. ¿No ves que está herido?

—¿De dónde vienes? —siguió.

—Doctor, por favor.

Gab levantó el brazo con cuidado, apartando el jirón de tela rasgada del pantalón para mostrar también la herida de la pierna: carne abierta, sangre coagulada y fresca, marcas de dientes que habían dejado surcos irregulares.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Homer, suavizando un poco el tono—. ¿Es que te han atacado los coyotes o qué?

—Médico, necesitar, y amiga coja, también. Estar allí con árbol —señaló vagamente hacia el páramo, en la dirección de donde había venido.

El viejo suspiró, se giró y desapareció hacia el interior. Se oyó el clic de un teléfono antiguo sobre la mesita.

—¿Sheriff? Soy Homer Saxon. Me conoce, ¿verdad? Sí, ese. Verá, en la puerta de mi casa tengo a un tipo que parece que acaba de venir de la guerra. ¿Qué quiere? No lo sé. No se le entiende. Dice no sé qué de un árbol. Sí, puede ser un inmigrante. No habla inglés, aunque tampoco parece mexicano.

El sheriff no tardó mucho. El motor de su todoterreno llegó antes que el polvo que levantaba en el camino de tierra. Bajó con el sombrero ladeado, la mano en la culata del revólver por costumbre, y se acercó con paso lento pero firme.

La anciana —Maggie— ya había hecho sentar a Gab en una silla desvencijada de la tarima. Le había dado un vaso de agua y le había intentado limpiar las heridas con un trapo húmedo. No era mucho, pero al menos había dejado de sangrar un poco.

El sheriff se quitó las gafas de sol y lo miró de arriba abajo.

—¿De dónde vienes, muchacho? —le preguntó.

Gab levantó la vista. El acento del hombre era cerrado, como si masticara las palabras antes de soltarlas. No entendió todo, pero el uniforme —la placa brillante, la estrella en el pecho— le dio una pista.

—Mí querer ir al ejército —dijo, con voz ronca por el dolor y la sed.

El sheriff soltó una risa corta, seca.

—¡Ah! Ya. Ya te he calado yo a ti. Te has fugado de Arcadia, ¿verdad?

—Arcadia, sí. Yo sangre y amiga coja. Con árbol.

—Ya me lo imaginaba. Como tienes el “traje” lleno de barro, no me había fijado en tus inconfundibles bolsillos de color naranja. —El sheriff se rascó la nuca y miró a Homer—. Además, en cuanto me dijiste que no era mexicano, lo sospeché. No eres el primero que lo hace, ¿sabes? —se dirigió a Gab—. Aunque eso no os lo cuentan allí para que no os animéis a hacerlo. A la familia en cuestión se la expulsa y así no se entera nadie.

—¿Sabe ya de dónde viene, sheriff? —preguntó el viejo.

—De Arcadia.

—¿De dónde? —el hombre además estaba un poco sordo.

—Ya sabe, el gueto ese del norte. Donde están esos chiflados.

—¡Ah! Ya —comprendió el viejo, asintiendo despacio.

—Anda, vente conmigo —se dirigió a Gab con un gesto que era mitad compasión, mitad resignación—. Te vamos a curar esas heridas y después te llevaré de vuelta a casa.

—Amiga también. Con árbol.

—¿Ah, que no has venido solo?

—Amiga coja. Con árbol.

El sheriff alzó una ceja, divertido a pesar de todo.

—Te has traído a tu novia, ¿eh! ¡Qué tío! Seguro que habéis aprovechado para hacer vuestras cosas por ahí en el páramo. ¿A que sí? Como allí dentro no os dejan... ¿Dónde está?

—Allí —repitió Gab, señalando con el brazo tembloroso hacia el horizonte—. Con árbol. Herida coja.

Solos en Denver

En cuanto se fue la mujer que había hecho “la obra de caridad del día”, nos quedamos allí plantados un momento, como si el mundo nos hubiera soltado de golpe y no supiéramos qué hacer con la libertad que tanto habíamos deseado. Empezamos a caminar sin rumbo fijo, dejándonos llevar por el flujo de la gente, por las luces que se encendían en los escaparates, por el ruido constante que parecía salir de todas partes a la vez. Denver se desplegaba ante nosotros como un sueño extraño: alto, brillante, caótico y fascinante.

Pasamos por el centro financiero, donde los rascacielos de cristal reflejaban el cielo naranja del atardecer como espejos gigantes. Las avenidas eran anchas, llenas de coches que zumbaban sin parar, y los escaparates exhibían cosas que nunca habíamos visto: ropa de colores intensos, zapatos con tacones imposibles, pantallas que mostraban anuncios con gente sonriendo de forma perfecta. Todo era tan... excesivo. Tan vivo. Tan ajeno.

Pero lo peor era la gente. Nadie nos hablaba. Nadie nos miraba a los ojos. Los pocos que se fijaban en nosotros lo hacían con recelo, como si fuéramos algo que podía explotar en cualquier momento. Hombres y mujeres solitarios, con auriculares puestos, el paso apresurado, la mandíbula apretada. En todo el día solo vimos a unos cuantos niños: dos o tres, cogidos de la mano de adultos que parecían no tener tiempo ni para respirar. Parecía que nuestros padres tenían razón al advertirnos: el mundo exterior era frío, indiferente, peligroso. O al menos eso sentía yo en ese momento, con el estómago vacío y el corazón hecho un nudo.

Al final nos sentamos en un banco de un parque pequeño, rodeados de árboles que no eran los nuestros —más altos, más salvajes, con hojas que crujían bajo el viento seco—. El sol ya se estaba poniendo, tiñendo todo de un naranja sucio.

—Ron... creo que deberíamos volver —susurré, con la voz temblorosa—. Esta gente no es amable. Es posible que nos hagan daño. No tenemos dinero, no hablamos su idioma...

Él se giró hacia mí con ojos duros.

—Ni lo sueñes. Si tengo que volver, será porque no tenga más remedio. Tú te puedes ir de aquí si quieres.

Las palabras me golpearon como un puñetazo frío. Una lágrima se me escapó y rodó por la mejilla antes de que pudiera detenerla.

—¿Irme yo sola, sin ti?

—Sí. Ya sabes que el viejo del coche nos llevó por pena, gracias a ti. No te costaría demasiado encontrar a otro que te llevase de vuelta.

Dolió. Dolió mucho. Pero se lo perdoné por ser producto de la situación tan tensa en la que nos encontrábamos, pues a veces la tensión se expresa en forma de crueldad. Me miró, se dio cuenta y me abrazó; me besó y me acarició la espalda.

—Perdóname, Liz. No tenía que haberte hablado así.

Nos besamos y entonces la calma volvió a mi ser. Estar en sus brazos era todo lo que yo necesitaba; lo único que me importaba.

El cielo ya se había oscurecido cuando volvió a hablar, con voz suave.

—¿No tienes hambre?

—Me muero de hambre, Ron. Y tengo frío.

—No me extraña. No has comido nada en todo el día. —Me apretó más contra él y me frotó los brazos con las manos, intentando darme calor—. Vamos a intentar buscar ayuda.

Se levantó, me tomó de la mano y recogió la mochila. Caminamos de nuevo, esta vez con un destino en mente. Recordábamos vagamente haber visto una pequeña iglesia al pasar por

una calle lateral: una fachada sencilla, una cruz iluminada en la torre, un cartel que ponía “Bienvenidos” en letras descoloridas.

Tuvimos suerte. Cuando llegamos, el sacerdote ya estaba cerrando la puerta principal, con las llaves tintineando en su mano.

Era un hombre mayor, de sesenta o setenta años, con el pelo blanco, y gafas gruesas que le resbalaban por la nariz.

Ron se adelantó, intentando sonar lo más educado posible.

—Saludos, viejo. Necesitamos ayuda.

El sacerdote se volvió despacio, y su expresión pasó de la sorpresa al miedo en un segundo. Nos miró de arriba abajo: mis zapatillas embarradas, los calcetines rotos, el vestido hecho jirones y manchado, el pelo sucio y enredado. Ron no tenía mejor aspecto: su pelo ondulado estaba francamente alborotado, la mochila sucia y las manchas de tierra en los pantalones.

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos inmigrantes ucranianos. Necesitar ayuda.

—¿Ucranianos? ¿Aquí en Denver?

—Sí.

El cura nos escrutó otra vez. Yo debí de inspirarle profunda lástima, porque su postura se suavizó. Suspiró, se ajustó las gafas y preguntó con voz más baja:

—¿Qué os ha pasado?

—Nos han estafar y robar el dinero. Necesitar ayuda, por favor.

—¿Quién os ha hecho eso?

Ron no contestó. No sabía cómo explicarlo sin sonar ridículo. El sacerdote nos miró una vez más, como si midiera el peso de nuestra historia en el aire.

—¿Tenéis donde pasar la noche?

—No tener nada.

El hombre giró la cabeza hacia la iglesia cerrada, dio un suspiro largo y profundo, como quien se rinde a una obligación que lleva toda la vida cumpliendo.

—En fin... no sería un buen cristiano ni un sacerdote ejemplar si me negara a ayudar a los necesitados. Venid conmigo.

El Sheriff

Estaban ya camino hacia Arcadia. Gab iba en el asiento delantero, junto al sheriff, y Lola en el asiento de atrás. Después de haber estado toda la mañana en la clínica, el chico ya le había cogido el acento y le podía entender.

—¿Cuántos años tienes?

—*Dek ok jaroj* [dieciocho] —respondió. No tenía ni idea de los numerales en inglés.

—No sé lo que has dicho, pero si eres mayor de edad tienes que pedirle el certificado de nacimiento a tus padres, si es que lo tienen, y con él podrás alistarte. Enséñaselo a los guardias de la puerta y te dejarán salir. Y si no lo hacen, les puede caer un buen paquete. Se les puede acusar de secuestro, y eso es muy grave. Pero solo si eres mayor de edad, ¿de acuerdo?

Gab asintió despacio, mirando por la ventanilla el horizonte que se acercaba: la valla lejana de Arcadia, esa línea gris y perfecta que separaba su mundo del resto.

Cuando llegaron ante las puertas, ya era media tarde. El sol caía oblicuo, alargando la sombra de la garita de vigilancia. El guardia —un tipo joven, con el uniforme impecable y la cara de quien lleva demasiadas horas en el turno— salió de la garita y levantó la mano.

—Sheriff, no puede entrar aquí. Esto es un recinto cerrado con seguridad privada.

El policía apagó el motor y se reclinó en el asiento, mirándolo con esa calma peligrosa de quien sabe que lleva la ley en el bolsillo.

—¿Que no puedo entrar? ¿Me vas a enseñar a mí la ley, listillo?

—Sheriff, según el reglamento de...

—Sí, ya sé. Me sé las leyes mejor que tú. No puedo entrar salvo en el caso de que me llamen o de que se produzca una denuncia. ¿Verdad?

—Así es.

—Bien, pues la denuncia se ha producido. Yo mismo la he puesto. Me he encontrado tirados en la calle a un par de chavales que viven aquí. Estaban heridos y llenos de barro hasta las orejas. ¿Qué te parece?

El guardia miró hacia el interior del coche patrulla y pudo comprobar que era verdad.

—Y si son menores de edad, que yo creo que alguno lo es, tengo que darle la denuncia a sus padres para que se presenten a declarar ante el juez por irresponsabilidad en el cuidado de menores. ¿Te queda claro, listillo?

El guardia dudó un segundo. Luego abrió la barrera con un gesto seco y el todoterreno entró.

Tras dejar a Lola y a Gab con sus padres, el sheriff se dirigió al despacho del Administrador. Este estaba fuera cuando llegaron, pero le avisaron y acudió antes de que el policía terminara de dejar a los chicos. Como había salido, se había dejado el uniforme en su ropero del Directorio, aunque había tenido buen cuidado de vestirse con los colores corporativos: pantalón negro, camisa naranja y chaqueta y corbata gris.

—Bennett, tiene suerte de que no haya entregado a esos dos chavales a los de Inmigración —dijo, sin preámbulos—. Podría haberlo hecho, ¿sabe?

—Oh, vamos, sheriff. Usted sabe que no es el caso.

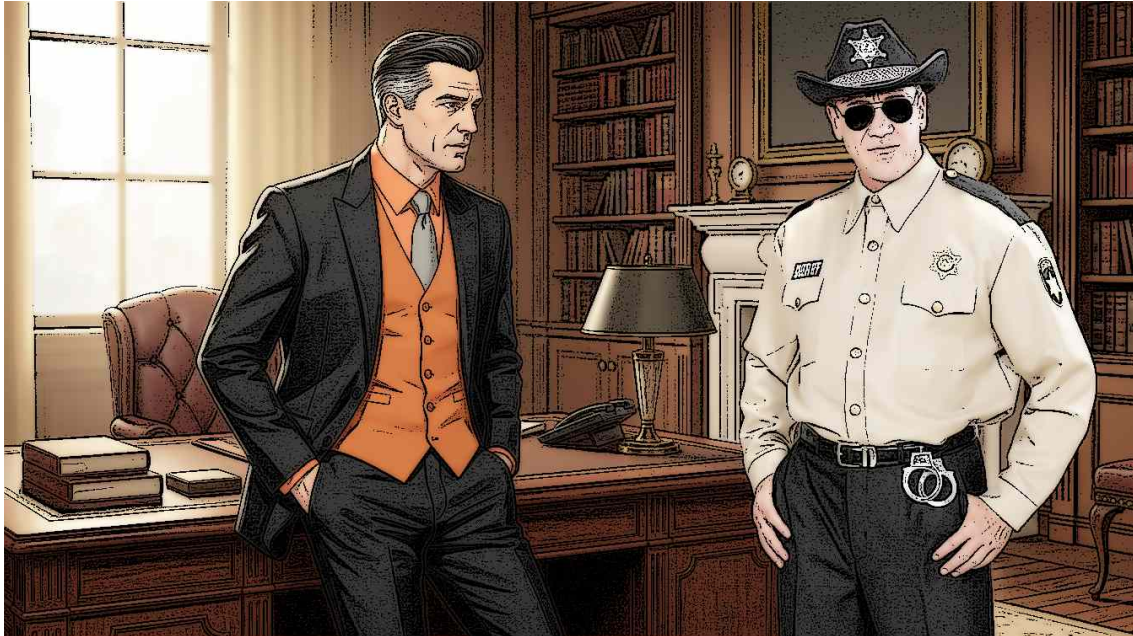
—Yo no tengo por qué saber nada. Me encuentro a dos personas indocumentadas, que no hablan nuestro idioma, y en un estado lamentable. Eso significa que son inmigrantes ilegales.

—Pero usted sabe que no lo son —insistió, apuntándole con un dedo.

—Mire, Bennett... —El sheriff se enderezó, cruzando los brazos—. Como le digo, tiene suerte de haber dado conmigo. Yo no les pedí a sus padres el certificado de nacimiento de los chicos, porque me dieron pena. Pero si se lo hubiera pedido y no me lo hubieran entregado porque no lo tienen, es mi obligación llevarlos ante el juez para que inicie un procedimiento de deportación.

El Administrador lo miró fijamente, con los brazos cruzados, dejando pasar unos segundos de silencio pesado.

—¿Me está pidiendo algo a cambio de su bondad, sheriff?



El otro no contestó de inmediato y añadió, con voz baja y casi casual:

—Sé que mucha gente no inscribe a los hijos en el censo, entre otras cosas, porque ya no nacen en el hospital de la ciudad y nadie sabe que existen. Yo creo que lo hacen para impedir que se larguen.

—Eso no es cosa mía. Esos asuntos son responsabilidad de los padres. Y yo no puedo obligarlos a que vayan a la oficina de Registro a inscribir a sus hijos.

—Es obligatorio.

—Sí, pero no es una obligación que me incumba a mí. Cuando nacieron los míos, sí los inscribí.

—Y, ¿qué me dice de los inmigrantes ilegales que tienen aquí? Me refiero, a los de verdad.

—¿Qué está diciendo?

—Lo sabe perfectamente. Usted ha traído a gentes de fuera, sin permiso de trabajo ni de residencia. A gente rica de Europa, que supongo le habrán pagado un buen dinero por estar aquí. Eso no me lo puede negar.

—Se lo niego. Están regularizados. Son profesionales altamente cualificados que no se encuentran en nuestro país. La ley me ampara para hacerlo, ¿sabe?

—Otro que me quiere enseñar a mí las leyes... —masculló el sheriff, casi para sí—. Bennett —siguió—, esa ley solo cubre unos cuantos casos muy específicos, y dudo que esa gente esté entre ellos.

—Lo están.

—Ya, claro —puso una expresión irónica—. Mire, podría tener muchos motivos para cerrarle el chiringuito, ¿sabe? Aquí tienen una seguridad brutal que hace que esto parezca una fortaleza. De hecho lo es, porque nadie puede salir sin su permiso.

—Pero, ¿qué dice? La seguridad es para protegernos del mundo exterior. Para impedir que entren, no que salgan. ¿Me entiende? La gente entra y sale, cuando quiere y usted lo sabe.

—Podría cerrarles el chiringuito y por muchas razones —insistió el sheriff—. Usted es el capo de una mafia que ha conseguido, mediante extorsión, que los inspectores de aguas no le clausuren la laguna, ni le prohíban usar los pozos; que les toleren el adoctrinamiento sectario de los chavales; que los de Sanidad ni aparezcan para que no revisen los aditivos que usan y que...

—Todo eso que dice es mentira —le interrumpió Bennett, con una calma exquisita, mientras comenzaba a marcar un número en el teléfono—. Toda la documentación está en regla y le puedo mostrar los certificados de aptitud de todos los departamentos que me ha nombrado. De Inmigración, de Aguas, de Sanidad, de Educación... todos y cada uno de ellos. —Se llevó el teléfono al oído—. Buenas tardes. Por favor, póngame con el Fiscal del Distrito.

—A ese también le tiene untado, ¿eh Bennett!

—Sheriff, usted ha vertido acusaciones muy graves sobre mí, y tengo que denunciarle ante sus superiores. ¿Casey? —alguien se puso al otro lado de la línea—. Hola, soy Robert Bennett.

—No siga, no siga. Ya me voy. No hace falta que le cuente nada... a mi jefe.

—Casey, luego te llamo —colgó el teléfono.

—Eso sí. Le advierto que como se les vuelva a escapar otro chaval, esta vez no voy a ser tan bueno, y no le quepa duda de que le llevaré ante los de Inmigración. Y rece para que sea mayor de edad y solo se quede una buena temporada en la cárcel. Porque si es menor, entrarán aquí los federales y revisarán la situación de todos los críos para ver si están en buenas condiciones. ¿Le queda claro, Bennett?

—Adiós, sheriff.

En ese momento recogió el sombrero, se lo caló con un gesto seco, y salió, topándose a la salida con otro de los miembros de la oficina del Directorio. Era el secretario, un hombre de confianza de Bennett, y su mano derecha. Cuando el sheriff ya había desaparecido, Conrad entró en el despacho.

—¿Jefe, no podríamos sobornar también a este tipo?

—¿Para qué, Conrad? Con sobornar al Fiscal del Distrito es suficiente. Si este nos vuelve a dar la lata, basta hacer una llamada y se lo cargan. Así de sencillo.

—¿Cree que hará lo que ha dicho, en caso de que...?

—No creo que se vuelva a escapar nadie. Reforzaremos la seguridad.

—Hasta de Alcatraz se han escapado, jefe.

—Bueno, ¿y qué? Eso que ha dicho es un farol. Simplemente, sabe que su jefe está untado, y quiere también una parte. Además, ¿de qué me serviría untarle? Este tipo es un papanatas. Un putero. Cualquier día alguna de las furcias con las que trata, se va de la lengua y lo despiden. ¿De qué me hubiera servido sobornarle durante todo ese tiempo? ¿Eh? Es mejor hacerlo con su jefe, con el Fiscal del Distrito. También conozco sus vicios y le conviene llevarse bien conmigo.

El ayudante se quedó pensando durante unos momentos, pues tenía algo que decirle. Este no era el momento más oportuno, pero, ¿cuál era si no? Bennett últimamente siempre estaba de mal humor, así que daba igual un momento que otro.

—Jefe, y ¿qué hay de lo mío?

El Administrador alzó una ceja.

—¿Lo tuyo? ¿Qué es lo tuyo?

—Lo que me debe.

—¿Para qué lo quieres, Conrad?

—Bueno, para lo mismo que usted.

Bennett soltó una risa corta.

—Para lo mismo que yo, no creo. Tú no sueles salir de Arcadia. ¿O es que piensas hacerlo más a menudo? ¿Eh?

El otro sonrió de forma irónica, con un brillo oscuro en los ojos.

—Yo también tengo mis vicios, jefe.

Padre David

El cura nos hizo pasar a un pequeño local a pie de calle que, según explicó, eran los salones parroquiales. El lugar olía a madera vieja, incienso apagado y café rancio. Había varias estancias con sillas apiladas, pupitres rayados y pizarras llenas de restos de tiza: probablemente el sitio donde se daban las catequesis. Al fondo, abrió una puerta estrecha que daba a su vivienda privada.

No era un lugar lujoso. Las paredes tenían manchas de humedad en las esquinas, el suelo de linóleo estaba desgastado y había pilas de libros y revistas por todas partes, pero el calor de la calefacción era acogedor. Una lámpara de pie proyectaba una luz amarilla y cálida que hacía que todo pareciera menos hostil.

—¿Habéis cenado? —preguntó, dejando las llaves sobre una mesita abarrotada.

—No. Nosotros tener hambre —respondió Ron, corrigiendo la frase en su cabeza.

—Se dice “tenemos hambre” —le indicó el sacerdote con paciencia.

—Nosotros tenemos hambre. Mi esposa no comer nada en todo el día.

El padre David alzó las cejas, sorprendido.

—¿Estáis casados? ¿Tan jóvenes?

—Sí —dijo Ron, sin titubear.

El cura nos miró alternativamente, como si intentara encajar dos piezas de un rompecabezas que no terminaban de cuadrar.

—¿Poder usar el baño? —preguntó Ron.

—Desde luego. Es esa puerta del fondo.

Ron desapareció por el pasillo, y de pronto me quedé sola con el sacerdote. El silencio se hizo incómodo. Él me miró con curiosidad, esperando que dijera algo.

—¿Tú no sabes nuestro idioma? No te he oído decir ni una sola palabra...

Lo miré con cara de circunstancias, sin entender casi nada. Solo captaba el tono amable y un poco perplejo.

—Espera, se me ha ocurrido una idea. A ver, cómo se hacía...

Sacó del bolsillo un aparato negro y plano como los que todo el mundo llevaba en Denver. Hasta por las calles y andando los llevaban en la mano, sin perderlos nunca de vista. Todos eran negros, excepto los de las mujeres que solían ser por detrás de otro color. El cura pulsó un botón y apareció una pantalla similar a la de un televisor, pero mucho más pequeña. Tocó en diversas partes de la misma, y lo acercó a mí.

—Puedes hablarle al celular. Él me traducirá lo que dices.

Yo seguía sin entender.

—Venga, ¡habla! ¡Di algo!

—Es que no le entiendo, padre. No sé qué me quiere decir. No hablo inglés.

El hombre enarcó las cejas al leer lo que mostraba la pantalla en cuanto que dije aquello: *“idioma detectado: esperanto”*

—¿Esperanto? Espera, no puede ser. A ver si esto se ha equivocado...

El aparato tradujo automáticamente sus palabras y las emitió en voz alta, en un esperanto perfecto y metálico. Yo di un pequeño salto de sorpresa.

—Sí, esperanto. Esa es nuestra lengua —respondí.

De nuevo, el aparato tradujo y habló. El padre David se quedó boquiabierto, mirando el celular como si fuera un milagro.

—Pero... ¿no habláis ucraniano?

—No. Nosotros hablamos esperanto.

—Vaya... esto sí que no me lo esperaba... —murmuró, rascándose la cabeza—. Y... ¿sois cristianos? Supongo que seréis ortodoxos, ¿no? ¿Creéis en Dios?

—Sí. No sé qué es eso de “ortodoxos” —El aparato seguía traduciéndonos a los dos.

—¿En qué Dios creéis?

—Creemos en Dios, padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible, y en Jesucristo, su único hijo, señor y salvador nuestro.

—¡Amén! —exclamó, más sorprendido que nunca.

En ese momento salió Ron del baño, con el pelo húmedo y la cara más relajada. El sacerdote lo miró con renovado interés.

—Estaba hablando con tu esposa. Por cierto, ¿cómo os llamáis?

—Yo me llamo Ron.

—Y yo me llamo Liz —añadí, y el aparato tradujo al instante.

—Yo soy el padre David.

Ron señaló el aparato con curiosidad.

—¿Qué es eso?

—Es un celular. ¿Nunca has visto uno? ¿Tan atrasados estáis en Ucrania?

—¿Para qué servir?

—Es un teléfono. Para eso sirve, principalmente. Aunque tiene otros usos, como ya has visto. Traduce todos los idiomas, incluido el vuestro, el esperanto. Yo he aprendido a usar esta utilidad hace poco. Por aquí ayudamos a algunos inmigrantes mexicanos, y nos es muy útil.

Ron se encogió de hombros, y dijo, directo al grano:

—Padre, nosotros necesitar un trabajo para poder vivir y poder comer.

—Claro, claro... yo podría ayudaros en eso. Pero de momento, tendríamos que cenar. —Se volvió hacia mí—. ¿Tú sabes cocinar?

—Sí, claro.

—¡Ah, perfecto! Porque es que a mí no se me da bien. Yo me apaño con lo que sea, pero no quiero daros las porquerías que tengo en la nevera. Venid conmigo.

Nos llevó a una cocina diminuta, con muebles de formica amarillenta y un frigorífico que zumbaba como un avión viejo. Abrió la despensa y el refrigerador.

—Dispón de todo esto como gustes. Si quieres puedes preparar algún plato ucraniano, si es que ves los ingredientes, claro. Tengo curiosidad por saber cómo son.

—¿Tiene sartenes y cacerolas?

—En ese armario —señaló.

Yo no tenía ni idea de cómo eran los platos ucranianos, pero vi huevos, patatas, cebolla, un trozo de chorizo y verduras. Saqué una sartén grande y me puse manos a la obra. Preparé una tortilla esponjosa con patatas crujientes por fuera y un poco de chorizo picado para

darle sabor. De entrante, salteé unas verduras con ajo que encontré en un tarro. No era gran cosa, pero olía a hogar.

Cuando terminamos, nos sentamos en la mesa del saloncito —apenas cabíamos los tres—. El padre David probó el primer bocado y sus ojos se abrieron como platos.

—¡Oye, Liz! ¡Es la mejor tortilla que he probado en mi vida! Tiene el punto justo de cuaje, y las patatas están crujientes sin llegar a quemarse. ¿Dónde has aprendido a cocinar así?

—Mi madre me enseñó. Me alegro de que le guste.

El sacerdote masticaba con ganas, y yo también devoré mi plato. Como postre, nos comimos unas manzanas crudas. A mí me hubiera gustado hervirlas con azúcar, como hacía mi madre, pero ya era tarde y el hambre no me dejaba pensar con claridad.

—Bueno, y ¿cómo va la guerra? —preguntó el padre David de pronto.

—¿La guerra?

—Sí, la guerra. ¿No habéis venido a América por culpa de la guerra?

—Ya, claro —mintió Ron con naturalidad.

—¿Y cómo va?

—La guerra va bien.

—¿Va bien?

—Bueno, va mal. La guerra siempre va mal.

—Claro. Entiendo que no queráis hablar de eso.

Yo permanecía callada, leyendo las traducciones en la pantalla del celular. El padre había silenciado el sonido para que no estuviera hablando todo el rato.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Hoy.

—¡Pues vaya estreno! Nada más llegar... ¡y os roban! ¿Cómo fue?

—Nos estafar. En nuestra ciudad, dar dinero que no sirve.

—Ya... hay gente mala en todas partes. Y ¿qué os parece América? —se dirigió a mí—. ¿Es como os lo habíais imaginado?

—La gente es muy seria y habla poco.

—Eso es cierto. La sociedad de ahora ya no es como la de antes.

—Y tampoco hay niños. ¿Por qué?

—Otra cosa cierta —respondió él, con una tristeza profunda en la voz—. En el fondo es porque los padres son unos egoístas y no quieren dar la vida. Se lo reservan todo para sí mismos, y claro, así nos va... no sé quién nos va a pagar las pensiones... los perros no, desde luego.

Después de cenar me levanté para recoger la mesa. El padre David nos miró con expresión apenada. Fue entonces cuando nos informó de sus planes para que pasáramos la noche: nos tendríamos que ir a casa de la sacristana, una mujer viuda que vivía sola.

—¿Hortensia? —Estaba hablando con ella por el celular.

—¡Ah! Que ya estás acostada... ¿No te habré despertado?

—Bueno, me alegro —se hizo una pausa—. ¿La artritis? Vaya...

—No, no te preocupes. Mañana. Mañana te lo cuento. Ahora intenta dormir y descansa.

Pulsó la pantalla del teléfono para cortar la comunicación y nos dijo:

—Os vais a tener que quedar aquí conmigo, al menos esta noche. Os dejaré mi cama y yo dormiré en el sofá.

La cama era un camastro viejo, con un colchón hundido en el centro. Al menos el cura puso sábanas limpias que olían a lavanda. El sofá era peor: un tresillo raído con manchas de café. Aun así, el padre David lo deshizo con cuidado, puso mantas y nos indicó cómo regular la calefacción.

—Buenas noches. Que Dios os bendiga —dijo, cerrando la puerta, tras salir de la que en realidad, era su habitación.

A pesar de todas las contrariedades que habíamos pasado durante el día, de todos los miedos, el hambre y el frío, aquella fue, realmente, nuestra noche de bodas.

Aunque no estábamos casados, lo habíamos hecho ya algunas veces, pero siempre en lugares incómodos, de forma furtiva y sin disfrutarlo mucho; siempre a escondidas, con prisas y miedo a ser descubiertos. Aquella cama vieja, con sus muelles que crujían y su colchón que se hundía, era lo más parecido a un hogar que habíamos tenido para hacer una cosa así. Nos entregamos el uno al otro sin reservas, despacio, con ternura y urgencia a la vez. Cada caricia era una promesa, cada beso un juramento. Me consagré a Ron en cuerpo y alma, y fui feliz como nunca lo había sido en toda mi vida. El mundo exterior podía ser cruel, frío y desconocido, pero en esa habitación diminuta, con él, no necesitaba nada más.

A la mañana siguiente volvieron las náuseas, aunque no llegué a vomitar. Me vestí con el mismo vestido roto mientras Ron se duchaba. El padre David me miró con preocupación.

—Voy a ir al ropero de Cáritas a ver si te consigo algo que esté en mejor estado. Es ropa usada, donada por personas caritativas, pero siempre será mejor que ese vestido. Por cierto, ¿cómo se te ha roto?

—Me enganché con unos alambres.

—Bueno, voy a ir a ver si encuentro algo de tu talla, que no será fácil. Ven conmigo.

Salimos de la vivienda y entramos en uno de los cuartos de los salones parroquiales. Había estanterías llenas de bolsas etiquetadas: “niño”, “niña”, “bebé”, “chico”, “chica”, “hombre”, “mujer”. También había zapatos de todas las tallas, unos más nuevos y otros no tanto.

No fue fácil encontrar algo de mi talla. Soy alta, y la mayoría de los vestidos me quedaban ridículamente cortos, apretándome el pecho hasta el punto de resultar incómodos. Al final, tuve que ponerme unos pantalones de hombre —demasiado anchos en la cintura— y una blusa blanca con mucho escote.

—¿Padre, no es esto indecente?

El hombre se me quedó mirando los pechos y enarcó las cejas por encima de las gafas.

—Sí, hija, sí que lo es. Pero ya has visto que no hay nada mejor. Lo que no puede ser es que salgas a la calle con tu vestido roto. Tendremos que tirarlo.

—¿Tirarlo? ¿No sería mejor coserlo?

—No, Liz. En América ya nadie lleva la ropa con remiendos. A ver si Hortensia te puede conseguir algo mejor más adelante.

Me miré en un espejo pequeño y agrietado que había en la esquina. Los pantalones colgaban, la blusa dejaba poco a la imaginación, pero al menos estaba limpia y entera. Ron salió del baño y me miró con una sonrisa tierna.

—Estás guapísima —dijo, y el celular tradujo al inglés con voz monótona.

Yo me sonrojé de nuevo.

El padre David nos miró a los dos, con una mezcla de ternura y preocupación.

Matrícula de honor

La puerta de entrada se cerró con un golpe seco que resonó en el silencio de la casa. El aire dentro parecía más denso, cargado de palabras no dichas y de reproches que flotaban como el humo. Gab estaba de pie en el recibidor, con la ropa sucia de polvo y sangre seca, el brazo vendado y la cara marcada por el cansancio y algo más profundo: una determinación que nadie en esa casa había visto antes en él.

Natalia lo miró desde el salón, con los brazos cruzados y esa postura que siempre usaba cuando quería parecer la que controlaba la situación. Xavier, su padre, estaba un paso detrás, con la mandíbula apretada y las manos en los bolsillos, como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Por qué te fuiste, Gab? —preguntó la madre, rompiendo el silencio con voz calmada pero afilada.

Gab soltó una risa corta, amarga.

—¿Eso es una pregunta retórica?

—¿Qué?

—¿Es que no sabes lo que es una pregunta retórica, señora psicóloga?

Natalia entrecerró los ojos. Como buena educadora —y como madre que no toleraba que le faltaran al respeto—, se enderezó aún más.

—Sé perfectamente lo que es una pregunta retórica, niño.

Gab dio un paso hacia la escalera, pero Xavier le agarró el brazo con fuerza, deteniéndolo.

—¿Dónde vas?

—¡Suéltame! —Gab se desprendió con brusquedad, pero el padre volvió a agarrarlo, esta vez más fuerte, con los dedos clavándose en la manga.

—No te soltaré hasta que no nos digas por qué te fuiste.

El chico dejó escapar una sonrisa irónica y fría.

—Pues mira... eso pregúntaselo a tu mujer. Ella sabe por qué.

Xavier palideció.

—¡No te tolero que...!

—Lo que no tienes que tolerar es que tu mujer te engañe con otro.

El silencio que siguió fue como un cristal rompiéndose a cámara lenta.

—¿Qué has dicho? —preguntó Xavier, con voz baja, peligrosa.

—Lo que has oído.

Xavier alzó la mano, listo para soltarle un bofetón, pero Natalia le sujetó la muñeca con rapidez, sin mirarlo.

—Ya hablaremos tú y yo de eso... más tarde.

—¿Cómo más tarde? —Xavier se giró hacia ella, alzando la voz en inglés, como si el idioma le diera permiso para gritar—. ¡Vamos a hablar de ello ahora!

—¡Cállate! —Natalia le apuntó con un dedo, y con los dientes apretados—. He dicho que luego. ¿Vale?

Xavier se amilanó al instante, como siempre hacía ante ella. Bajó la mano, sumiso, con los hombros hundidos, y volvió a ser el hombre callado que Gab conocía demasiado bien.

Natalia se volvió hacia su hijo, suavizando apenas el tono.

—Gab... esa no puede ser la razón. Lo que pase entre tu padre y yo...

—¿Ah, no?

—No. ¿Por qué te fuiste? Dímelo.

Los tres se miraron alternativamente. El aire estaba tan cargado que parecía que en cualquier momento podía saltar una chispa.

Gab suspiró, cansado.

—Pues mira... puede que tengas razón. Puede que esa no sea la única razón.

—Es por Liz, ¿verdad? —Natalia ladeó la cabeza—. Sé que también se ha escapado, y con Ron.

—Premio, señora psicóloga.

—Y como todavía no han vuelto y vosotros dos sí, está claro que no habéis ido juntos.

—Segundo premio.

—Lo de la chica esta, Lola, lo entiendo: quería reunirse con su novio. Lo de Ron, también: es un rebelde. Lo de Liz... obviamente tiene que ver con lo anterior. Ya veremos hasta dónde llegan esos dos juntos. Pero lo tuyo... me falta algo más.

Gab la miró fijamente, sin pestañear.

—No lo busques. Lo tienes delante: yo no puedo seguir viviendo ni en esta casa, ni en esta ciudad.

—Sí, claro, pero es que no tienes otra alternativa... ¿O sí la tienes?

—Tercer premio. Matrícula de honor, señora psicóloga.

—¿Cuál es?

—Me quiero alistar en la marina.

—¡Joder! —Xavier agitó los brazos, como si quisiera golpear el aire mismo.

—Quiero irme lejos, y cuanto más lejos, mejor. Para no tener la tentación de volver.

Natalia frunció el ceño.

—Buena la ha liado el dichoso técnico... —susurró el padre.

—¿Qué técnico?

—El tipo que vino a cambiar el regulador.

—¿Qué pasó?

—Ha provocado la expulsión de los Robinson, y le ha calentado la cabeza a nuestro hijo...

—¿Por qué?

—Le habló de la marina —espetó, haciendo un aspaviento con los brazos.

—Bueno, el caso es que no vas a ir a ninguna parte, chaval. —Natalia puso los brazos en jarra, recuperando el control.

Gab la miró con una calma que no era propia de él.

—¿Ah, no? ¿Me lo vas a impedir tú? —replicó, desafiante.

—Sí.

Lo miró con severidad, esperando que bajara la vista como siempre. Pero esta vez Gab aguantó la mirada. No se achantó. No retrocedió. Sus ojos eran duros, decididos, y en ese instante Natalia supo que lo había perdido. Aun así, hizo un último intento, cambiando de registro a uno más suave, casi maternal.

—Gab, eres muy joven. ¡Solo tienes dieciocho años! Estás dolido y quieres poner tierra de por medio. Es normal y lo comprendo. Pero te equivocas. Ahora no lo ves, pero lo verás en su momento, quizá cuando ya sea demasiado tarde. Yo te aseguro que por ahí fuera no vas a encontrar lo que buscas.

El chico respiró hondo, y dijo:

—Mamá... tienes razón en una cosa: tengo dieciocho años, y soy mayor de edad. Así que mañana me voy de aquí. ¿Me has oído? Mañana me vas a llevar a la ciudad, y me vas a acompañar a la oficina de reclutamiento. Y si no lo quieres hacer, me iré yo solo, aunque sea a pie, otra vez. Ya conozco a los coyotes y sé cómo afrontarlos. Esta vez iré preparado.

Xavier intervino, con la voz temblorosa.

—Los guardias no te dejarán salir.

Gab se giró hacia él, sin alterar la voz.

—Sí me dejarán. Y lo harán porque cuando llamen aquí, les diréis que sí. ¿Está claro? Soy mayor de edad y no pueden impedírmelo. Me lo dijo el sheriff.

Natalia soltó un suspiro largo, casi un gemido.

—Ya, el sheriff...

Gab les había amenazado de forma desafiante, en una actitud inaudita en aquel muchacho tan tímido, tan callado, tan obediente. Natalia le clavó la mirada en el alma y tuvo claro que no tenía otra alternativa más que ceder.

Gab dio un paso adelante, hacia la escalera.

—Y ahora me subo a mi habitación. He tenido un día muy duro, y llevo muchas horas sin dormir.

—Espera, muchacho. Aún no hemos terminado. —Xavier intentó agarrarle de nuevo—. En realidad, el hombre no pintaba nada, y por eso Gab ni le había mirado. Ahora intentaba reivindicarse un poco más como padre, aunque sin éxito. De nuevo, su mujer le dijo lo que tenía que hacer:

—Déjalo, Xavier. —Natalia le puso una mano en el brazo, deteniéndolo—. Deja que se equivoque. Lo necesita para crecer y madurar. Ya volverá.

Lámparas

Al día siguiente fuimos a visitar a Hortensia. Era una mujer mayor, de setenta y muchos años, con el pelo blanco recogido en un moño apretado y las manos nudosas por la artritis, pero con una sonrisa que llenaba la habitación. Vivía sola en una casita modesta en un barrio tranquilo de Denver, a solo diez minutos andando de la iglesia. Parroquiana de toda la vida, había sido la sacristana durante décadas: la que planchaba los manteles del altar, la que encendía las velas antes de las misas, la que siempre tenía un caramelo en el bolsillo para los niños que se acercaban.

Nos recibió con los brazos abiertos —literalmente— y un abrazo que olía a lavanda y a bizcocho recién hecho. Nos miró de arriba abajo, con esa ternura de abuela que no juzga, solo acoge.

—Pasad, pasad, hijos míos. El padre David ya me ha contado todo. Venid, venid a ver vuestra habitación.

La habitación era pequeña, pero limpia y luminosa: una cama doble con edredón de flores descoloridas, un armario estrecho, una mesita con lámpara y una ventana que daba a un patio trasero donde crecían rosales que nadie podaba desde hacía tiempo. Sobre la cómoda había un crucifijo de madera y una foto antigua en blanco y negro de un hombre joven con uniforme militar. Su marido, supuse. No preguntó. Solo sonrió.

Después de que el padre David atendiera sus obligaciones matinales —una misa temprana y unas visitas a enfermos—, volvió con nosotros. Comimos los cuatro juntos en la cocina: sopa de verduras, pan tostado con mantequilla y un trozo de tarta de manzana que Hortensia había preparado la noche anterior. Mientras la mujer recogía los platos y tarareaba una canción vieja, Ron se inclinó hacia el sacerdote y bajó la voz.

—Padre, necesitar un trabajo. Nosotros querer vivir solos y trabajar.

El padre David asintió despacio, limpiándose la boca con una servilleta de tela.

—Claro, hijo. Es una aspiración legítima, y yo os puedo ayudar. ¿Tú qué sabes hacer?

Ron contestó con una naturalidad que me sorprendió. Su inglés mejoraba a ojos vista; ya conjugaba casi todos los verbos en presente sin titubear.

—Yo soy granjero y campesino.

—No hay granjas en Denver —explicó el sacerdote con paciencia—. Aquí no se cultiva nada.

Ron frunció el ceño, desconcertado.

—¿Entonces? ¿De dónde sacar la comida?

—Viene de fuera. De otros lugares. Camiones, trenes, aviones... Todo llega de lejos.

Ron se quedó pensando un momento. Luego me miró, con esa expresión seria que ponía cuando algo le preocupaba de verdad.

—Aquí no podré trabajar. No hay granjas. Tendremos que irnos a otro sitio donde las haya.

—No, Ron —le dije, poniéndole una mano en el brazo—. No podemos hacer otro salto al vacío. Aquí hemos tenido la suerte de encontrar a estas dos buenas personas que nos están ayudando tanto. ¿Quién sabe si en otro sitio tendremos la misma suerte! Podríamos trabajar en otra cosa.

El padre David intervino con voz calmada.

—El problema es que no tenéis papeles, y eso dificulta mucho las cosas.

—¿Qué papeles? —pregunté yo.

—Para trabajar se necesita un número de la Seguridad Social, que solo tienen los que son de aquí. Sin eso, tendréis que trabajar en la economía sumergida, y eso restringe bastante vuestras posibilidades.

—¿Restringe? —repitió Ron, frunciendo el ceño.

—Sí, me refiero a que no podréis elegir un empleo fácilmente. Solo unos pocos se arriesgan a contratar inmigrantes “sin papeles”. Hay inspecciones de trabajo frecuentes y pueden cerrar los negocios. Es muy arriesgado.

Ron miró hacia abajo, con cara de preocupación. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa, un tic nervioso que solo le salía cuando se sentía atrapado.

—De todas maneras —siguió el padre David—, ahora recuerdo que conozco a alguien que tiene un pequeño negocio... Sí, quizá él os pueda echar una mano.

—Lo que sea, padre —musitó Ron, alzando la vista con urgencia

El padre sacó su celular y marcó un número.

—¿Albert? Hola, soy el padre David. Hola. Oye, ¿sigues teniendo necesidad de montar lámparas? ¿Sí? Ah, bueno. Tengo aquí dos personas que te podrían echar una mano. Sí, inmigrantes, claro. ¿Cuándo podría ser? Espera. Voy a hablar con ellos, y luego te llamo.

Pulsó la pantalla para colgar y nos miró con una sonrisa esperanzada.

—Mirad, sería solo para una semana, o poco más. Yo creo que deberíais aceptarlo.

—Lo que sea —insistió Ron—. No queremos ser una carga para ustedes.

El padre asintió, serio.

—Hortensia estará encantada con vuestra compañía, pero su pensión es baja —hizo una pausa y siguió—: Veréis, se trata de montar lámparas. Este hombre, Albert, tiene un negocio donde las vende. Sus proveedores se las envían en piezas, y hay que montar los cristallitos, el conector, la estructura, el cable, las bombillas... todas esas cosas. Antes tenía a unos mexicanos que las montaban, pero como paga poco, en cuanto podían se marchaban a otros lugares. Y ya no los necesita tanto como antes, pues al parecer, las lámparas que ahora vende vienen de China, y están ya montadas en origen.

—Ah, claro —murmuré yo.

—Bueno, el caso es que tiene todavía en el almacén algunas sin montar, y quisiera darles salida para recuperar ese espacio para las nuevas que van llegando. Y ahí es donde intervinis vosotros dos.

Ron me miró, buscando mi aprobación. Yo asentí despacio.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó él.

—Mañana por la mañana. Albert os espera a las nueve en su almacén. Os pagará en efectivo, al final del trabajo. No es mucho, pero es un comienzo. Y quién sabe... si lo hacéis bien, quizá os consiga algo más estable después.

El decreto

—Quiero que firmes el decreto de expulsión de estas cuatro familias.

Bennett había acudido al despacho de Rose Mary Hip antes de que la noticia trascendiera, aunque, con la irrupción del sheriff en Arcadia, esta era más que conocida.

La presidenta permanecía sentada tras su enorme escritorio de caoba, con las manos entrelazadas sobre el decreto de expulsión que Conrad le había traído minutos antes. No lo había firmado. Ni siquiera lo había tocado. El Administrador siguió:

—Han cometido la irresponsabilidad de no cuidar lo suficiente a sus hijos; de no enseñarles convenientemente nuestros valores; de permitir que cuestionen la necesidad de Arcadia. Y ese abandono de sus obligaciones ha originado que los jóvenes hayan intentado abandonar a sus padres, habiéndolo conseguido dos de ellos. Por no hablar del escándalo que se ha generado al conocerse la noticia, claro.

—Mira, Bob, no podemos echar a Natalia y a su familia de la ciudad.

—¿Por qué no?

—¿Porque es Natalia! ¿Es que no lo comprendes?

—¡Son las normas, Rose! —se inclinó sobre la mesa apoyando un brazo—. Las normas que todos hemos aprobado.

La presidenta negó con la cabeza y dijo:

—Se acabaron las expulsiones, Bob. No pienso expulsar a nadie más. Ya está bien de sembrar el terror entre la gente.

Bennett se sentó en una de las sillas del despacho que estaban frente a la mesa y se cruzó de brazos. Su cara era todo un poema.

—Mientras yo sea el administrador no puedes negarte. Sabes que tu firma es una mera formalidad.

—Mientras tú seas el administrador, claro.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no lo eres.

El otro se quedó de piedra y no supo cómo reaccionar. Finalmente, dijo:

—No puedes cesarme sin la aprobación de la Junta.

—Es que la tengo, Robert.

Aquel cambio de tratamiento era algo de lo más significativo. Llamarle por su nombre de pila, sin el apelativo, lo decía todo.

—La junta no se puede reunir sin mí.

—Excepto cuando el orden del día consista en la destitución del Administrador.

Bennett se quedó inmóvil. El silencio era tan denso que se podía oír el tic-tac lejano del reloj de pared, un sonido que parecía marcar los segundos que le quedaban de poder absoluto.

—¿Por qué, Rose? ¿Por ser demasiado severo? ¿Por ser demasiado celoso de las normas que han hecho que nuestros hijos no se hayan contaminado con la basura del mundo exterior? ¿Eh? ¿Por qué?

La señora Hip lo miró fijamente.

—Porque quiero ver cómo Arcadia vuelve a ser lo que debía ser: un lugar donde la gente elija quedarse porque es feliz.

Bennett soltó una carcajada seca.

—Feliz... La felicidad es un lujo, Rose. La supervivencia es lo primero. Y yo he sido el que ha garantizado la supervivencia.

—Con miedo. Con expulsiones. Con sobornos. Con chantaje.

—¿Qué dices? —se quedó perplejo y se recostó en el sillón hacia atrás, como a la defensiva.

—Lo que has oído. Te echamos por todo eso, pero sobre todo por robar —sentenció.

—¿Por robar?

—Sí, por robar —intentó mantener la calma y no ser demasiado dura—. Dejaste depreciar el dinero de mi padre en lugar de invertirlo bien, para no comprar ese terreno ni ampliar Arcadia. De hecho, cuando te negaste a esa ampliación, eso me puso sobre alerta. Era muy raro en ti, y enseguida vi cómo te ibas a beneficiar. No podrías acceder a mordidas en los nuevos adjudicatarios porque la ampliación sería una promoción reglada, pero sí en los antiguos.

Bennett suspiró y giró la cabeza hacia un lado. Tras unos segundos volvió a mirarla y dijo:

—Ha sido ese cerdo de Conrad, ¿verdad? ¿Es un hombre tuyo, Rose? ¿Ha estado trabajando para ti? ¿Eh?

La mujer no contestó, pero su silencio era más que significativo.

—Sí, debí suponerlo. Maldito desagradecido... Nunca me gustó del todo. Debí sospecharlo, porque no pasó por Natalia.

—No metas a Natalia en esto.

—¿Ella también se ha chivado? Porque estaba de acuerdo con muchas cosas, ¿lo sabías?

—Difícilmente podía estarlo si ha venido a contármelo. Lo de los Laudeville es solo un ejemplo. La gota que ha colmado el vaso —hizo una pausa—. Y también sabemos que Zaldivar ha estado contigo en el ajo. Claro —suspiró—. Por eso te apoyaba tanto al principio.

Bennett la miró, maravillándose de que ella hubiera sido tan lista, y él tan tonto. La presidenta siguió:

—Pero bueno, Jorge se supo retirar a tiempo. Ha devuelto el dinero, y lo hemos perdonado.

—Claro. Unos son perdonados, y otros no.

—¿Por qué lo hiciste, Bob? Es por el principio de la escasez, ¿verdad?

El hombre miró fijamente a la presidenta y no dijo nada. Ella siguió.

—El valor de algo radica en su escasez. Nada abundante puede ser caro. En nuestro caso, si construimos nuevas viviendas, habrá muchas y ya no serán tan exclusivas. Además, como se trataría de una promoción reglada, la contabilidad sería más difícil de manipular. Así que es mejor no hacer nada, y quedarnos con las casas que ya tenemos. Por tanto, cuantas menos casas disponibles haya, más pagarán por ellas quienes las quieran habitar. Lógicamente, a cambio de cuantiosas mordidas.

Él soltó una risa corta, amarga, y la miró con una mezcla de desprecio y prepotencia.

—Siempre tan precisa con las palabras, Rose. Como tu padre.

—No metas a mi padre en esto.

—Tu padre era un soñador. —La miró, con los ojos encendidos—. Un iluso que creía que se podía construir un paraíso en medio de Texas sin pagar el precio. Yo fui el que entendió que el precio era alto... y lo pagué. Lo pagamos todos. Incluida tú.

Rose Mary alzó una ceja.

—¿Incluida yo?

—Tú firmabas. Tú aprobabas las partidas.

Ella se levantó despacio y se giró.

—Sí. Puede que haya sido demasiado ingenua. Puede que haya confiado demasiado en el hombre a quien mi padre eligió para regir los destinos de Arcadia. Pero —hablaba para sí misma— ¿cómo iba a dudar de su buen criterio? ¿Cómo iba a sospechar que todo se conseguía a base de extorsión?

—No lo lames así.

—¿Cómo lo llamo entonces? —se volvió.

—Medidas necesarias. ¡Medidas necesarias que garantizaban resultados! —replicó él, poniéndose de pie y golpeando la mesa con el puño—. Mira a tu alrededor. Mira las casas perfectas, los parques, los niños sanos, los hospitales, la seguridad. Todo eso no se mantiene con buenas intenciones. Se mantiene con mano dura y con dinero en el sitio adecuado.

—Y con mentiras. Y con familias destrozadas. Y con hijos que huyen porque ya no soportan vivir en una jaula dorada —suspiró—. Disfruté de la Arcadia que mi padre soñó. No de la fortaleza que tú convertiste en cárcel. Hay una diferencia, y es enorme.

Bennett dio un paso adelante. Su voz bajó de tono; ahora era casi un susurro venenoso.

—Mira, Rose. Te voy a ser muy claro. Ese decreto de cese contra mí lo vais a tener que revocar. Yo soy indispensable en esta ciudad, y como sé que eres una persona inteligente, creo que lo harás.

—No estés tan seguro de ello, Robert.

—Soy una persona indispensable, sin la cual Arcadia no puede funcionar. Sin mí, Arcadia no hubiera existido.

—¿Sin ti? Querrás decir sin mi padre.

—¿Tu padre? El tío Rosendo era un iluso —ella lo miró con severidad, pero no dijo nada—. El proyecto era inviable desde el principio, y yo lo intuía.

—¿Sabías tú más que mi padre?

—Sí —replicó con arrogancia—. Él se creía que esto iba a funcionar legalmente, pero no es así. La cruda realidad es que no es así. Los burócratas ponen muchas pegas y más para un proyecto como este. Por ejemplo, ¿tú sabes cuánto nos ha costado que el Departamento de Aguas no husmeé por la laguna? Hemos consumido casi todo el acuífero, y eso es ilegal. El agua no nos pertenece, y solo con la de lluvia, con lo poco que llueve en Texas, no hubiéramos tenido ni para regar los campos. Por no hablar de la gente que han venido de Europa, sin permiso de trabajo ni de residencia, y que ahora son los mejores médicos y especialistas de nuestro hospital. ¿Cuánto hubieran tardado los de Inmigración en deportarlos? O los inspectores del sistema educativo, mismamente. Aquí no enseñamos algunas asignaturas obligatorias en el Estado como son geografía, historia, biodiversidad, ética y tantas otras. Además, tenemos a los chicos trabajando desde los 14 años, algo que es ilegal, y no cuela que digamos que es “formación profesional”. Son muchas cosas, Rose, y que yo he tenido que pagar con dinero. Sin ello, no hubiéramos podido ni arrancar.

—Con sobornos.

—Con partidas de gastos extraordinarios firmados por ti y por la Junta Directiva —la miró fijamente.

—Así se llama de forma técnica, claro.

—Sí, se llama así. Con lo que no pienses en denunciarme a las autoridades, porque todos estamos metidos en esto.

—Yo no pienso denunciarte, Bob. Es cierto que todas esas cosas tienen mi firma y la de los miembros de la Junta y, no se trata de resolver este asunto por esa vía. Y ojo, ni a ti te conviene hacerlo por despecho, por esa misma razón. Todos perderíamos.

—Me alegro de que te des cuenta —se serenó un poco tras oír aquello.

—Yo solo pienso en cesarte por malversación. Y por las mordidas, claro.

—Eran gastos necesarios, Rose. Necesarios para impedir que los fiscales, los agentes municipales, los inspectores de sanidad, de trabajo, de educación, de medio ambiente, de seguridad laboral, incluso de Hacienda, vinieran a husmear por aquí y nos dejaran en paz. Joder, ¡nos hubieran cerrado nada más abrir!

La mujer suspiró.

—Mira, Robert. Siempre supe que te llevabas mordidas de todos los suministradores. Misimamente, cuando nos convenciste de implantar los aerogeneradores y los paneles solares. Me consta que te llevaste una buena tajada de las empresas instaladoras.

—Ya, pero...

—Y no me importó demasiado, si te soy franca. Lo consideraré como parte de tu sueldo. Un sueldo alto, pero bueno. Todo era por el bien de Arcadia. Mi padre confió en ti y probablemente ya sabía o suponía todo eso.

—¿Entonces?

—El problema ha sido cuando ese bien se ha puesto en entredicho. Cuando tú ya no proporcionas un bien a la ciudad, sino más bien mal. Tu política del terror se ha acabado.

El hombre se desplazó hacia la ventana. Se quedó inmóvil allí, con la espalda rígida y las manos apretadas a los costados. El sol de la tarde entraba oblicuo, dibujando rayas doradas sobre la alfombra persa que cubría el suelo del despacho de Rose Mary Hip. Allí permaneció durante unos segundos, y sin volver la vista, dijo:

—Hace veinticinco años, cuando comenzamos a remover tierras y cortar árboles para fundar Arcadia, yo miraba por esta misma ventana para contemplar las obras. Era donde nos reuníamos al principio. ¿Recuerdas?

—Sí, claro.

—Eran los días en los que yo pensaba más o menos como tu padre, en el sentido de que es posible hacer las cosas legalmente. Pero enseguida me di cuenta de que no era así —se volvió—. Enseguida constaté que la gente nos odia y que no están dispuestos a tolerar excepciones en las normas sociales establecidas. Y la única manera de conseguir que nos respeten, es con dinero. Un dinero que, afortunadamente, teníamos, y sirvió para construir lo que hemos logrado construir.

—¿Qué hemos logrado construir, Bob? Insisto. La gente vino a Arcadia para ser feliz. No para vivir con miedo. Esa y no otra era la voluntad de mi padre.

—Vale. Admito que quizás me haya pasado de la raya con ciertas expulsiones y sanciones. Pero sí te digo que no podemos dejar de sobornar, como tú lo llamas, a todos esos departamentos que he nombrado. No podemos, si no quieres que todo se vaya por el sumidero. ¿Lo entiendes?

—No estoy de acuerdo.

—Rose —suspiró—, si yo no estoy al mando, si me cesas, si dejas de pagar a quien hay que pagar, todo se derrumbará. El mundo exterior entrará en Arcadia como una ola. ¡Como un tsunami! Será un terremoto que destrozará todo por lo que hemos luchado hasta la extenuación durante todos estos años. Vendrían inspectores de medio ambiente, de energía, de sanidad, y lo que es por, inspectores de educación que nos impondrán el perverso modelo educativo estatal que pervertirá a nuestros hijos y a nuestros nietos. ¿Es que no lo comprendes? ¡Los destrozarán vivos! Sería el fin de Arcadia tal y como la conocemos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Eh, Rose?

—Bob, el fin no justifica los medios, por muy altos y elevados que estos sean. Si a partir de ahora vienen todos esos inspectores y ocurre todo lo que has dicho, será la voluntad de Dios.

—No. Será tu voluntad —recalcó el “tu”.

—De verdad que lo siento mucho ti —sentenció—. Eres un buen gestor y un administrador muy capaz. Pero, sinceramente, creo el poder se te ha subido a la cabeza y te has endiosado. Una pena.

La mano en el fuego

El trabajo de las lámparas, aunque parecía sencillo a primera vista, resultó ser una tarea agotadora y repetitiva que nos marcaba el cuerpo como si lleváramos horas cargando piedras. Montábamos pieza a pieza: los pequeños cristales tallados que había que encajar en la estructura metálica, el cableado que se enredaba con facilidad, la bombilla que se atornillaba al final con un giro preciso. Al principio, las manos se movían con curiosidad; después de las primeras dos o tres horas, los dedos empezaban a doler por la presión constante, las articulaciones se resentían y la espalda se quejaba de estar todo el rato inclinada sobre la mesa de trabajo, con los hombros encorvados y el cuello rígido.

Trabajábamos a destajo: cuanto más montáramos, más cobraríamos. Y como era economía sumergida —“sin reglas”, como decía Albert con una sonrisa torcida—, no había horarios fijos ni pausas obligatorias. Empezábamos a las nueve de la mañana y terminábamos cuando él decía “basta”, que solía ser entre las nueve y las once de la noche. Doce, catorce horas diarias, a veces más. Llegábamos a casa de Hortensia con los ojos enrojecidos, los dedos entumecidos y la espalda hecha un nudo. Nos quitábamos los zapatos en la entrada —llenos de polvo del almacén— y nos dejábamos caer en las sillas de la cocina como si hubiéramos corrido una maratón.

Hortensia siempre nos esperaba con la mesa puesta y una sonrisa que parecía no agotarse nunca. Su único hijo vivía en California —“muy lejos, demasiado lejos”—, y la soledad la había ido consumiendo poco a poco, como una vela que se quema sola en una habitación vacía. Nuestra llegada fue, para ella, una bendición inesperada. De pronto tenía a quién esperar a la hora de la cena, a quién preguntar “¿cómo os ha ido hoy, hijos?”, a quién regañar cariñosamente por llegar tarde o por no abrigarnos lo suficiente.

Nos trataba como si fuéramos sus hijos, los hijos que no quiso tener en su juventud. Nos lavaba la ropa —aunque le decíamos que no hacía falta—, nos planchaba las camisas que Albert nos había prestado, nos dejaba notas en la nevera con frases como “no os olvidéis de beber agua, que sudáis mucho trabajando” o “Hay pastel de manzana en el horno, no lo dejéis enfriar demasiado”.

La mujer no sabía manejar el teléfono para usarlo como traductor, y tuvo que ser el padre David quien se lo habilitará para poder comunicarse conmigo. Realmente estaba encantada con mi presencia, y ciertamente nos hicimos muy amigas. Para mí era como tener de nuevo una madre: la que había dejado atrás en Arcadia, la que me había enseñado a cocinar tortillas y a rezar antes de dormir. ¡Cuánto le agradecí a Dios que nos hubiera puesto en manos de estas dos buenas personas —el padre David y Hortensia—, con lo mal que pintaba todo al principio!

Una mañana, mientras desayunábamos los tres juntos —café aguado, tostadas con mermelada y un plato de huevos revueltos que Hortensia insistía en prepararnos cada día—, surgió la conversación que llevaba días rondándome la cabeza.

—¿Y usted, por qué no ha tenido más hijos? —le pregunté, con la voz suave, casi como si temiera romper algo.

Hortensia dejó la taza sobre la mesa y miró por la ventana, hacia el patio donde los rosales seguían floreciendo a pesar del abandono.

—Pues porque fui egoísta y solo pensé en mí —respondió con una sinceridad que dolía—. Creía que los hijos me quitarían libertad, tiempo, vida. Y ahora... ¡no sabes cuánto me arrepiento! La soledad me consume, hija.

Ron, que ya manejaba el inglés con bastante soltura, intervino con curiosidad genuina:

—¿No tiene amigas?

—Sí, alguna tengo. Pero no es lo mismo.

—¡Claro que no es lo mismo! —exclamé yo, casi con vehemencia—. No puede serlo.

Hortensia sonrió con tristeza, pero sus ojos brillaban.

—Y vosotros... ¿pensáis tener muchos?

—Todos los que nos dé Dios —respondí sin dudar, sonriendo y achuchando un poco a Ron por debajo de la mesa. Él me devolvió el apretón, con esa calidez callada que siempre me tranquilizaba.

—¡Esa es la actitud! —dijo Hortensia, dando una palmada suave—. Seguid así, y seréis muy felices.

Fue en ese preciso momento cuando me entró la náusea de siempre: esa oleada fría que subía desde el estómago, que me obligaba a levantarme de golpe y correr al baño. No era la primera vez. Llevaba días así, sobre todo por las mañanas. Al principio lo atribuí al agua de Denver —sabía distinta, más pesada—, luego al cansancio acumulado, al estrés de los primeros días, al cambio brutal de alimentación, a los nervios que aún nos perseguían como sombras. A cualquier cosa menos a lo evidente.

Me lavé la cara con agua fría, respiré hondo y volví a la mesa. Hortensia me miró con esa expresión de quien ya lo sabe todo.

—Tú estás embarazada —dijo simplemente, sin más preámbulo.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Pondría la mano en el fuego, y creo que no me la quemaría.

—Pero...

—Es un sexto sentido que tengo... y que no me suele fallar. Tú estás embarazada —insistió, con una sonrisa tierna y segura.

Ron me miró, con los ojos muy abiertos. Yo me quedé quieta, con la mano aún en el respaldo de la silla. El mundo pareció detenerse un segundo.

Y ciertamente, Hortensia no se quemó.

Ucranianos

El teléfono sonó justo cuando el padre David colocaba los candelabros de plata sobre el altar mayor, preparándose para la misa de mediodía. Miró la pantalla: Hortensia. Contestó con voz suave, casi susurrante, como si temiera molestar a las imágenes sagradas que lo rodeaban.

—¿Padre?

—Hola, Hortensia. ¿Qué ocurre?

—Tengo que hablar con usted.

—Ahora mismo iba a empezar la misa. Por cierto... ¿por qué no has venido?

—La dichosa artritis —suspiró ella, y se oyó el leve crujido de la silla cuando se acomodó.

—Vaya... lo siento.

—Más lo siento yo.

—Bueno, qué querías. ¿Es urgente?

—No, solo será un momento... Los chicos nos han engañado.

El padre frunció el ceño, deteniendo la mano que iba a encender una vela.

—¿Que... nos han engañado?

—Iba a lavar la ropa de Ron, y me he encontrado una cosa bastante curiosa en uno de sus bolsillos.

—¿Y qué es?

—Una partida de nacimiento.

—¿Qué tiene eso de curioso?

—Es una partida de nacimiento del Estado de Texas. Nuestro chico se llama Ronald Ferguson y es ciudadano americano.

—No puede ser —respondió, casi en el acto. El sacerdote se quedó inmóvil y el silencio se estiró varios segundos.

—Créame que lo es.

—No habla inglés ni español. De eso estoy seguro. Lo que sabe de nuestro idioma lo aprendió en su país.

—En eso le doy la razón. Lo que sabe de inglés lo aprendió en el lugar del que vino... que no es Ucrania, pues tampoco habla ucraniano. Ni él ni la chica. Solo saben hablar el idioma ese tan raro. Ya me dirá usted de dónde han salido estos dos.

La mentira

El trabajo de las lámparas terminó al octavo día. Albert nos pagó en efectivo —un fajo arrugado de billetes de veinte y diez dólares que parecía demasiado pequeño para tantas horas de dolor de espalda y dedos entumecidos—. Nos dio las gracias con una palmada en el hombro y nos deseó suerte. Ron y yo salimos del almacén con el sol pegándonos en la cara, cansados pero contentos: era nuestro primer dinero de verdad en Denver.

Al llegar a casa, Hortensia no estaba. Ron se quedó para guardar las cosas y comprar algo de comida con lo que habíamos ganado —pan, leche, fruta, un paquete de café barato—. Yo, con el estómago revuelto por las náuseas matutinas que ya se habían convertido en rutina, me dirigí directamente a la iglesia.

Encontré al padre David en la sacristía, colocando los ornamentos que acababa de usar en la misa: el cáliz, la patena, el purificador. Cuando me vio entrar, dejó todo con cuidado y cerró la puerta detrás de mí. El espacio era pequeño, íntimo, olía a incienso y cera derretida.

—Liz —dijo, sin preámbulos—. Sabes que mentir es pecado, ¿verdad?

—Sí, padre.

—Entonces... ¿por qué me habéis engañado? ¿De dónde sois realmente?

Me quedé callada. El corazón me latía tan fuerte que pensé que él lo oiría. ¿Cómo lo sabía? ¿Era algo que dije sin darme cuenta? Bajé la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada. Pero el silencio se hizo pesado, y al final, no tuve más remedio que confesar.

—Venimos de Arcadia, padre.

—¿Dónde está eso?

—No sabría decirlo exactamente.

—Pero... ¿está en América?

—No lo sé.

—A ver... ¿cuánto tardasteis en venir, y cómo?

—Nos recogió un coche cuando salimos de allí. Al poco de anochecer... y llegamos a Denver al mediodía.

—Arcadia, dices, ¿eh?

—Sí —contesté, con la voz apenas un hilo.

El padre David sacó su celular, tecleó algo y esperó. La pantalla se iluminó con el resultado de una búsqueda en Wikipedia.

«Arcadia (desambiguación): 1. Unidad periférica de Grecia en la región del Peloponeso. 2. Figuradamente, un lugar imaginario de paz, belleza natural y vida simple, opuesto a la corrupción de la civilización. 3. Ciudad fundada por el multimillonario Rosendo Hip en el año 2005 a unas 40 millas de Houston, en el estado de Texas. Se trata de una sociedad oscurantista formada por fanáticos religiosos de los que se sabe más bien poco, pues guardan celosamente su intimidad. Una comunidad cerrada e integrada por superdotados que... [Leer más...](#)»

El padre me miró con una mezcla de enfado, y resignación.

—¿Por qué no me dijisteis la verdad desde el principio?

—Teníamos miedo, padre. Mucho miedo. Cuando llegamos aquí se lo dijimos a una mujer y nos tomó por locos o algo así.

—Vale. —Suspiró largo, como si el peso de la confesión le cayera encima—. ¿Por qué os habéis marchado de casa? ¿Sois mayores de edad, o no?

—Sí, eso sí. Él tiene veinte y yo dieciocho.

—De acuerdo. ¿Por qué os fuisteis?

—Ron no quería estar más allí y yo le acompañé. Es mi novio y le quiero.

—¿Es... tu novio? —el padre David se quedó mirándome fijamente—. O sea, que no estáis casados, ¿verdad?

—No, padre. Otra mentira más.

El test

Cuando el test de embarazo mostró las dos inconfundibles rayas paralelas de color naranja, yo me alegré. Se me había educado para alegrarme ante una noticia así, y eso fue lo que hice, a pesar de que la situación que atravesábamos Ron y yo no era, ni de lejos, la más propicia para tener un hijo.

Ron, en cambio, reaccionó de una forma que no esperaba. No hubo alegría, ni siquiera sorpresa. Solo una expresión de fastidio, de rechazo, que se le instaló en la cara como una máscara. Se quedó de pie en la puerta del baño, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada, y cuando por fin habló, su voz salió baja y cortante.

—Buena la has liado, Liz. Mira que quedarte embarazada ahora... ¡Justo ahora!

Me dolió. Me dolió tanto que sentí que se me encogía algo dentro del pecho.

—Ahora no, Ron. Yo estoy por lo menos de dos meses. Debió ser en la segunda o en la tercera vez que fuimos al granero. No me ha venido la regla desde entonces.

—¡Ah! ¿Y no te llamó la atención ese detalle? —preguntó, alzando las cejas con incredulidad.

—Bueno... ya sabes que yo soy muy irregular. Lo achaqué a los nervios y al estrés que pasamos cuando estuvimos planeando la fuga y todo eso. Ese tipo de cosas modifican el ciclo.

—Joder, es que has tenido que hacerlo en el peor momento.

—¿Yo? —recalqué el “yo”, alzando la voz por primera vez—. Querrás decir tú. Tú fuiste quien lo hizo en el peor momento. Te dije que esperaríamos a estar casados.

Ron puso gesto de contrariedad. Se dio la vuelta y se colocó una mano sobre la barbilla, mirando al suelo como si allí estuviera la solución.

—Bueno y ahora, ¿qué vamos a hacer? —replicó, más para sí mismo que para mí.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué quieres que hagamos? —respondí, levantándome despacio—. Yo puedo trabajar de la misma manera. Hasta que llegue el parto quedan todavía muchos meses.

Y era verdad. Nos habíamos quedado sin trabajo tras terminar con las lámparas, pero ahora el padre David nos había abierto una puerta nueva: éramos ciudadanos americanos. Podíamos aspirar a un empleo reglado, con más salario y menos horas. Podíamos tener derecho a prestaciones, a atención médica, a un futuro que no fuera solo sobrevivir día a día. O eso creía.

Aquel día estábamos cenando los cuatro —bueno, mejor dicho, los cinco, porque yo ya llevaba dentro de mí a una quinta persona—. Hortensia había preparado su famoso pastel de carne con puré, y el olor llenaba toda la casa. Pero Ron y yo apenas probábamos bocado. Estábamos callados, con la mirada perdida en el plato.

—¿Qué os pasa, chicos? —preguntó Hortensia al fin, dejando el tenedor sobre la mesa—. Os veo muy callados.

—Nada —contesté yo, mirando hacia abajo. El traductor no estaba conectado, pero ya entendía algunas palabras sueltas.

—Es que ahora se nos complican un poco más las cosas para encontrar un empleo —dijo Ron, con voz baja.

—No, al contrario —replicó el padre David, limpiándose la boca con la servilleta—. Ahora tenéis más posibilidades. Al ser ciudadanos americanos podréis tener un empleo mejor y derecho a prestaciones sociales para el embarazo de Liz. Te podrán atender en un hospital —me miró con ternura— y...

—No, si yo lo decir para encontrar un trabajo, ella —interrumpió Ron, señalándome con la barbilla.

—Ah, ya —dijo el padre, y tras pensar unos momentos, continuó—: No quiero meterme donde no me llaman porque supongo que cuando os fuisteis de vuestra ciudad lo hicisteis porque tendríais motivos de peso. Pero yo creo que el principal problema va a ser vuestra falta de experiencia. En cuanto consulten la base de datos por vuestros números de seguridad social y vean que no tenéis experiencia alguna...

—¿Qué ser número de seguridad social? —preguntó Ron, frunciendo el ceño.

—La tarjeta de la Seguridad Social. Supongo que la habéis traído, ¿no? Es algo indispensable para que te contraten en cualquier empresa.

Ron me miró y me lo tradujo en voz baja. Los dos nos quedamos con la misma cara de circunstancia, como si alguien nos hubiera echado un cubo de agua fría por encima.

—No tenemos nada de eso, padre —dije yo, una vez conectado el traductor—. No sabemos ni qué es.

El padre David dejó la servilleta sobre la mesa con un gesto lento. Se quitó las gafas y se frotó los ojos, como si necesitara un segundo para procesar lo que acababa de oír.

—¿No tenéis números de la Seguridad Social?

—No.

—¿Ni pasaporte? ¿Ni carnet de conducir? ¿Nada?

—Nada —confirmó Ron, con voz apagada.

Hortensia soltó un suspiro largo y triste. El padre David se reclinó en la silla, mirando al techo un momento.

—Entonces... todo lo que os dije antes... no sirve. Sin esos números no podéis tener un empleo legal. Ni prestaciones. Ni hospital público. Ni nada.

El silencio que siguió fue tan pesado que casi se podía tocar.

—¿Y ahora qué? —pregunté, con la voz temblando un poco.

El padre David se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Ahora... hay que conseguir esos números.

Trámites

La oficina de la Administración de la Seguridad Social era un edificio anodino, con largas filas y el aire denso de papeles y paciencia. Ron y yo llegamos temprano, y nos sentamos en la sala de espera, rodeados de familias, ancianos y jóvenes como nosotros. Cuando por fin nos llamaron, nos acercamos al mostrador.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó la funcionaria, sin levantar mucho la vista.

—Queremos solicitar la tarjeta de la Seguro Social —dijo Ron, intentando parecer seguro.

—¿Tienen identificación con foto? —preguntó ella.

—¿Cómo decir?

La mujer suspiró y al detectar el acento extranjero de Ron se temió lo peor.

—Para emitir una tarjeta de la Seguridad Social, necesitamos una prueba de identidad. Si no tienen licencia de conducir ni State ID, ¿tienen identificación escolar, tarjeta médica, o alguna carta oficial con su nombre?

Nos miramos. Yo no entendía nada de lo que decía aquella mujer, pero por el tono de su voz y la mirada de Ron, presentí que había problemas.

—No tener nada de eso. ¿Hay alguna otra forma?

—Si no tienen ninguna identificación secundaria, pueden solicitar una State ID en el DPS (Departamento de Seguridad Pública). Con la State ID, pueden volver aquí y tramitar la tarjeta de la Seguridad Social.

Salimos de la oficina con una hoja de instrucciones y la sensación de darnos de bruces con la tan temida burocracia. En el DPS la fila era aún más larga. Cuando nos tocó el turno, un funcionario con uniforme gris y la cara aún más gris, nos preguntó:

—¿Tienen tarjeta de la Seguridad Social?

—No, por eso querer la State ID —respondió Ron. Encima, estábamos dando vueltas en círculo.

—Sin esa tarjeta, solo puedo tramitar la solicitud si presentan una carta de la Administración de la Seguridad Social que indique que son elegibles.

—Pero, nosotros venir de allí, y nos decir que venir aquí. No entender nada —se irritó, y con razón.

El empleado nos miró con compasión y tras suspirar, nos dijo:

—Mire, vuelvan al mismo sitio de donde vienen, y vayan a la quinta planta. No a la planta baja donde han estado. ¿Me entiende? A la quinta. Allí les darán esa carta. Si no están muy ocupados se la darán en el momento, y después vengan aquí.

—De acuerdo, muchas gracias.

Otra vez a volver al mismo sitio, y otra vez a guardar la cola. Por fin, cuando nos llegó el turno, un empleado que servía allí le dijo a Ron:

—Ya es raro que no tengan tarjeta de la Seguridad Social. ¿De verdad que son ciudadanos americanos? —Por nuestro acento, el hombre tenía todo el derecho del mundo a dudar.

—Sí, señor —respondió—. Hemos nacer en este país, y nuestros padres son de aquí. Pero... hemos estar toda la vida fuera.

—Está bien. Dejenme el certificado de nacimiento de cada uno, y les proporcionaré la carta.

Ron se lo entregó y el hombre consultó algunos datos en una pantalla. Después hizo algunas gestiones y al cabo de unos minutos volvió con el tan deseado papel.

—Ahora el suyo, por favor —se dirigió a mí.

—Liz, supongo que te lo habrás traído, ¿no?

—¿El qué?

—El certificado de nacimiento. Mira, es un papel como este —me enseñó el suyo.

—Yo no tengo nada de eso.

—¿Te lo has dejado en Arcadia?

—No me lo he dejado en ninguna parte. Simplemente, no lo tengo. En mi casa nunca lo he visto, desde luego.

—Ella no lo tiene —dijo Ron, volviéndose hacia el funcionario, sin plantearse nada más.

—Pues sin eso, no podemos hacer nada.

—De acuerdo. Y ahora, ¿qué hacer para mí? ¿Ya poder tener la tarjeta del seguro social?

—No. Con esta carta que le he dado tienen que solicitar el State ID. Una vez que lo tengan, ya podrán tener esa tarjeta. Vuelvan al DPS y supongo que ahora se lo tramitarán. Pero dense prisa porque deben estar a punto de cerrar.

Fuimos corriendo y afortunadamente, llegamos a tiempo. Nunca nos imaginamos que la burocracia del mundo exterior iba a ser tan pesada, sobre todo por lo que nos pasó a continuación. El funcionario del DPS era otro distinto. Registró la solicitud, hizo una foto a Ron, le tomaron las huellas dactilares y se quedó con una copia de la carta que tanto nos había costado obtener. Luego pasó lo siguiente:

—¿Ya poder tener el State ID? —preguntó Ron.

—Sí. Le llegará por correo certificado al domicilio que han indicado en la solicitud.

—¿Por correo? ¿No poder dar ahora?

El funcionario sonrió de forma irónica:

—Me temo que tendrá que ser por correo, y tardará su tiempo, caballero.

—¿Cuánto tiempo?

—De uno a dos meses. Más bien dos que uno.

Ron se desesperaba.

—¿Pero yo necesito tarjeta de la seguridad social para trabajar!

—¿Es que no la tiene?

—No. Por eso necesito el State ID. ¡Necesitar trabajar ya!

Aquello era de lo más frustrante. Estábamos dando vueltas en círculo y encima la burocracia era lenta. Mejor dicho, lentísima.

—Mire, si tiene esa urgencia, le aconsejo que se salte este paso y vaya directamente a la oficina de la Seguridad Social.

—¿Otra vez?

—Sí. Escúcheme. Teniendo el certificado de nacimiento, basta con presentar a un familiar con identificación para que le tramiten la tarjeta. De hecho, es eso precisamente lo que se hace cuando nace un niño en este Estado. Los padres acuden a la oficina con el certificado, y se hace el trámite. No sé por qué sus padres no lo hicieron en su momento.

Salimos de nuevo con un halo de frustración. Cuando en la comida se lo comentamos a Hortensia y al padre, este dijo:

—Yo podría ser ese testigo que necesitáis. Simplemente atestiguo que tú eres Ronald Ferguson —lo miró—, y con el certificado de nacimiento y la carta de elegibilidad, te darán el número de la Seguridad Social.

—¿Me lo dar en el momento?

—No creo. La tarjeta la enviarán por correo y tardará su tiempo, como la otra.

Ron hizo un gesto de contrariedad.

—Pero sí te darán un volante de solicitud —aclaró—, en el que vendrá impreso el número que necesitas para que te contraten.

—¡Ah, bueno! —respiró aliviado—. ¿Poder venir mañana?

—Por poder, sí puedo. Pero no creo que sea conveniente.

—¿Por qué? —pregunté yo. Ya me iba enterando de algunas cosas sin necesidad de celular.

—Pues porque a mí ya me conocen y puede que no cuele. ¿Me entiendes?

—No entiendo —respondí, negando con la cabeza.

El padre conectó el celular y me repitió lo mismo, aunque lo que yo no había entendido no eran las palabras en sí.

—El padre se refiere a que pueden sospechar la verdad, y no emitir la tarjeta —dijo Hortensia.

—Exactamente. Ya lo he hecho otras veces con inmigrantes mexicanos, y puede que no me admitan como testigo. A no ser que fueras tú, claro —miró a la mujer.

—Sí, no me importa. ¿Qué tengo que hacer?

—Simplemente decir que este chico que irá contigo es quien dice ser. Imprimirán un documento, lo firmas, y ya está. Esperemos que ya no pongan más pegas. Tenemos el certificado de nacimiento —que es lo más importante—, la carta de elegibilidad, y el testigo.

—De acuerdo.

—Ahora bien, el problema va a ser Liz. Necesitarás volver a Arcadia y traer tu certificado de nacimiento.

—Yo no tengo ese certificado, padre.

—Tienes que tenerlo. Me refiero, tus padres.

—Le digo que no. A diferencia de otras, mi casa es pequeña y he estado dieciocho años viviendo en ella. De existir ese papel, lo habría visto en algún momento. Desde luego, nunca me hablaron de él.

—Una cosa es que no te hablaran, y otra cosa es que no exista, aunque sea en la base de datos del hospital. Ellos lo tramitan automáticamente. Los padres solo tienen que recoger el justificante, como hicieron los padres de Ron. En el caso de que ellos no lo hicieran...

—Es que yo no nací en un hospital, padre. Mi madre me dio a luz en Arcadia asistida por una comadrona de Arcadia. Y lo mismo pasó con mis hermanos después de mí.

La cuidadora

Pensábamos que al tener el número de la Seguridad Social, Ron iba a tener más facilidades para encontrar un empleo, pero la realidad no fue así.

Si bien es cierto que el número de oportunidades se multiplicó, nos encontramos con el obstáculo de tener que explicar nuestra extraña procedencia a todo el mundo. Mejor dicho, la suya, porque yo seguía siendo una “sin papeles” abocada a permanecer siempre en la economía sumergida. En cuanto nos oían hablar, la gente no se acaba de creer que nosotros dos fuéramos americanos de toda la vida, y era mejor no explicar lo de Arcadia pues entonces éramos automáticamente catalogados como “raros”. Y los empresarios no contratan a gente “rara”.

Así las cosas, tuvimos que volver a la estrategia de fingir que éramos inmigrantes ucranianos. La gente se lo creía y no hacía más preguntas, y además se compadecían de nosotros por aquello de la guerra.

Eso sí, de cara a que nos contratasen era un verdadero problema, pues con la nueva administración republicana del país, las inspecciones de trabajo y las deportaciones masivas de inmigrantes no regularizados eran cotidianas. Nadie se arriesgaba a contratar a un “sin papeles” por miedo a las fuertes multas.

Por eso Ron, en cuanto iba a una entrevista, lo primero que hacía era mostrar su certificado de nacimiento y exhibir su resguardo con el número de la seguridad social. Seguía siendo ucraniano por aquello del acento, por haber vivido, teóricamente, siempre fuera del país, pero al menos se le podía contratar legalmente.

Fue quizá su falta de experiencia en ningún empleo “de ciudad” lo que le hizo tener que aceptar finalmente un trabajo de camarero en un bar de bebidas. Un lugar donde se cobraba poco, y por eso, si queríamos ser independientes y poder alquilar un apartamento donde vivir sin tener que depender de la caridad de Hortensia, se hacía necesario que yo encontrara también un empleo. Y, de nuevo, el padre David fue nuestra salvación.

Se trataba de cuidar en su domicilio a una mujer de 90 años que vivía sola, que estaba enferma de Alzheimer y que era totalmente dependiente. Según las leyes federales, el trabajo de “interna” no existe, pues nadie puede trabajar 24/7 sin descansos de ningún tipo. Pero claro, contratar a dos personas, más una adicional para el fin de semana, suponía un coste prohibitivo para la única hija que tenía aquella mujer, y cuya economía no era boyante precisamente. Se hacía necesario, pues, acudir a la economía sumergida y contratar a una persona que estuviera dispuesta a trabajar sin rechistar en esas condiciones tan extremas, sin miedo a que denuncie la supuesta “explotación laboral”, pues eso sería contraproducente para la trabajadora: no solo se quedaría sin trabajo, sino que también sería deportada. Además, como era un empleo “a domicilio” y no en una empresa o establecimiento comercial, tampoco se recibían inspecciones de trabajo. Un chollo, vaya, para la persona contratante, en este caso la hija de aquella mujer.

—Lástima que tengas tanto pecho —me dijo Hortensia—. Con lo alta que eres y la figura que tienes, podías ser una modelo espectacular.

De nuevo, habíamos acudido al ropero de Cáritas para buscar ropa apropiada para una entrevista de trabajo. Se trataba de llevar algo “vistoso”, pero sobrio, y que no fuera “indecente”. Esto último era lo más difícil de conseguir. Tras varios intentos y pruebas con la ropa que la gente había ido donando, al final conseguimos una falda larga y una blusa de botones que, junto a una chaqueta que me estaba algo corta, Hortensia consideró que era una vestimenta apropiada.

—¿Qué ser una modelo? —pregunté. Yo estaba aprendiendo inglés a marchas forzadas, y ya sabía decir cosas elementales.

—Hija, ¿no sabes lo que es una modelo?

—No saber.

—Pues verás, una modelo es una chica guapa, alta y delgada, que luce trajes bonitos y se muestra en ropa interior para que la gente compre esa ropa. ¿Lo entiendes?

Me ruboricé. Había visto a esas “modelos” en diversas revistas que Hortensia tenía en su casa.

—¿Y por qué ser en ropa interior? ¿Ser necesario?

—Bueno... —sopesó—. A la gente rica le gusta ver cómo le sienta a otras la ropa antes de comprarla.

—¿Y no poder probar en un muñeca?

—¡Ay hija! ¡No es lo mismo!

A mí me pareció absurdo, al igual que otras tantas cosas del mundo exterior. Un mundo al que Ron le encantaba pertenecer, por cierto, y donde cada vez estaba más a gusto.

Como ya chapurreaba algo de inglés, me dijeron que sería más conveniente que fuera sola a la entrevista, y eso fue lo que hice.

La casa estaba en un barrio residencial tranquilo, de esas calles con árboles alineados y jardines cuidados. Me abrió la puerta Janice, una mujer de unos cincuenta años, con el pelo teñido de castaño oscuro y una expresión cansada que intentaba disimular con una sonrisa profesional. A su lado estaba su marido, Tom, un hombre alto y corpulento con camisa de cuadros y brazos cruzados. En el salón, al fondo, la madre de Janice dormitaba en un sofá, con la boca abierta y un hilo de baba deslizándose por la barbilla. La televisión estaba encendida en un canal de noticias, pero el volumen era lo suficientemente bajo para mantener una conversación.

Me hicieron unas cuantas preguntas que yo intenté contestar como pude, y luego se apartaron un poco para discutir entre ellos la decisión a tomar. Yo permanecía allí de pie, con las manos entrelazadas y la mirada baja.

—No me gusta, Tom —susurró ella—. Esta chica no sabe nuestro idioma y jamás ha cuidado de nadie.

—Ya, pero es la mayor de seis hermanos y ha cuidado de ellos cuando eran pequeños, ayudando a su madre. En una familia de ocho personas, eso es una experiencia considerable, ¿no te parece? Sabe, y de sobra, cómo cambiar pañales y limpiar traseros. Básicamente, eso es lo que va a tener que hacer con tu madre, ¿o no? Además de cocinar y darle de comer, claro.

—Y si ocurre algo, ¿qué? ¿Cómo va a pedir ayuda?

—En una situación de emergencia, no es difícil hacerse entender.

Los dos me miraron durante unos segundos. Tom continuó, bajando aún más la voz:

—Mira, si ha venido desde Ucrania, esta mujer ha demostrado una valentía extraordinaria para salir de su hogar, venir a un país extranjero e iniciar una nueva vida. Además, viene de una guerra. Está acostumbrada a las cosas duras. No creo que se espante cuanto tu madre se ponga a vomitar o cuando chille por la noche.

—No sé, Tom. Sigo sin verlo claro.

—Viene recomendada por el padre David. No te olvides de eso. Responde por ella. Además —me miró de arriba a abajo—, es alta y fuerte. Podrá levantar a tu madre cuando se caiga de la cama. No como las otras.

—Ya, lo que quieres es no tener que hacerlo tú, ¿verdad?

—Janice, no se trata de eso. Las otras chicas que hemos tenido no tenían fuerza, y es natural. Las mexicanas son bajitas y no pueden con ella. Yo puedo venir a levantarla, pero ya sabes que al menos tardo quince minutos. Y eso, si no hay tráfico. ¿O es que te gusta que tu madre esté tirada en el suelo durante todo ese tiempo?

Ese argumento le terminó de convencer, pues me miró y asintió. De hecho, comencé a trabajar esa misma noche. La última cuidadora se había tenido que ir precipitadamente, pues los de Inmigración habían deportado a su marido, que trabajaba en un taller clandestino, y no se quiso quedar sola en Denver.

El trabajo no era excesivamente duro —al menos no tanto como montar lámparas doce horas seguidas—. Lo más difícil eran las noches. La anciana se despertaba con frecuencia, a veces gritando sin razón aparente, confundida, asustada por sombras que solo ella veía. Tenía que levantarme, calmarla con palabras suaves que no entendía, cambiarla, darle agua, o ponerle la televisión para que se distrajera. Durante el día dormitaba en el sofá, con la boca entreabierta y la mirada perdida en algún punto indefinido del techo. Apenas hablaba. Su único entretenimiento —y el mío— era la televisión, que estaba encendida a todas horas, cambiando de canal en canal: noticias, realidades, anuncios de medicamentos, programas de cocina o debates políticos.

Y así, sentada junto a ella en el sofá de cuero gastado, con una manta sobre las rodillas y el vientre cada día más redondo, pasé mi embarazo aprendiendo inglés. Y no solo el idioma: aprendí cómo era el mundo, el mundo real. Conocí y me enteré de todas las cosas que nuestros padres y los fundadores de Arcadia no querían que nos enteráramos. Todas las cosas malas que ellos tanto aborrecían y todas las que abominaban.

Debe ser verdad eso que dice mi madre de que soy listísima, porque lo cierto es que en esos pocos meses aprendí el idioma, cuando todo el mundo dice que se tardan varios años. Bueno, no lo aprendí del todo, ya que todavía cometía algunos errores, pero lo cierto es que podía manejarme muy bien en cualquier conversación. Eso sí, el acento se me seguía notando, y mucho.

Tan solo libraba los domingos por la tarde, momento en que podía verme con Ron en el apartamento que alquilamos con el dinero que ya ganábamos los dos: un estudio de una habitación en un edificio viejo pero limpio, con una cocina diminuta y una ventana que daba a un callejón donde siempre había gatos.

Janice no resultó ser tan dura conmigo como yo me temía, y en cuanto vio que su madre estaba limpia, bien atendida y bien cuidada, no tuvo inconveniente en quedarse con ella algún otro día, además de los domingos; sobre todo, cuando mi embarazo se comenzó a notar. Un hecho, el de mi embarazo, que no les gustó demasiado, entre otras cosas porque eso significaba que me iban a perder dentro de unos meses, con lo contentos que estaban conmigo.

Primer control

El calor de Denver se pegaba a la piel como una segunda capa cuando Ron y yo cruzamos la puerta de la clínica comunitaria. Era un edificio modesto, con paredes color crema y carteles en inglés y español que ofrecían servicios gratuitos para mujeres embarazadas. El olor a desinfectante se mezclaba con el murmullo de voces y el sonido lejano de un televisor en la sala de espera.

Me sentía pequeña, fuera de lugar. No tenía papeles, ni seguro médico, ni siquiera una identificación. Solo mi nombre y la certeza de que dentro de mí crecía una vida que no podía ignorar.

Nos acercamos al mostrador. La recepcionista, una mujer latina de unos cuarenta años con el pelo recogido en una coleta apretada, nos sonrió con esa mezcla de cansancio y calidez que tienen las personas que llevan años viendo historias como la nuestra.

—¿En qué puedo ayudarles?

Ron respondió por mí:

—Mi esposa está embarazada. Necesita un chequeo. No tiene seguro... ni documentos.

La mujer asintió sin inmutarse, como si oyera esa frase todos los días.

—Eso no es problema. Aquí nadie se queda sin atención. ¿Nombre completo y fecha de nacimiento?

Se los di, con voz temblorosa. Ron insistió en que siguiéramos fingiendo que éramos ucranianos, pues si no, no nos atenderían en aquella clínica de último recurso en la que, ciertamente, solo había inmigrantes. Ella lo anotó todo en un formulario de papel, me entregó una pulsera de identificación con un número escrito a boli y señaló las sillas de plástico de la sala de espera.

—Siéntense. La enfermera les llamará en unos minutos.

Nos sentamos entre otras mujeres: algunas con niños pequeños correteando entre las piernas, otras solas, con la mirada perdida o las manos sobre el vientre. Una joven con el pelo teñido de azul mecía a un bebé que lloraba bajito. Nadie hablaba mucho. El televisor emitía un programa matutino con risas enlatadas y anuncios de seguros médicos que ninguno de nosotros podía permitirse.

Cuando la enfermera me llamó, me condujo por un pasillo estrecho hasta una pequeña sala con una camilla cubierta por un papel azul, un monitor antiguo y un póster descolorido que decía “¡No prives a tu bebé de la lactancia! ¡La lactancia es amor!” en español. Me tomó la presión arterial, me pesó, midió mi altura y me preguntó con voz amable:

—¿Cuántas semanas cree que tiene?

—No estar segura —admití—. Quizá doce.

Asintió y anotó algo en su carpeta. Luego llegó la doctora: una mujer de mediana edad, piel morena, gafas de montura fina y una bata blanca que le quedaba un poco grande. Me hizo una exploración física rápida pero cuidadosa, escuchó el latido del corazón del bebé con un fonendoscopio y sonrió al oír ese golpeteo rápido y fuerte.

Después me extrajeron sangre, tomaron una muestra de orina y de flujo vaginal, y me hicieron una citología. Cada pinchazo, cada espera, era un recordatorio de lo frágil que era todo: yo, Ron, el bebé, nuestra vida entera en Denver.

—Está bien —dijo la doctora, sonriendo—. Va a necesitar vitaminas y el mes que viene tiene que volver para que le digamos los resultados de los análisis y para hacer una ecografía. ¿Tienen a alguien que pueda ayudarles con ese coste?

—Supongo que podremos asumirlo —dijo Ron—. Si no es demasiado caro...

—Los servicios que se prestan en este centro son totalmente gratuitos, incluyendo la ecografía. Pero los análisis se hacen en un laboratorio externo que no lo es. Y al no tener seguro médico...

—Ya, comprendo.

—De todas formas, si trabajan los dos, aunque tengan un salario bajo, es un coste asumible. Y si no pudieran pagarlo... bueno, hablen con el gerente. Quizá él pueda echarles una mano.

La doctora nos dio una bolsa con muestras gratuitas y una lista de recomendaciones. Antes de salir, me miró con seriedad.

—No se preocupe por los papeles. Aquí estamos para ayudar. Pero si puede, intente conseguir algún documento. Le facilitará todo. Por cierto, ¿ha pensado en dónde dará a luz? Si no tiene papeles, puede ser complicado, pero el hospital no puede negarle su atención. Aun así, sería mejor planificar.

—Sí, gracias —murmuré. Gracias a Dios que me atendieron, pues eso era algo que no estaba claro a priori.

Salimos a la calle. El sol de mediodía pegaba fuerte, y el asfalto olía a calor y a gasolina. Caminamos en silencio hacia el bar donde trabajaba Ron —un sitio pequeño, principalmente de bebidas, aunque también servían platos de comida rápida—. La mujer del jefe, una mujer gorda y con cara de buena persona, me vio llegar pálida y con la bolsa de la clínica en la mano.

—Siéntate —me dijo—. Te hago unas tostadas con huevo. Estás en ayunas, ¿verdad?

Asentí, agradecida. Las tostadas me supieron a gloria después de los nervios que había pasado. Ron se quedó un rato conmigo, sentado a mi lado en la barra, hasta que el local empezó a llenarse y tuvo que volver al trabajo.

Por otra parte, yo tampoco podía ausentarme más. Janice me había hecho el favor de quedarse con su madre mientras yo acudía a la clínica, y a su vez, su jefe le había dado un par de horas libres para eso. Cuando volví, la anciana estaba dormitando en el sofá, con la televisión encendida en un canal de telenovelas. Janice me miró con una ceja alzada.

—¿Todo bien?

Me encogí de hombros.

—Sí. Me han dicho que tengo que volver el mes siguiente para una ecografía. Y recoger análisis. El día 24, por la mañana.

Ella sonrió, una sonrisa pequeña pero sincera.

—Bueno, verás como todo va a estar bien. Hablaré con mi jefe para que me dé esa mañana libre, y puedas ir tranquila.

—Muchas gracias.

Problemas sensoriales

La sala estaba fría, iluminada por la luz blanca del monitor de ecografía. Era la prueba en la que se hace un estudio morfológico del niño y una evaluación detallada de la anatomía fetal. También me dirían el sexo del bebé.

Ron no me había podido acompañar. Su compañero estaba enfermo, y no podían dejar el bar solo.

Me recosté en la camilla, temblando un poco por el frío y por los nervios. La doctora untó mi vientre con ese gel helado que parecía más frío cada vez que lo usaba. Deslizó el transductor despacio, con movimientos precisos. El sonido llenó la habitación: un golpeteo rápido, constante, como un tambor diminuto dentro de mí. Era el latido del corazón del bebé.

El sonido del aparato llenó la habitación, y en la pantalla apareció una sombra diminuta, latiendo con fuerza. Sentí una emoción indescriptible. El sonido llenaba el silencio, interrumpido solo por el latido rápido de aquel corazón.

En ese momento la expresión de la doctora se volvió seria. Ajustó la imagen y frunció el ceño. El movimiento se volvió más lento, más cuidadoso.

—¿Todo estar bien? —pregunté, con la voz temblorosa, y la doctora tardó unos segundos en responder.

—Hay algo que necesito revisar con más detalle —dijo, ajustando la imagen en la pantalla—. Detecto lo que creo que es una ventriculomegalia.

No entendí bien esa palabra, pero de algún modo sentí que el aire se me escapaba.

—¿Qué significa eso? ¿Es grave?

La doctora respiró hondo, dejó el transductor a un lado y se giró hacia mí.

—Podría ser consecuencia de una infección congénita. En los análisis que le hicimos hemos detectado marcadores que sugieren exposición al citomegalovirus, o CMV. Es un virus común, pero en el embarazo puede afectar el desarrollo del feto. No le dije nada antes hasta ver antes la ecografía para no alarmarla innecesariamente, por si pudiera ser un falso positivo. Pero lamentablemente, no es el caso.

La miré de nuevo, pero yo seguía sin comprender.

—¿Cómo... cómo poder, pude, contagiarme?

—El CMV se transmite por fluidos corporales: saliva, orina, contacto cercano con niños pequeños... Suele darse al cambiar de ambiente; al exponerse a entornos distintos, donde existen microorganismos sobre los que no se ha desarrollado inmunidad. Muchas mujeres lo contraen sin saberlo... En fin, no es culpa suya.

—¿Y qué le pasar al bebé... cuando nacer... nazca? —pregunté. Algunas lágrimas empezaban ya a aflorar de mis ojos, y la doctora bajó la mirada.

—No podemos saberlo con certeza. Puede que no tenga síntomas graves, pero es muy posible que presente problemas sensoriales, como pérdida de audición o visión... probablemente total. También hay riesgo de parto prematuro. La ventriculomegalia puede mejorar con el tiempo, pero los problemas sensoriales... podrían ser permanentes.

Sentí que el mundo se desmoronaba y me puse a temblar. Apreté la sábana con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos, intentando contener el temblor.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunté, convulsa.

—Se puede iniciar un tratamiento antiviral para reducir el impacto. Pero quiero que esté preparada para todas las posibilidades. —Hizo una pausa, suavizando la voz—. Por cierto, el bebé es un niño.

La doctora limpió el gel con un papel desechable y me ayudó a incorporarme.

—Ya puede vestirse. Le espero fuera.

Apenas articulé a hacerlo. La cabeza me daba vueltas y sentía un nudo en la garganta que casi me impedía respirar. Tras un par de minutos, salí de la habitación llena de lágrimas y la doctora intentó consolarme.

—No se preocupe. Puede ocurrir lo que he dicho, pero no tiene por qué ser así.

—¿Podría salir el niño bien?

—Eso es improbable, ya se lo anticipo. Hay una alta probabilidad de que se produzcan los problemas sensoriales, pero la ventriculomegalia y sus complicaciones podrían ser leves. Con un tratamiento post parto adecuado, el niño podría superar esos inconvenientes.

—¿El niño poder ver bien y poder oír bien con esos tratamientos? ¿Qué ser?

—Ganciclovir intravenoso o Valganciclovir. —Debí poner cara de no entender nada—. Medicinas, vaya, que se le administrarían durante algunos meses. Con eso probablemente se evitaría la cirugía, y se resolverían los problemas neurológicos que suelen estar asociados al CMV. Habría que hacer seguimiento, pero si todo va bien, antes del año se podría haber resuelto.

—¿Dar esos tratamientos en este centro?

—No. Aquí solo damos asistencia básica. La administración de Ganciclovir requiere un seguimiento especializado con controles frecuentes y monitorización periódica de marcadores. Es un tratamiento caro que... bueno, como no tiene seguro médico... No sé de dónde va a sacar el dinero, francamente.

Eso último no lo escuché. Solo entendí que allí no se podía hacer. Mi mente estaba embotada y llena de miedo ante la posibilidad de tener un hijo con serios problemas de salud.

—¿También ver bien y oír bien el bebé antes del año? —pregunté, llena de ansiedad.

—Eso es ya más difícil. Las deficiencias neurológicas podrían corregirse con ese tratamiento que le he dicho, pero los problemas sensoriales, en la mayoría de los casos, suelen ser permanentes. Probablemente irreversibles.

Entonces fue cuando me derrumbé del todo. Comencé a llorar de forma desconsolada, con sollozos que me sacudían entera. Lamenté que Ron no estuviera conmigo, que mi madre no estuviera, que nadie estuviera allí. La doctora me extendió pañuelos de papel y me dejó expresar mi dolor. Después de un rato, comprendí que había más gente esperando y me levanté para irme. Fue entonces cuando la doctora me dijo:

—De todas maneras, supongo que sabe que puede recurrir al aborto. Hemos pasado ya las primeras semanas del embarazo, pero, dadas las circunstancias, este entraría también dentro de los supuestos admisibles.

Eso último no lo entendí. Solo comprendí que la doctora me habló del aborto como una posibilidad. Una posibilidad que me aterró.

Asentí y di las gracias, aunque por dentro solo quería gritar. Salí de la consulta con una carpeta llena de folletos y el corazón compungido y lleno de miedo.

Afuera, el sol me golpeó como un castigo. Me senté en un bordillo, pues temía desmayarme, con las manos sobre el vientre. El sol golpeaba fuerte, pero yo sentía un frío por dentro, como si algo se me hubiera roto. Tras unos minutos de intensa tortura mental, me levanté

y caminé unos pasos, despacio. El mundo seguía girando, los coches pasaban, la gente reía en la acera, pero yo estaba prácticamente inmóvil, atrapada en una sensación de vacío. Las lágrimas empezaron a caer sin permiso, calientes y silenciosas.

Decisión

Cuando llegué a casa de Dorothy, la anciana a la que cuidaba, hubiera deseado que su hija se quedara un poco más para poder contárselo. Ya había cogido confianza con ella, pues me llamaba regularmente para interesarse por su madre y en las últimas semanas incluso me había empezado a tratar con una calidez que no esperaba.

Pero no fue el caso. Apenas me miró. Se marchó deprisa, con el celular pegado a la oreja y la excusa del trabajo en los labios. La puerta se cerró con un clic seco que me dejó sola en el silencio de la casa.

Dorothy dormitaba en el sofá, con la televisión encendida en un canal de telenovelas que nadie veía. El volumen bajo, las voces que ya entendía casi del todo. Me senté en la butaca de al lado, con las manos temblando sobre el regazo, y llamé a Ron. Yo no tenía todavía celular, pero él sí. Así que usé el teléfono fijo de la casa, ese aparato antiguo de cable en espiral, similar a los que teníamos en Arcadia.

Fue una conversación escueta, de no más de cinco minutos. Se lo conté como pude, entre el llanto y el hipo, pero no pudimos hablar más. Era ya la hora de comer y el local estaba lleno de gente. Me prometió, no obstante, venir a verme por la tarde, cuando acabara su turno.

Yo apenas llevaba dos meses en aquella casa, y jamás había traído a Ron. Como no podía dejar a Dorothy sola, tampoco podía salir a verle. Por otra parte, no sabía cómo le sentaría a Janice que un extraño entrara en la casa de su madre —que había sido también la suya en el pasado, y, de hecho, todavía guardaba allí muchas cosas personales—, así que no le pedí permiso ni le dije nada. Entre otras razones por que temía que me pusiera pegas o le sentara mal en un momento de gran necesidad para mí.

Porque el caso es que yo necesitaba contárselo. Necesitaba que Ron me abrazara, me consolara y me comprendiera, y no simplemente por teléfono.

Llegó tarde; más de lo que se tarda en venir desde el bar al apartamento teniendo en cuenta la hora a la que teóricamente acababa su turno. Fueron momentos de gran angustia y desesperación, en los que me consumí por el miedo. Cuando por fin lo hizo, llegó serio, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y me dio un abrazo frío que me supo a muy poco.

Se lo conté de nuevo, esta vez con más detalle. Con todo el detalle que podía recordar, porque, entre que no entendí bien lo que me dijo aquella doctora, y el embotamiento tan grande que tenía todavía en mi mente, estaba segura de que me inventaría algunas cosas y omitiría otras. Aunque, eso sí, el fondo del problema estaba más que claro.

Me escuchó en silencio, con cara de preocupación, y ciertamente, su presencia a mi lado me confortó y pude serenarme un poco, lo suficiente para no romperme del todo.

—Entonces —me dijo—, es muy probable que el bebé nazca defectuoso. ¿No es así?

—No digas eso, Ron. No lo expreses así. Son problemas de salud, sí, pero...

—Defectuoso, Liz —insistió, cortante—. O si quieres, con taras.

—Sí, eso creo —admití, con voz temblorosa—. Me hablaron de problemas neurológicos, problemas cardíacos, y problemas sensoriales, creo. Algunos se pueden solucionar con medicinas muy caras, y otros no.

Se levantó de la mesa y empezó a caminar de un lado a otro, nervioso. Yo lo observaba en silencio, sintiendo cómo la distancia entre nosotros crecía con cada paso.

—No podemos tener un hijo ahora, Liz, y menos en esas condiciones. ¿Te das cuenta de lo que significa?

—Lo sé —respondí, con las lágrimas volviendo a asomarse—. Pero, ¿qué podemos hacer?

Me miró fijamente durante unos instantes y al final lo soltó, como si llevara horas guardándoselo:

—He estado hablando con mi compañero. Con Gus. Nos pasamos el día juntos y tenemos confianza, ya sabes.

—Sí, me imagino.

—Él dejó embarazada a su novia hace tiempo, en un momento en que tampoco les venía nada bien.

Se detuvo, pero yo ya intuía lo que iba a venir a continuación.

—Hay una clínica cerca del centro, donde se lo hicieron muy bien.

—Pero...

—Son solo 1.500 dólares, Liz, y creo que se puede pagar en plazos. Es asumible.

La idea del aborto era algo que a nadie de Arcadia se le pasaría por la cabeza. Ni siquiera a Ron. Pero los problemas que traía el niño, y sobre todo, la “contaminación” del mundo exterior, que ya estaba haciendo su efecto, hizo que esa idea fuera algo más que una posibilidad. A pesar de todo, ni siquiera él se atrevió a pronunciar la palabra “aborto” en alto.

—Desde luego —siguió—, es infinitamente más barato que pagar todas esas medicinas tan caras.

—Es que no se trata de dinero, Ron.

—No, claro que no. No solo es el dinero. Es la calidad de vida. Un niño así solo puede traernos complicaciones, sobre todo a ti, en un momento de nuestras vidas en el que lo que menos necesitamos es precisamente tener un hijo. Ni siquiera un hijo sano, con que uno enfermo... ¡ya me dirás!

Se movió hacia la ventana mientras Dorothy dormitaba como si allí no pasara nada; como si la discusión que teníamos entre manos fuera una escena más de la televisión.

Yo negué con la cabeza y Ron se volvió, furioso.

—No es cuestión de querer, Liz. Es cuestión de sentido común. Si tienes ese niño, nos arruinarás la vida a los dos. ¿Es que no lo ves?

Sentí que algo se rompía dentro de mí. El Ron que había conocido, el que me había convencido de escapar, el que me había prometido libertad y futuro, ahora me miraba como si fuera una carga, un obstáculo.

Al profundo dolor que sentía por todo lo que me habían dicho por la mañana, se unió la decepción de Ron. Yo hubiera esperado un abrazo, un “no te preocupes, verás como salimos adelante”; o bien, “lo que tenga que ser será, yo estaré siempre a tu lado”; algo así...

Comencé a llorar amargamente y entonces se compadeció y se sentó a mi lado. Colocó mi cabeza sobre su pecho y me acarició con suavidad.

—Tengo miedo, Ron —fue lo único que articulé a decir entre las lágrimas, y era verdad. Cualquiera que fuera la decisión que tomáramos implicaría inmensos sufrimientos, y fue en ese momento cuando más me arrepentí de haberme ido de mi casa. De haber abandonado el confort del hogar y su seguridad. De haber seguido allí, a buen seguro que esta misma situación, no sería, ni de lejos, tan problemática.

Pero ya no había vuelta atrás. Mi futuro estaba ligado al de Ron, y yo ya no era un ser independiente que pudiera tomar decisiones propias.

Una sonrisa vital

A Janice le dije simplemente que tenía otra revisión médica y que se tendría que quedar otra vez con su madre. Lo bueno era que la cita la tenía por la tarde, con lo que no tendría que pedir permiso en su trabajo. Aunque, eso sí, se tendría que quedar también por la noche.

Se extrañó de que me tuvieran que ingresar por una simple revisión, así que le dije una media verdad: el niño venía con problemas y tenían que revisarlo bien, incluso quizá provocar un aborto. No fui capaz de decir que ese aborto lo iba a provocar yo, voluntariamente.

Camino de la clínica, iba pensando en esa falta de valor, en aquella vergüenza que me invadió cuando hablé con mi jefa. Era consciente de que estaba haciendo una cosa que no estaba bien, por mucho que Ron me hubiera convencido de que era lo mejor para todos, incluso lo mejor para el niño.

Las dudas me asaltaban una y otra vez, y yo seguía caminando como un autómata. Como si no fueran mis piernas quienes me llevaran hacia allí, sino las piernas de Ron.

Finalmente, se lo dije:

—Yo no sé si quiero abortarlo...

—¿Cómo que no? —se detuvo—. Esto ya lo hemos hablado. ¿Acaso quieres arruinar tu vida de esa manera? ¡Nuestra vida! Es absurdo...

—Ya, pero...

—Tú piensas así porque te han abducido en esa puta ciudad de la que venimos. De no haber nacido allí no tendrías ningún problema en hacerlo, como hacen todas las mujeres en el mundo real. Venga, vamos —me agarró de la mano y me dio un tirón.

En parte no le faltaba razón. Cuando yo vivía en Arcadia no podía ni imaginar que un aborto provocado fuera posible. Pero fue algo que aprendí, como tantas otras cosas, viendo la televisión.

Recuerdo cómo me impactó un reportaje que vi solo unos días atrás. Era una clínica abortista ante la cual se habían concentrado unos cuantos chicos y chicas jóvenes. No hacían nada. Solo estaban allí, creo que rezando, y la locutora los presentaba como fanáticos intolerantes. Sin embargo, otros que acudieron después, que sí que eran intolerantes a juzgar por su actitud tan violenta, eran presentados como “defensores de los derechos de las mujeres”. Al final llegó la policía, y no fue a estos a quienes se llevaron, sino a los pacíficos.

El caso es que cuando ya nos quedaba poco para llegar a la clínica, nos encontramos a un grupo de esos llamados “pro-vida”. No podían estar en la puerta del establecimiento, pues de haberlo hecho los dueños hubieran llamado a la policía de inmediato. Estaban a una o dos manzanas de distancia, y esta vez no portaban carteles indicativos de quiénes eran, para no despertar sospechas ni acabar en la cárcel. Yo supe que eran ellos por unas pulseras de color verde que llevaban, y que ya había visto en aquel reportaje de la televisión.

Estaban hablando entre sí, en la acera de enfrente, y uno de ellos detectó nuestra presencia: vieron a una chica joven con algo de barriga, acompañada de un chico también joven.

Yo iba llorando sin que Ron se diera cuenta. Seguía inmersa en un mar de dudas, y en ese momento, una de aquellas chicas me miró y me sonrió. Era un poco mayor que yo; quizá tuviera ya cerca de los treinta años. No hizo nada más que eso, sonreírme, pues les tenían prohibido hablar con nosotras. Pero el caso es que aquella sonrisa cálida y afectuosa, llena de ternura, me terminó de decidir.

—Vámonos, Ron.

—¿Qué?

—Me vuelvo a casa. Con Dorothy.

—Pero, ¿por qué?

—Quiero tener a Dan.

—¿Quién es Dan?

—Nuestro hijo. Quiero tenerlo.

—Pero, ¿estás loca, o qué?

—No estoy loca. Quiero tenerlo.

Se desesperó y se dio la vuelta, haciendo un gesto de enfado con los brazos.

—¿A qué viene ahora este cambio de opinión? —rugió.

—A nada.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Vámonos. Si no me quieres acompañar, te vas tú solo a la clínica.

Me sorprendí a mí misma cuando me oí decir esas palabras. Yo, sumisa y obediente, jamás le había negado nada, nunca le había llevado la contraria en ningún asunto. ¿Sería verdad eso que decía mi madre sobre el llamado instinto maternal? ¿Podría ya tener ese pequeño ser que crecía en mi interior ese poder sobre mí?

Sea como fuere, Ron se resignó y me acompañó, aunque eso sí, no me dirigió la palabra durante todo el camino. Yo aún no lo sabía, pero ese día se salvaron dos vidas: la de Dan, y la mía propia.

El parto

El parto tuvo lugar poco tiempo después de aquello. Ya me habían dicho que el CMV causaba partos prematuros, y así fue.

A los seis meses y medio de embarazo, Dan no quiso seguir dentro de mí y se obstinó en salir al exterior. Al menos fue él quien lo decidió, y no yo, y gracias a eso pude librarme de un peso sobre mi conciencia que me hubiera atormentado durante el resto de mi vida.

Ron y yo apenas hacíamos vida juntos. Desde que entré en casa de Dorothy, solo nos veíamos los domingos por la tarde y a veces ni eso, si él no tenía turno de mañana. Sí que nos llamábamos por teléfono, sobre todo yo a él, pero desde aquel aborto que no fue, las conversaciones eran más cortas y lacónicas, llenas de monosílabos.

Ron me dijo que me arrepentiría de aquella decisión, pero eso nunca ocurrió. Yo no tenía arrepentimiento, pero sí miedo, mucho miedo. El miedo era mi compañero habitual: miedo a sufrir, lógicamente, pero también miedo a no estar a la altura, a no saber cuidar de un hijo, a que el mundo fuera demasiado duro para los dos. Pero también había esperanza, una esperanza pequeña y obstinada, como una semilla que se niega a morir.

La noche era húmeda y pesada cuando las contracciones empezaron. Fue una madrugada fría, de esas en las que el viento parece colarse por todas las rendijas. Sentí el dolor, primero como un rumor lejano, luego como una ola que me arrastraba.

Llamé al teléfono de emergencias, y mientras esperaba a la ambulancia, también llamé a Janice para que viniera a quedarse con su madre.

Ella llegó primero y la UVI móvil instantes después. Me sonrió, me acarició en la mejilla y me deseó buena suerte.

Fue después, cuando iba camino del hospital, cuando caí en la cuenta de que no había llamado a Ron. Así que solicité a uno de los enfermeros que me acompañaban que lo llamasen, y pude ponerme al teléfono para decirle que no se preocupara, que yo no estaba mal. Simplemente, estaba de parto.

Al llegar allí, recuerdo las luces blancas, las voces apresuradas, el olor a desinfectante. Habíamos elegido el hospital más cercano, precisamente por eso. Cualquiera estaba obligado a atendernos en una situación así, aunque yo no tuviera papeles.

Apenas podía pensar y me dejaba llevar. Solo sentía el dolor y el miedo, no solo por el parto, sino por lo que vendría después.

Me llevaron a una sala de observación, me pusieron una pulsera blanca y comenzaron a hacerme preguntas.

—¿Nombre completo? ¿Fecha de nacimiento? ¿Algún documento de identidad?

—No tengo nada —susurré—. Solo sé mi nombre, Liz Pacwa, y mi fecha de nacimiento.

La enfermera anotó los datos y me tranquilizó:

—No te preocupes, aquí nadie se queda sin atención. Vamos a ayudarte.

Los médicos y enfermeras me trataron con profesionalidad y compasión, sin preguntar más de lo necesario. Yo les entregué los informes que me habían dado en la clínica comunitaria, y allí pudieron saber los problemas que traía Dan, especialmente la infección por CMV.

A partir de ahí, me llevaron en una camilla de un lado a otro para hacerme las distintas pruebas, hasta que, por fin, después de un parto largo y doloroso, pude escuchar el llanto de mi hijo, pude verlo con mis propios ojos, y en ese momento sentí que todo había merecido la pena.

Ciertamente, Dan era tan pequeño que me daba miedo tocarlo. Era frágil, sí, y el futuro era incierto. Pero era mío. Mío y de Ron, y, por primera vez en mucho tiempo, supe que no me arrepentiría de nada.

Sí, lo supe con una certeza cristalina, a pesar de que aquella aventura no había hecho más que empezar y todavía no sabía lo que iba a sufrir a partir de ese momento.

—¿Cómo está el niño? —pregunté con ansiedad a una de las doctoras, a la que parecía llevar la voz cantante en aquel parto.

—Habrá que esperar —me dijo, con esa voz neutra que usan para no comprometerse.

Cuando todo terminó, una trabajadora social vino a verme. Me explicó que, para registrar oficialmente el nacimiento de mi hijo, necesitaban algún documento mío: certificado de nacimiento, identificación, cualquier cosa. Yo negué con la cabeza.

—No tengo nada —repetí, sintiendo la angustia crecer.

La trabajadora social suspiró y me ofreció opciones:

—Podemos iniciar un proceso de registro tardío. Necesitaremos testigos, algún familiar que pueda certificar tu identidad, o documentos secundarios. Es más complicado, pero no imposible. Mientras tanto, tu hijo tendrá atención médica y quedará registrado como nacido aquí.

Fue en ese momento cuando llegó Ron. Y lo hizo con un aire de indiferencia, con esa actitud suya de mal llevada resignación, sin sacar las manos de los bolsillos de la chaqueta y sin darme un beso.

Le conté lo que me acababa decir la trabajadora social y entonces sí, él se ofreció como testigo, y el hospital aceptó iniciar el trámite. Recuerdo la reacción de aquella mujer cuando le preguntó cuál era su relación de parentesco conmigo, y él simplemente dijo: “yo soy el padre del niño”. No fue capaz de decir, como suelen decir todos los exteriores, que él era “mi pareja” ...

En fin, al menos tuvo la deferencia de reconocerlo como su hijo, pues eso era algo que yo no estaba segura de que iba a hacer, tanto como nos habíamos distanciado.

Ron no entró a la sala de neonatos. Se quedó en la sala de espera, mirando el suelo, como si todo aquello no fuera con él. Cuando por fin se acercó, fue a petición de la enfermera, y no permaneció allí más del tiempo que implicaba la cortesía con aquella mujer.

No volvió a verme hasta el día siguiente, por la tarde, momento en que me dieron el alta y nos marchamos a casa. Antes de irnos pasamos los dos a ver a Dan, que permanecía allí, en la sala de neonatos, lleno de tubos. Yo solo podía mirarlo a través del cristal de la incubadora, mientras rezaba en silencio.

Sentí el peso de la incertidumbre y la esperanza, y recé también para que Ron cambiase y me volviera a querer como antes y querer a su hijo como yo ya lo hacía.

Fue entonces cuando comenzó la mayor aventura de mi vida. Pensaba que escaparme con Ron de Arcadia había sido toda una gesta, y sí que lo fue en cierto modo. Pero nada comparado con lo que ocurrió a partir del nacimiento de Dan.

Dan

El niño ya tenía cuatro días de vida y pude reunirme con la doctora que había llevado su caso. Hasta entonces, apenas había podido hablar con ella y las enfermeras casi no me decían nada. Como la cita coincidía con su turno de trabajo, Ron no me pudo acompañar.

—¿Qué quiere saber? —me preguntó de forma seca, sin preámbulos, mientras revisaba unos papeles. Era una mujer de mediana edad, rubia, con una expresión borde.

—Pues... un montón de cosas. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo va a estar Dan en la incubadora?

Mi inglés ya era bastante correcto. Solía usar bien las palabras y los verbos y tan solo me faltaba pulir un poco el acento. Ahí era donde más flaqueaba.

—El paso de incubadora a cuna se decide cuando el bebé mantiene por sí mismo la temperatura, respira y se alimenta de forma estable —explicó, sin levantar la vista—; su hijo está necesitando respiración asistida y nutrición intravenosa, así que, todavía falta.

—¿No me puede decir...? He oído que tiene que ver con el peso.

—Sí, el peso tiene mucho que ver. Normalmente no pasan a cuna hasta alcanzar cerca de los dos kilos. Su hijo es grande para ser prematuro, así que esa cifra se alcanzará pronto. Pero también influye el tiempo. Se suele esperar hasta los ocho meses o más...

—¿Ocho meses? —la cara que debí poner fue todo un poema, y la doctora se suavizó un tanto.

—No se asuste —me extendió la mano para coger la mía—. Me refería a los ocho meses de embarazo. En su caso, la estancia en la incubadora se prolongaría unas seis u ocho semanas todo lo más.

Suspiré, aliviada, y ella continuó:

—Si todo va bien, dentro de poco podrá cogerlo en brazos e incluso darle el pecho. La leche materna es especialmente importante en prematuros, porque reduce infecciones y favorece el desarrollo intestinal y neurológico.

—Pero... ¿así como está... lo podría coger?

—Sí, así. Solemos permitir que la madre o el padre hagan lo que llamamos el “método canguro” mientras el bebé sigue con sus cables y monitores, con la supervisión del equipo, naturalmente, aunque aún necesite incubadora el resto del tiempo.

Esa noticia me alegró. Ella debió notar el cambio en mi expresión, porque sonrió un poco. —la primera vez que la veía hacerlo—.

—Hoy se fomenta mucho el contacto “piel con piel” o método canguro —siguió—, incluso en prematuros, siempre que el estado del bebé lo permita, porque mejora su temperatura, frecuencia cardíaca, respiración y vínculo afectivo. Es importante.

—Ya. Y, ¿respecto al CMV? ¿Qué han podido averiguar?

La doctora se mordió el labio inferior y me miró fijamente. Tras unos segundos, me dijo:

—La asistencia que ha recibido usted y la que está recibiendo su hijo es la que se presta en un caso de emergencia. Es decir, para salvar la vida y poco más. En este hospital no podemos ir más allá por una cuestión puramente económica. No sé si me entiende...

La entendía perfectamente. Yo era una “sin papeles”, no tenía seguro médico, y no podía pagar ningún tratamiento.

—Las pruebas que se le han hecho a su hijo han sido las rutinarias, las que marca el protocolo estatal.

—Quiere decir que no saben nada de...

—Sí, algo sabemos —hizo una pausa—. Como le decía, esas pruebas protocolarias, que son básicas, nos han informado de ciertas anomalías.

Yo la miré con el corazón en un puño y conteniendo la respiración.

—Para comprobar si el niño es capaz de ver y responde a la luz, se proyecta un haz sobre los ojos con un oftalmoscopio. De la misma manera, para comprobar si oye, se emiten otoemisiones acústicas colocando una pequeña sonda en el oído que emite sonidos suaves y registra la respuesta de la cóclea.

—¿Y? —yo estaba ya al borde del infarto.

—Su hijo no ve ni oye, señora Pacwa. Nada.

Fue entonces cuando me derrumbé del todo. Las lágrimas brotaron sin control y corrieron mejillas abajo formando dos ríos de un caudal que parecía inagotable. No era solo dolor; era una mezcla de miedo, culpa y desesperación. Pensé en todas las noches en vela, en la esperanza que me había sostenido, en todo lo que había rezado... Todo se desvanecía.

La doctora se compadeció de mí y se levantó de su silla para colocarse a mi lado. Me estrechó de los hombros, me extendió sus propios pañuelos de papel que sacó del bolso... Yo me aferré a su bata intentando buscar algo sólido en medio del vacío, sin encontrar consuelo alguno.

Tras unos minutos de intensa congoja y desesperación, me serené un poco y la doctora siguió:

—Lo que sí le puedo avanzar es que las complicaciones neurológicas que suelen darse con el citomegalovirus, no parece que sean importantes.

—¿No las padece? —la miré, con un halo de esperanza.

—Yo no he dicho eso. Es posible que estén ahí, pero no se manifiestan con la crudeza e intensidad que yo he visto en otros casos. Cuando salga de la incubadora se tendría que iniciar un tratamiento con Ganciclovir que... es caro.

—Ya. El dichoso dinero —susurré, entre dientes, y la doctora me volvió a coger la mano:

—Señora Pacwa, no se preocupe por eso ahora. Aunque tuviera usted los medios, no podríamos comenzar con ello hasta que el niño tuviera ya cierto peso y estuviera más maduro. Es un tratamiento algo agresivo que su hijo no podría soportar en estos momentos. Ahora simplemente está luchando por sobrevivir en lo que ha sido un parto prematuro. Y en eso —concluyó—, va a contar con todo nuestra ayuda y apoyo.

Salí de la consulta con las piernas temblorosas y los ojos hinchados. El hospital parecía más grande, más frío, más impersonal. Caminé despacio por los pasillos, pasando junto a otras madres que llevaban a sus hijos en brazos, envueltos en mantas rosas y azules, o que empujaban carritos. Todas sonreían, y eso me produjo una envidia que me destrozó por dentro. Envidia sana, pero envidia, al fin y al cabo. Un sentimiento que yo jamás había experimentado, pues a lo largo de mi vida fueron más bien las otras quienes me envidiaron a mí.

¿Por qué salían ellas ya de allí con sus bebés, y yo no? ¿Por qué ellas habían tenido a niños sanos y yo no? ¿Por qué ellas sonreían y yo no hacía más que llorar?

En brazos

La habitación estaba en silencio, salvo por el sonido irregular de la respiración de Dan. Lo tenía en brazos, envuelto en una manta blanca, tan pequeño que parecía frágil como un cristal. Afuera, el mundo seguía girando —el tráfico de Denver, las sirenas lejanas, las voces de los pasillos—, pero para mí, todo se había detenido en este instante. Era mi hijo. Mi sangre. Mi vida.

Ron no me había querido acompañar. Se había ido después de una discusión amarga, como tantas otras que no parábamos de tener. Pero alguien tenía que quedarse. Alguien tenía que luchar.

Miré a mi hijo. Sus ojos cerrados no verían nunca la luz. Sus oídos no escucharían jamás mi voz. ¿Cómo se cría a un niño que vive en la oscuridad y en el silencio? ¿Cómo se le enseña a amar, a confiar, a existir?

Las preguntas se agolpaban en mi mente mientras el monitor de frecuencia cardíaca emitía el sonido característico: bip, bip, bip.

Dan solo tenía un par de electrodos conectados en ese momento, pues le habían retirado la sonda intravenosa y la máscara de oxígeno con el objetivo de que yo intentara darle el pecho.

Hasta entonces, extraía la leche con un succionador y se la daban las enfermeras en biberón. Hasta que llegó el momento en que él lo podría hacer sin intermediarios, y eso fue lo que intentamos.

Se me cayeron las lágrimas cuando comenzó a alimentarse directamente de mí. Es una sensación indescriptible que solo una madre puede experimentar, y que compensa con creces todos los sufrimientos que había pasado hasta entonces.

Yo solo tenía 19 años, pero me enfrentaba, casi siempre sola, a una vida de enorme responsabilidad en la que las circunstancias me estaban obligando a introducirme de lleno.

Pensé en la hija de Janice, mi jefa. Era incluso mayor que yo, y las pocas veces que había venido a ver a su abuela se mostraba como una cría ñoña, infantil, obsesionada con la ropa y con ver videos absurdos en su celular. Un aparato del que no se despegaba ni de día ni de noche.

A una edad en la que las parejas en Arcadia ya suelen estar casadas y comenzando a tener hijos, aquella niña todavía vivía en el mundo de Peter Pan, mientras yo, que era menor, tenía que enfrentarme a una responsabilidad que me abrumaba y me superaba.

Cuando me marché y lo dejé allí otra vez lleno de cables se me partió el alma. Afortunadamente, con el paso de los días pude quedarme durante más tiempo, y, de hecho, hacia el final de su estancia en la planta de neonatos llegaba a pasarme el día completo en el hospital tomándolo en mis brazos y amamantándolo cada vez que lo necesitaba.

Hasta que llegó el día en que su peso y evolución satisfactoria hicieron que le dieran el alta. Ya no necesitaba permanecer allí durante más tiempo, y la doctora me citó para darme todos los informes. Era un dossier con los documentos de Dan y todas las pruebas realizadas durante las siete semanas que permaneció allí. Una carpeta bastante abultada, por cierto.

Mi gran preocupación ahora eran las dichas alteraciones neurológicas que, lamentablemente, ya habían comenzado a manifestarse. Dan movía con frecuencia y de forma anormal una de sus piernecitas y también sufría espasmos, motivados según me dijeron, por la ventriculomegalia que le había ocasionado el virus.

—Le aconsejo que inicie cuanto antes, si puedes costearlo, el tratamiento con Ganciclovir. El niño ya está preparado para recibirlo. De lo contrario, de no hacerlo pronto, su hijo po-

dría quedarse paralítico o tendría que afrontar una cirugía dentro de unos meses para seguir con vida —dijo la doctora, con esa crudeza que ya me era familiar.

Pero ese era el problema. Que no podía pagarlo...

Un tratamiento demasiado caro

—Daniel, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. Dios todopoderoso y eterno, que has enviado tu Hijo al mundo para librarnos del dominio de Satanás, espíritu del mal, y llevarnos así, arrancados de las tinieblas, al Reino de tu luz admirable; te pedimos que este niño, lavado del pecado original, sea templo tuyo, y que el Espíritu Santo habite en él. Por Cristo nuestro Señor. Para que el poder de Cristo Salvador te fortalezca, te ungimos con este óleo de salvación en el nombre del mismo Jesucristo, Señor nuestro, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

»Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros. San José, esposo de la Virgen, ruega por nosotros. San Juan Bautista, ruega por nosotros. Santos apóstoles Pedro y Pablo, rogad por nosotros. Rogad, os suplicamos, para que este niño, al participar en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, alcance nueva vida, y por el Bautismo se incorpore a su santa Iglesia. Roguemos al Señor.

»Daniel, ya eres nueva criatura y has sido revestido de Cristo. Esta vestidura blanca sea signo de tu dignidad de cristiano. Ayudado por la palabra y el ejemplo de los tuyos, consévala sin mancha hasta la vida eterna. Amén.

El bautizo de Dan tuvo lugar durante la misa del siguiente domingo tras el alta en el hospital. Fue un acontecimiento raro, al que aquellos parroquianos no estaban ciertamente acostumbrados. La mayoría no había visto una cosa así desde hacía décadas. Y todo porque los exteriores ya no tenían hijos, y los pocos que tenían, casi nunca se bautizaban.

Mientras Ron se había quedado un momento hablando con uno de los asistentes, que era cliente del bar, yo pasé a la sacristía y le conté al padre David mis aflicciones con respecto al tratamiento con Ganciclovir. Su respuesta me dejó de lo más asombrada.

—Por eso no te preocupes, hija —me contestó, con aplomo.

—¿Cómo que no me preocupe? ¿Usted sabe lo que cuesta eso? Cuando me lo han dicho casi me caigo del susto.

—No te preocupes porque yo conozco a una persona que trabaja en un centro especializado de esos, y podrás hacerlo allí. No es exactamente una clínica, pero tratan con virus y esas cosas, haciendo investigación. Este hombre es amigo mío y me debe un favor. Un gran favor, por cierto.

Yo me quedé callada y miré al padre, con una expresión de incredulidad.

—Mira, este hombre fue compañero mío en el seminario. No llegó a hacerse cura porque conoció a la que hoy es su mujer, y le tiraron más las... bueno, iba a decir una grosería. Total, que se salió del seminario y se casó, y tuvo varios hijos —se aclaró la garganta y luego siguió—. Pues bien, uno de ellos, su hija más pequeña, la preferida, cuando era adolescente, cometió un error. Un gran error. Para ella y sus amigas era simplemente un juego, pero... —sopesó si seguir o no contando la historia—, el caso es que hicieron unas invocaciones a personas fallecidas y... bueno, la chica tuvo un encuentro con unos malos espíritus que se hicieron pasar por... En fin —se detuvo—. No te voy a dar los detalles. El caso es que mi amigo, el padre de la muchacha, acudió a mí desesperado, y yo, con la ayuda de Dios, se lo solucioné de raíz y la niña quedó completamente limpia.

—Creo que sé a qué se refiere, padre.

—Sí, ¿verdad? Bueno, el caso es que mi amigo me dijo tras aquello: *David, pídemelo lo que quieras. Lo que sea. Si está en mi mano, no te lo negaré.*

—No es para menos —dije.

—Total —siguió—, yo nunca le he pedido nada, porque esas cosas forman parte de mi trabajo, y para eso me paga "el de arriba" —miró hacia el cielo—. Pero creo ha llegado el momento de cobrar.

En ese momento sacó el celular del bolsillo, buscó en la agenda e hizo una llamada.

—¿Peter? Sí, soy yo, David. Bien, bien. ¿Estás muy ocupado? Bueno, gracias. Te agradezco que me hagas un hueco. Sigues teniendo ese centro, ¿verdad? El de los virus. Ah, bien. Es que necesito que hagáis un tratamiento. No, no es por mí. Es por una persona a la que aprecio. Sería una obra de caridad. ¿Lo que yo quiera? Muchas gracias. Es una chica, Liz. Su hijo necesita tu ayuda. ¿Cuándo? ¿Mañana mismo? —me miró, y yo asentí—. De acuerdo. A las diez la tienes en tu consulta.

Una visita interesada

Como siempre decía mi madre, Dios aprieta, pero no ahoga, y aquel hombre resultó ser una bendición para nosotros. Comenzamos el tratamiento con los antivirales en un proceso que ya me avanzaron que sería largo y llevaría varios meses.

Mientras tanto, Dan y yo nos conocíamos mutuamente, y cuando no estaba dormido, yo intentaba jugar con él, lo acariciaba, lo besaba, y él me tocaba y me chuperreteaba, buscando mis pechos. Salió un niño bastante llorón, que solo se consolaba y dejaba de llorar allí, sintiendo el calor de mi cuerpo, donde yo lo acogía, lo arrullaba y lo alimentaba con mucho amor.

Fue entonces cuando Janice y su marido, Tom, me hicieron una visita. Yo todavía no tenía celular, pero ellos sabían dónde vivía porque se lo había dicho el padre David.

Vinieron una tarde los dos juntos, y la verdad es que me llevé una sorpresa cuando les vi aparecer por mi casa. Nos saludamos, y yo les llevé a ver a Dan, en la pequeña habitación que habíamos habilitado para él.

El apartamento donde vivíamos era muy modesto. Tan solo tenía un pequeño salón que, sin solución de continuidad desembocaba en un dormitorio, y allí en un apartado habíamos instalado una cortina que separaba nuestra cama de la cunita del niño. Desde luego, nada que ver con las suntuosas habitaciones infantiles que los exteriores solían preparar para sus hijos, cuando los tenían.

—Y, ¿qué tal se porta? ¿Es bueno? ¿Os deja dormir por las noches? —me preguntó Janice.

—Pues la verdad es que no. No para de llorar. Al principio pensaba que era por hambre, pero no podía ser por eso cuando lloraba incluso tras tomarse una buena ración de leche.

—¿Se ha agarrado bien al pecho?

—Uy, sí, no ha tenido ningún problema. Es un glotón.

—Entonces, ¿por qué llora tanto?

—Hortensia me decía que podía ser por gases, y me enseñó una técnica para que pudiera expulsarlos. Y sí, yo lo hacía, y los expulsaba, pero nada, seguía llorando.

—Le llevaste al médico, supongo.

—Bueno, no tenemos seguro... —miré hacia abajo, avergonzada—, pero se lo dije al doctor Peter Halley, que es la persona que le está tratando con los antivirales. Me dijo que podía ser un efecto secundario del tratamiento.

—Que le causa malestar, o algo así, ¿no? —sugirió Tom.

—Bueno, no exactamente.

En ese momento llegó Ron. Era su día libre y había salido a comprar comida y pañales para el niño. Le presenté a mis dos invitados, nos sentamos y seguimos la conversación.

—Entonces, Liz, ¿cuál es la razón de que llore tanto? —quiso saber Janice.

—El doctor cree que es debido a un trastorno psicológico.

—¿En un bebé? —se asombró Tom.

—Eso parece. Se llama el “síndrome del desamparo”. Es la necesidad vital que tienen estos niños de sentir el contacto constante con su madre.

—Ah, ahora lo entiendo... Como es...

—Sordo y ciego —completé yo, usando las palabras que ellos no se atrevieron a pronunciar—. Y sí, eso tiene mucho que ver.

—Nunca mejor dicho —añadió Ron—. Eso de “ver”.

Los dos mostramos una sonrisa triste, si es que eso es posible.

—Y entonces, ¿cómo os la apañáis?

—Pues, regular. Mientras duerme, bien, pero en cuanto se despierta se pone a llorar de forma incontrolable, y solo se consuela cogiéndolo en brazos. Y encima tiene el sueño muy ligero, sobre todo de noche, con lo que la única manera de que esté tranquilo es así.

—En brazos —dijo Tom.

—Sí. Me paso el día con él de esa manera, de hecho.

—Y, ¿cuánto tiempo va a estar con ese... trastorno?

—Ni idea —respondí—. Esto va para largo, creo. —Los dos se miraron, con un gesto de preocupación que no le pasó desapercibido a Ron.

—Bueno, ¿y tu madre? ¿Qué tal sigue?

—Sigue como siempre —informó Janice—. En estado vegetativo. Ya ni siquiera le ponemos la televisión. Total, le es indiferente.

—¿Qué pena! —lamenté—. Qué pena llegar a mayores.

—Pue sí. En cuanto tú te fuiste contratamos a otra chica, que... no es, ni de lejos, tan buena como tú.

—¿Ah, no?

—No. La tuvimos que despedir a las pocas semanas y ahora tenemos otra que... es algo mejor, pero tampoco está a tu altura, desde luego.

—¡Nunca mejor dicho lo de tu altura! —dijo Tom, y todos nos reímos—. Es una chica pequeña que no puede con mi suegra...

—Pero lo peor no es eso —añadió Janice—. Mi madre ya se mueve cada vez menos y apenas se cae ya de la cama —hizo una pausa—. El problema de esa chica es que se pasa el día mirando al celular. Que a mí no me parece mal, dicho sea de paso, porque claro, con mi madre hay mucho tiempo libre y no puedes pretender que esté la muchacha constantemente mirándola.

—El problema es que —intervino Tom—, tampoco la atiende cuando se necesita.

—Eso es. Más de una vez he llegado por sorpresa y está todo desordenado, los platos sin fregar, la casa oliendo mal, y mi madre sin cambiar el pañal desde hace horas. De verdad, Liz, no sabes cuánto te hemos echado de menos.

En ese momento, Dan comenzó a reclamarme. Había pasado un rato tranquilo, pero ensanguida volvió a la carga. Lo saqué de su cuna y lo cogí en brazos, en cuanto sintió mi presencia se fue tranquilizando poco a poco.

—¿Tiene hambre?

—No creo. Terminé de darle de comer justo antes de que llegarais. Se pasa el día comiendo... y porque yo tengo grandes reservas —me miré al pecho—, que si no, tendría que tirar de biberones.

—Ya. Es por lo del desamparo, ¿verdad?

—Así es. Según se va acercando la noche es cuando más pesado se pone. Como ahora. En cuanto lo suelto en la cuna se pone a llorar. De hecho, tiene que dormir en nuestra cama, los tres juntos, porque si no, no podemos pegar ojo.

En ese momento los dos se levantaron, y se despidieron para marcharse. Antes de salir, Janice me dijo:

—Es una pena. Nos hubiera gustado que... En fin, que tengas mucha suerte, y fuerza para criarlo.

Janice dio un beso al niño, salieron y comenzaron a bajar las escaleras. Cuando ya estaban lejos y cerramos la puerta, Ron me dijo:

—Has metido la pata, pero bien metida, Liz.

—¿Por qué?

—Porque les has dicho lo de la “dependencia” del niño.

—¿Y qué querías que hiciera? Es la verdad.

—¿Es que no te has dado cuenta de que venían a contratarte?

—Sí, ya me he fijado. Sobre todo, por lo que ha dicho ella al final.

—Era más que obvio desde el principio, joder. Esta gente solo se mueve por su propio interés, y si se han tomado la molestia de buscar al padre David y pedirle nuestra dirección es porque querían algo más que solo interesarse por una empleada que les ha dejado tirados.

—No me quedó más remedio que dejarles.

—Ya, pero tampoco les sentó nada bien que les ocultaras tu embarazo cuando te entrevistaron.

—Tampoco me lo preguntaron.

—Sí, pero tú lo sabías y aun así no se lo dijiste.

—Vale, ¿y qué? Ya has visto lo que me echan de menos. ¿Qué me quieres decir con eso?

—Pues que nos hace mucha falta el dinero, y tú has desperdiciado una oportunidad de oro para conseguirlo. Tenías que haberte callado con lo del desamparo, y decir que sí, que estarías encantada de volver a esa casa y que podías ocuparte de la vieja y del niño sin ningún problema. ¿Acaso no es cierto?

—Sí, supongo que sí.

—Pero nada, les has espantado. Ahora saben que no puedes hacer las dos cosas como a ellos les hubiera gustado, porque tu prioridad siempre va a ser el niño. Un niño que demanda más atención de la normal, y eso solo significa que su madre no va a estar tan bien atendida como antes.

—Bueno, si quieres salgo y les digo...

—No, ya no hace falta —respondió, con acritud—. No vamos a humillarnos de esa manera. Además, te pagarían mucho menos y ya era poco lo que te pagaban antes, con lo que...

—Ron, no te pongas así. Puedo buscar otro empleo. Hay muchos ancianos que...

—No —interrumpió—. Sin conocerte, nadie te contratará llevando un niño a cuestas todo el día. ¿Es que no lo entiendes?

En el fondo tenía razón. Había desaprovechado una oportunidad y el dinero no nos sobraba, precisamente. Su sueldo en el bar no era alto y tenía que hacer horas extras para poder llegar a fin de mes y poder pagar el alquiler. Solo en pañales el niño se llevaba un buen dinero, y gracias a que su comida era gratis por el momento, que si no...

—Puedo buscar trabajo de lo mío —sugerí—. Como técnico audiovisual. Es un trabajo especializado y bien pagado.

—No tienes papeles. Nadie te contratará —dijo, desde la ventana, donde se había ido, y sin volverse.

—Bueno, por intentarlo, ¿qué pierdo? ¿Eh?

—¿Sí? —se volvió—. ¿Y qué vas a hacer con el puto crío? ¿Eh? ¿Te lo vas a llevar al Estudio?

—No. Dan se quedaría contigo mientras yo trabajo.

—¿Qué?

—Es lo que hacen todas las parejas, Ron. Basta con tener turnos diferentes y así el niño estaría siempre con alguno de los dos.

—Yo no pienso quedarme con el crío —se volvió de nuevo hacia la ventana.

—¿Por qué no? Contigo también está tranquilo. ¡Eres su padre!

Suspiró y siguió mirando hacia la calle, sin sacar las manos del bolsillo de los pantalones. Después de un rato de silencio, contestó:

—Bueno, haz lo que quieras. Mira a ver si encuentras algo... porque esto no puede seguir así. Yo ya estoy más que harto de tener que vivir en esta situación. Todo el día trabajando, y cuando llego a casa, el crío llorando, a no ser que se le coja en brazos —se quejó—. Joder, ni por las noches nos deja descansar...

Audiovisuales

Me pasé por la oficina de empleo para echar un vistazo a los trabajos que se mostraban en el tablón de anuncios. Y como siempre, con Dan pegado a mí. Me habían dado los de Cáritas un peto-mochila —un portabebés— que me permitía llevarlo en el pecho, tranquilito, y que me dejaba los dos brazos libres. Así pasaba la mayor parte del día y al menos, podía tener libertad de movimientos.

Me fijé en uno que no tenía mala pinta. Era una productora audiovisual que ofrecía buen sueldo y, lo más importante, horario flexible con posibilidad de teletrabajo. Era el empleo ideal, y muy apropiado para una inmigrante sin papeles: al poder trabajar desde casa, nadie vendría a mi domicilio para hacer una inspección de trabajo.

Conseguí convencer a Ron de que esa mañana se quedara con Dan, a pesar de que protestó lo suyo —Ron, no el chico—. Obviamente, no iba a presentarme en la entrevista con el niño a cuestas.

Cuando llegué, me recibió una mujer que no iba desnuda, pero casi. Ciertamente, una de las cosas que más me sorprendió del mundo exterior era la ropa tan corta —minimalista, diría yo—, que usaban todas las mujeres, especialmente las jóvenes. Y claro, Ron no paraba de mirarlas a todas, casi desde el primer día.

La chica de la recepción debía tener mi edad y saqué en conclusión que solo estaba allí porque era vistosa. Rellené un papel en el que se me pedían algunos datos personales —algunos demasiado personales—, y entre ellos el número de seguridad social y el lugar de nacimiento. Estos dos datos los dejé en blanco. Después me hizo pasar a un despacho que en ese momento estaba vacío, y que comunicaba con otra sala mediante una puerta que en ese momento estaba cerrada.

Al cabo de un rato apareció un tipo de unos treinta y cinco años, que llevaba en la mano el impreso que había rellenado antes. Tras mirarme de arriba a abajo, me invitó a sentarme y él hizo lo propio en el sillón que estaba delante de la mesa.

En cuanto notó, por mi acento, que yo no era de allí, y que había dejado sin rellenar algunos datos clave, su actitud cambió. Comenzó a usar un tono socarrón que me pareció de lo más grosero.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué sabes hacer, preciosa?

—Soy técnico audiovisual.

—¿Ah, sí? —Me miró con cara de incredulidad—. ¿Con qué programas has trabajado?

—¿Programas? No entiendo.

Me lo volvió a repetir, más despacio. Se pensaba que no comprendía bien el inglés. Yo seguía sin entender a qué “programas” se refería.

—Vamos a ver, bonita. ¿Has usado Photoshop...? ¿O Final Cut...? ¿Adobe Premiere? —Yo seguía con la misma expresión— ¿No? ¿O quizás Sony Vegas? ¿Eh?

Me quedé callada. No sabía de qué me estaba hablando, y preferí callarme antes que volver a hacer el ridículo.

—No sé si eres tonta o te lo haces —me espetó—. Me pareció al verte que tenías algo más en la sesera que la niña de la entrada. A ver —suspiró—. Si dices que has trabajado en edición de imágenes y producción audiovisual, ¿me puedes explicar cómo montabas las películas y los vídeos?

—¿Ah, sí! Claro. Bueno, pues es cuestión de coger el celuloide, extraerlo de la cartuchera y visionar el negativo (o una copia de trabajo), yendo fotograma a fotograma en el montador

—el hombre puso cara de asombro, y entonces dije —: nosotros lo llamábamos montador, pero creo que también se llama “moviola”. ¿Quizá lo llaman ustedes así?

El tipo esbozó una sonrisa irónica por la comisura de sus labios y yo seguí.

—En fin, la cuestión es cortar con las tijeras y con sumo cuidado las escenas que elige el director, desechando las tomas falsas y el material sobrante. Después se unen con cinta adhesiva transparente para crear las secuencias deseadas y, finalmente, se sincronizan con la banda sonora grabada aparte.

El hombre ya exhibía una sonrisa de oreja a oreja y estaba a punto de echar la carcajada. ¿Acaso no se lo creía? Me pregunté. Tuve que echar el resto y venderme como fuera:

—No es por nada, pero yo era un técnico respetado que no solía fallar. Mis compañeros a veces cortaban lo que no era, y luego había que repetir todo el proceso. A veces incluso volver a rodar las escenas y llamar de nuevo a los actores para repetirlos.

Fue entonces cuando comenzó a aplaudir y a reír de forma estrepitosa, y al momento se oyó a alguien decir, desde la habitación de al lado:

—¿Qué pasa, Joe?

Joe se levantó y se dirigió al otro despacho, dejando la puerta entreabierta. Aunque intentaron hablar bajito, yo me enteré de todo:

—Nada, que ha venido una chica, para la entrevista. Es extranjera. Probablemente, sin papeles.

—¿Mexicana?

—No. Por su acento y apariencia puede ser de Europa del Este. Ucraniana o algo así. Un bombón. Por cierto, tiene una delantera de impresión.

Entonces aparecieron los dos por la puerta para comprobar mi gran calidad como hembra reproductora. Joe se volvió a sentar en su sillón y me dijo:

—Vamos a ver, preciosa. No sé si lo que me has dicho ha sido una gracia para diferenciarte de las otras chicas y así caerme bien, o quizás es porque en tu país estáis tan atrasados que todavía no usáis computadoras para este trabajo.

—¿Qué es lo que ha dicho, Joe? —quiso saber el otro.

—Liz, repíteselo a mi amigo. Dile cómo montáis las películas en tu tierra, anda.

Obviamente, me quedé callada.

Las computadoras eran aparatos que estaban prohibidos en Arcadia. Yo sabía que había algunas en el Directorio, y porque Gab me había hablado de ellas: las había visto cuando alguna vez se había pasado por la oficina de su madre. Lo poco que sabíamos era que se usaban como máquinas de escribir más avanzadas o como calculadoras más potentes que las que usábamos el resto. Cuando llegué a Denver las empecé a ver por todas partes, pero desde luego, pero yo no tenía ni idea de que una computadora pudiera servir para editar videos o montar películas.

—Está bien, guapa —dijo Joe—. No importa que no sepas usar programas informáticos. Podemos usarlos para sincronizar los videos con el audio, ¿qué tal se te da eso?

—Pues, bien. Es un trabajo minucioso. Hay tener cuidado de que los actores no hablen “en vacío”, es decir, mientras no suena su voz, ni que esta aparezca cuando están callados.

—Claro, claro, tú lo has dicho.

Tanto Joe como el otro tipo no quitaban ojo de mis pechos, ahora más grandes que nunca por aquello de la lactancia. Y eso, a pesar de que yo no llevaba escote ni nada que se le pareciera.

—Oye, ¿puedes pasar aquí dentro? —señaló al despacho interior—. A mi amigo y a mí nos gustaría... probarte.

—¿Qué?

—Sí, hacerte una prueba. ¿Te parece mal?

Yo miré a mi reloj. No faltaba mucho para que Ron entrara en su turno de tarde, y debía apresurarme.

—Solo serán cinco minutos. Incluso menos. No te preocupes por eso.

Yo me levanté, algo remisa. Algo no me olía bien en todo aquello, y estuve a punto de no entrar. Pero ciertamente, aquel era uno de los pocos empleos a los que podía aspirar..., así que entré.

Lo que ocurrió a continuación, prefiero no detallarlo. Es algo que me horrorizó y me asqueó de tal manera, que no quiero traerlo otra vez a mi memoria. Tan solo les diré que esos dos cerdos no consiguieron hacerme nada, pues me escapé antes de que pudieran abusar de mí.

Eso sí, el susto que me llevé fue tremendo, y salí corriendo en dirección a casa, llorando de forma desconsolada, esperando encontrarme con Ron para contárselo todo, arrojarme en sus brazos y que me reconfortara.

Sin embargo, las desgracias nunca vienen solas. Más bien, no habían hecho nada más que empezar. No fue consuelo lo que encontré precisamente, en el que fue el peor día de mi vida.

El vuelo del cobarde

En aquella entrevista, había vivido una situación muy tensa y desagradable que me hizo recordar lo que siempre decían mis padres y todos los padres de Arcadia: el mundo exterior es malo.

Cuando subía por las escaleras hasta el cuarto piso donde se encontraba nuestro apartamento, ya desde el tercero se oía llorar a Dan. Ciertamente es que Ron no estaba tan presto a tomarlo cuando lloraba. A diferencia de mí, que no podía soportar aquel chillido que me perforaba los tímpanos, él siempre permaneció más indiferente, como si no fuera su hijo quien llorara, sino el hijo del vecino. “Ron, ¿es que no oyes que el niño está llorando?”, le decía, y entonces, sí, accedía, de mala gana, a tomarlo en brazos. Era necesario, obviamente, cuando yo estaba en el baño, me duchaba, o, simplemente, estaba ocupada en ese momento.

Esta vez pensaba que era algo así. Que estaba duchándose —entraba en breve a trabajar—, o bien, simplemente, que le era indiferente consolar a Dan. Alguien me dijo alguna vez que el llanto del lactante se emite en una determinada frecuencia de sonido que afecta al oído de la mujer de forma muy diferente que al del hombre. Es decir, que es más molesto, y obliga a esta a hacer lo que sea para que cese. Puede ser. Es un hecho que he comprobado en múltiples ocasiones.

Lo primero que hice cuando entré fue consolar al niño. El pobrecito estaba con los brazos en cruz, “mirando” al techo de la habitación con sus ojos vacíos, preso de una angustia vital que lo consumía. Lo saqué de la cuna, lo estreché contra mi pecho, lo acaricié y lo besé, y le dirigí palabras bonitas, aunque no pudiera oírlas. Al cabo de un rato se tranquilizó un poco y entonces salí hacia el baño para hablar con Ron. No podía estar en otro sitio, pero... tampoco estaba allí.

Todavía no era la hora en la que salía de casa para irse al trabajo, aunque ya faltaba poco. Miré en el armario para ver si estaba allí su chaqueta... y no solo no estaba, sino que tampoco estaba la mayor parte de su ropa.

Fue entonces cuando me di cuenta. Allí, en el recibidor de la entrada, había una nota que decía:

Liz, no estoy dispuesto a quedarme con tu crío mientras trabajas —¡como si no fuera también el suyo!—. Así que me largo. Si no lo hubieras tenido, esto no habría pasado. Bye bye.

El mazazo fue tremendo, y estuve a punto de desmayarme en ese mismo momento. Solo la intensa rabia que sentía —y el hecho de tener a Dan en mis brazos— hizo que me mantuviera en pie.

¡Cobarde...! —grité, con los puños cerrados, en una mezcla de rabia, odio y profunda tristeza. Ni siquiera tuvo el valor de decírmelo a la cara...

Me senté en el sofá e intenté relajarme, aunque me era muy difícil conseguirlo. Tenía la respiración entrecortada y mi pecho subía y bajaba como si hubiera venido de darme una carrera a toda velocidad. Pensé que me iba a dar un ataque de ansiedad y comencé a sudar por todos los poros de mi cuerpo.

En ese momento, Dan vino a socorrerme. El pequeño movía la cabeza hacia los lados, buscando, y abría la boca con denuedo. Eso solo podía significar que tenía hambre, así que me quité el vestido de inmediato, me desnudé entera para intentar que se me bajara el calor, y empecé a darle de mamar con todo mi cariño, mientras le mecía hacia delante y hacia atrás.

—Dan, hijito mío, te quiero con toda mi alma —le susurré, con las lágrimas corriendo sin parar—. Tú eres todo lo que tengo y lo serás siempre. No tengo nada más en el mundo, igual que tú no tienes a nadie más que a mí. Pero yo jamás te abandonaré, me hagas lo que me hagas. Mi pequeño, mi amor, criatura mía, dulzura mía, nacido de mis entrañas. Yo

siempre estaré contigo, y tú estarás siempre conmigo... Tú y yo, yo y tú, Dan y Liz, Liz y Dan. Madre e hijo unidos para siempre...

Las lágrimas bajaban sin control por mis mejillas mientras intentaba recapacitar y hacerme a la idea de lo que había pasado. ¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Cómo había podido esto pillarme por sorpresa? —me dije.

Me intentaba consolar pensando en que quizá volvería. Que quizá, esa misma noche, recapacitaría y volvería a mi lado. Si no esa noche, a lo mejor la semana que viene... ¿quién sabe?

Pero había algo en mí que me decía que era una esperanza ilusa. Que Ron no era de los que se arrepienten de las cosas, y que, igual que dejó Arcadia y jamás volvió a pensar ni en sus padres ni en sus amigos, tampoco lo haría conmigo. En el fondo, era un ser impulsivo que jamás volvía la vista atrás, y ese pensamiento me hizo estremecerme como si me hubieran clavado un puñal en medio del pecho.

Ciertamente, desde que nació Dan —bueno, en realidad, desde que supimos lo del embarazo—, Ron ya no era el mismo. Se enfadaba por cualquier cosa, me gritaba, se quejaba por todo... Yo no veía nada de eso porque estaba enamorada de él, y no supe anticipar este desenlace. Pero ciertamente, él no se marchó por no querer quedarse con el crío. Simplemente, eso fue la gota que colmó el vaso.

Ron, el rebelde, el inconformista, quien huyó de Arcadia porque estaba incómodo... también huyó de mí y de su hijo por la misma razón. No se conformaba con una situación tan dura y penosa, en la que estaba incómodo, y voló...

Él siempre tuvo ese carácter: impaciente, rebelde, inconformista, inadaptado, una pizca violento... ¿Por qué ese tipo de hombres, tan poco apropiado, es el que siempre nos atrae a las mujeres? ¿Por qué no me casaría yo con Gab?

¿Cuántas veces resonaron en mi cabeza desde entonces todas las enseñanzas que nos daban en las clases de Valores! Doña Margarita, mi entrañable profesora de Primaria, siempre nos decía que sin sacrificio no puede darse el amor, y que para amar es necesario sacrificarse. Toda persona que no está dispuesta a hacerlo es que no ama, es que solo se ama a sí misma y, por tanto, opta por el egoísmo, que es lo contrario al amor.

Yo amé a Ron y me sacrifiqué por él. Abandoné a mi familia y a mis amigos por él. Abandoné todo lo que tenía por seguirlo a él... para seguir a una quimera.

¿Qué iba a hacer ahora yo sola?, me pregunté. Una adolescente de 19 años... ¡casi una niña! Sola en la vida y en el mundo, sin dinero, con un bebé absolutamente dependiente, sin marido, sin padre ni madre, sin hermanos... De no haber sido por los tratamientos que Dan seguía necesitando y que estaban en marcha con el doctor Halley, hubiera regresado a Arcadia ese mismo día.

Pero mi prioridad era mi hijo, como siempre es la prioridad de todas las madres, y su bienestar estaba por encima de todo, incluso de mí misma. Porque yo sí que estaba dispuesta a sacrificarme por amor. Yo no era egoísta y anteponía todo, absolutamente todo, a cambio del bienestar de mi hijo, que era lo único que yo tenía en ese momento. Por él, por mi hijo, vencí la tentación de marcharme para estar arropada, para estar más cómoda, y decidí quedarme en Denver, porque era consciente de que eso era lo que él necesitaba en ese momento.

Pero claro, no tenía dinero. Por la absoluta dependencia de Dan, era Ron quien se ocupaba de salir a comprar y de ir a casa del dueño a pagar el alquiler. De hecho, ya debíamos una mensualidad y el casero había venido a quejarse la semana anterior.

Yo estaba en un estado de conmoción absoluta, y no tenía ganas de nada, ni siquiera de asomarme a la calle. Me pasé varios días sin salir de la cama, junto a Dan, y él parecía ajeno

a todo eso. Simplemente, se conformaba con tenerme cerca; con alargar sus bracitos y tocarme para constatar que yo seguía allí. Él no necesitaba nada más en el mundo que eso: tenerme a mí, y con eso le bastaba.

Pero yo necesitaba algo más. Necesitaba un cariño, un apoyo, una seguridad para que los dos pudiéramos salir adelante. En el fondo sabía que Ron no volvería, pero me aferraba a la inútil esperanza de que algún día lo hiciera... quizá esa misma noche.

Una noche que me pasé en vela, abrazada constantemente a mi hijo, deseando que cada ruido que oía en la calle, que cada paso que oía en nuestra escalera comunitaria, fuera Ron que volviera.

Recuerdo uno de los momentos en que me levanté a orinar, cuando Dan estaba profundamente dormido. Cuando volví lo miré con ternura y compasión. Era tan pequeño, estaba tan indefenso.... No podía ver mi rostro ni escuchar mi voz, pero dependía de mí para todo. ¿Cómo se cría a un niño así? ¿Cómo se le enseña a vivir en un mundo que no puede percibir? Las preguntas me golpeaban como olas, una tras otra, sin darme respiro.

Desde luego, nada de lo que había imaginado sobre la maternidad se parecía a lo que vivía. No había sonrisas de complicidad, ni balbuceos, ni siquiera el consuelo de una mirada. Dan vivía en un mundo sin luz ni sonido, y yo era su único puente con la realidad.

Antes de meterme en la cama, me senté en el suelo, abrazando mis rodillas, mientras las lágrimas caían sin control. Pensé en Arcadia, en la seguridad que había dejado atrás, en la libertad que había soñado y que ahora se sentía como una condena. Pensé en Ron, en su mirada rota, en sus palabras: *"Esto no puede seguir así. Yo ya estoy más que harto..."* Y pensé en mí, en la mujer que había creído que solo el amor bastaba.

Después me levanté y me senté en el borde de la cama, con las manos sobre el regazo. El cansancio me pesaba en los huesos, pero era la soledad la que me aplastaba. No había nadie con quien hablar, nadie con quien compartir ese miedo que me devoraba. Ron se había ido, llevándose consigo la ilusión de que juntos podríamos con todo. Ahora, cada decisión recaía solo sobre mí.

Dan se movió, inquieto, y me levanté para tomarlo en mis brazos y acurrucarlo contra mi pecho. Sentí su respiración, su fragilidad, su dependencia absoluta. No podía rendirme. No por él. No tenía elección. Ron se había ido, pero yo seguiría aquí. Aunque me costara todo. Aunque me rompiera por dentro.

Me volví a acostar con Dan pegado a mi piel, como si el contacto pudiera salvarnos. Afuera, la ciudad seguía viva, indiferente a nuestra tragedia. Yo cerré los ojos, intentando imaginar un futuro que no se desmoronara. No lo vi.

Fue una noche larga, llena de llantos y de silencios, y Ron no regresó. Solo quedábamos Dan y yo, con su respiración suave llenando el espacio como un recordatorio constante de mi responsabilidad. Afuera, la ciudad rugía con vida, pero aquí dentro solo había silencio, interrumpido de vez en cuando por el llanto de Dan.

Así se pasaron los días, mientras la nevera se vaciaba. Yo apenas tenía hambre, pues un nudo en el estómago me impedía comer. Pero lo hacía por él, por Dan, porque su comida dependía de la mía.

Hasta que, cómo no, se acabó todo lo que tenía en casa, y me armé de valor para suplicarle a Ron que me diera algo de dinero.

Lubina al horno

Yo no tenía todavía celular, ni en nuestra casa había teléfono fijo. Así, que, directamente, me fui al bar en el que trabajaba. Fui por la tarde, el turno en el que solía estar.

Había ensayado varias veces lo que le iba a decir, que era básicamente que me diera dinero. Lo había repetido en mi cabeza mientras amamantaba a Dan, mientras caminaba bajo el sol de la mañana, mientras buscaba el valor que no encontraba. Podría parecerme mejor o peor que no quisiera estar conmigo ni con nuestro hijo, pero confiaba en que, al menos, me diera algo para salir adelante. Solo un poco, el empujón necesario mientras decidía qué iba a hacer, qué iba a ser de mi vida a partir de entonces. Aunque solo fuera para poder comer al día siguiente...

Cuando llegué, el olor a café y grasa vieja me golpeó desde la puerta del bar. Me encontré a su compañero detrás de la barra, acompañado por otro hombre que nunca había visto. Gus levantó la vista y me miró de forma extraña, como si no esperara que yo apareciera en ese momento. Por un instante, sus cejas se alzaron y luego desvió la mirada hacia la cocina.

—Hola, Gus —le dije, intentando que mi voz sonara firme.

Él tragó saliva antes de contestar:

—Hola, Liz. Oye... ¡qué grande está ya el chico! Desde la última vez que lo vi ha crecido una barbaridad...

Miré a Dan, dormido contra mi pecho. La respiración tranquila del bebé era lo único que me mantenía erguida.

—Sí, no para de comer —respondí, acariciándole la cabeza con una sonrisa cansada—. Va a ser más grande que su padre. Por cierto, ¿dónde está?

Gus se removió incómodo.

—¿No lo puedes llevar en un carrito? —preguntó, intentando desviar el tema—. Vamos, digo yo. Es lo que hacen todas las madres, ¿no?

—No, Gus. En el carrito no para de llorar. Solo está callado cuando lo tengo en brazos.

—Claro. Por eso lo llevas en esa mochila pegada al pecho, ¿verdad? Tiene un nombre... ¿Cómo se llama?

—Es un portabebés.

—¡Ah! Es verdad —dijo, frotándose la nuca.

—Venga, dime dónde está. ¿Está en la cocina?

—¿Quién?

—Ron. ¿Quién va a ser?

Guardó silencio unos segundos, sin atreverse a mirarme. Luego soltó un suspiro.

—No. En la cocina está la mujer del jefe.

Como si aquel silencio fuera una señal, la mujer salió justo en ese momento. Me miró de pies a cabeza, y en su rostro se mezcló la pena y la sorpresa.

—Hola, Liz —dijo, limpiándose las manos en el delantal—. A vosotros dos también os ha dejado, ¿verdad?

Su tono era tan directo que me dolió. Había estado escuchando nuestra conversación, pero aún no conocía el alcance real de ese abandono. Hizo un gesto con la cabeza y volvió a la cocina, donde el olor a pescado asado llenaba el aire.

—Cuéntamelo, Gus —le pedí, haciendo un esfuerzo por no llorar.

El hombre dio un suspiro profundo, con los hombros hundidos.

—Vino hace unos días, por la mañana.

—Sí —suspiré yo también—. Creo que sé a qué día te refieres.

—A mí me extrañó, porque su turno comenzaba por la tarde. En realidad, vino a pedir la liquidación, y tenía bastante prisa, por cierto.

—Claro —murmuré con amargura—. Cuando uno huye, tiene que hacerlo rápido, no sea que le pillen. Le conozco bien. No es la primera vez que lo hace.

—¿Te ha dejado otras veces?

—No, me refería a otra cosa —recordé nuestra huida de Arcadia—. ¿Sabes dónde puedo localizarle?

Gus volvió a suspirar, rascándose la mandíbula. Tardó en responder.

—Me dijo que se iba a Nueva York. De hecho, aquí todos pensábamos que os mudabais allí...

—Ya. Pues ya ves que no. —Las lágrimas empezaron a empañar mi vista.

—¿Has conseguido hablar con él?

—No. No tengo celular. Pensaba llamar desde aquí.

—Pues ahórratelo —dijo, con un hilo de voz triste—. Yo he intentado llamarle varias veces porque se dejó aquí algunas cosas. Nada importante... Pero por si acaso las quería.

—¿Y?

—Al principio no contestaba. Poco después, la operadora decía “línea inexistente”.

Tragué saliva, y un nudo amargo me subió hasta la garganta.

—Hijo de... —se me escapó.

Gus me miró con compasión y preguntó:

—¿Sabes tú algún otro número donde localizarlo?

—No. Por cierto, ¿te dijo por qué se fue a Nueva York, en lugar de a cualquier otro sitio?

—No me dijo nada, pero... —se mordió el labio inferior, vacilando—. Sospecho que se fue con una chica. Una clienta que coqueteaba con él. Bueno, él con ella, más bien. Tenía acento neoyorquino, así que supongo que se fueron juntos. Desde luego, no ha vuelto por aquí. La clienta, me refiero.

Las lágrimas comenzaron a caer sin control. Gus se acercó despacio, sin saber bien qué hacer, y la mujer del jefe salió de la cocina para unirse a él.

—No llores, Liz —me dijo ella, posando una mano cálida sobre mi hombro—. Los hombres como ese no se merecen que ninguna mujer llore por ellos.

Negué con la cabeza.

—No, si yo no lloro por él —suspiré—. Lloro por nuestro hijo...

La mujer asintió en silencio y me acarició la espalda con ternura dándole un beso al niño. Cuando me serené un poco, les dije:

—Me da vergüenza pedirlo, pero... —murmuré—. ¿Me podéis dar algo de comer? Hace días que no pruebo bocado.

Ella no respondió, pero se fue directamente al horno y sacó una lubina dorada y humeante, la especialidad de la casa. El aroma me hizo temblar.

—Toma, Liz. Siéntate en una mesa y cómetelo. —Luego, mirando a Gus, añadió—: Dile a los de la mesa cinco que se nos ha acabado la lubina.

—Muchas gracias —musité, todavía con la congoja apretándome el pecho.

Cuando terminé de comer, la mujer se acercó con un billete de cien dólares. Me lo puso en la mano sin decir palabra, y sus ojos me expresaron lo que su voz no se atrevía.

—Ven por aquí siempre que lo necesites —dijo al fin.

Cumpleaños

No volví más por allí. Me volví con quien me quería, al lugar del que nunca debimos marchar. Y no me refiero a Arcadia. Aún quedaba terminar el tratamiento con Ganciclovir, que era de vital importancia para Dan; de hecho, le iba la vida en ello.

Regresé a casa de Hortensia, la anciana que nos había acogido cuando llegamos a Denver. Me recibió igual que la primera vez: con los brazos abiertos, la sonrisa temblorosa y los ojos húmedos. Entendí entonces que nunca tendríamos que habernos ido. Aquella mujer, frágil en los huesos pero inmensa en el corazón, nos había tratado como si fuéramos de su propia sangre.

Además de hacerle compañía, yo la ayudaba en todo lo que podía: limpiar, cocinar, traerle las medicinas cuando sus manos deformadas por la artritis ya no podían abrir un frasco. Ella, a cambio, nos daba el sustento que yo no tenía y la calidez de un hogar verdadero. Mi regreso fue un alivio para las dos, un respiro que parecía recién prestado por la vida.

Y así llegó el primer cumpleaños de Dan. Ese sábado lo celebramos los cuatro: Hortensia, el padre David, Dan y yo. El padre, que arrastraba una vitalidad cansada, venía extenuado de sus parroquias y colegios, pero siempre encontraba un rato para nosotros. “Media tarde libre”, la llamaba él, con una media sonrisa detrás de sus gafas.

El centro de la fiesta, por supuesto, era Dan. Ya conseguía mantenerse sentado sin apoyo, y hasta se atrevía con unos pasos tambaleantes que, más que andar, parecían pura voluntad de moverse hacia la vida.

—Oye, Liz, ¿de verdad que no puedes soltarle ni siquiera un momento? —preguntó el padre David, inclinándose hacia nosotros.

Dan estaba sentado en su trona, golpeando la mesa con una cuchara mientras yo le sostenía levemente uno de los brazos.

—Un momento, sí. Pero dos, no —dije medio en broma, medio en serio.

El padre me miró sin entender, arqueando una ceja.

—Puedo soltarle un momento, por ejemplo, para subirme la falda cuando voy al servicio —expliqué con un gesto resignado—. O para abrocharme el sujetador. Pero poco más. A veces se me dan mal los corchetes y tardo, y él... bueno, se impacienta.

—O sea que, cuando vas al baño... —insistió.

—Cuando voy al baño, cuando me ducho, cuando como o respiro —le interrumpí con una sonrisa cansada—. En cualquier circunstancia de mi vida, Dan tiene que estar conmigo, tocándome, o yo tocándole a él. Como estoy haciendo ahora.

—Vaya... —El cura subió las cejas por encima de sus gafas con un brillo cómplice—. Lo bueno de ducharos juntos es que se ahorra agua... y tiempo.

Su ocurrencia nos hizo reír, hasta a Hortensia, que soltó un bufido de anciana satisfecha.

—Y por eso el portabebés es tan práctico —seguí entre risas—. Me deja las manos libres y me permite moverme sin miedo a dejarlo solo.

—Ya, pero este niño cada vez pesa más —observó el padre, viendo los brazos de Dan, rollizos y fuertes—. ¿Qué harás cuando ya no puedas llevarlo encima?

—Dios aprieta, pero no ahoga, padre —intervino Hortensia con esa fe suya que convertía en certeza cualquier frase sencilla—. Cuando eso ocurra, el chico ya podrá caminar.

Asentí, mirándolos con ternura.

—Eso es. Para entonces, supongo que vivirá abrazado a una de mis piernas.

—Claro, claro... —rió el cura—. Y, ¿no te cansas?

—A ver... sí. Pero ¿qué voy a hacer? —respondí encogiéndome de hombros, sin soltarlo.

Cuando terminé mi plato, Hortensia ya había acabado el suyo. Para que yo comiera tranquila, se encargó de darle las cucharadas de puré a Dan. El pequeño se relamía, feliz, y luego probó un pequeño trozo de tortilla de patatas. No tenía muelas todavía, pero la masticaba con las encías como si fueran dientes recién estrenados. Cada vez le gustaban más las cosas sólidas.

—Oye, Liz —preguntó el padre mientras se limpiaba las gafas—, ¿cómo vais con el tratamiento? ¿Os queda mucho?

—No. En principio ya hemos acabado. Solo falta comprobar los marcadores de los últimos análisis, para asegurarnos de que ya no queda rastro del virus.

—Entonces, ¿cuándo tienes que ir a ver a Peter?

—El lunes. Han tardado más de lo previsto por el cribado, y por no sé cuántos procesos adicionales. Es algo complejo.

—Ya. No te preocupes, seguro que lo han hecho bien y pronto podréis estar tranquilos.

—Eso espero —suspiré, mirando a Dan, que alzaba las manos hacia mí como si quisiera que le abrazara un poco más.

Y llegó el momento de la tarta. Como él no podía soplar, lo hice yo en su lugar, cerrando los ojos un instante antes de hacerlo. Pedí algo en silencio, no sabría decir el qué. Después vino el aplauso, las risas, la canción del “cumpleaños feliz” —esa melodía que siempre suena igual, pero nunca significa lo mismo—, para terminar una tarde espléndida

Y sin embargo, aquellos días felices estaban a punto de acabar.

Marcelo y Pamela

Fue al día siguiente de aquella fiesta, como si la felicidad no pudiera durar más de una noche.

Hortensia comenzó a encontrarse mal de madrugada. Sus quejidos me despertaron antes del amanecer, y cuando llegué a su habitación la encontré doblada sobre el borde de la cama, con el rostro desencajado y una mano en el abdomen. Llamé a emergencias con los dedos temblorosos. El pitido del teléfono sonó eterno antes de que me atendieran.

Probablemente fue por la comida. La pobre mujer se había permitido más de un capricho la tarde anterior —“por una vez no pasa nada”, había dicho entre risas—, saltándose la estricta dieta que seguía para sus achaques. Pero aquella noche, la transgresión se cobró un precio cruel.

Ya era casi mediodía cuando supe que seguía ingresada, y entonces entendí por qué nadie me había llamado. En mitad de aquel caos, con las sirenas, los técnicos y el pánico en el cuerpo, Hortensia había olvidado llevarse el celular. La imagen de ella, encogida en la camilla, me volvía una y otra vez, llenándome de ansiedad.

No soportaba seguir esperando en casa. Así que tomé a Dan, lo coloqué en el portabebés y me acerqué al hospital.

Me costó convencer al guardia de seguridad de que me dejaran pasar. Entre el llanto intermitente del niño y mis ojos húmedos, debí de dar algo de pena y al final accedieron.

Cuando por fin llegué al box de urgencias, me llevé un golpe de realidad. Apenas la reconocí. Estaba pálida, sudorosa, con la mirada perdida, como si cada respiración fuera una negociación con la vida.

—¡Liz! —exclamó, al verme—. ¡Me muero! Llama al padre David para que venga a darme la extremaunción... ¡Y a mi hijo! Llámalo para que venga a despedirse de mí...

—No, Hortensia, no diga eso —le sujeté la mano con cuidado, sintiendo su piel helada—. Usted no se va a morir, ¿me oye? Va a salir de esta, va a seguir viviendo muchos años.

Ella me miró con los ojos nublados, la garganta luchando por tragar saliva.

—¡Llámalos, por favor! —insistió—. ¡Llama a Marcelo! Busca en mi teléfono... ya sabes cuál es la contraseña.

Asentí, aunque me costaba respirar. Salí al pasillo, buscando un rincón silencioso entre el murmullo de los monitores y los pasos rápidos de los médicos. Marqué el número con los dedos húmedos.

—¿Mamá? —respondió una voz masculina al otro lado, tras aparecer en su pantalla el número de Hortensia.

—Hola... no. No soy su madre —dije, tragando saliva—. Soy Liz.

—¿Quién?

—Liz Pacwa. La chica que vive con...

—Ah. Ya —respondió, cortante, como si ya le sobraran las explicaciones. Nunca habíamos hablado, pero sabía que Hortensia le había hablado de mí.

—¿Por qué me llama? ¿Le ocurre algo a mi madre?

—Sí. Está ingresada en el hospital. —Me dolió decirlo, como si lo hiciera más real—. Los médicos dicen que tiene una insuficiencia renal aguda. Está en estado crítico.

—Vamos para allá ahora mismo —dijo sin dudar, y colgó.

Volví al box poco después. Le devolví el teléfono y traté de no mostrar la preocupación.

—Quédatelo tú —me susurró entre jadeos.

—No, guárdelo. Quizá más tarde se encuentre mejor y pueda hablar con su familia. —Le acomodé la manta y acaricié su frente sudorosa hasta que volvió a cerrar los ojos.

Me quedé un rato más, observando el ascenso irregular de su pecho, y luego volví a casa. El tiempo de las visitas era limitado, y Dan ya empezaba a impacientarse.

Marcelo y su mujer, Pamela, llegaron por la tarde, casi ya de noche. Vivían en California, y habían tomado el primer avión con rumbo a Denver. Eran un matrimonio —o pareja, porque con los exteriores nunca se sabe eso— ciertamente peculiar. Él era moreno, bajito, un poco obeso y con aspecto bonachón, aunque enseguida perdía los estribos. Ella era todo lo contrario. Una mujer delgada, rubia teñida, y con ojos fríos y calculadores. Debían tener algo menos de cincuenta años, y no tenían hijos.

Como yo era quien tenía la tarjeta de visitante —solo una por paciente—, les esperé en la puerta de urgencias para recibirles.

Después de que hubieron entrado los dos por separado, les pregunté:

—¿Qué tal está Hortensia?

—Mejor —respondió él, con un hilo de alivio en la voz—. Los médicos creen que saldrá de esta.

Pamela me escrutó de arriba abajo antes de hablar.

—Oye, Liz —dijo, como probando mi nombre en la boca—, tú tienes las llaves de la casa de mi suegra, ¿verdad?

—Sí, claro. Vivo allí.

—Pues ya nos las estás dando. ¿O acaso pretendes que pasemos la noche en un hotel?

Sentí un nudo en la garganta ante ese tono seco, casi hostil. La cara de desagrado hacia mi persona que mostraba aquella mujer era como para echarse a temblar.

—Claro, claro —murmuré—. Si yo no pretendo nada...

Tomamos un taxi y nos dirigimos a casa. Ninguno de los dos me dirigió la palabra en todo el trayecto, ni siquiera para preguntarme cómo había sucedido todo, qué había pasado la noche anterior, etcétera. Miré por la ventanilla, con la mano sobre la cabeza de Dan dormido, y sentí que me encogía poco a poco por dentro. Sabía que aquel silencio no era simple incomodidad: era juicio contenido. Juicio con veredicto de culpabilidad.

El apartamento, amplio y discreto, parecía más frío de lo habitual al entrar. Hortensia siempre llenaba los espacios con su voz, y ahora la ausencia pesaba. Además del salón, había dos habitaciones. En una de ellas dormía Hortensia, y en la otra dormía yo con Dan. Ellos se fueron directamente hacia la habitación de la madre, cerraron la puerta, y no me desearon ni las buenas noches.

Me quedé en la mía, en penumbra, con el corazón encogido y el oído tenso. Fue entonces cuando comenzaron los cuchicheos, filtrándose a través de la pared como pequeñas puñaladas.

—Estos inmigrantes son un peligro, Marce. Se pueden quedar con la casa —susurró Pamela con un filo de veneno en la voz.

—Bueno, no creo que sea para tanto. Esta chica no parece mala persona...

—¡Ja! —exclamó—. Fíate tú de eso. Y encima con el crío... Esta está deseando que se muera tu madre para quedarse aquí, y gratis.

Apreté los puños, conteniendo el llanto y la rabia.

—No, mujer, ¿cómo va a hacer eso? —respondió él, débilmente, como si supiera que ya había perdido la discusión.

—De verdad, ¡qué ingenuo eres! —replicó ella—. El otro día vi en la televisión que vienen como cuidadoras, y se camelan a los viejos para cambiar el testamento. Y si no lo consiguen por las buenas...

—Que no...

—¡Te digo yo que sí! —chilló, y luego volvió a bajar la voz—. Mira, el otro día vi un reportaje donde pasaba eso. Es una red de inmigrantes del Europa del Este. A una vieja la llevaron los hijos a una residencia, y una de estas caraduras se hizo fuerte en la casa. No quería salir. Y como tenía un bebé, a la policía no le fue fácil echarla. Enseguida vinieron los de los servicios sociales, bueno... ¡un follón! Tuvo que venir el juez, y, después de mucho tiempo, consiguieron por fin que se fuera. ¿Acaso quieres que nos pase eso a nosotros, eh, Marce? Por cierto, los hijos tuvieron que aflojar el bolsillo para que se largara.

—Bueno, Pam, no creo que...

—Mañana mismo le dices que se largue —ordenó, bajando la voz, pero con más veneno aún—. ¿Me oyes? Que se largue, que se vaya a su puto país a aprovecharse de los demás.

Marcelo no contestó. Yo sentía cómo la rabia subía por mi pecho. Las lágrimas ardían detrás de mis ojos, pero no salían. No quería que ellos tuvieran la satisfacción de oírme llorar.

—Es que esta chica es de aquí —atinó a decir él—. No es de Europa del Este. Mi madre me dijo que...

—¿Te das cuenta? ¡Otro engaño más! ¿Cómo va a ser de aquí? ¿No ves cómo habla?

—Ya, es que mi madre me dijo que es de un sitio en Texas, ¿cómo se llamaba...?

—Pero, ¿cómo va a ser de Texas! ¿Es que no te das cuenta? Con esa cara de niña buena que tiene, se ha camelado a tu madre y la ha contado un cuento chino que solo se cree ella. Bueno, y tú, que también eres tonto de remate. Lo dicho. Mañana la pones de patitas en la calle.

Desamparo

La cuestión es que yo al día siguiente tenía la cita con el doctor Halley, donde me iban a dar los resultados definitivos de los cribados, que eran muy importantes para Dan y su enfermedad. Aunque la rabia por las calumnias no se me pasaba, en realidad me preocupé lo justo tras oír aquella conversación. Mi cabeza estaba en otro sitio.

Cada vez que visitaba al doctor Halley me costaba dormir la noche anterior. Ya dormía mal desde que nació Dan, pero esas veces era todavía peor.

En teoría nos tenía que dar el alta, y yo tenía la esperanza de que fuera así. Los marcadores ya mostraban muy poco rastro del virus, y con las últimas inyecciones de Ganciclovir, él esperaba haberlo erradicado del todo.

—Tengo muy buenas noticias, Liz —me dijo, nada más entrar en su despacho. Su cara exhibía una sonrisa sincera—. Los cribados muestran ya muy poca actividad del virus en Dan. El número que me ponen aquí mis colegas respecto a la presencia del ARN viral es insignificante, por lo que podemos concluir, razonablemente, que se trata simplemente de restos cesantes.

—De restos...

—De virus muertos, vaya. En definitiva, tu hijo está curado.

Fue como si me quitaran un peso de encima. Como si hubiera estado luchando desde un año atrás contra una fuerza invisible que ahora desaparecía por completo, y me sentía más liviana, como si flotara. Por fin una buena noticia, después de tanto tiempo. Yo creo que incluso Dan se alegró, aunque viviera en su mundo mudo y oscuro. Siempre pensé que él y yo teníamos algún tipo de interconexión íntima, de forma que nuestras emociones eran compartidas.

—Y respecto a sus problemas de... —pregunté, con cautela—. ¿Hay alguna posibilidad de que recupere la vista o el oído, aunque sea parcialmente?

—Me temo que no. Esos daños son irreversibles.

No me decepcioné porque ya me lo habían anticipado. Aun así, siempre mantuve alguna esperanza.

—Doctor, me sigue preocupando mucho que Dan dependa tanto de mí. ¿Es esto normal? Prácticamente, es que no me deja vivir...

—Liz, tu hijo ahora mismo está curado, y eso es lo más importante. Si llora cada vez que lo sueltas y no llora cuando lo tienes cogido en brazos, no es por ninguna afectación neurológica que le haya podido causar el virus.

Yo le miré con algo de ansiedad y él siguió:

—Es lo que te dije. El Ganciclovir puede modificar la estructura neuronal y causar el trastorno psicológico que tu hijo padece.

—El síndrome del desamparo.

—Eso es. También puede estar exacerbado, lógicamente, por causa de sus disfunciones sensoriales. A muchos niños sordociegos les pasa, aunque la razón de su discapacidad no sea el virus.

Eso era algo obvio. Muchas veces me intenté poner en la situación de Dan, y, ciertamente, a mí me hubiera aterrorizado que mi madre o mi padre no estuvieran cerca de mí en un mundo en el que no puedo ver ni oír, sino solo tocar. El doctor siguió:

—Pero es un trastorno psicológico, no físico, y como tal, es posible corregirse. El cerebro es una estructura muy plástica y puede modificarse.

—Ya, claro, pues ya me dirá usted cómo.

El hombre me sonrió con afecto e intentó darme ánimos.

—No te preocupes. Tardará su tiempo, pero se arreglará.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso no te lo puedo decir. Los niños con plenas facultades sensoriales que padecen este trastorno, poco a poco se van haciendo más independientes. Al principio les basta con tener a la madre en su ángulo de visión. Después, son capaces de estar jugando solos en una habitación separada, siempre y cuando tengan la certeza de que la madre está en casa y que acuda en cuando alcen la voz. Eso sí, como oigan la puerta de la calle abrirse o cerrarse, ya entran en pánico.

—Me imagino. Pero Dan no puede ver ni oír. No me puede tener en ningún ángulo de visión ni puedo tranquilizarle dando una voz si llora.

—Claro. Por eso él tardará mucho más tiempo en salir de este problema.

—Ya, pero ¿cuánto?

—No lo sé Liz, ya te lo he dicho. Pero seguro que serán años. Unos cuantos años, por lo menos.

Yo giré la cabeza en un gesto de desazón.

—De todas maneras, lo que tienes que comenzar a hacer desde ya, es enseñarle a comunicarse contigo y que tú puedas comunicarte con él.

—Ja —exclamé—. ¡Ya me dirá cómo! ¿Cómo puede alguien comunicarse con una persona así?

—Liz, tu hijo no tiene ningún retraso mental ni nada por el estilo. Es una persona normal, con una inteligencia normal. Y como tal, puede aprender la lengua de signos, como hacen los sordos. En su caso, además, tendrán que ser signos táctiles, por supuesto. Pero es posible y factible.

—¿Será capaz de aprender eso?

—¿Por qué no? Ya te digo que no tiene ningún retraso mental ni nada que se le parezca. Una vez que podáis “hablar”, tú podrás decirle que no se preocupe, que no te vas a ir a ninguna parte, y que estás en la casa; que solo tiene que chillar para que acudas junto a él. Y una vez que lo haga y compruebe que es verdad, confiará en ello y será cada vez más independiente.

Yo no estaba convencida del todo, y él siguió:

—Como te digo, es una persona normal. Y en todas las personas normales, los miedos infantiles se acaban pasando y mitigando según se va creciendo. Eso sí, ármate de paciencia, que esto va para largo.

Suspiré. Estaba claro que no podía darme el número de años que yo precisaba, seguramente porque ni él lo sabía. Además, aunque era una persona muy sabia y capaz y había estudiado medicina, en el fondo solo era un investigador que regentaba un laboratorio de virología. No tenía experiencia habitual con pacientes.

—Gracias, doctor.

—Por cierto, ese lenguaje de signos táctiles primero lo tendrás que aprender tú.

—No se preocupe. Se me dan bien los idiomas.

—Pues si a ti se te dan bien, probablemente a tu hijo se le darán mejor. Es más, con el tiempo Dan será capaz de articular palabras emitiendo sonidos. Aunque eso, lógicamente, ocurrirá mucho más tarde.

—¿Articular palabras? ¿En serio?

—Totalmente. El sonido no es sino una vibración del aire. Y como todas las vibraciones, se pueden tocar, se pueden sentir. Uno se pone la mano en la laringe o en la boca, y siente esas vibraciones. Cada sonido tiene su frecuencia, y, por tanto, es posible reproducirlas. Eso es lo que se llama, hablar.

El desahucio

Cuando volví a casa, era ya por la tarde, y no sabía qué me iba a encontrar. Por la mañana, no dio tiempo a que Marcelo me pusiera “de patitas en la calle”, pues la cita era temprano y yo salí antes de que se levantaran. Además, como no tenía coche ni dinero para un taxi, tuve que tomar varios medios de transporte, y entre los tiempos de espera de uno y otros, fue por eso por lo que llegué pasada la hora de comer.

Para mi sorpresa, cuando llegué, Hortensia estaba allí, sentada en una silla de ruedas, con una manta sobre las piernas y un brillo cansado en los ojos.

—¡Qué alegría! —dije, sintiendo cómo la emoción me subía por la garganta—. ¡Ve usted como no era para tanto! —me giré hacia Marcelo—. Su madre pensaba que se iba a morir.

—Bueno —replicó él, con una media sonrisa ladeada—, ha estado a punto.

—Ay, hija —gimió ella, sujetándome la mano—, es que he estado muy mala, muy mala. ¿Tú sabes cuánto me dolía?

—Tenía una piedra en el riñón —explicó el hijo en tono práctico—. Han tenido que hacerle una litotricia. Pero al final todo ha ido bien.

Mientras hablaba, noté la fría mirada de Pamela caer sobre mí. No hacía falta que dijera nada; sus ojos lo gritaban todo: recelo, desprecio, odio y una especie de desconfianza anti-gua, de esas que no necesitan pruebas para existir.

Intentando escapar de esa sensación, me retiré a mi habitación para cambiar a Dan y darle de comer. Cerré la puerta a medias, lo justo para tener un poco de intimidad. Aun así, sus voces llegaron hasta mí, atravesando el pasillo como agujas en la piel.

—Mamá, esto no puede seguir así —dijo Marcelo—. No puedes estar más tiempo sola.

—No estoy sola —replicó Hortensia, con esa firmeza que aún conservaba incluso enferma—. Estoy con Liz. Y con Dan.

Me sonreí al oírlo, con el pecho apretado de gratitud. Pero enseguida vino la respuesta de Pamela, cargada de veneno:

—Señora, usted necesita atención especializada. ¿No se da cuenta?

Hubo un silencio breve, de esos en los que uno puede imaginar perfectamente las miradas, las posturas, el gesto contenido de quien manipula con ternura fingida.

—Pam tiene razón, mamá —añadió Marcelo, bajando la voz—. En una residencia estarías mucho mejor. Allí también estarías acompañada, y tendrías los tratamientos de fisioterapia que necesitas para que la artritis no vaya a más. Te aliviaría mucho.

—Ya, claro —respondió ella, con un tono cortante que reconocí enseguida—. Para ti es muy fácil decirlo. ¡Vete tú a la residencia! Yo no pienso moverme de mi casa.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier grito. Oí un susurro apretado, las palabras apenas distinguibles, pero el tono lo decía todo: cálculo, impaciencia.

—Si te fueras a la residencia, podríamos vender el apartamento —dijo finalmente él, casi en un murmullo—. Ya sabes que no andamos bien de dinero, y...

Me quedé inmóvil, con Dan en brazos, la respiración suspendida. *Claro... así que era eso.* El rompecabezas empezaba a encajar. No eran los cuidados, ni la soledad, ni la fisioterapia. Era el dinero. La casa.

Hortensia respondió sin dudar, elevando la voz con más fuerza de la que imaginaba que le quedaba.

—Yo no pienso vender el apartamento. Además, si lo hiciera, ¿dónde iba a vivir Liz?

Apreté a Dan contra mi pecho. La nuera resopló, con ese aire de quien se da por ofendida y al mismo tiempo reafirma su desprecio. Pude imaginar la mueca que acompañaba ese ruido, los labios tensos y los ojos en blanco.

Fue entonces cuando me terminé de decidir. Había pensado en la posibilidad desde antes, y mucho más cuando el doctor Halley dio el alta a Dan esa misma mañana. Había llegado el momento de volver a casa. A mi casa.

Salí de la habitación con mi hijo dormido en el portabebés y el corazón latiendo en la garganta.

—No se preocupen, que no va a hacer falta que me echen —miré a la nuera. Me voy a ir yo sola.

El aire se cortó. Pamela parpadeó, sorprendida, pero en sus labios apareció una sonrisa satisfecha.

—¿Qué? —terció la suegra—. ¡Tú no te vas a ir a ninguna parte!

—Hortensia —intenté hablarle con suavidad—, el doctor Halley ha dado el alta a Dan. Ya no tenemos por qué seguir en Denver.

—¡No, Liz! ¡No te vayas! —su voz se quebró, y se me partió algo por dentro.

—De verdad, lo siento muchísimo por usted —dije conteniendo el llanto—. Pero es mi familia. Son mis padres, mis hermanos... y hace casi dos años que no los veo.

Marcelo bajó la mirada. Había algo de incomodidad en su gesto, quizá culpa, o tal vez alivio.

—Bueno, mujer —balbuceó al fin—. Tú tómate tu tiempo. No hace falta que te vayas ya mismo.

Pamela, en cambio, sonrió con esa frialdad que solo se tiene cuando se ha ganado algo.

—Claro, Liz —dijo, con una voz suave pero llena de filo—. Te agradecemos la compañía que le has hecho a la pobre Hortensia. Y entiendo lo de tus padres, naturalmente... —pau-só, mirándome de arriba abajo—. Por cierto, según creo, no conocen al niño, ¿verdad?

—No, no lo conocen —contesté con serenidad—. Por eso me quiero ir, entre otras cosas. En cuanto averigüe cómo hacerlo, me marcharé.

El silencio que siguió fue definitivo. Cada uno miró a otro lado, fingiendo normalidad. Solo Hortensia me observaba con lágrimas contenidas, como si supiera que, al marcharme yo, algo en su casa se quedaría verdaderamente vacío.

Regreso a Arcadia

Las palabras del doctor Halley me habían llenado de esperanza. Dan podía llegar incluso a hablar... Sin embargo, consulté en Internet y con la ayuda de una inteligencia artificial estimamos cuánto tiempo podría tardar él en superar el síndrome del desamparo y en llegar a comunicarse de una forma eficaz conmigo. Y los resultados fueron desalentadores. La IA me dijo que podían ser incluso muchos años...

Pero yo ya llevaba un año siendo una esclava, como decía Hortensia, y necesitaba cuanto antes una ayuda; un escape; un alivio.

Por otra parte, la situación que esta mujer tenía con su hijo no era la más propicia para que yo permaneciera más en aquella casa, ante el riesgo de enfrentamiento entre los dos —y con la nuera—.

Así las cosas, hice lo único que podía hacer: acudir con mi madre para encontrar esa ayuda que tanto necesitaba. En efecto, una vez curado Dan, ya nada me retenía en Denver, y me volví a mi casa; al lugar del que nunca debí de haber salido.

No había nada peor que yo llevase desde que me marché de Arcadia, que no haberme despedido de mis padres y de mis hermanos, y que ellos no supieran nada de mí. Me sentía muy culpable, y mucho más ahora que era mamá. Sé de primera mano lo que sufre una madre por sus hijos, y era consciente de lo mucho que tenía que estar sufriendo la mía por no saber nada de mí; por no saber nada de su hija mayor, la primera que tuvo.

La chiquillada que hice al marcharme con un hombre como era el padre de mi hijo, bien que me estaba pasando factura. Nunca pude llamar a mi madre para decirle que estaba bien; que no se preocupara por mí, y que estaba viviendo una nueva vida con Ron. Y no lo hice, sencillamente porque no tenía forma de hacerlo.

Los hogares en Arcadia no tienen teléfonos con acceso al exterior; es decir, no tienen números a los que se pueda llamar desde fuera. Si alguien del resto del mundo quiere hablar con alguien de dentro, tiene que llamar a la centralita de teléfonos y desde allí le pasan con la familia en cuestión. Y lógicamente yo no sabía cuál era ese número, el número de la centralita, para llamar desde Denver, porque nunca tuve la necesidad de saberlo mientras vivía en Arcadia. Hortensia me ayudó a buscarlo en Internet, pero no fui capaz de conseguirlo. Y eso era algo que se podía esperar. Los dirigentes de la ciudad, con eso del aislamiento, jamás habían publicitado ese número de teléfono.

Había desde luego otra opción, la opción tradicional, que era escribir una carta. Pero yo tardé mucho tiempo en descubrir eso. En Arcadia nadie recibía cartas del exterior, ni tampoco se enviaban. Y, por otra parte, el mundo exterior tampoco se usaba ya esa forma de comunicación, con lo que nadie me lo sugirió... hasta que Hortensia me lo dijo. Y eso fue lo que hice. Envié varias cartas a nombre de mi madre, solo consignando "Arcadia – Texas". Pues bien, todas me fueron devueltas. Tampoco sabía códigos postales ni nada de eso, que es, al parecer, necesario para que una carta llegue a su destino.

No quedaba pues, más remedio, si quería tener noticias de mis padres y que ellos las tuvieran de mí, que volver físicamente a Arcadia. Pero eso era algo que Ron nunca quiso hacer. Lo primero, por motivos económicos: no teníamos dinero para hacer el viaje. Y lo segundo, porque él decía que si volvíamos, jamás nos iban a dejar salir otra vez. Algo que luego averigüé que no era cierto.

El caso es que el padre David hizo un esfuerzo —y una colecta—, y consiguió el dinero necesario para que yo pudiera tomar un autobús y luego un taxi, y así poder regresar a mi casa.

A decir verdad, yo no tenía muy claro si me iban a dejar permanecer en Arcadia. Hacer simplemente una visita no era un problema, pues muchos familiares nos visitaban. Pero

dejar estar indefinidamente a una persona proveniente del mundo exterior —ya contaminada y “viciada”—, podría ser un riesgo que en la ciudad no se podría asumir de cara a preservar la inocencia de la juventud. De hecho, cualquier visitante tenía que estar necesariamente acompañado de un adulto si había niños o jóvenes de por medio. Aun así, yo tenía la esperanza de que me readmitirían, y más al llevar conmigo a un bebé.

Cuando llegué ante la entrada, no conocía a los guardias. El padre de Ron ya no era el jefe de seguridad, y cuando llamaron a mi madre, esta no estaba en casa. Pedí que llamaran a alguno de los vecinos, pero pasaba lo mismo. No había manera de localizar a nadie, a pesar de que ya era por la tarde y muchos tenían que haber salido ya de sus trabajos, incluido mi padre, que tampoco estaba.

Finalmente me dejaron pasar, entre otras cosas porque no tenía sentido que yo no fuera de allí. Hablaba un perfecto esperanto y además, tenía a un niño en brazos. Probablemente —pensaron— había habido un error y, mi nombre no figuraba como titular de ninguna casa a pesar de ser madre y, teóricamente, estar casada.

Cuando entré en la ciudad, después de haber vivido en Denver, parecía que había llegado a otro mundo. Solo había estado dos años fuera, pero ya se me había olvidado lo que era Arcadia. Todo me pareció más pequeño, más antiguo. Las casas seguían alineadas, los jardines cuidados, pero el aire era distinto, más denso, como si el tiempo se hubiera detenido. Caminé por la plaza central, y sentí las miradas curiosas, algunas de sorpresa, otras de desconfianza. No era para menos. Me había cortado el pelo, y, ciertamente, no era la misma persona que había dejado Arcadia tiempo atrás, ni en apariencia, ni en grado de madurez. Era como si me hubieran echado diez años encima, o más.

Pero algunas cosas nunca cambian. Como siempre, el parque central era un hervidero de críos que no paraban de saltar, de correr y de reír. Aquí y allá se podían ver grupos de chicos o de chicas que jugaban a sus cosas, a las cosas que siempre jugaron los niños y las niñas: cuatro de ellos se intercambiaban cromos, mientras un grupo de seis o siete corrían detrás de una pelota, y otros jugaban al escondite. Por su parte, las niñas saltaban en la comba o jugaban a la goma. Casi ninguno de aquellos chavales tenía gafas.

Nada que ver con lo que había visto en Denver. Allí no había sino parques vacíos, excepto por los perros con sus respectivos dueños, y niños escasos y encerrados en las casas consumiéndose, mejor dicho, devorando, ponzoña en una pantalla.

En fin, todo parecía igual que antes, aunque yo notaba algo extraño que no sabía describir. Los niños seguían como siempre, pero los adultos habían cambiado. Estaban más serios, andaban con prisa, y ciertamente, no parecía que hubiera tantos como solía haber antes. Además, si antes se veían pocos uniformes, ahora todavía menos. Los pocos que aun los llevaban se notaban que eran viejos, desgastados, antiguos, como si de alguna manera se hubieran dejado de vender.

El caso es que llegué ante la puerta de mi casa con muchos nervios. Aunque tenía la certeza de que mi madre iba a romper a llorar y me iba a comer a besos, no estaba tan segura de la reacción de mi padre.

Pulsé el timbre, y esperé. A esas horas, él ya tendría que haber vuelto de sus campos, y mis seis hermanos... bueno, los medianos tendrían que estar seguramente en el descampado, y mi madre ocupándose de preparar la cena y de atender a mis otros hermanos más pequeños. De hecho, ya se podía oír a estos a través de la puerta hacer sus clásicas trastadas.

Tras un rato, apareció quien yo menos esperaba que estuviera en casa, que era la hermana que me seguía a mí en edad. Ya tendría 16 años, y pensé que iba a estar por ahí con su novio. Pero no. Apareció con Jairo, uno de mis hermanos pequeños, a quien agarraba de una mano, y con Sara, la menor de todos, que solo tenía 4, y a quien llevaba también sujeta de la otra mano.

—Hola Melissa —sonreí, de forma tímida.

La chica parecía que había visto a un fantasma. Aquella mujer grande, demacrada y llena de ojeras, con el pelo corto, con una mochila de pecho y un bebé en su interior, parecía su hermana Liz, aquella que se había escapado de Arcadia hacía ya algo más de un año, casi dos.



—¿Liz? —susurró

—Sí, soy yo. He vuelto a casa.

Durante un segundo, ninguna de las dos se movió. Luego, algo en su rostro se ablandó, y su sorpresa dio paso a una sonrisa contenida. Nos abrazamos, nos dimos un beso, y luego besé a mis hermanos, que me miraban entre la curiosidad y la cautela.

—¿Y... ese bebé? —preguntó, observando el bulto pegado a mí.

—Es tu sobrino. Se llama Dan.

—Ah... —fue lo único que alcanzó a decir.

Entré despacio, cerrando la puerta detrás de mí. El aire dentro olía igual que siempre: a tierra seca, jabón barato y sopa a medio hervir. Pero algo en el ambiente había cambiado. Las paredes tenían grietas finas, el suelo crujía más de lo normal, y el silencio pesaba. Era un silencio distinto, como de cansancio.

Mi hermana no terminaba de salir de su asombro, y le conté, someramente, lo que había pasado con Ron, y también le hablé algo de Hortensia y del padre David.

—¿Dónde está mamá? —pregunté, después de haber dado esos detalles—. ¿Y papá? Ya debería estar aquí.

—Están trabajando —contestó Melissa, sin mirarme.

—¿A estas horas? ¿Y mamá con él?

Eso era raro. Sí que es cierto que en caso de inundaciones, tanto los padres como las madres, e incluso los hijos mayores, tenían que ir a los diques y echar una mano para apuntalar las presas y que estas no se desbordaran y arruinaran las cosechas. Pero ese no podía ser el caso, pues llevábamos varios años de escasez de lluvias, casi de sequía.

—No, Liz —dijo al fin, y su tono me alertó antes que sus palabras—. No están en Arcadia. Están trabajando... en la ciudad.

—¿Qué? —me quedé de piedra. Si no hubiera sido porque mi hermana no solía bromear y por la cara tan seria que tenía, hubiera pensado, sin duda, que era una broma.

Nos sentamos en el viejo sofá de la entrada. Lo recordaba más mullido. Ahora el tapizado estaba hundido y el resorte se hundía bajo mi peso. Descolgué a Dan, que seguía profundamente dormido, y lo sostuve sobre mi regazo.

—Las cosas ahora ya no están como cuando tú te fuiste, Liz. Ahora, todo ha cambiado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, sintiendo que algo se apretaba dentro de mí.

—Claro, no sabes nada.

—¿Qué tengo que saber? —Ciertamente, estaba comenzando a preocuparme.

—Desde el despido de Bennett...

—¿Qué? —interrumpí—. ¿Han despedido a Robert Bennett?

—Sí. La señora Hip lo despidió, según dicen, porque se estaba llevando dinero.

—¿Cuándo fue eso?

—Al poco de irte tú.

Vaya... aquello sí que era un bombazo. Un hombre tan íntegro y tan escrupuloso de las normas... unas normas que seguía y hacía seguir siempre a rajatabla... Mi hermana siguió.

—Ahora hay un nuevo administrador, un hijo de Zaldívar.

—Ya... —dije, asimilando la información—. ¿Y qué ha pasado desde entonces? ¿Es peor que Bennett?

—Liz, yo no sé si ese hombre es mejor o es peor que Bennett. Lo único que sé es que desde que está él, han venido aquí los de Medio Ambiente, y nos han puesto una cuota de uso del agua de la laguna y de los pozos. Y como hay sequía, eso significa que no es suficiente para regar los campos. ¿Lo entiendes?

Me quedé pensando por unos momentos y deduje algunas cosas.

—Eso significa que no podemos cultivar, ¿no es así?

—No podemos cultivar lo suficiente y muchos agricultores no tienen trabajo. El grano se ha acabado y hemos tenido que sacrificar algunos animales porque no podían comer. Nos los hemos tenido que comer nosotros.

El silencio cayó entre las dos, espeso, solo roto por el leve resuello de Dan.

—Vale. Pero, ¿por qué tienen que ir papá y mamá a trabajar a la ciudad? ¿Es que no pueden trabajar aquí, en otra cosa?

—Es que ese es el problema, Liz —contestó—. Aquí no se puede trabajar en otras cosas, porque tampoco hay trabajo en otras cosas. —Hizo una pausa ante de añadir—: Cuando se fue Bennett, no solo vinieron los de Medio Ambiente. También vinieron los de Industria, los de Seguridad Laboral, y muchos otros que no sé cómo se llaman, y cerraron muchas fábricas porque, según decían, las máquinas no cumplían con la normativa.

—¿Qué normativa?

—¡Y yo qué sé! Lo único que sé es que mucha gente se ha quedado sin trabajo, y no les ha quedado más remedio que ir a la ciudad a trabajar en lo que sea.

En ese momento, los pequeños comenzaron a chillar. Jairo tiró del pelo de Sara y ella le propinó una patada. Melissa se levantó de un salto.

—¡Callaros ya! —gritó a Jairo y a Sara. Los había dejado en el suelo y no paraban de incor-
diar—. ¡Estaros quietos! —chilló ella también, dándoles una bofetada a cada uno—. ¿Me
habéis oído? ¿Eh?

El cachete surtió efecto, pues los dos enmudecieron. Aunque no sería por mucho tiempo,
pues era algo a lo que estaban ya acostumbrados, y no tardarían en volver a la carga.

—De verdad, Liz —se volvió hacia mí con frustración—, estos dos son una pesadilla.

—Ya. Siempre han sido los más traviesos —corroboré—. Pero entonces, dime. Papá y ma-
má...

—Papá trabaja en un almacén y mamá está de interna en una casa. Por cierto, me alegro un
montón de que hayas vuelto. Así te harás cargo tú de todo, que yo ya estoy harta de prepa-
rar comidas y de cuidar y aguantar a todos estos mocosos.

Me quedé de piedra. Yo que había vuelto buscando ayuda, cariño, refugio... Parecía que lo
que me esperaba era una carga más, una nueva obligación, y no menor, precisamente.

Reencuentro

Uno de los principios fundacionales de Arcadia era el de ejercer la severidad con los hijos, especialmente con los varones. “Mano dura”, era una de las consignas que se repetían a menudo, sobre todo para “domar” a los rebeldes. Y esto solía funcionar. Mi hermano Henry, sin ir más lejos, que siempre contestaba a mis padres y tenía el gen de la rebeldía en la sangre, ya tenía catorce años y, gracias a aquello, ahora era una persona aplicada que se encargaba de cuidar lo poco que nos quedaba de nuestro huerto.

En el caso de las chicas, también se seguía el mismo principio, aunque de manera más laxa; las madres nos mantenían a rajatabla, especialmente en temas de ropa y pudor, que para ellas, era lo más importante.

Mi padre regresó aquella noche, cansado. Trabajaba en un almacén en la ciudad donde había de cargar con cajas y fardos, y era un trabajo fatigoso. Por no hablar de que tenía que hacer el trayecto desde Arcadia en bicicleta, pues no nos llegaba ni para tener un coche propio.

Y pasó lo mismo que en la parábola del hijo pródigo. En mi caso, mi padre no mató al ternero cebado para celebrar mi vuelta, pues ya no nos quedaban animales, pero sí que descorchó una de las dos botellas de vino español de gran reserva que estaban esperando ser abiertas cuando se casara su hija mayor, es decir, para cuando me casara yo. La otra se descorcharía cuando pudiera volver mi madre y lo celebráramos con ella.

Una pena lo de mi madre. Estaba trabajando como yo hice, cuidando a una anciana enferma en la economía sumergida, y no libraba ni un solo día. Aun así, pudimos hablar por teléfono y nos dimos un abrazo simbólico, con la promesa de que le enviaría fotos mías y de Dan.

El caso es que, ya desde ese mismo día, me tuve que poner el delantal y comenzar a hacer de ama de casa, con la única ayuda de Melissa, que, dicho sea de paso, me ayudaba más bien poco. Y todo, por supuesto, con mi hijo encaramado en el portabebés, constantemente.

La casa estaba sucia, desordenada, patas arriba. Mi padre bastante hacía con ir y venir de la ciudad, y no se metía en esas cosas, pero, ciertamente, se echaba en falta a mi madre, ¡y de qué manera!

Fue unos cuantos días después cuando recibí la visita de mi amiga.

El timbre sonó mientras estaba en la cocina, y por un instante se me encogió el estómago, como si esperara otra mala noticia. Fui yo quien salió a la entrada, secándome las manos en el delantal, con Jairo y Sara agarrados cada uno de una mano, y Dan dormido en la mochila de pecho. Me vi reflejada en el cristal de la puerta: despeinada, ojerosa, con tres niños colgando de mí como si fuera un árbol al que nadie preguntó si quería dar sombra.

Cuando abrí, me encontré frente a frente con una chica de complexión ancha —más redonda que la última vez que la vi—, y enseguida supe por qué: estaba embarazada. Además, empujaba un carrito de bebé donde dormía un niño pequeño, con la boca abierta y los puños cerrados.

—¡Lola! ¡Qué alegría! —exclamé.

Nos abrazamos con fuerza, riendo y llorando a la vez, como si hubiera que recuperar de golpe todo el tiempo perdido. Ella me presentó, orgullosa, a sus dos hijos, el del cochecito y el que crecía dentro de su vientre, y yo le conté lo mío: la huida con Ron, la traición, la enfermedad de Dan, el regreso a Arcadia. Cada palabra que salía de mi boca parecía pesar más que la anterior.

—Entonces, ¿dejaron volver a Paul? —pregunté cuando por fin pude respirar.

—¡Sí! —sus ojos brillaron—. Zaldívar (hijo) dio la oportunidad de regresar a todos los expulsados, y casi todos lo hicieron. No te imaginas la alegría que me llevó. Con decirte que... —miró a ambos lados, bajando la voz—: con decirte que lo hicimos tres veces aquella noche... En el granero, claro.

—¿Pasasteis la noche en el granero? —pregunté, conteniendo la risa.

—No, mujer, en el granero solo estuvimos media hora. ¡Pero vaya media hora! —Señaló con la barbilla al bebé del carrito—. Aquí tienes el resultado.

—Ya veo que no habéis perdido el tiempo —dije, riendo—. ¿De cuánto estás ahora?

—De cinco meses. Es que Paul es muy fogoso y... —se inclinó hacia mí y susurró—: y yo también.

Las dos estallamos en carcajadas, un momento de luz en medio de toda aquella penumbra.

—¿Sigue trabajando en la planta? —pregunté al calmarme.

Su expresión cambió.

—No. Ojalá... La planta ha tenido que despedir a gente. Entre ellos, Paul. Como ahora se cultiva menos, hay menos residuo orgánico, menos biomasa, y...

—Ya —terminé la frase—. Y le tocó a Paul.

—Eso es —asintió, encogiéndose de hombros—. Y es una pena, porque ahora tenemos que conectarnos a la red eléctrica estatal, y eso es carísimo.

La palabra “carísimo” se quedó flotando entre nosotras, como si estuviéramos evaluando su intensidad. Los salarios en la ciudad se habían hundido con tanta gente buscando trabajo al mismo tiempo, y cada factura parecía una amenaza.

—Entonces, ¿en qué trabaja ahora?

—En la ciudad, como casi todo el mundo —respondió—. Está de camarero, en un local de bebidas.

—Anda —dije—. Igual que estuvo Ron en Denver...

—Pues sí, y no me gusta nada, Liz. Tiene de compañera a una mujer de nuestra edad, y no me fío ni un pelo.

—¿Es de Arcadia?

—No. De allí —espetó, con un deje de desprecio—. De verdad, no entiendo por qué se tienen que poner a trabajar las mujeres, en lugar de tener hijos y estar tranquilamente en casa con ellos. Parecen idiotas.

—Quizá necesite el dinero —aventuré.

—No, ¡qué va! Vive con sus padres. Dice que es un rollo estar sola en casa todo el día con un crío, que eso no es vida.

—Claro, pero es que eso es lo que les pasa a las mujeres de ciudad —respondí—. No se hablan con nadie. Crían a sus hijos en pisos pequeños, sin patio, sin vecinas con las que compartir sus vidas. Aquí, cuando todo iba bien, nunca estabas sola: criábamos a los niños en la calle, en los patios, en los espacios comunes. Siempre había otra madre, una vecina, alguien que te ayudara a sostener el peso. Nadie estaba todo el día encerrada en casa con un niño.

—Excepto ahora... —añadió Lola, mirándome con intención.

—Excepto ahora, sí —suspiré—. Todas mis vecinas están trabajando y yo no tengo con quién hablar. Esta dichosa situación... —me pasé la mano por la frente—. Con lo bien que vivíamos antes.

—Vivíamos bien, pero no lo sabíamos —dijo, y tenía razón—. Solo cuando todo se vino abajo nos dimos cuenta.

—Oye —continuó—, ¿sabes algo de Gab? Me han dicho que está en el ejército.

—Sí. Se alistó en la marina. Su madre lo llevó a la oficina de reclutamiento al día siguiente de nuestra escapada... —se detuvo—. Bueno, quizá no fue al día siguiente. Creo que esperó a que se le curaran las heridas.

—¿Qué heridas?

—Nos atacaron los coyotes de camino a la ciudad. ¿No te lo han contado?

Abrí la boca, dispuesta a preguntar más, pero en ese momento me di cuenta de que tenía una olla en el fuego.

—Espera, tengo que remover la comida. No quiero que se me quemen las lentejas. Y sí, algo me ha dicho mi padre de vuestra aventura aquel día, pero me lo tienes que contar tú más despacio. —Miré a los pequeños—. ¿Puedes sujetar a estos dos? Si no estoy pendiente, acaban pegándose el uno al otro.

—¡Eh, chicos! —les dijo, mientras cambiaban mis manos por las suyas—. Cuidadito con la tía Lola, ¿eh? —Luego se volvió hacia mí—. Oye, ¿siempre han sido así?

—No. Con mi madre en casa estaban bastante callados. Con mi hermana o conmigo no paran. Tendremos que hacer que nos obedezcan de alguna manera.

—Si quieres, me quedo también con Dan. ¿Cómo puedes remover eso con él ahí colgado? ¿No es peligroso?

—Tengo cuidado —respondí mientras removía la olla—. Cuando tengo que hacer algo con aceite, en la sartén, le pongo una toalla por encima para protegerlo.

—Venga, pásamelo —insistió—. Estos dos ya están un poco más tranquilos.

—No creo que quiera estar contigo.

—¿Por qué? ¿Cómo va a saber que soy yo y no tú?

—Lo sabe —dije, sin dudar—. Creo que es por el olfato. Mi hermana huele parecido a mí y con ella también se tranquiliza un poco. Solo un poco, porque enseguida se da cuenta, a pesar de todo.

—¿Y no puedes ponerte la mochila en la espalda?

—Sí, pero como siempre me tiene que estar abrazando por miedo a que lo suelte, en esa postura me agarra muy fuerte del cuello y casi que me ahoga.

—Claro... —Lola me miró de arriba abajo—. Ahora entiendo por qué tienes el pelo tan corto. Es para que no te tire de él, ¿verdad?

—Eso es. Tiene una obsesión con no perderme, que se agarra a donde sea. Me daba unos tirones...

—Me lo imagino. Pero, ¿de verdad estás siempre pegada a él?

—Menos cuando duermo. Y no siempre. Si veo que tiene el sueño profundo, lo suelto un rato. Pero procuro que esté abrazado a una almohada con un pañuelo o algo que huela a mí. Si no, en cuanto se despierta, monta un drama.

—Joder, Liz —dijo Lola, mirándome con una mezcla de pena y admiración—. De verdad que te compadezco. ¿No hay nadie que pueda ayudarte un poco con este niño?

Suspiré.

—Solo Ron —admití—. Con él también estaba tranquilo cuando lo tomaba en sus brazos. Reconocía su olor. Ha sido el único respiro que he tenido.

—Te debiste llevar una decepción tremenda...

—Sí —respondí, seca, desviando la mirada hacia la olla para no romperme.

—¿Y hasta cuándo va a estar así? Quiero decir, tan pegado a ti.

—El síndrome del desapego dura hasta la pubertad.

—¿Tanto? —abrió los ojos como platos.

—Sí, pero la parte más dura suele terminar a los cinco o seis años. Luego, basta con que estés cerca y ellos lo sepan. En los niños normales, me refiero. En el caso de Dan, al ser sordociego, puede durar mucho más.

Lola me miró en silencio un momento, como si calculase el peso de mis próximos años. Luego dejó escapar un suspiro.

—Anda, déjalo —dijo al verme tan encorvada—. Yo vigilaré la comida. Siéntate un rato. Tienes que estar agotada, siempre con ese peso encima...

—Y que lo digas —me dejé caer en la silla más cercana.

—De verdad, Liz, no sé cómo no te ha salido chepa. Entre las tetas que tienes y el crío siempre encima... ¿Cuánto pesa ya?

—Ocho o nueve kilos.

—Es increíble que sigas con la espalda tan recta.

—No creo que dure mucho —admití—. Dentro de poco ya no podré llevarlo más, aunque quiera. Este crío no para de crecer. Va a ser tan alto como su padre.

—Oye —cambió de tema—, ¿y por qué no te ayuda tu hermana? Ella no está trabajando, ¿no?

—No. Otra víctima del desempleo —respondí—. Algo hace: se ocupa de los medianos y de limpiar.

—¿Solo eso?

—Es mucho, no te creas. Con lo cara que está ahora la electricidad, sin planta de biomasa, no podemos usar la lavadora como antes. Lavar la ropa de ocho personas a mano no es poca cosa.

—Ya, claro —asintió—. Tiene que hacerlo todo a mano.

—Eso es. Mi padre la obligó, porque ella no quería. Su idea cuando volví era que lo hiciera yo todo, o que lo hiciera él. Menuda bronca tuvieron.

—No sé cómo iba a hacerlo tu padre. Se pasa el día fuera, ¿no?

—Sí. Y no solo eso. Como no tenemos dinero para un coche, va y vuelve a la ciudad en bicicleta. Son ochenta millas entre ir y volver.

—¡Ja! Como para llegar y ponerse a hacer tareas domésticas...

—Viene reventado, Lola. Y ojalá no se ponga enfermo, porque entonces no sé de qué vamos a vivir. Somos ocho, y salimos adelante gracias a su sueldo en el almacén, y al de mi madre como interna. Y aun así... justo, justo.

—Es que los salarios se han desplomado con la crisis... —murmuró ella.

—Claro. Es lo que nos enseñaron en clase de Economía, ¿te acuerdas? Mucha gente buscando trabajo al mismo tiempo, pocos puestos... Mucha oferta y poca demanda. Los precios caen. En este caso, los salarios.

Lola asintió, mirando por la ventana.

—Sí. Aquí no se habla de otra cosa.

—En fin —dije, acariciando la cabeza de Dan—, ya vendrán tiempos mejores. O eso quiero creer. Porque si no, no sé cómo voy a aguantar todo esto.

El autobús de línea

Pasaron los años. Años de privaciones, de esfuerzos y de sacrificios; años duros en los que la economía familiar era de todo menos boyante. Las estrecheces no eran solo nuestras: las sufríamos todos los ciudadanos de Arcadia.

El mundo exterior se había colado por todos los resquicios abiertos y, hasta el momento, no había traído nada bueno; tan solo reglas nuevas, facturas y miedos.

Dan, por su parte, seguía creciendo, al ritmo testarudo de los niños que se empeñan en vivir. Poco a poco habíamos aprendido a comunicarnos... algo. No mucho, no todo lo que yo habría querido, pero lo suficiente para entender sus necesidades más básicas y sus cambios de humor. Eso sí, su dependencia hacia mí, no solo física, sino también psicológica, seguía intacta. Era como una extensión de mi propio cuerpo, un peso constante del que no podía, ni quería, separarme del todo.

Las cosas comenzaron a mejorar cuando por fin llegaron las lluvias. La sequía se terminó, los acuíferos y la laguna se llenaron, y el olor a tierra mojada devolvió a Arcadia un poco de su antiguo pulso. Que volviera el agua significó un alivio para todos: muchos campesinos regresaron de la ciudad, abandonando sus empleos precarios, y con ellos regresó también una parte de la vida comunitaria. Al haber más cultivos, los animales volvieron a tener alimento, y las vacas y las ovejas parieron terneros y corderos. Fue como volver a la normalidad, o casi.

Mejor dicho, casi. Muchas fábricas seguían cerradas y la electricidad, junto con los impuestos, continuábamos pagándolos en dólares americanos. La quimera de la autosuficiencia se había desvanecido para siempre. Ahora era imprescindible seguir trabajando fuera para conseguir ese dinero “extranjero”, como si siempre dependiéramos de un mundo que nos miraba desde arriba.

Pero al menos yo recuperaré a mi madre. Dejó por fin aquel empleo de interna que la mantenía lejos, agotada, sin tiempo ni siquiera para vernos. Todavía recuerdo la primera vez que volvió a Arcadia después de tanto tiempo.

Llegó una mañana, en el autobús de línea. Ah, el autobús de línea... casi se me había olvidado hablar de él. Con tanto trasiego de gente que iba y venía a diario, Zaldívar consiguió poner en marcha una línea de autobuses de servicio regular que hacía dos veces al día el recorrido entre Arcadia y la ciudad. Para quienes trabajaban fuera fue toda una bendición: mi padre pudo, por fin, dejar la bicicleta aparcada después de haberse hecho tantas millas cada día.

Para otros, sin embargo, aquel autobús era solo una prueba más de que la frontera entre Arcadia y “el mundo exterior” se había roto. Era un cordón umbilical por el que también podía entrar —y de hecho entraba— la tan temida “contaminación” de ideas, costumbres y problemas.

En fin, estaba hablando de mi madre. Cuando la fui a esperar a la parada, la vi bajar del autobús con una bolsa en la mano y ojeras en el rostro, pero con la misma mirada firme de siempre. En cuanto me vio, corrió hacia nosotros y me abrazó con fuerza, como si quisiera recuperar de una vez todos los abrazos perdidos. Luego se arrodilló ante Dan, que estaba de pie agarrado a mí, y le tomó las manos con una ternura que casi me dolió.

No preguntó nada, no reprochó nada. Solo lloró, y yo lloré con ella. Desde entonces, la tuve ya conmigo, y fue una ayuda inestimable en todo. No solo en las tareas domésticas, sino también en sostenerme cuando el miedo y el desaliento me dejaba sin aire.

Fue entonces cuando comencé a tomarme en serio, de verdad, el aprendizaje de Dan. Hasta ese momento, mis preocupaciones, mis miedos y mis propias inseguridades me habían paralizado. Dan era ciego y sordo, pero no era mudo, y podía tocar y ser tocado. Había un

sinfín de posibilidades en ese contacto. Tenía que haber algún modo de enseñarle a comunicarse con el mundo, aunque ese mundo no pudiera verse ni oírse.

Todo había comenzado en Denver. En el hospital, las enfermeras me habían dado folletos sobre discapacidad sensorial, terapias y recursos. Palabras frías impresas en papel brillante, con fotos de niños sonrientes que parecían pertenecer a otro universo. Yo los miraba y sentía que aquello quedaba tan lejos de nuestra realidad como las estrellas.

Tenía claro que debía aprender a comunicarme con él, a tocarlo de la manera correcta, a enseñarle que el mundo, aunque invisible e inaudible, podía ser seguro. Empezaría por lo básico: contacto constante, caricias, calor, rutinas que se repitieran una y otra vez hasta volverse predecibles para él. Después, tenía que buscar la manera de introducir signos, patrones de movimientos sobre su piel que se convirtieran en palabras. También quería que sintiera las vibraciones de mi garganta al hablarle, que supiera que aquella vibración era “mamá”, era “voz”, era “presencia”.

Pero mientras lo pensaba, el miedo me golpeó con toda su fuerza. ¿Y si no podía? ¿Y si, a pesar de todos mis esfuerzos, lo condenaba a una vida de aislamiento? ¿Y si mi amor no fuera suficiente? Era una tarea enorme para una veinteañera sin recursos, más allá de la voluntad y el cansancio acumulado. Por eso, aprovechando el autobús de línea, decidí acudir a la ciudad para buscar ayuda.

Enseñanza

El centro especializado estaba en un barrio tranquilo, lejos del ruido más intenso de la ciudad. Las paredes blancas y los carteles de colores anunciaban programas para niños con discapacidades sensoriales; dibujos sencillos, formas en relieve, letras como juguetes de plástico o de madera. Había algo sereno en aquel lugar, pero también intimidante: parecía hecho para otros niños, otros padres que sabrían perfectamente qué preguntar y cómo moverse.

—¿Es la primera vez que viene? —preguntó una terapeuta joven, sonriendo, cuando entré con Dan pegado a mi pecho.

Asentí, insegura ante su voz amable, mientras intentaba recolocar la correa de la mochila.

—Mi hijo... —respiré hondo—. Mi hijo nació sordo y ciego. No sé por dónde empezar.

—No se preocupe —respondió ella con calma—. El camino será largo, pero no lo hará sola. Acompáñeme.

Me condujo a una sala luminosa, con juguetes adaptados, superficies blandas, mesas bajas y estanterías llenas de objetos de diferentes texturas. Me explicó los principios básicos: contacto constante, signos táctiles, rutinas claras. Tomó con delicadeza las manos de Dan y me mostró cómo guiar sus dedos para que sintieran el movimiento de las suyas.

—Él no puede ver ni oír, pero puede sentir —dijo la terapeuta—. Cada gesto puede convertirse en una palabra para él. Cada caricia, en una frase entera.

Escuchaba intentando grabar cada detalle en mi memoria. No podía permitirme muchas sesiones; el dinero no daba para cursos largos ni consultas interminables. Tenía que absorberlo todo lo más rápido posible, como quien bebe agua antes de volver al desierto.

—La cuestión —prosiguió— es empezar identificando cosas cotidianas con signos. Cada signo será una palabra. Por ejemplo, cada vez que el niño coma, hay que hacer siempre el mismo gesto: tocar su boca con dos dedos. Si lo repite muchas veces, acabará asociándolo. Cuando él quiera comer, hará ese signo y usted lo entenderá.

—Perfecto —respondí—. Porque ahora, cada vez que quiere algo, lo expresa chillando, y tengo que ir probando. Si creo que es hambre, le acerco comida a la nariz para que la huela, y si no es eso, mueve la cabeza a los lados. —Le enseñé a decir “sí” y “no” —. Si tiene frío, lo abrigo; si no es eso, se quita la manta o “dice” que no.

La terapeuta asintió con una sonrisa.

—Es normal. Las madres aprenden enseguida a descifrar a sus hijos. Pero con un sistema de signos táctiles, las cosas se simplifican mucho. Ya no tendrá que adivinar tanto.

Me pareció maravilloso, casi un milagro.

—Dígame una cosa —añadí—. ¿Tendré que enseñarle un signo para cada palabra? Hay miles de palabras... ¿Cada una tiene su signo? ¿Hay tantos signos?

La terapeuta negó con la cabeza.

—No. El sistema no se enseña palabra por palabra desde el diccionario, igual que a un niño oyente no se le dan “10.000 palabras” en listas, sino que se empieza por un vocabulario muy reducido y funcional que luego va creciendo. Además, los signos pueden combinarse entre sí y modificarse mediante clasificadores, intensidades en los toques o toques repetidos, de modo que con unos cientos de signos ya se puede decir muchísimo.

La miré, abrumada. Cientos de signos todavía me parecían una montaña. Ella pareció leerme el pensamiento.

—Por ejemplo —continuó—, para expresar el pasado en un verbo, se pasa la mano por el brazo del niño en dirección hacia atrás. Para el futuro, hacia adelante. Si no se hace nada, es presente.

—Uf... —solté—. Me parece complejo.

—No tanto como parece. Piense en esto: si su hijo le hace el signo de comer y la comida aún no está lista, usted le toca la boca con dos dedos, y después le frota el brazo hacia adelante. Eso significará “comer más tarde”. Al principio no lo entenderá, pero si cada vez que usted hace ese gesto la comida se retrasa, él acabará asociando ese patrón con la idea de “futuro”. Y así con el resto de verbos. La clave es la repetición.

—Sí... ya lo voy entendiendo —dije, intentando imaginarlo en nuestra pequeña cocina, en Arcadia.

—Lo mismo pasa con la palabra “dormir” —añadió—. El signo es colocar el dorso de la mano derecha sobre la oreja izquierda. Emiece por hacerlo siempre que lo acueste. Con el tiempo, cuando tenga sueño, será él quien haga el gesto para decirle que quiere irse a la cama. Y, si todavía no es la hora, usted puede explicarle que será más tarde, frotándole el brazo hacia adelante, como le dije antes. La cuestión es ir poco a poco, con paciencia, y verá como consigue resultados.

—Vale —asentí—. Supongo que empezaré por lo básico: comida, agua, frío, calor, mamá, Dan, cama, dormir... Y luego seguiré con el resto. Imagino que cada objeto tiene su signo, ¿no? Por ejemplo, la cuchara...

—En ese caso —explicó ella— se usa primero un signo básico, como “palo”, que se hace apretando un dedo recto dentro de la mano. Luego se combina con el signo de la comida. “Palo + comer”= “cuchara”. La palabra “palo” se puede enseñar con los barrotes de la cuna. Le hace tocar el barrote, y luego introduce su dedito en su mano, haciendo el signo. Y así, poco a poco.

Me mordí el labio, impresionada.

—Me parece muy práctico, pero también... muy completo —confesé—. ¿Todos los niños terminan aprendiéndolo?

La terapeuta sonrió, segura.

—Créame si le digo que casi siempre ellos lo aprenden antes que los padres. Muchas veces el niño hace un signo y son los padres los que no recuerdan lo que significaba.

—Vaya... —no pude evitar reír, sorprendida—. ¿Y qué pasa con los conceptos abstractos?

—Eso tarda más, como con cualquier otro niño —explicó—. Se enseñan siempre en situaciones reales, no en el aire. Primero lo concreto, luego lo que no se ve. Con el tiempo, se puede introducir incluso el deletreo.

—¿El deletreo? ¿A un niño sordo? —pregunté, incrédula.

—Sí. Trazando letras sobre su piel, normalmente en la palma de la mano o en el antebrazo. Al principio, monosílabos; después, palabras más largas. Él asociará una secuencia de trazos con una palabra que ya conoce por los signos. Es otra forma de lenguaje.

—Sí, casi como un idioma, ¿verdad?

—Exactamente. Es otra forma de decir las cosas, en otro idioma. Usted lo ha captado muy bien. Y más adelante —siguió—, también podrá aprender Braille, ese sistema de puntos en relieve. ¡Otro idioma más! —sonrió—. Todo es cuestión de dedicación, tiempo y paciencia, por ambas partes.

Miré a Dan, de pie junto a mí y agarrado a mi vestido, ajeno a aquella conversación de futuros posibles. Le acaricié la cabeza.

—No se preocupe por lo del tiempo —dije con determinación—. Dan y yo tenemos todo el tiempo del mundo. Siempre estamos juntos. Prácticamente no hacemos otra cosa que eso: estar juntos.

En el parque

Dan se había convertido en un alumno aventajado. Con seis años ya manejaba signos táctiles suficientes como para “hablar” su propio idioma, reconocer palabras, distinguir tiempos, incluso empezar a jugar con equivalentes de letras y patrones que, más adelante, podrían llevarlo a sistemas como el Braille. Eso no hacía su vida más fácil, pero la hacía más grande y plena.

Lo que no cambió fue su dependencia. El dichoso síndrome del desamparo seguía tan vivo como el primer día, y, en cierto modo, con razón. Ya se había llevado un par de sustos que le habían enseñado una lección cruel: cuando yo desaparecía, el mundo se volvía un lugar roto e inseguro. Por mucho que le advertía: “Dan, voy al baño; vengo enseguida”, él respondía con un signo breve y contundente: “Mentira”.

Y todo por culpa de la dichosa cuerda.

La cuerda había sido idea mía, una especie de milagro doméstico para que no estuviera siempre pegado a mis piernas. Le ataba una banda a la cintura y yo sujetaba el otro extremo, o me la anudaba a la muñeca. Tenía una longitud suficiente como para que, durante el día, él y yo pudiéramos movernos con cierta independencia. Si dudaba de que yo siguiera cerca, solo tenía que seguir la cuerda hasta encontrarme. O, más habitual, tirar de ella y esperar mi respuesta.

Con el tiempo, convertimos aquella cuerda en un idioma más. Una especie de morse propio, con pequeños tirones y pausas que equivalían a puntos y rayas, a sonidos que él no podía oír: fonemas de nuestro lenguaje táctil. Cada cierto tiempo me mandaba el mensaje básico: “mamá, ¿estás ahí?”. Yo contestaba: “sí, Dan, aquí estoy”, con la combinación de tirones que ya conocía de memoria.

Desde luego, nunca por la noche. De noche, la cuerda se guardaba. Él se despertaba a menudo, y no era plan que me diera tirones constantes y me despertara a mí también. Era mejor seguir durmiendo pegados, uno al lado del otro. Si se sobresaltaba, sentía mi cuerpo, mi calor, mi respiración, y volvía a dormirse. Yo no tenía ese lujo.

La cuerda era especialmente útil en verano. Con el calor pegajoso de Arcadia, tenerlo constantemente colgado de mí era una fuente de calor extra que me empapaba de sudor. Con la cuerda, al menos, podía alejarse unos pasos, sentarse en la sombra, jugar... sin que mi espalda reventara del todo.

Un día fuimos al parque con Lola y sus hijos. Mi amiga ya tenía tres: los dos mayores eran los típicos niños de parque: siempre corriendo, tirándose por el tobogán, cruzando el puente una y otra vez, balanceándose en los columpios como si no existiera el cansancio. El pequeño dormía profundamente en el carricoche. Nosotras estábamos sentadas en un banco, mirando cómo el mundo infantil giraba a nuestro alrededor, con Dan en el suelo, al otro lado de la cuerda, jugando con un coche. Mis hermanos pequeños, Sara y Jairo, se habían unido a la tropa, mezclándose con los hijos de Lola como si fueran un solo grupo desordenado.

—El otro día vi a Leo en el mercado —dijo esta, sin apartar la vista de los niños—. Te acuerdas de él, ¿verdad?

—Claro. No era de nuestra pandilla, pero siempre estaba por ahí. Era vecino tuyo, ¿no?

—Sí, de casa de mis padres. Cuando me casé, perdimos un poco el contacto —hizo una pausa—. Me preguntó por ti. Te ha visto varias veces, siempre sola con Dan, y quiso saber dónde estaba tu marido.

Solté un bufido.

—No me puedo creer que aún haya alguien en Arcadia que no sepa mi historia.

—Seguramente lo sabe —sonrió de medio lado—. Pero creo que quería sonsacarme si estás con alguien.

—¿Puro cotilleo?

—No creo que solo fuera por eso. El hombre sigue soltero, y tú... pues eres caza mayor.

—Yo ahora no soy ni caza menor —repliqué—. ¿Quién se va a arrimar a mí con este moco-so pegado todo el día? Todo el día y toda la noche, claro.

—Claro, pero él no sabe el alcance de la dependencia de tu hijo. Cuando se lo conté, pareció perder interés.

Nos quedamos un rato en silencio, observando a Dan. Tenía delante una pequeña pista circular de plástico con bordes a los lados. Empujaba un cochecito metálico dentro de la misma y, según la fuerza del impulso, este recorría el circuito dando varias vueltas a más o menos velocidad. Dan jugaba a adivinar en qué tramo estaba el coche en un momento dado, interceptándolo con una mano en el lugar exacto. Casi nunca fallaba.

—Es increíble —dijo Lola—. Acierta siempre.

—Ya —respondí, con un orgullo triste—. Las personas como él desarrollan una especie de sexto sentido. Y en su caso, creo que tiene un sexto y un séptimo. A veces pienso que me lee la mente. No hay manera de engañarlo.

Dan, entre lanzamiento y lanzamiento, tiraba de la cuerda cada poco. Pero, para no parecer demasiado pesado —porque sabía que me enfadaba cuando lo hacía muy a menudo—, en lugar del tirón de “mamá, ¿estás ahí?”, ahora pedía cosas: agua, galletas, que le quitara la arena, que le abanicara porque tenía calor. Todo valía, con tal de confirmar que yo seguía al otro extremo.

—Oye, ¿y si le respondo yo en vez de tú? —propuso Lola.

—Lo notaría. Sabría que no soy yo. Es lo que te digo, este niño tiene un radar.

—Pero ¿cómo? —se inclinó hacia la cuerda—. ¿Por la forma de tirar?

—Por el “acento” —expliqué—. La cadencia, la fuerza, el tiempo entre tirones... Incluso la forma de tocarle la mano para hacer los signos. Llevamos toda la vida juntos. Sabe cuándo no soy yo.

—¿Y responde igual?

—Responde —asentí—. Con mi madre “habla” y le devuelve los signos a ella sabiendo que no soy yo. Pero entonces tiene que estar pegado a mí, como una lapa. Puede comunicarse con los demás, pero teme que alguien le dé el cambiao y no se fía.

—Ya. Es que yo pensaba que tenía una especie de celos, o algo así.

—No son celos exactamente. A él no le importa que yo esté con más gente. La cuestión es otra: yo siempre tengo que estar también con él.

En ese momento, Dan tiró dos veces de la cuerda. Esa era nuestra señal de “atención”, equivalente a los dos toques en el hombro del sistema táctil. Luego, vinieron una serie de tirones cortos, nuestra pequeña frase en morse.

—¿Y ahora qué quiere? —preguntó Lola.

—Otra galleta —respondí—. Pero no se la voy a dar. Ya ha comido demasiadas. Luego no cena.

—¿Puedo contestarle yo? Dime cómo se hace.

—Tómale la mano derecha —le expliqué—. Dibuja un círculo en su palma, sin tocar sus dedos, y después dale dos toquecitos con tu índice y tu corazón. Mira —le enseñé con mi propia mano—. Así.

—Vale. Te apuesto a que no nota la diferencia.

Me reí.

—Ya verás...

Lola hizo el gesto con mucho cuidado. Desde fuera, lo habría dado por perfecto. Pero Dan, apenas percibió el signo, dejó escapar el coche, se levantó y siguió la cuerda hasta llegar a mí. Cuando me encontró, me rodeó el brazo con ambas manos y se pegó a mi costado.

—¿Cómo se ha dado cuenta? —se quejó Lola—. ¿Lo hice mal?

—Lo hiciste perfecto. Pero es lo que te digo: sabe que no soy yo. Y si no soy yo, tiene miedo de que me haya marchado. Cree que le han dado el cambio.

—Que le han dado gato por liebre —sonrió.

—Sí —añadí—. Que le han dado Lola por Liz.

Las dos nos reímos. Yo acaricié la cabeza de Dan, le tranquilicé con unos cuantos signos y, cuando volvió a lanzar el coche, retomé la conversación.

—¿Dices que Leo sigue soltero? —pregunté—. ¿Cómo es posible? Tiene nuestra edad, ¿no?

—Más o menos. ¿Te sorprende?

—Antes no era habitual que nadie siguiera soltero con más de veinte.

—“Antes” —remarcó—. ¿Y cuál es la diferencia entre antes y ahora?

Me quedé pensando.

—¿Los anticonceptivos? —aventuré.

—Exacto. Tuvo una novia, pero lo dejaron. Seguramente pondrían medios cuando lo hicieran y así se puede seguir indefinidamente sin casarse.

—Ya. Antes era más difícil. Con el riesgo de quedarte embarazada, o te casabas...

—O no te quedaba otra que casarte en cuanto la barriga empezaba a notarse.

Asentí.

—Mis padres dirían que es la “contaminación” del mundo exterior. Que eso terminará haciendo a hombres y mujeres infelices al no formar parejas estables.

—Lo de siempre —dijo Lola—. Por cierto, ¿tu hermana Melissa sigue usando métodos con su novio?

—No lo sé. Desde luego, ya no toma pastillas. Mi madre se las encontró y se armó una bronca tremenda. Supongo que ahora será él quien se ponga algo.

—¿Tu padre lo sabe?

—No. Si se hubiera enterado, habría ido a casa del novio a obligarlo a casarse.

—A punta de escopeta, ¿no?

—Algo así —nos reímos—. De todos modos, ya ni con esas se puede obligar a nadie.

Lola suspiró.

—Desde que se fue Bennett, el mundo de fuera se ha metido en nuestras casas hasta la cocina.

—Hasta la cocina —añadí—, y hasta el dormitorio.

Nos reímos otra vez. Poco después nos fuimos a casa. El cielo empezaba a oscurecer, los niños se volvieron pesados, quejicas, arrastrando los pies. Habían pasado todo el día corriendo por el parque. Estaban agotados. Yo también.

El accidente

La cuerda seguía siendo una bendición y una condena. Me daba libertad, pero también una tentación enorme: aprovechar su existencia para ausentarme unos minutos cuando Dan estaba muy concentrado. En teoría no pasaba nada. En la práctica, cada escapada era una ruleta rusa.

A veces, si lo veía muy entretenido y yo necesitaba ir al baño, pedía a mi madre o a Melissa que se pusieran al otro lado. Les enseñaba los tirones básicos de sus preguntas más habituales, y durante un rato el sistema funcionaba. Pero el “acento” traicionaba siempre la farsa: la cadencia no era la misma, la fuerza del tirón cambiaba, el tiempo entre señales variaba, y él se daba cuenta.

Con el tiempo, dejó de fiarse y el experimento fracasó. Aun así, yo seguía usando la cuerda. Era lo único que me libraba de tenerlo literalmente pagado a mí las veinticuatro horas.

Por aquella época, quizá a causa de esos sustos o de la edad, estaba más inquieto que nunca. Dormía mal, tenía pesadillas frecuentes, se sobresaltaba por cualquier cosa, y eso, inevitablemente, me arrastraba a mí. Mis ojeras parecían dos sombras permanentes bajo los ojos. El estrés, la falta de descanso y la sensación de estar siempre alerta empezaban a pasar factura a mi cuerpo y a mi cabeza.

Una tarde estábamos en la planta de arriba de la casa. Dan estaba sentado en el suelo, muy concentrado con un juguete que había conseguido casi de milagro: un panel con letras de madera y su equivalente en Braille, que él debía reconstruir colocando bolitas en un tablero. Si lo hacía bien, el aparato emitía una vibración continua y suave; si se equivocaba, la vibración era entrecortada y más brusca. Para él, aquello era un juego y un examen al mismo tiempo.

Estaba tan atento, tan metido en la actividad, que pensé que no notaría si me ausentaba un momento para ir al baño. Podría haberlo llevado conmigo, como siempre, pero sabía que protestaría al quitarle del juego, que se resistiría, que acabaríamos en otra lucha agotadora. Y yo ya no podía más. Aquel agotamiento se me había vuelto crónico.

Mi hermana Melissa estaba en su habitación, así que le pedí que me hiciera el favor. Solo sería un momento. Todo consistía en mantener la tensión de la cinta, para que él supiera que alguien estaba al otro lado, teóricamente yo.

—¿Puedes quedarte un momento al otro lado de la cuerda? —le pedí—. Solo tienes que mantener la tensión. Si tira, le respondes como te enseñé. No tardaré nada.

Aceptó de mala gana. De hecho, yo no se lo hubiera pedido si mi madre hubiera estado en casa. Pero se había tenido que ir a los sembrados para ayudar a mis hermanos, que eran quienes ahora llevaban las riendas de nuestra pequeña explotación agrícola.

Estaba chateando con su novio desde el celular, y en el pequeño salón de la planta de arriba la cobertura no era tan buena como junto a la ventana de su cuarto. La telefonía móvil había llegado hacía poco a Arcadia, atraída por la cantidad de gente que ahora se movía entre el pueblo y la ciudad. Otro efecto de la “apertura”: más antenas, más pantallas, más distracciones.

Yo me fui al baño. Melissa se quedó con la cuerda, o eso creía.

Al poco, harta de la mala señal, se levantó, volvió junto a la ventana de su dormitorio y, sin pensarlo demasiado, ató la cuerda a uno de los barrotes de la barandilla del rellano. La cuerda quedó tensa, inmóvil, falsa. Ella se sumergió de nuevo en sus mensajes, sin fijarse en nada más.

Dan, mientras tanto, siguió jugando. Pero pasado un rato, tiró de la cuerda. Nadie respondió y volvió a tirar. Nada. La tercera vez se levantó. Siguió la cuerda con las manos, paso a

paso, esperando encontrar mis piernas, mi falda, mi olor. En lugar de eso, encontró un nudo frío atado a la barandilla. No había nadie. Ni cuerpo, ni manos, ni respiración. Solo la cuerda muerta.

Entró en pánico. Comenzó a correr desbocado por todo aquel espacio, buscándome, y antes de que Melissa pudiera echarle mano, la cuerda se soltó y Dan se precipitó por las escaleras. Cayó por los peldaños, todo su cuerpo rodando sin control, golpeando esquina tras esquina, escalón tras escalón, hasta llegar a la planta de abajo, convertido en una masa de golpes, miedo y silencio.

Un encuentro inesperado

Los inspectores de Sanidad habían clausurado gran parte de las especialidades del hospital de Arcadia. Al parecer, la mayoría de los médicos habían venido del extranjero y sus titulaciones no estaban homologadas. No me quedó más remedio que llevar a Dan al hospital de la ciudad.

El trayecto hacia allí fue un verdadero suplicio, no solo para él, sino también para mí. El chico no paraba de gritar y de chillar, y ni siquiera mi proximidad le suponía un alivio. Así que en cuanto llegamos le sedaron. *“Por lo menos hasta que se estabilicen las fracturas”*, me dijeron.

Y eso me permitió hacer algo que llevaba mucho tiempo sin experimentar: estar sola en una cafetería.

No me fui muy lejos. Era un pequeño establecimiento a la vuelta del hospital que me encontré por casualidad. Un lugar discreto, no demasiado concurrido, que me permitió disfrutar de unos momentos exquisitos de tranquilidad y relax.

Me senté en una mesa al lado del ventanal que daba a la calle y observé el devenir de la gente y los coches que pasaban por la carretera. Intenté no pensar en Dan, ni en la vida de esclava que llevaba, ni en nada que no fuera estar allí, yo sola, tranquilamente, saboreando el presente.

Mientras miraba a través del cristal removiendo el café con la cucharilla, me pareció ver un rostro conocido que se me quedó mirando por unos instantes antes de continuar su camino. Desapareció de mi ángulo de visión, y tras unos segundos apareció de nuevo.

Era Gab. Me había costado reconocerlo porque, ciertamente, parecía otro. Ya no era el “niño” que yo conocí. Ahora, aquel flequillo tan ñoño había desaparecido y se habían acentuado las líneas de expresión. Llevaba el pelo corto peinado hacia atrás y había desarrollado cierta musculatura. Ya no era el esmirriado aquel tan tímido, sino un hombre hecho y derecho, bronceado, esculpido por la vida militar.

Me observaba a través del cristal con una mirada de que era una mezcla de sorpresa y de determinación. En la marina ciertamente, se había hecho un hombre. Yo diría que incluso había crecido y se mostraba maduro y resuelto, y no dudó en entrar en la cafetería para saludarme.

En cierto modo, era lógico que no me hubiera reconocido de primeras. Yo también había cambiado. Ya no era aquella chica explosiva de años atrás. Por el contrario, había adelgazado hasta el punto de quedarme casi en los huesos, y mi pecho apenas era una sombra de lo que fue. A pesar de tener solo 26 años, algunas canas ya asomaban por mi pelo hirsuto, y las ojeras me llegaban hasta los pies.

—¡Liz! ¡Qué alegría verte de nuevo! —Me levanté y nos dimos la mano. Ahora que lo veía de cerca, corroboré lo que había visto en la ventana. Debe ser cierto eso de que los hombres no terminan de crecer hasta los 25 años, pues ahora era él más alto que yo.

—¿Puedo...?

—Sí, siéntate —repuse, señalándole la silla que estaba enfrente de mí. Enseguida llegó el camarero y Gab se pidió otro café.

—¡Chica! Me costó reconocerte... ¡Qué alegría volver a verte!

Yo intenté sonreír y ciertamente que me costó hacerlo. Noté cómo los músculos de la cara se me resistían, como si no estuvieran acostumbrados a ese gesto. Mi antiguo amigo se quedó callado, pues quien es tímido lo es siempre, pero se notaba claramente, en el brillo de sus ojos y en la forma en que apretaba la taza entre las manos, que estaba muy contento de estar sentado allí conmigo.

—Fuiste a la academia militar, ¿verdad? —pregunté, para romper el hielo.

—Sí. Ya soy oficial de la marina.

—Vaya, y ¿qué tal? ¿Estás contento?

—Sí. Me gusta la vida militar.

—Y, ¿estás en san Diego, o...?

—No. Nada más graduarme me enviaron a Japón, y allí estuve casi un año. Luego unos meses en Rota, en España, y ahora llevo ya un tiempo en Filipinas. De momento voy a estar allí una temporada.

Mientras hablaba, sus dedos dibujaban un recorrido distraído por el borde del platillo, como si repasara mentalmente cada destino al pronunciarlo.

—¡Vaya! Sí que viajas y ves mundo. No como yo...

—Eso es verdad. Y ahora es la primera vez que vengo, después de mucho tiempo. Voy a pasar las Navidades con mis padres. A ver cómo lo encuentro todo.

—¿Habéis hecho las paces?

—Sí. Son mis padres, al fin y al cabo.

—Claro. En fin, cómo te envidio.

—¿Por qué?

—Por eso, porque viajas mucho. ¡Ya quisiera yo...!

Di un sorbo a la taza de café. El líquido estaba templado, pero el calor de la porcelana entre mis manos me ancló un poco al presente antes de que él me devolviera la pregunta.

—Y tú, ¿qué tal? Sigues con Ron, supongo. ¿No hacéis viajes, o qué?

—¡Ah! Que no lo sabes...

—No sé qué tengo que saber, Liz.

—En Arcadia los chismes corren rápido. Al fin y al cabo, es como un pueblo.

—Bueno, ya sabes que yo siempre era el último en enterarme de las cosas.

Sonrió de forma tímida, bajando un instante la mirada hacia sus propias manos. Era verdad eso que había dicho. Además, después de todo lo que pasó cuando se fue, estaba claro que quiso romper con todo lo anterior y casi también con su familia. Aquella sonrisa, sin embargo, tenía ahora un matiz distinto, más sereno, menos adolescente.

—Lo mío con Ron terminó hace años, Gab. Voló, en cuanto nuestro hijo comenzó a dar problemas.

—¡Ah! Que habéis tenido un hijo...

—Sí. Un hijo que nació prematuro, con seis meses y medio, sordo y ciego.

Gab se echó ligeramente hacia atrás en la silla, como si la noticia lo hubiera empujado de golpe. Durante un segundo abrió la boca sin decir nada, buscando palabras que no encontraba.

—Vaya... Lo siento.

Una lágrima se me escapó y corrió mejilla abajo, y mi amigo no tardó en proporcionarme un paquete de pañuelos de papel que se sacó del bolsillo. Sus dedos rozaron los míos al ofrecérmelos, cálidos, seguros, y aquel contacto fugaz me sostuvo más de lo que hubiera admitido.

—Y lo peor —seguí—, es que tiene un problema enorme de afectividad, lo que se llama el “síndrome del desamparo”. No sé si sabes lo que es.

—Pues, no.

—Este tipo de niños necesita estar constantemente con la madre. Cuando son pequeños no paran de llorar, y cuando ya van creciendo necesitan saber que la madre está cerca, en las proximidades.

—Ya.

Mientras hablaba, sentí que la voz se me volvía más grave y lenta, como si cada frase tuviera que atravesar un nudo en la garganta antes de salir. Él, en cambio, guardaba silencio, con los codos apoyados suavemente en la mesa, inclinado hacia mí, atento.

—Y encima Dan es sordo ciego, con lo que la cosa se complica. Ya tiene seis años y sigue todavía en la fase que otros niños ya han abandonado hace tiempo. Es desesperante, Gab. No puedo ni ir al baño sola, y tengo que ducharme siempre junto a él.

Nos quedamos un rato en silencio mientras terminaba de enjugarme las lágrimas. El murmullo de la cafetería volvió a hacerse presente: el choque de las tazas, una carcajada aislada en otra mesa, el siseo de la cafetera. Él respiró hondo antes de añadir:

—Ahora entiendo lo de Ron. Nunca me gustó ese tipo. No tiene agallas. Muy gallito con las chicas, muy matón, pero a la hora de la verdad...

Asentí. En su día me dejé llevar por su atractivo físico y su actitud tan desafiante a todas las normas sociales —como hicimos todas las chicas—, y me acabó pasando factura. Recordar eso frente a Gab, que me miraba con una mezcla de pena y respeto, me produjo una punzada de vergüenza y alivio al mismo tiempo.

—Entonces, ¿estás sola con tu hijo? ¿Vives por aquí?

—¿Aquí en la ciudad? No. Me he vuelto a Arcadia, con mis padres. No puedo mantenerme sola, pues no tengo ingresos de ningún tipo. Dan me ocupa todas las horas del día y de la noche, y no puedo trabajar.

—Ya, comprendo. Al menos con ellos tendrás ayuda.

—Sí, desde luego. Aunque no tanta como quisiera. Dan sigue siendo muy dependiente de mí para casi todo... —afirmé—. Lo peor fue al principio. Volví en el peor momento, pues mis padres trabajaban fuera y casi no los veía. Bueno, de hecho, mi padre sigue así.

—¿Que trabaja fuera? ¿Fuera de dónde?

Suspiré, sintiendo cómo se me hundían los hombros mientras dejaba la taza de nuevo sobre el platillo.

—Todavía no ha ido por tu casa, ¿Verdad?

—No. Acabo de llegar e iba a tomar un taxi después de comer.

—También puedes ir en el autobús de línea.

—¿Un autobús de línea... que va a Arcadia? ¿Desde cuándo?

—Gab, veo que no te han informado mucho de cómo han cambiado las cosas, ¿verdad?

—Sé que echaron a Bennett.

—Sí, así es. Ahora el Administrador es un hijo de Zaldívar.

—¡Ah! Y, ¿qué tal?

Lo vi fruncir ligeramente el ceño, como si temiera la respuesta, pero necesitara oírla.

—No tan bien como pensábamos. Con él se inició una etapa de “apertura”, por llamarlo así, donde las cosas no han ido más que a peor.

—¿Por qué?

—Bueno, pues porque a raíz de la marcha de Bennett, comenzamos a recibir un montón de inspecciones que causaron mucho daño —di un sorbo a la taza de café y luego seguí—. Primero vinieron los de Medio Ambiente y pusieron un contador en la laguna y en los pozos. A partir de ahí no pudimos usar toda el agua que usábamos antes y la agricultura y la ganadería sufrió las consecuencias.

Mientras hablaba de Arcadia, él me observaba con atención tranquila, como si tratara de recomponer, pieza a pieza, el lugar que había dejado atrás.

—Ahora comprendo lo de tus padres.

—Eso es. Ya sabes que eran campesinos. Como muchos otros, tuvieron que buscarse un empleo en la ciudad.

—Y ahora comprendo también lo del autobús de línea.

—Siempre fuiste un chico listo, Gab —sonreí.

Él bajó la vista un segundo, ruborizado, y jugueteó con la cucharilla, golpeando apenas el borde del plato. Cuando volvió a mirarme, en sus ojos había una chispa de orgullo tímido que reconocí de nuestra adolescencia.

—No tan inteligente como tú —me devolvió la sonrisa.

—Gracias —me sonrojé ligeramente y le sonreí—. Lo que te decía, vinieron inspectores y cerraron la planta de aerogeneradores porque decían que no cumplía la normativa.

—¿Eso es cierto?

—Sí, puede ser. Llevaban sin revisarse mucho tiempo, aunque funcionaban muy bien. Pero el caso es que eso nos hizo depender de la electricidad municipal, y ya sabes, la factura se paga en dólares.

—Y no en nuestros dólares.

—Así es. Unos dólares que solo tenían los que trabajaban fuera.

—¡Uf! ¡Qué lío se debió montar!

—Pues imagínate... Encima también vinieron los de Hacienda y censaron a los que no estábamos censados y claro, a pagar impuestos.

—Impuestos que también se pagan con dólares americanos, claro.

—Claro, claro. No te puedes imaginar lo que la gente echa de menos a Bennett.

—Ya me imagino...

Por un momento, él se quedó mirando el vacío por encima de mi hombro, como si viera las calles de Arcadia tal y como las dejó, superpuestas a las que yo le acababa de describir.

—Con decirte que muchos se han ido a Nueva Arcadia.

—¿Nueva Arcadia? ¿Qué es eso?

—Ah, que tampoco lo sabes.

—No.

—Es una ciudad que ha construido Bennett en Montana. Muchos se han ido allí.

—¿Tanto dinero tiene como para hacer eso?

—Se dice que estuvo acaparando durante años... de muchas maneras. Algunas no muy legales, al parecer.

—Ya. Y no me extraña que la gente se fuera allí. Si las cosas se habían puesto tan mal en Arcadia...

—No solo por eso. Muchos criticaban —y critican— cómo ha cambiado todo... para peor.

—Ya. La “contaminación”, ¿verdad?

—Así es. Mucha gente trabaja ya en la ciudad, y van y vienen todos los días. Y no solo se traen dinero de allí, ya sabes. Se traen también costumbres. De hecho, mi padre siempre dice que la marcha de Bennett, ha atraído tanto aumentos como disminuciones.

En ese punto, no pude evitar sonreír anticipando la broma. Sentí que mis hombros se relajaban un poco, agradeciendo la ligereza.

Él se rió.

—¿A qué se refiere, con eso de “aumentos y disminuciones”?

—Pues eso. Dice que han aumentado los desempleados, los impuestos, el tamaño de los escotes... y ha disminuido el largo de las faldas y el número de hijos.

La risa de Gab estalló entonces más franca, inclinándose hacia delante, con una mano sobre la mesa, como si buscara apoyarse para no perder el equilibrio. Contagiada, me uní a su risa, y por unos segundos la desgracia de Arcadia y la de mi propia vida quedaron en un segundo plano.

Se volvió a reír.

—Lo de los hijos es por los anticonceptivos, ¿verdad?

—Pues sí. Y es una pena, porque las familias jóvenes están dejando de tenerlos. Imagínate en mi caso. Al principio, con mis padres trabajando los dos fuera de casa y mis hermanos más pequeños que todavía eran chiquillos... Si no hubiera sido por mi hermana Melissa... Además, también mis otros hermanos trabajan en el campo, ahora que han vuelto las lluvias. Y eso nos da ahora un sustento para todos.

—Está claro, Liz. Las familias numerosas son siempre útiles. En el mundo exterior, los solitarios sin recursos tienen que vivir de la caridad, llevando vidas miserables. Al menos tú tienes esa ayuda.

—Sí, desde luego. Yo no hubiera podido subsistir en Denver, sola, sin empleo, con un niño recién nacido y problemático.

—Acabasteis Ron y tú en Denver.

—Allí nos llevó un coche que paramos nada más escapar, sí. Podría haber sido en cualquier otro sitio.

Él se quedó callado, mirándome con verdadero interés. Parecía que tenía ganas de que siguiera contándole aquella historia, pero solo le di unas pinceladas. Era una época de mi vida que prefería olvidar.

—En Denver estuve poco tiempo, Gab. No llegó a dos años. Allí nació mi hijo, allí me separé de Ron. A pesar de todo, me encontré con gente buena, gente que jamás olvidaré.

Una lágrima se me escapó de nuevo al recordar al padre David y a Hortensia. Con ellos mantenía el contacto y de vez en cuando me llamaban y charlábamos.

—El caso que aquí estoy mejor —seguí—. Al menos estoy arropada por mi familia, aunque la carga la llevo yo sola.

Mientras lo decía, me sorprendí a mí misma acariciando sin darme cuenta el asa de la taza, como si fuera la mano de mi hijo. Gab siguió el movimiento con la mirada y apretó los labios, como conteniéndose.

—Ya. Claro. Debe ser duro tener un hijo sordo y ciego. ¿Cómo te comunicas con él?

—Bueno, le estoy enseñando la lengua de signos. De signos táctiles, me refiero. De hecho, ya comprende muchas cosas. Al principio fueron solo cosas básicas, las mismas que él me decía a mí.

—¿Él te las decía?

—Sí, claro el lenguaje siempre es bidireccional. Él me toca en la mano o en el brazo haciendo los mismos signos, y así sé qué es lo que quiere. Si tiene hambre, si quiere agua, si tiene sueño... en fin, hemos ido poco a poco, y ya estamos recogiendo los frutos.

—Debe ser una labor muy dura...

—Y lo es. Pero es mi trabajo. Igual que otros tienen que hacer otras cosas, o yo misma cuando montaba películas. Un trabajo gratificante, pues cada logro te llena de satisfacción.

—Ya me imagino...

—Y eso que todavía no he comenzado con el lenguaje sonoro. Entonces sí que será un verdadero reto, mayor que cuando comencé con el Braille.

—Espera, lo del Braille lo entiendo. Pero, ¿cómo se enseña a hablar a un niño sordo... que además es ciego?

—Eso mismo me preguntaba yo al principio, pero sé cómo se hace. Hay que poner su mano en tu garganta después de trazar una palabra de forma táctil. Tú la pronuncias despacio, marcando cada sílaba con el ritmo de la respiración. Y también que él toque tu boca, para que vea cómo la pones al emitir el sonido.

Él me miraba con mucha curiosidad, asintiendo. Yo seguí:

—Al principio, puede que el niño solo sienta curiosidad por el temblor de tu voz, pero pronto comenzará a imitarte, a experimentar con su propia garganta, a buscar ese eco interno. Cuando vea que tú le contestas —de forma táctil, claro—, entonces usará su propia voz para hablar contigo, porque comprobará que es más rápido y práctico.

—¡Qué curioso! Jamás hubiera pensado una cosa así...

Su expresión se abrió, como la de un niño al descubrir un truco de magia. Sus cejas se alzaron y se inclinó un poco más hacia mí, apoyando casi el antebrazo en la mesa.

—Pues así es. Por cierto —cambié de tema—, ¿sabías que Lola y Paul se casaron?

—¿Ah, sí?

—Sí. Zaldívar permitió que regresaran todos los que expulsaron. Ya tienen tres hijos.

—¡Vaya! Qué suerte... Tendrías que haber visto cómo lloraba cuando el sheriff nos devolvió a Arcadia. Supongo que eso lo sabes, ¿verdad?

—Sí, me lo ha contado Lola en detalle. Menuda aventura debisteis pasar ese día.

—Pues sí.

Nos quedamos en silencio. Unos segundos en los que Gab no paraba de mirarme. Sus ojos azules ya no eran los de un niño tímido e indeciso, sino los de todo un oficial de la marina acostumbrado a dar órdenes a sus subordinados. Yo sentía ese peso de sus ojos sobre mí, recorriéndome el rostro, deteniéndose en la comisura de mis labios, en el rastro ya seco de las lágrimas. Finalmente, me preguntó:

—Y ahora, entonces, ¿has dejado a tu hijo con tu madre?

—¿Con mi madre? No. Lo tengo ingresado en el hospital. Ayer tuvo un accidente, y...

—¿Es grave?

—No. Solo unas fracturas. He venido a esta cafetería para despejarme un poco. Hacía tanto tiempo que no tomaba un café yo sola...

—Tú deseando la soledad, y yo deseando librarme de ella.

Esbozó una sonrisa triste al decirlo, con los hombros levemente caídos, y ese contraste entre sus palabras y su postura me intrigó.

—¿Por qué? ¿No te has casado?

—No.

—¿No te gustan las mujeres filipinas?

—A mí ya sabes quién me gusta, Liz —extendió su mano y agarró la mía. Yo no la retiré, y nos quedamos mirándonos un poco más.

—Gab, tú y yo no podemos estar juntos —retiré la mirada.

Sentí cómo mi mano quería soltarse, pero otra parte de mí se aferraba a la suya. Miré hacia un lado, a la hilera de botellas tras la barra, para no ver el gesto que se dibujaba en su rostro.

—¿Por qué no podemos estar juntos?

—Tengo una carga demasiado pesada de llevar, y que siempre va conmigo.

—Yo puedo ayudarte a llevarla, Liz. Puedo ayudarte a educar a tu hijo.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé —insistió.

Levanté la vista y le miré fijamente a los ojos:

—¿Te acostarías conmigo sabiendo que comparto la cama con otra persona? ¿Con un niño que necesita que le esté constantemente tocando para que así sepa que no lo he abandonado? ¿No te parece un precio demasiado alto?

—Si tú estás también en esa cama, el precio me parece bajo. Una ganga, vaya.

Sonreí y lo miré de forma más intensa. Hacía tanto tiempo que nadie me halagaba, que aquellas palabras me devolvieron la autoestima perdida. Noté el rubor subirme lentamente por el cuello hasta las mejillas, y tuve que morderme el labio para contener una sonrisa más amplia. Entonces apreté su mano, y él me dijo:

—Tu hijo sería también el mío, y los dos lo cuidaríamos y lo enseñaríamos juntos. ¿Qué te parece?



—Me parece muy bien, pero...

Entonces se atrevió a decirlo, tal como ocurrió una vez hacía ya mucho tiempo. En aquella ocasión simplemente me pidió que fuéramos novios; pero, a diferencia de entonces, ya no éramos dos adolescentes.

—Liz, ¿te casarías conmigo?

El mundo pareció detenerse un instante. Oí el tintinear de una cucharilla en otra mesa, el leve zumbido de la máquina de café, incluso una puerta que se abría al fondo; pero todo llegó como desde muy lejos.

Yo me ruboricé.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente —replicó sin pensarlo, con aplomo.

Entonces me levanté para marcharme, haciendo él lo propio. La silla rasgó el suelo con un sonido suave, casi vergonzante, y sentí las miradas fugaces de un par de clientes curiosos.

—Gab, acabamos de vernos después de muchos años. ¿Cómo puedes decirme eso, sin apenas conocer cuál es la situación en la que vivo?

—Liz, siempre fuiste mi amor platónico, y lo sabes. Estoy muy solo en la marina, y casi todos mis compañeros están ya casados. Cuando te he visto, me ha dado un vuelco el corazón. Y ahora que necesitas ayuda, yo puedo ser ese compañero que necesitas. Si tú quisieras...

Mientras hablaba, se acercó un paso más, lo justo para que pudiera olerle: una mezcla de jabón, café y un leve rastro salado que recordaba al mar.

Me puso una mano por detrás del cuello, me arrimó hacia sí de forma suave, y esta vez no pude ni quise impedir que me besara.

Al principio fue un roce torpe, contenido por todos los años de ausencia. Pero en cuanto reconocí su calor y su respiración, algo en mí se rindió. Identifiqué a Gab como algo propio, como algo que siempre estuvo conmigo desde mi más tierna infancia. Cerré los ojos y me dejé llevar por la pasión. Dejé que el murmullo de la cafetería se desvaneciera, como si solo existiéramos los dos en aquella burbuja de aire compartida. Fue un beso febril, profundo y apasionado, seguido de un tierno abrazo.



Durante esos instantes, el peso de los últimos años pareció aflojarse, como si alguien hubiera deshecho un nudo demasiado apretado en mitad de mi pecho. Unos momentos en los que de nuevo me sentí mujer, cuando pensé que jamás podría ser otra cosa más que madre.

Epílogo

Nueva Arcadia

El invierno estaba siendo demasiado duro en el Estado de Montana. La nieve llevaba ya varias semanas sobre la explanada del inmenso patio que se ubicaba frente al colegio, pero las gargantas de aquellos escolares cantaban el himno de la ciudad como si fueran una sola voz.

Estaban en formación militar, conformando una escuadra de filas y columnas perfectas, tan solo interrumpida por un espacio de diez metros que separaba al grupo de los chicos del de las chicas.

Era una separación necesaria. No podía permitirse que el muchacho de detrás mirase cualquier detalle de una hipotética muchacha que tuviera delante, y que pudiera suscitarse un deseo ilícito.

Desde el ventanal del Directorio, al otro lado de la plaza, en la parte opuesta al colegio, dos figuras observaban la alineación perfecta de los escolares. Contemplaban su simetría, que estaba acentuada por la uniformidad.

En efecto, todos los chicos llevaban pantalón corto de color gris, zapatos con calcetines negros y camisa naranja, mientras las chicas vestían exactamente igual, excepto que en lugar de un pantalón vestían una falda que les ocultaba las rodillas.

—Tendríamos que abrigar más a esos muchachos —musitó el hombre, mientras contemplaba el vaho que salía de las bocas de todos ellos al cantar.

La hija tardó unos segundos en responder, y cuando lo hizo fue de forma incisiva:

—No, papá. Sus uniformes son de lana, y de la mejor calidad. Además, los calcetines les llegan hasta las rodillas. No tienen ninguna parte de su piel al descubierto.

—Ya, pero...

—Que no —interrumpió, cortante, sin dejar de mirar a la formación—. Yo también visto de la misma manera y no me quejo. Además, el frío atempera los espíritus y curte los cuerpos. Los hijos de Nueva Arcadia tienen que ser hombres y mujeres rectos y recios, que puedan con todo el día de mañana. Si tienen frío, que se vayan a Texas, a la vieja Arcadia.

—Muchos vienen de allí, Clara.

—Ya lo sé —replicó, con cierta aspereza.

Abajo, el director del colegio estaba terminando de dirigir el coro de insignes escolares, mientras sonaban los últimos compases del himno. Ya faltaba poco para que todos ellos entraran en las clases, y la joven vicepresidenta se dirigió a Bennett:

—Papá, deberíamos de impedir que esos niños formasen juntos. Me refiero, los chicos con las chicas.

La mujer miró a su padre para comprobar su reacción. A sus veinte años recién cumplidos, era una persona sumamente astuta y extremadamente inteligente a quien no se le pasaba ningún detalle. Su extrema palidez contrastaba con la negrura de sus cabellos, que solían colgar hirsutos y lacios sobre sus hombros formando una melena corta. Por otra parte, su excesiva delgadez le daba un aspecto casi fantasmagórico, que se acentuaba en la penumbra del amanecer.

Esa mañana se había recogido el cabello, lo que acrecentaba su frialdad, mientras sus incisivos ojos de color azul traslúcido escrutaban al hombre para detectar cualquier inflexión de su cara y así poder leer sus pensamientos.

El padre apenas pestañeó mientras observaba como, tras finalizar el cántico, los niños comenzaban a entrar en el colegio fila a fila para dirigirse a sus respectivas aulas.

—No están juntos, Clara. Mantienen formaciones separadas y diferenciadas por género.

—Se miran de reojo, papá. Sienten curiosidad. Y que estén en aulas aparte no es suficiente.

—Hija —se volvió y la miró, con ojos cansados, los ojos de un hombre que ya pasaba de los setenta años—. Esa será una de las medidas que podrás adoptar tú cuando accedas a la presidencia. Cuando yo ya no esté.

La mujer sonrió de forma pausada. Una sonrisa calculada, mitad compasiva, mitad de ternura, y con una pizca de malicia.

—Papá, tú no te vas a morir nunca. Ya me encargaré yo de eso. El jefe del Laboratorio cree que ya está cerca de terminar con éxito un tratamiento para alargar... bueno, para conseguir el elixir de la inmortalidad.

—¿De la inmortalidad?

—Sí —afirmó, con aplomo, incluyendo un asentimiento brusco con la cabeza. Su blusa perfectamente planchada de color gris y naranja pareció asentir a la vez que ella—. Podrás vivir doscientos años... como mínimo.



Robert Bennett hizo una mueca y volvió a mirar al patio, donde ahora estaban entrando las chicas. Ellas tenían que ser siempre las últimas en hacerlo, pues los varones no debían observar cómo se movían o se contoneaban, o cómo elevaban las piernas para subir por las escaleras.

“Sí”, se dijo. “Deberíamos hacer que entraran por detrás, o que ocupasen otro módulo separado para que unos y otras no se vieran en absoluto”.

—El curso que viene lo implantas así —la hija parecía leerle el pensamiento—. ¿De acuerdo?

Bennett asintió levemente, con un gesto suave. Sabía perfectamente que era una marioneta en manos de aquella joven, que, a pesar de todo, era su hija.

Solo por aquella niña había abandonado a su familia en Arcadia, y, antes de que lo despidieran, ya pasaba la mayor parte de su tiempo fuera, en la ciudad, con su concubina, que era la madre de Clara. Una mujer que había muerto en extrañas circunstancias tiempo atrás, siendo el rumor más aceptado, que la había asesinado aquella muchacha tan astuta. Se decía que la chica padecía el complejo de Electra, exacerbado hasta la adolescencia y más allá.

—Bueno, —resolvió ella, dando otra orden—: Quítate el uniforme antes de irte, porque no quiero que vayas así al funeral.

—¿Por qué? Es el uniforme de Arcadia...

—Por eso mismo. No quiero que esos desagradecidos vean que les sigues siendo fiel de alguna manera.

—Ellos saben que aquí lo vestimos todos, sin excepción. ¿Por qué me iba yo a presentar sin mi uniforme? Es el último adiós a Rose Mary Hip.

Al pronunciar ese nombre, la cara de la hija se volvió si cabe más fría de lo que ya era de por sí. Más fría que aquella gélida mañana invernal.

—Mira, papá —le dedicó una mirada glacial, apretando los dientes—. He consentido que vayas porque quiero que te vean las personas que te puse en esa lista. Las necesitamos aquí, y espero que las convenzas para que vengan. ¿De acuerdo?

—Sí, claro —concedió, resignado.

—Y también por lo que le debes a su padre, claro está.

“El tío Rosendo...” pensó, y los recuerdos de su juventud invadieron su memoria. “¿Por qué se tendría que haber ido tan pronto?” Siempre pensó que con él al frente no hubiera ocurrido lo que sucedió. No hubiera tenido que ahorrar e incluso robar para poder fundar Nueva Arcadia, porque Nueva Arcadia hubiera sido la Arcadia de siempre, sin necesidad de nada más.

Pero no. Rose Mary era demasiado blanda; una persona que no supo comprender que para que las cosas funcionasen había que tomar decisiones drásticas.

Siempre achacó ese comportamiento a que era mujer, y por tanto, sentimental, aunque hacía tiempo que había descartado esa posibilidad: su hija Clara también era una mujer — toda una mujer —, y no tenía nada de sentimental.

Repasó mentalmente los acontecimientos de los últimos años que estuvo allí, especialmente los momentos de su destitución.

Él sabía que la aparición de Conrad en el Directorio no era sino una mera cuenta atrás para su marcha, y por eso aceleró sus planes y comenzó a amontonar el dinero que necesitaba para fundar Nueva Arcadia. Y de hecho, el plan le salió más que redondo, incluyendo el soborno al propio Conrad, pues el tipo estuvo a punto de seguirle el juego hasta el final.

En fin, se dijo. “No ha salido todo tan mal, a pesar de todo”. Si bien al principio pensaba que no había reunido el dinero suficiente para el proyecto, —y por eso intentó que no lo echaran y procuró estar allí un poco más—, el tiempo demostró que ya tenía todo lo necesario: con la crisis, los precios de los terrenos se desplomaron, y los ricos —que siempre son ricos, pase lo que pase—, costearon con sus cuotas de ingreso las obras de construcción de la ciudad. Unas cuotas que no les daban derecho a nada más que a entrar allí, claro está. Él, Robert Bennett, seguía siendo el propietario de todo, pues bastante hacía con garantizar un entorno libre de vicios para los hijos de todos ellos. Y eso se pagaba a precio de oro, con la que estaba cayendo ahí afuera.

Nueva Arcadia no era tan grande como Arcadia, al menos por el momento. “Aquí somos menos”, se dijo, *“pero somos un grupo cohesionado formado por familias felices y prósperas; un conjunto de hombres y mujeres de provecho con hijos disciplinados e inteligentes, que continuarán, sin lugar a dudas, este proyecto tan ilusionante el día de mañana”*.

En realidad, ese era un eslogan que la televisión repetía con frecuencia, y era verdad. El mundo exterior —del que la vieja Arcadia ya formaba parte—, era un marasmo de perversión, depravación y atrocidades, y eran muchísimos los que querían marcharse de un lugar tan abyecto. De hecho, su hija Clara supervisaba con esmero —y vetaba, con frecuencia—,

a los candidatos que seleccionaban cuidadosamente los miembros del Comité de Admisión, en un esfuerzo por conservar la pureza prístina como la nieve —nunca mejor dicho— de aquella raza elegida.

—Venga, vamos —la joven lo tomó del brazo—. Date prisa, que vas a perder el avión. Yo me quedaré aquí a cargo de todo durante tu ausencia.

El hombre se giró, obediente, dispuesto a hacer todo lo que le pidiera.

—Ya sabes que esta tarde hay reunión de la Junta —le recordó Bennett—. Hoy te tocará presidirla.

—Sí, ya lo sé —replicó, de modo casual, como si le importara poco.

—El director del colegio querrá subir la calefacción; el jefe de ingenieros te pedirá más dinero para máquinas; el director del comité de admisión te preguntará por qué has denegado algunas candidaturas; el jefe de seguridad querrá reforzar el perímetro. El encargado de...

—Sí, ya sé lo que me van a pedir todos esos. —No lo dejó acabar.

Sí, claro que lo sabía, se dijo. Lo sabía perfectamente, y les concedería poco o nada. Regía los destinos de Nueva Arcadia con mano de hierro, y en realidad esas reuniones no servían para gran cosa. Allí, Clara se limitaba a oír mucho y a hablar poco, sin perder de vista a ninguno de los que intervenían, escrutándolos con sumo detenimiento.

La Junta no era un órgano consultivo como lo era en Arcadia, sino un lugar donde la vicepresidenta observaba a sus subordinados para así saber lo que se traían entre manos. Para saber lo que se estaba cocinando, y así anticiparse a posibles problemas. De hecho, hacía tiempo que le había prohibido a él, al presidente, tomar ninguna decisión delante de ellos, y todo se resolvía después, en su despacho, donde ella decidía lo que se haría y lo que no se haría.

En realidad, él pintaba poco o nada y tenía claro que si seguía en el cargo era porque a su hija le convenía. Así se ahorra ella el esfuerzo de tener que lidiar con los burócratas del Estado. El presidente era una mera herramienta en sus manos, que sería desechada en cuanto perdiera utilidad.

—Ah, y no se te olvide tomarte las medicinas, los reconstituyentes, las proteínas y una cosa que me ha adelantado Ander, el jefe del Laboratorio.

—¿Qué es lo que te ha dado ese? —No le gustaba nada aquel tipo, pero su hija parecía estar encantada con él.

—Son unas inyecciones. Quiero que te pongas la primera dosis antes de marcharte. ¿De acuerdo? ¿Eh, papi? —lo besó.

Mientras bajaban las escaleras en dirección al laboratorio, Bennett sopesó si todo lo que le había ocurrido en los últimos años, no había sido sino una maquinación de aquella joven.

En realidad, se dijo, es posible que todo obedeciera a un plan a largo plazo que se había impuesto, siendo él un mero títere. Porque ciertamente, siempre había estado en manos de esa niña. Desde que era una chiquilla, ya maniobró para que todo ocurriera según sus planes, con el objetivo de conseguir lo que ahora tenía, es decir, la vicepresidencia de Nueva Arcadia. Y lo consiguió antes de los veinte años, por cierto. Algo que jamás hubiera podido ni soñar en la vieja Arcadia, donde el poder estaba en manos de terceros.

Era la ambición, se dijo, mientras entraba en el laboratorio. Sí, era eso, y por tanto, la prueba irrefutable de que era su hija, cuando tantas veces había pensado que no podía serlo. Era la más ambiciosa de todas las personas que había conocido, superándolo a él, y con creces. La ambición, y su afán desmedido por salirse con la suya a cualquier precio, incluso dejando de ser ella misma y abandonando su frialdad. Era capaz de utilizar cualquier mé-

todo —cualquiera, incluso los más sucios y depravados— con tal de conseguir lo que quería.

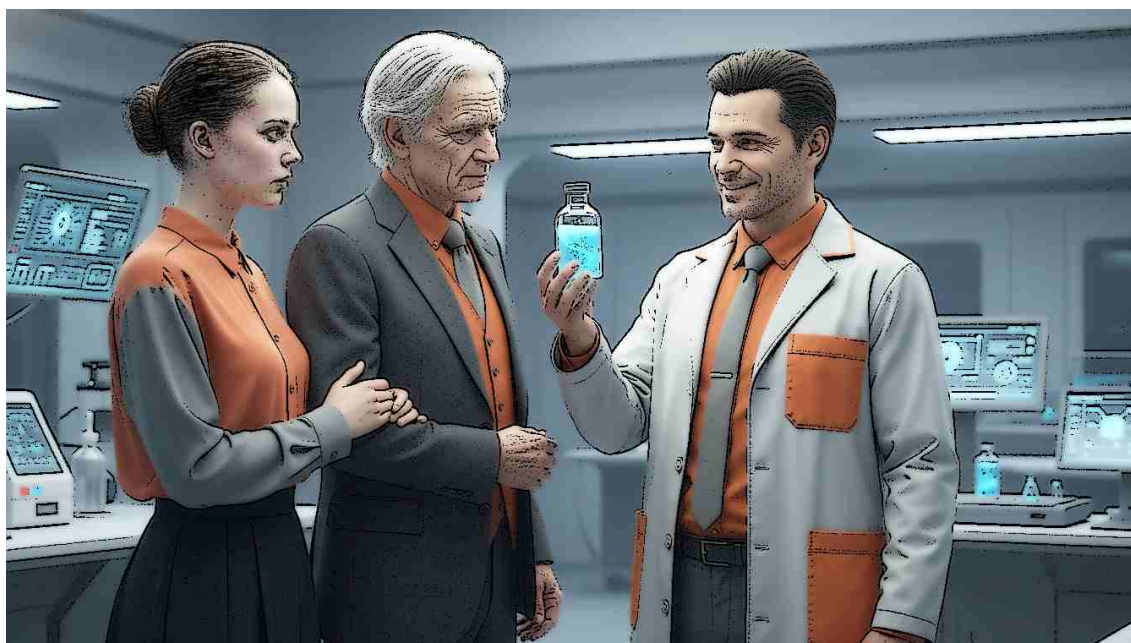
En ese momento se preguntó si serían verdad alguno de los rumores que circulaban por la ciudad acerca de su hija. Una mujer tan enigmática y atípica como esta, era propicia para la creación de todo tipo de mitos y leyendas relacionados con su persona. Había quien decía que lo tenía medio hipnotizado, mientras que otros afirmaban que le suministraba periódicamente algún tipo de droga de esas que hacen doblegar la voluntad.

Sea como fuere, el caso es que estaba totalmente en sus manos. Quizá, fruto de su senilidad, era propenso a dejarse manipular por su única hija, su preferida, pues de su otra mujer solo había tenido hijos varones a quienes por cierto, educó con severidad.

El caso es que, como si fuera un hechizo, no podía ni quería desobedecerla en casi nada.

Ander comenzó a hablar de las excelencias de aquella inyección que le iban a administrar, en un fluido y perfecto esperanto. No prestó demasiada atención. Total, se la iba a tener que poner de todas maneras...

¿O quizá no? ¿Estaba todavía a tiempo de rebelarse?



Mientras miraba al recipiente que contenía aquella sustancia tan maravillosa, un pensamiento lo asaltó: al igual que, en teoría, Clara había asesinado a su madre —él nunca se lo creyó, pero según pasaba el tiempo y la conocía mejor, la veía capaz de todo—, ¿sería capaz de matarlo a él también para quedarse como jefa suprema de Nueva Arcadia? Con lo astuta e inteligente que era, se preguntó si lo que había dicho antes —todo eso de la inmortalidad y bla, bla, bla—, no sería sino una mera treta, una máscara para que se confiara y siguiera obedeciendo sin rechistar.

Miró a las píldoras que ahora mismo le estaban ofreciendo, y dudó en tomárselas.

—Venga, ¿a qué esperas? —insistió ella—. Date prisa, que vas a perder el avión. Te las tienes que tomar antes de ponerte la inyección.

Tras mirarlas detenidamente, suspiró y se las tomó, acompañadas de un vaso de agua que le proporcionó el propio Ander. Total, se dijo, ¿qué más da! Si no es de esta manera, me matará de otra forma.

El vagabundo

Había salido de la cárcel esa misma tarde, y ya se había gastado el estipendio que le concedían las autoridades para pasar los primeros días en libertad hasta que encontrara trabajo. Le debía el dinero a un mafioso local que le había garantizado protección durante aquellas semanas.

Fue una decisión difícil, pues él hubiera preferido gastarse ese dinero en mujeres o en hacer acopio de unas cuantas botellas del mejor whisky. Después se tendría que haber largado a otra ciudad, lógicamente, pues allí no se podría haber quedado sin pagar.

De hecho, eso mismo hizo en otras ocasiones, pero salió mal. O le acabaron encontrando, o no se acostumbró a otros lugares donde ya había gente establecida marcando el territorio. Por eso prefirió pagar y ahorrarse esfuerzos y problemas. Ya no tenía edad como para iniciar nuevas aventuras.

Así las cosas, sin dinero, sin casa, sin nada, lo primero que hizo fue intentar pasar la noche en un albergue donde era poco conocido, pues en los habituales ya estaba vetado. Sin embargo, allí se encontró con otra decepción. El lugar ya no era regentado por aquella organización católica —que dejaba entrar a todo el mundo—, y ahora había derecho de admisión.

Salió de muy malos modos de allí, y tras dirigir todo tipo de improperios a sus responsables, se subió la solapa de aquel andrajoso abrigo, se puso el gorro mugriento de lana vieja que lo acompañaba a todas partes, y comenzó a deambular por las calles con las manos en los bolsillos. El aire helado olía a gasóleo y a podredumbre, y el viento que bajaba desde los rascacielos silbaba entre los contenedores como un lamento metálico.



Se puso a rebuscar entre ellos, buscando alguna botella con restos de licor en su interior. La mayoría de los restaurantes ya habían cerrado, y tenían que haber sacado sus desperdicios a la calle. Sin embargo, no encontró nada. Se había retrasado más de la cuenta con el mafioso, y otros pordioseros se le habían adelantado.

El frío húmedo de la gran ciudad le entraba hasta los huesos, y se dirigió hacia los muelles, donde, entre los callejones, esperaba encontrar alguna de sus pertenencias.

Por el camino, pasó frente a comercios cerrados cuyas persianas reflejaban las luces anaranjadas de las farolas. En el interior de un garito de cenas baratas que no cerraba en toda la noche, una pareja reía frente a dos cafés humeantes conformando una escena que le pareció irreal, casi ofensiva.

Por fin llegó a los muelles. En alguna de sus callejuelas no se atrevía a entrar ni siquiera él. Pasó de largo por las más peligrosas, donde pudo escuchar los rumores de cruentas peleas, e incluso algún que otro disparo perdido. Los gatos se deslizaban por los contenedores, husmeando entre bolsas rotas, mientras el olor a pescado podrido se mezclaba con el del aceite estancado.

Intentó apresurarse con el fin de llegar a una zona más tranquila —dígase esto con muchas reservas—, y entró en el callejón que solía frecuentar antes de que lo detuvieran. Miró en el lugar donde había dejado su carrito, y como era de esperar, ya no estaba allí. Le arrestaron antes de que hubiera podido ocultarlo como es debido, como ya había hecho otras veces cuando había dispuesto de más tiempo.

Sin manta con la que arroparse, ni siquiera cartones —con la lluvia de las últimas horas estaban todos mojados—, no podía echarse a dormir en cualquier sitio, pues el frío le haría imposible conciliar el sueño. Es más, estaba tiritando y temblando como una hoja, y necesitaba encontrar cuanto antes una fuente de calor.

Y no tardó en hallarla. En uno de los callejones había tres tipos que se calentaban frente a un bidón lleno de ardientes trozos de pallets. Tres sombras que apenas lo miraron ni le dirigieron palabra alguna cuando se colocó a su lado y extendió las manos hacia la hoguera.

Sin embargo, el confort le duró bien poco. A los pocos minutos apareció un negro grande, que, saliendo de un recodo, le espetó:

—¡Eh, tú! ¡Lárgate! No quiero a inmigrantes en mi callejón.

Al parecer, el hombre se había ausentado para orinar, y comprobó airado cómo alguien había ocupado su sitio junto al bidón.

Nuestro vagabundo le miró con indiferencia y siguió calentándose, arrimándose si cabe un poco más. Aunque hablaba perfectamente inglés sin ningún acento, a menudo se hacía pasar por inmigrante para así obtener favores de algunas organizaciones caritativas.

—¿Es que no me has oído? —insistió, amenazante—. ¡Lárgate de una vez!

Se aguantaron la mirada durante unos segundos. El vagabundo no le tenía miedo a aquel bravucón, pues se había peleado con él otras veces y había conseguido ganarle. Él era tan grande como el otro, y se sabía defender, fruto de haber sobrevivido durante mucho tiempo en aquel ambiente tan hostil.

Sin embargo, el golpe vino de quien menos se lo esperaba. El tipo de su izquierda sacó algo sólido del bolsillo y le golpeó con ello en la boca, produciéndole de inmediato un dolor intenso y punzante.

Entonces sí, el negro se abalanzó sobre él, y tras una intensa refriega, consiguió expulsarle del callejón, sin que los otros se movieran ni prácticamente miraran. Nuestro hombre salió de allí entre jadeos, cojeando, agachado, y con la mano sobre la boca para intentar contener el dolor que tenía en la mandíbula.

Avanzó hacia uno de los callejones donde había estado antes —uno que estaba desierto—, y se sentó en una escalera mojada sobre la que puso una bolsa de plástico raída para que la humedad no le traspasara el pantalón.

Poco a poco se le fue pasando el dolor en la boca, y entonces se levantó para mirarse la cara en un charco cercano iluminado por la luz de una farola. Al ir hacia allí se descubrió a sí mismo cojeando si cabe de forma más acusada, pues aquel puntapié en la cadera le había dejado más que maltrecho.

Lo que vio cuando se asomó aquel charco fue de lo más desolador. Contempló el rostro de un anciano andrajoso lleno de cicatrices, con ojos desquiciados y mirada perdida, a quien se le había hinchado el labio inferior de forma bastante aparatosa. Además, uno de sus dientes —de los pocos que le quedaban, ya descalcificados— se le había partido con aquel golpe, y eso hacía que su aspecto fuera de lo más tétrico. Más bien, patético, se dijo.

El caso es que se había vuelto a enfriar, y no le quedó más remedio que moverse, para intentar localizar sus cosas. En algún sitio tenían que estar, se dijo, pues en esa zona jamás entraban los barrenderos ni equipo de limpieza alguno.

Deambuló por los callejones que le quedaban, siempre mirando al suelo en busca de alguna botella, hasta que por fin encontró una a poca distancia de donde se encontraba. Sus ojos se encendieron y corrió febrilmente hacia la misma, olvidándose por completo de su cojera.

Estaba volcada, y parecía tener contenido. La recogió, y sin mirar ni siquiera el tipo de licor que era, se la llevó a la boca y comenzó a intentar beberla con verdadera ansia, para darse cuenta de que estaba prácticamente vacía. Solo unas cuentas gotas de alcohol consiguió que le mojasen los labios, que le produjeron un fuerte escozor al rozar la herida. Y eso fue algo peor si cabe que la decepción.

Lleno de rabia, arrojó la botella contra una pared y esta se rompió en mil añicos que brillaron a la luz de las farolas como estrellas caídas en la noche invernal. A continuación, escupió en el suelo, para ver de nuevo uno de aquellos gargajos llenos de sangre que solía echar desde hacía ya bastante tiempo. ¿Sería cáncer? Se preguntó. En la cárcel, tiempo atrás, había tenido un compañero que padecía esa enfermedad en el pulmón y escupía de la misma manera.

No, se dijo, tras pensarlo unos instantes. Probablemente serían los restos de aquella bronquitis mal curada que llevaba arrastrando desde que comenzó el invierno, fruto del frío y del hacinamiento que había tenido que soportar en los albergues en los que había pernoctado.

Siguió andando, hasta que, por fin, encontró su carrito. Nadie lo quería, pues rodaba bastante mal, con dos o tres ruedas frenadas que apenas conseguían impulsarlo. Estaba volcado sobre unas escaleras que no conducía a ninguna parte, y entonces pudo reconocer algunas de sus cosas. Las cosas peores, lógicamente, pues las mejores ya habían desaparecido. Sus mejores calcetines, sus calzoncillos nuevos... Ya no quedaba nada más que un montón de papeles y trapos sucios. Ni siquiera la manta estaba allí, a pesar de que era vieja y estaba llena de manchas.

Aun así, siguió escarbando febrilmente con el fin de encontrar su tesoro máspreciado. Eso sí que lo había ocultado bien y tenía que seguir ahí.

Por fin, encontró la caja de cereales, quitó los pañuelos llenos de mocos verdes resecos que lo envolvían, y que colocó estratégicamente para evitar que fisgonearan dentro... Pero también había volado. Se habían llevado su celular, y por tanto, se había quedado sin su vicio preferido, el único que ya le quedaba. Aunque no tuviera ya saldo para ver contenidos sexuales, las imágenes y videos de ese tipo que almacenaba en su memoria interna hubieran satisfecho su necesidad, como siempre había ocurrido.

Entonces se dejó caer al suelo y se puso a llorar como un niño. Lloró amargamente durante un buen rato, hasta que al final se quedó dormido. Fue un sueño ligero, lleno de pesadillas, que se terminó bruscamente cuando se descubrió a sí mismo más húmedo de lo normal. Había comenzado a llover.

No le quedó más remedio que levantarse, de forma pesada, casi arrastrándose, pues el intenso frío casi que lo paralizaba. Se refugió bajo una cornisa y cuando amainó se vio de nuevo en la necesidad perentoria de moverse para no congelarse de frío.

Pronto se dio cuenta de que su cojera estaba acentuada por la incapacidad que tenía para doblar los dedos de los pies, pues prácticamente se le habían congelado. En efecto, aquellas botas que llevaba tenían agujeros en la suela, y el agua había empapado sus calcetines. Y todo a causa de que no eran las suyas. Sus botas se las habían quitado en el último albergue en el que estuvo, y le habían dejado a cambio aquellas otras que, menos mal, no le estaban pequeñas.

Así que se tuvo que quitar aquellos calcetines húmedos y desecharlos. Era mejor marchar sin ellos que llevarlos mojados.

De nuevo deambuló por las calles, y salió de los muelles, entrando en una zona algo más habitada. Aun así, seguían siendo barrios bajos, lo peor de la ciudad.

Allí se encontró con algunas prostitutas, las cuales lo evitaron. Muchas eran conocidas, e incluso en otro tiempo había hecho uso de alguna de ellas. Algo que era impensable ahora, se dijo, y no solo porque no tenía dinero. Su aspecto era más que lamentable, deleznable, de hecho, y cuando lo reconocieron, se escondieron de él. Pensándolo bien, se dijo, tampoco podría haberse gastado el dinero del estipendio con ellas, aunque no hubiera pagado al mafioso.

Las mujeres... El pensamiento lo invadió en cuanto recordó los tiempos felices, cuando era joven, cuando muchas querían salir con él a cambio de nada. Recordó a todas las que habían pasado por su vida, y recordó especialmente a la primera de ellas. Una mujer que había sido la mejor de todas, y con diferencia. Recordó su sonrisa, su fragancia natural, sus grandes pechos, el amor que le tenía... Un amor que, por cierto, jamás volvió a encontrar en ninguna otra mujer.

Salió de aquella zona y deambuló errático por las calles oscuras iluminadas por las luces de neón, hasta que llegó a uno de los puentes sobre el río Hudson. Allí abajo, la corriente parecía latir bajo sus pies como un corazón oscuro, mientras las luces de la gran ciudad bailaban sobre el río, quebradas por la lluvia que comenzó a caer de nuevo tenuemente.

La brisa nocturna cargada de humedad se percibía con una claridad desafiante en aquel lugar tan abierto, y tenía un sabor salado y cruel que se fundía con el olor del metal oxidado de los muelles. Por su parte, el resplandor azul de las luces del puente se mezclaba con las sombras alargadas de los coches que cruzaban, emitiendo un zumbido sordo y contumaz que solo era interrumpido por el sonido de sirenas lejanas.

Allí siguió pensando en aquella mujer, pues, curiosamente, ahora no podía sacársela de la cabeza. Había pasado la mayor parte de su vida sin acordarse de ella, y ahora su recuerdo le invadía de una forma tan intensa que le hacía estremecerse. Un estremecimiento si cabe mayor que el que experimentaba a causa del intenso frío que seguía padeciendo, y que estaba a punto de paralizarlo. ¿Qué habría sido de ella? Se preguntó.

Miró a las aguas del río que se movían allá abajo, oscuras y amenazantes, tenuemente salpicadas con destellos brillantes que provenían de las luces del puente, y recordó que habían tenido un hijo. Un niño que probablemente ya habría muerto, pues padecía una enfermedad que... ¿Cuál era? Se preguntó. Intentó recordar a aquel niño —su hijo—, y no era capaz de hacerlo, ni de saber cuál era el problema que tenía. De hecho, esas lagunas mentales las tenía con frecuencia, fruto de toda la basura que le había metido a su cuerpo a lo largo de su vida.

Curiosamente, el recuerdo de aquella mujer no era dulce, sino atormentado. Y lo era porque, por primera vez en su vida, tuvo el convencimiento de que había obrado mal. Y, aunque intentaba averiguar la causa, no era capaz de hacerlo, pues su mente estaba embotada. Todo era bruma, confusión... y castigo.

Sin saber por qué, comenzó a tener unos remordimientos tan intensos, que hicieron que las lágrimas se le escaparan con profusión por segunda vez en aquella noche. Unas lágrimas calientes que se mezclaron con el agua helada de la lluvia, y que se quebraron en minúsculas gotitas sobre la barandilla.

Pero no eran lágrimas de dolor. Por el contrario, eran las mismas lágrimas que lloró Judas, aquel discípulo infame, cuando observó las treinta monedas que le dieron por traicionar a su Maestro.

Nuestro vagabundo ya lo había perdido todo. No le quedaba absolutamente nada, salvo el dolor, el frío, y lo que era peor, aquellos remordimientos tan atroces.

Entonces fue cuando se decidió. Miró de nuevo a aquellas aguas sucias y turbulentas bajo sus pies, e hizo exactamente lo mismo que Judas, para terminar de una vez por todas con aquel sufrimiento tan profundo y horrible.

La Asociación

El pabellón estaba lleno de asistentes que esperaban la presentación del informe anual de la Asociación Nacional de Personas Sordociegas. Esta vez se había reunido más gente que nunca, e incluso la prensa estaba citada para conocer el último adelanto en implantes cerebrales para solucionar de una vez por todas el problema de la falta de visión y de audición. Se decía que el presidente iba a anunciar la creación de un prototipo viable que ya se había fabricado y probado con éxito.

—Señoras y señores —una mujer se dirigió al público desde el estrado—. La Asociación Nacional de Personas Sordociegas tiene el honor de darles la bienvenida a nuestra asamblea anual de socios. Como todos los años, comenzaremos con el discurso de apertura que correrá a cargo de nuestro presidente, quien tomará la palabra a continuación.

La multitud se puso en pie y un hombre de mediana edad con los ojos entreabiertos apareció en el estrado saliendo desde atrás con paso decidido. Se colocó frente al atril y comenzó a recitar con voz firme el discurso que tenía escrito.



—Como suele ser habitual, comenzaré por los agradecimientos. Sí, ya sé que me lo oyen decir todos los años, pero es que me gusta hacerlo y si por mí fuera, no me cansaría nunca de repetirlo —se aclaró la garganta y luego siguió—: En primer lugar, agradecer a mi madre, Liz Pacwa, que está entre el público, y a quien doy las gracias todos los días por haberme traído al mundo en una situación muy precaria y difícil. De no haber sido por su amor, por su pasión por la vida, por su tesón, su entrega, su empeño, su dedicación y su trabajo sin descanso, yo no estaría aquí ni podría haber ayudado a tanta gente necesitada. Unas personas que todo se lo deben a esa mujer tan formidable. No hay palabras para describir lo que ella ha hecho por todos nosotros, antes y ahora.

Se produjeron aplausos que fueron poco a poco silenciados por el orador. Al parecer, el hombre llevaba un implante cerebral que le permitía oír. Mientras el público aplaudía, el presidente se dirigió hacia la persona en cuestión usando la lengua de signos: *Dan y Liz, Liz y Dan; madre e hijo unidos para siempre.*

—Y en segundo lugar, a mi padre, el capitán Gabriel Peman, que también está entre el público junto a mi madre. A él le debo el haberla ayudado y apoyado en todo momento. Siempre le agradeceré su cariño, su entrega y su trabajo infatigable, no solo para cuidar de mí cuando era niño, sino también por hacer que esta Asociación Nacional sea lo que es hoy en día. Sé que ahora mismo están los dos con lágrimas en los ojos... ¡pero no pueden gastarlas todas! ¡Se tienen que reservar algunas para el año que viene!

Aplausos y risas de afecto entre el público.

—Y no puedo olvidarme también de mi esposa, de mis hermanos y hermanas, quienes también han contribuido en mayor o menor medida al éxito de esta organización.

Aplausos.

—En fin, no quiero aburrirles con mis palabras, y voy a ir al grano:

»Han sido muchos años de esfuerzo y dedicación, en los que esta Asociación se ha volcado. Se han invertido muchos recursos, que comenzaron a plasmarse en tiempos de mi predecesor, el anterior presidente. Y poco a poco hemos ido viendo la luz. Sí, la luz —se detuvo, y alzó la cabeza—. No es una metáfora.

El hombre levantó la vista del atril y actuó como si estuviera viendo a los congregados. Sus ojos entreabiertos parecieron recorrer la sala, y se produjeron murmullos de expectación entre el público.

—Porque efectivamente, como ya les han informado, el prototipo existe y es viable.

De nuevo murmullos, en un tono más elevado.

—Si hace poco conseguimos el importante avance de erradicar la sordera mediante la concentración y reproducción de ondas sonoras en el espacio cerebral correspondiente al lóbulo temporal, ahora hemos conseguido hacer lo propio con las partículas visuales, esto es, con los fotones de luz.

Los murmullos ahora fueron todo un clamor.

—No quiero aburrirles con los detalles técnicos, los cuales pueden encontrar en la página web de nuestra Asociación. Tan solo quiero decirles que este discurso que estoy leyendo no está escrito en Braille como solía ser habitual, sino con tinta plana simplemente; el tipo de tinta que puede leer todo el mundo.

Murmullos de sorpresa en tono elevado entre el público, mezclados con admiración y una pizca de incredulidad. El orador hubo de subir la voz para seguir hablando.

»¡Y todo esto ha sido gracias a Liz Pacwa! —exclamó— ¡Por su amor a la vida...! Sin ella, nada de esto hubiera sido posible.

Fuertes aplausos y vítores, con el público vuelto hacia la mujer en cuestión. Una vez se hubieran aplacado, vino la sorpresa final:

—Y ahora, me gustaría que ella dijera algunas palabras.

La madre se ruborizó, y comenzó a decir que no, incluso moviendo las manos y los brazos, pues no quería en absoluto restar protagonismo a su hijo.

Y al final se salió con la suya, pues no se consiguió que saliera al estrado. Sin embargo, una azafata le acercó un micrófono y, después de muchos ruegos, su marido consiguió que dijera algo.

—Está bien —se aclaró la garganta—. A diferencia de Dan, a mí no se me dan bien los discursos. Agradezco sus agradecimientos, valga la redundancia, y quisiera agradecer, yo también, a todos los que han apoyado a la Asociación, probablemente sin saberlo. No quiero olvidarme del doctor Peter Halley, del padre David y de Hortensia García, quienes ya han

fallecido. Los tres fueron una ayuda muy necesaria para mí en momentos muy duros —una lágrima salió de nuevo de sus ojos brillantes—. Doy infinitas gracias a Dios, a quién tanto rogué, por haber puesto en mi camino a esas personas tan maravillosas. Estoy segura de que Él habrá premiado, y con creces, su gran generosidad.

»Pero hay una persona mucho más importante que todas ellas. Una persona vital, y recalco esta palabra: vital. —Se aclaró de nuevo la garganta, pues la congoja apenas le permitía hablar—. Sinceramente, mi hijo no hubiera podido nacer, ni vivir, ni todas las personas beneficiadas por esta Asociación hubieran podido recibir su ayuda, sin la colaboración de una mujer muy especial. Una mujer que lo único que hizo fue aportar una sonrisa. Una mujer anónima, cuyo rostro apenas recuerdo, que llegué a ver solo durante unos segundos, y con la que jamás hablé. Pero esa sonrisa, solo esa sonrisa, consiguió salvar la vida de mi hijo, y solo Dios sabe la de cuántas personas más. Muchas gracias.

La mujer comenzó a llorar sin poder contenerse, mientras el público rompía en vítores y fuertes y prolongados aplausos.

FIN

Puedes contactar con el autor escribiendo un correo a: xanticore@live.com